

ALEKSANDAR
HEMON

EL PROYECTO LÁZARO

Chicago, 1908: el joven Lázaro Averbuch, un inmigrante judío que sobrevivió a las atroces persecuciones del este de Europa, es asesinado a sangre fría por el jefe de policía cuando le entregaba una carta de enigmático contenido. Las autoridades, imbuidas en el ambiente de psicosis y obligadas a encubrir el hecho, relacionan a Lázaro con el entorno de anarquistas de la ciudad. Olga, la hermana de Lázaro, se ve implicada en una vorágine de intrigas cuando desaparece su cuerpo del depósito de cadáveres.

En el Chicago actual, un joven escritor, Vladimir Brik, queda fascinado por esta historia real y decide recuperar su memoria para descubrir la verdad de los hechos. En compañía de Rora, un fotógrafo y amigo de la infancia, parten en busca de los orígenes de Lázaro en Europa. A través de siglos de historia —de las matanzas y la pobreza en los albores del siglo XX al paisaje de gánsteres de poca monta y prostitutas baratas del siglo XXI— las vidas de Lázaro y de Brik se entretejen inextricablemente en esta novela provocadora, divertida y hasta diabólica. Con ella Hemon demuestra que es uno de los talentos más dinámicos y esenciales de nuestro tiempo.

Aleksandar Hemon

El proyecto Lázaro

Para mi hermana Kristina

Y dicho esto, gritó con voz fuerte: «¡Lázaro, sal fuera!».
Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelta la cara en un sudario.
Jesús les dijo: «Desatadlo para que ande».

El tiempo y el espacio son las únicas cosas de las que estoy seguro: dos de marzo de 1908, Chicago. Más allá, queda el dolor y la bruma de la historia, en la que ahora me adentro.

A primera hora de la mañana, un joven escuálido llama al timbre del número 31 de Lincoln Place, la residencia de George Shippy, el temible jefe de policía de Chicago. La sirvienta, que según consta atendía al nombre de Theresa, abre la puerta (que, por supuesto, chirría de un modo inquietante), escruta al joven desde los maltrechos zapatos hasta el rostro moreno y esboza una sonrisa altanera para advertirle que más le vale tener un buen motivo para estar allí. El joven solicita ver al jefe Shippy en persona. Con recio acento alemán, Theresa le explica que es demasiado pronto y que el jefe Shippy jamás recibe a nadie antes de las nueve. El joven le da las gracias con una sonrisa y promete volver a las nueve. La sirvienta no logra identificar su acento; decide avisar a Shippy de que el extranjero que ha venido en su busca parecía harto sospechoso.

El joven baja la escalera y abre la verja (que también chirría de un modo inquietante). Se lleva las manos a los bolsillos, pero enseguida las saca para subirse el pantalón, que le sigue quedando demasiado grande. Mira a la derecha, luego a la izquierda, como si estuviera tomando una decisión. Lincoln Place es un mundo aparte; las casas allí son como castillos, las ventanas altas y anchas; no hay vendedores ambulantes en las calles; de hecho, no hay nadie en la calle. Los árboles recubiertos de hielo centellean en la monotonía de

la mañana; una rama rota por el peso del hielo roza el suelo y lo golpetea con sus puntas escarchadas. Alguien se asoma con disimulo tras las cortinas de la casa de enfrente, un rostro lívido recortado sobre el espacio oscuro que hay detrás. Es una muchacha. El joven le sonríe y ella corre la cortina rápidamente. Todas las vidas que podría vivir, todas las personas a las que jamás conoceré, que jamás seré, están en todas partes. A eso se reduce el mundo.

El invierno tardío se complace en martirizar a la ciudad. Las nieves puras de enero y el espartano frío de febrero se han acabado, y ahora las temperaturas suben engañosamente y bajan con alevosía: el veneno de las tormentas de hielo arbitrarias, los cuerpos exhaustos que anhelan la primavera, el olor a hollín impregnado en las ropas. El joven tiene las manos y los pies helados; dobla los dedos en el interior de los bolsillos y se pone de puntillas casi a cada paso, como si danzara, para que la sangre siga circulando. Lleva siete meses en Chicago, y en todo ese tiempo apenas ha dejado de pasar frío. El calor del final del verano ya no es más que el recuerdo de una pesadilla distinta. Un día caprichosamente cálido de octubre se había acercado con Olga al lago teñido por los líquenes, ahora completamente helado, y juntos habían contemplado el sereno vaivén de las olas mientras pensaban en todas las cosas buenas que podían ocurrir algún día. El joven se dirige con paso decidido a Webster Street, bordeando la rama rota.

Los árboles de este lugar se riegan con nuestra sangre, hubiese dicho Isador, y las calles están asfaltadas con nuestros huesos; se comen a nuestros hijos para desayunar y tiran las sobras a la basura. Webster Street está despierta: mujeres enfundadas en abrigos bordados, con cuello de piel, se suben a coches aparcados delante de sus casas, agachando la cabeza con cuidado para proteger sus desmesurados sombreros. Las siguen hombres con chanclos inmaculados y gemelos destellantes. Isador afirma que le gusta ir a los lugares de ensueño donde viven los capitalistas para disfrutar de la serenidad de la opulencia, de su arbolada quietud. Sin embargo, vuelve al gueto para sentirse enfadado; allí, uno siempre

está cerca del ruido y el bullicio, siempre sumido en el hedor; allí, la leche es agria y la miel amarga, dice.

Un enorme coche, jadeando como un toro en celo, casi arrolla al joven. Los carruajes parecen barcos, los caballos son rollizos, de pelo reluciente, dóciles. Las farolas eléctricas siguen encendidas y se reflejan en los escaparates. En uno de ellos, un maniquí sin cabeza luce con ademán altivo un delicado vestido blanco cuyas mangas cuelgan lánguidamente. El joven se detiene frente al escaparate y al maniquí, inmóvil como una estatua. Junto a él hay un hombre de rostro extraño y pelo ensortijado que mastica un cigarrillo apagado. Los hombros de ambos casi se rozan. El olor corporal del hombre: húmedo, sudoroso, un olor a tela. El joven pisotea el suelo con fuerza para atenuar el dolor de las ampollas que le han provocado los zapatos de Isador. Recuerda cuando sus hermanas se probaban vestidos nuevos en casa, entre risas de júbilo. Los paseos al atardecer en Kishinev; se sentía orgulloso y celoso a un tiempo de que jóvenes apuestos sonrieran a sus hermanas en el paseo marítimo. Hubo vida antes de esto. El hogar es allí donde tu ausencia no pasa desapercibida.

Siguiendo el irresistible olor a pan recién hecho, entra en una tienda de comestibles en la esquina de las calles Clark y Webster. Suministros Ludwig, se llama. Su estómago ruge de un modo tan audible que el señor Ludwig aparta la mirada de los diarios que se apilan sobre el mostrador y frunce el entrecejo mientras el joven se lleva la mano al sombrero a modo de saludo. El mundo siempre es más grande que nuestros deseos; cuanto más tienes, más quieres. El joven no había estado en una tienda tan bien provista desde los tiempos de Kishinev: salchichas que cuelgan de las altas rejillas como largos dedos sarmentosos; barriles de patatas que apestan a barro; botes de huevos en conserva alineados como especímenes de laboratorio; cajas de galletas pintadas con la vida de familias enteras: niños felices, mujeres sonrientes, hombres tranquilos; latas de sardinas apiladas como tablillas; un rollo de papel encerado, como una gruesa Torá; una pequeña balanza en confiado equilibrio;

una escalera de mano apoyada en una balda, perdido su extremo superior en la oscuridad de las alturas. En la tienda del señor Mandelbaum las golosinas también estaban en una balda elevada, para que los niños no las pudieran alcanzar. ¿Por qué empieza el día judío con la puesta de sol?

El nostálgico silbido de una tetera en la trastienda anuncia la llegada de una mujer rolliza y de abundante cabellera. Acuna delicadamente, como si de un bebé se tratara, una hogaza de pan de formas caprichosas. La hija loca de Rozenberg, violada por los *pogromchiks*, se había paseado con una almohada entre los brazos durante días, empeñada en darle el pecho mientras los chicos correteaban tras ella con la esperanza de ver una teta judía.

—Buenos días —saluda la mujer en tono vacilante, al tiempo que intercambia una mirada con su marido. A éste no hay que perderlo de vista, parecen decirse. El joven sonríe y finge buscar algo en el estante.

—¿En qué puedo servirle? —pregunta el señor Ludwig.

El joven no contesta; no quiere que sepan que es extranjero.

—Buenos días, señora Ludwig, señor Ludwig —saluda un hombre que entra en la tienda—. ¿Qué tal se encuentran hoy?

La campanita sigue tintineando mientras el hombre habla con voz ronca y cansada. Es mayor, pero no lleva bigote; un monóculo cuelga sobre su vientre. Se quita el sombrero ante el matrimonio Ludwig y hace caso omiso del joven, que lo saluda asintiendo en silencio.

—¿Cómo está, señor Noth? —responde el señor Ludwig—. ¿Cómo va esa gripe?

—La gripe va bastante bien, gracias. Ojalá pudiera decir lo mismo de mi persona.

El bastón del señor Noth está combado. Su corbata es de seda pero está manchada. El joven huele su aliento; algo se pudre en su interior. «Yo nunca seré así», piensa. Abandona la cálida charla trivial y se dirige al tablón que hay cerca de la puerta para echar un vistazo a los folletos allí expuestos.

—Me vendría bien algo de alcanfor —dice el señor Noth—, y un cuerpo nuevo y joven.

—Se nos han acabado los cuerpos —bromea el señor Ludwig—. Pero alcanfor sí tenemos.

—No se preocupe —apunta la señora Ludwig con una risita de complicidad—. Ese cuerpo aún le valdrá durante mucho tiempo.

—Vaya, gracias, señora Ludwig —repone el señor Noth—. Pero no deje de avisarme si le llegan cuerpos frescos.

El domingo siguiente, en el Bijou, según lee el joven, Joe Santley protagoniza *Billy el Niño*. El Congreso de Madres de Illinois ofrece una conferencia sobre «La influencia moral de la lectura». En el Club de Yale, el doctor Hofmannstal habla sobre «Las formas de la degeneración: el cuerpo y la moralidad».

El señor Noth sostiene el bote de alcanfor y el sombrero en la mano izquierda mientras se esfuerza por abrir la puerta con la derecha y el bastón se balancea en su antebrazo. La señora Ludwig se apresura a ayudarlo, sin soltar el pan, pero el joven alcanza la puerta antes que ella y la abre para que salga el anciano. Se oye el alegre tintineo de la campanita.

—Vaya, muchas gracias —dice el señor Noth, e intenta quitarse el sombrero, pero la punta del bastón se clava en la ingle del joven—. Dispense —se disculpa, y abandona la tienda.

—¿En qué puedo servirle? —pregunta el señor Ludwig desde el otro lado del mostrador en un tono aún más frío si cabe, pues el joven parece demasiado cómodo y desenvuelto en su tienda.

Éste vuelve al mostrador y señala un estante con botes repletos de caramelos romboides.

—Los tenemos de todos los sabores —anuncia el señor Ludwig—: fresa, frambuesa, mentol, madreselva, almendra. ¿Cuál le apetece?

El joven toquetea con el dedo el tarro que contiene caramelos blancos del tamaño de monedas de cinco centavos, los más baratos, y le tiende una moneda de diez centavos. Le sobra el dinero, y se lo quiere demostrar a aquellos dos. Soy como todos los demás, suele decir Isador, porque no hay nadie como yo en todo el mundo.

El señor Ludwig lo mira con hostilidad. Aquel extranjero bien podría llevar una pistola en el bolsillo. Pero echa un puñado de caramelos en la balanza, saca unos pocos y desliza los demás en el interior de una bolsa de papel encerado.

—Aquí tiene —dice—. Que los disfrute.

El joven se lleva un caramelo a la boca enseguida, y su estómago ruge de pura expectación. El señor Ludwig oye el rugido y mira a la señora Ludwig. Jamás te fíes de un hombre hambriento, le dicen sus ojos, y menos de un hombre hambriento que no se quita el sombrero pero compra golosinas. El caramelo sabe a manzana ácida, y la boca se le llena de saliva. Se siente tentado de escupirlo, pero los caramelos le dan derecho a permanecer en la tienda, así que frunce el entrecejo y sigue chupeteándolo mientras se dirige de nuevo al tablón de anuncios. En el Teatro Internacional, Richard Curle presenta su nueva fantasía musical, *El cordero de María*. El doctor George Howe y Cía. prometen la cura definitiva de las varices, la sangre envenenada, las ampollas y la debilidad nerviosa. ¿Quién es toda esta gente? La cara del doctor Howe aparece en el folleto: es un hombre sombrío cuyo venerable bigote negro destaca sobre la blanca tez. Las venas de Olga siempre están hinchadas. Cuando sale de trabajar, se sienta y pone los pies sobre otra silla. Le gusta reventar las ampollas del joven. Madre solía sumergir las piernas varicosas en una palangana llena de agua caliente, pero siempre olvidaba coger una toalla. Era él quien se la llevaba, le lavaba los pies y se los secaba. Tenía muchas cosquillas en la planta de los pies, chillaba como una colegiala.

El caramelo se ha derretido casi por completo y se ha vuelto amargo. El joven se despide del matrimonio Ludwig, que da la callada por respuesta, y sale de la tienda. Los caballos pasan haciendo ruido con los cascos y echando bocanadas de vapor cada vez que resoplan. El joven saluda con la cabeza a tres mujeres que aprietan el paso y lo adelantan con gesto desdeñoso. Van cogidas del brazo y tienen las manos calientes en el interior de los manguitos. Un hombre de cuello grueso que mastica una colilla

compra el diario a un muchacho que vocea: «¡Famoso pistolero abatido en una reyerta!». El joven intenta leer los titulares por encima del hombro del vendedor de diarios, pero éste —que no lleva sombrero y tiene una cicatriz que le cruza la cara— se aleja correteando al tiempo que anuncia a voz en grito: «Pat Garrett, el sheriff que mató a Billy el Niño, muere en un tiroteo». El estómago del joven protesta de nuevo, y se lleva otro caramelo a la boca. Se alegra de tener unos cuantos más; disfruta del hecho de poseerlos. Billy. Es un buen nombre, un nombre para un perro quejumbroso pero feliz. Pat suena pesado, serio, como un martillo herrumbroso. Jamás ha conocido a nadie que se llame Billy o Pat.

Poco después se dirige a la puerta del jefe Shippy con otro caramelo derritiéndose bajo la lengua, el sabor amargo abrasándole la garganta, haciendo que se le encojan las amígdalas. Deja que el caramelo se disuelva del todo antes de llamar al timbre; distingue una sombra que se mueve tras la cortina. Recuerda un atardecer de su niñez, cuando jugaba al escondite con los amigos —le tocaba a él buscarlos— y éstos se habían ido todos a casa sin decirle nada. Siguió buscándolos hasta bien entrada la noche, gritando en una oscuridad repleta de sombras: «¡Ahí estás, te he visto!», hasta que Olga lo encontró y se lo llevó a casa. Un carámbano de hielo con forma de puñal se descuelga del alero y se estrella en el suelo. El joven llama al timbre. El jefe Shippy sale a abrir. El joven se adentra en el oscuro recibidor.

A las nueve en punto de la mañana, el jefe Shippy abre la puerta y ve ante sí a un joven *de rasgos foráneos* que luce *chaqueta negra, sombrero flexible*, y posee en su conjunto *la apariencia de un obrero. En la fugaz pero exhaustiva mirada que dedicó a su visitante*, escribirá William P. Miller en el *Tribune*, el jefe Shippy observó *una boca cruel, recta, de labios gruesos, y un par de ojos grises que resultaban fríos y feroces a un tiempo. Había algo en aquel joven delgado y moreno —a todas luces siciliano o judío—*

capaz de atravesar con un escalofrío de recelo el corazón de cualquier hombre de bien. Sin embargo, el jefe Shippy, siempre inmune a la maldad, invitó al extraño a la comodidad de su salón.

Están de pie junto a la puerta del salón; el joven se pregunta si debe adentrarse más en la casa. Tras un largo momento de vacilación que no augura nada bueno —el jefe Shippy aprieta los dientes y se le marcan los carrillos, un gorrión despistado gorjea al otro lado de la ventana, unos zapatos chirrían en la planta de arriba —, le tiende un sobre a Shippy con gesto brusco.

Me entregó un sobre con mi nombre y dirección escritos en él —relatará el jefe Shippy al señor Miller—. *No esperé a abrir el sobre. De pronto, como si me hubiese alcanzado un rayo, supe que aquel individuo andaba tramando algo. Tenía pinta de anarquista. Lo cogí por los brazos, se los doblé por detrás de la espalda y llamé a mi esposa: «¡Madre! ¡Madre!»*.

La señora Shippy llega corriendo como el portento de la naturaleza que sugiere ese «madre». Es corpulenta y fortachona, tiene una gran cabeza; casi se cae por el camino. Su esposo sujeta las manos de un siciliano o judío, y, horrorizada, la señora Shippy se lleva la mano al pecho y ahoga un grito.

—¡Regístrale los bolsillos! —ordena el jefe Shippy. Madre palpa los bolsillos del joven con manos temblorosas, y su olor ácido le revuelve las tripas. El joven forcejea e intenta escabullirse, gruñendo como una alimaña.

—¡Creo que tiene una pistola! —grita Madre.

El jefe Shippy soltó las manos del extraño y saca rápidamente su propio revólver. Madre se hace a un lado y se dirige con paso tambaleante a un tapiz que representa —y así se encarga de dejar constancia William P. Miller— *a San Jorge dando muerte a un agonizante dragón*.

Foley, el chófer del jefe Shippy, que acaba de llegar para llevarlo hasta el ayuntamiento, sube a la carrera las escaleras de la entrada, alarmado por el ruido, al tiempo que desenfunda su revólver. Mientras tanto, Henry, el hijo del jefe Shippy *(que ha salido de permiso de la Academia Militar Culver*) baja a toda prisa desde su habitación, aún en pijama, empuñando un bruñido y contundente

sable. El joven logra zafarse del jefe Shippy, se aleja durante un instante que se hace eterno —Foley está abriendo la puerta con un arma en la mano, Henry baja la escalera a trompicones, Madre asoma la cabeza por detrás del dragón— y luego lo embiste. Sin pensarlo dos veces, el jefe Shippy dispara al joven. La sangre brota con tal fuerza que el estallido rojo ciega momentáneamente a Foley. Competente como es, y a sabiendas de que el jefe Shippy detesta las corrientes de aire, cierra la puerta de golpe tras de sí. Sobresaltado por el ruido, el jefe Shippy le dispara a él también, y luego, intuyendo la presencia de un cuerpo que corre a su espalda, gira sobre sus propios talones como un experimentado pistolero y dispara a Henry. *El vil extranjero disparó a Foley, haciendo trizas su muñeca, y luego a Henry, a quien una bala perforó el pulmón*. Shippy y Foley contestan al fuego con más balas, siete de las cuales alcanzan al joven, cuya sangre y sesos se esparcen por las paredes y el suelo. *En ningún momento de la contienda*, escribe William P. Miller, *llegó el anarquista a articular una sola palabra. Siguió luchando obstinadamente con aquella boca cruel cerrada a cal y canto, teñidos los ojos por una determinación terrible de contemplar. Murió sin una maldición, una súplica, una oración*.

El jefe Shippy permanece de pie, inmóvil, conteniendo la respiración, suspirando de alivio mientras el joven muere y el humo del arma se desliza lentamente por la habitación como un banco de peces.

Soy un ciudadano razonablemente leal de dos países. En Estados Unidos —esa tierra sombría— malgasto mi voto, pago impuestos a regañadientes, comparto mi vida con una mujer autóctona e intento con todas mis fuerzas no desear una muerte dolorosa al cretino que tenemos por presidente. Pero también tengo un pasaporte bosnio que apenas uso. Viajo a Bosnia para acudir a funerales y pasar vacaciones, descorazonadores los unos y las otras, y el primer día de marzo o alguna fecha cercana, junto con otros bosnios de Chicago,

celebro orgullosa y diligentemente nuestro Día de la Independencia con una cena de gala, tal como pide la ocasión.

En realidad, el Día de la Independencia es el 29 de febrero, lo que no deja de ser un embrollo típicamente bosnio. Supongo que resultaría demasiado raro y poco serio celebrarlo cada año bisiesto, así que se trata de un acontecimiento anual y caótico que se celebra en algún hotel de las afueras. Los bosnios llegan en hordas y lo hacen temprano; al aparcar el coche, podrían pelearse por una plaza reservada para minusválidos: un par de hombres blanden sus respectivas muletas mientras intentan decidir cuál de los dos es más discapacitado, si el que se quedó sin pierna al pisar una mina o el que tiene la columna vertebral hecha trizas a causa de una paliza en un campo serbio. Mientras esperan en el vestíbulo, sin ningún motivo aparente, para entrar a un comedor de nombre absurdo —Westchester, Windsor, Lake Tahoe— mis dobles compatriotas se dedican a fumar, pese a que varios letreros les informan de que está terminantemente prohibido hacerlo allí. En cuanto se abre la puerta, se precipitan hacia las mesas vestidas de blanco y abarrotadas de cristalería y cubiertos, movidos por una angustia propia de menesterosos: la atemporal sensación de que la abundancia nunca llega a todos. Despliegan las servilletas sobre las rodillas; las cuelgan del cuello; lo pasan mal para hacer entender a los camareros que les gustaría comer la ensalada con el plato principal, no antes de éste; hacen comentarios desdeñosos sobre la comida, que más tarde se convierten en una despectiva reflexión sobre la obesidad estadounidense. Más pronto que tarde, cualquier rastro de americanidad que se les haya podido pegar a lo largo de la década anterior, año más, año menos, desaparece como por arte de magia hasta el día siguiente. Todos —incluido yo mismo— somos bosnios sin fisuras, todos tenemos una anécdota aleccionadora que contar sobre las diferencias culturales que nos separan de los americanos. Sobre estas cosas escribía yo a veces.

Los americanos —constatamos con unanimidad— salen de casa justo después de haberse lavado el pelo, sin molestarse en secarlo,

¡incluso en invierno! Todos sabemos que ninguna madre bosnia en su sano juicio consentiría que un hijo suyo hiciera algo semejante, pues a nadie se le escapa que salir a la calle con el pelo mojado suele resultar en una inflamación cerebral de consecuencias fatales. Llegados a este punto, aprovecho para dar fe de que mi mujer estadounidense, pese a ser neurocirujana —vulgo «médica del cerebro»—, hace lo mismo. Alrededor de la mesa todos mueven la cabeza en señal de negación, preocupados no sólo por la salud y bienestar de mi esposa, sino también por las dudosas perspectivas de mi matrimonio intercultural. Alguien suele mencionar la desconcertante ausencia de corrientes de aire en Estados Unidos. Los americanos viven con las ventanas abiertas de par en par y les da igual que haya corriente, aunque es de sobra conocido que exponerse a un flujo de aire intenso puede causar inflamación cerebral. En mi país, sospechamos del aire que circula libremente.

Al llegar a los postres es inevitable que se hable de la guerra, primero en términos de batallas o matanzas ininteligibles para alguien que, como yo, no experimentó tales horrores en carne propia. Luego, la conversación acaba derivando hacia modos más o menos ingeniosos de no morirse. Todo el mundo se desternilla de risa, y nuestros invitados que no hablan bosnio jamás sospecharían que esa anécdota tan divertida que acaban de escuchar versa, es un suponer, sobre las muchas recetas de ortigas (tarta de ortigas, crema de ortigas, bistec de ortigas) que abundaban durante la guerra, o sobre un tal Salko, que sobrevivió a una turba de chetniks homicidas haciéndose el muerto y está ahora bailando allá al fondo; y entonces alguien lo señala: el enjuto y vigoroso superviviente, empapando la camisa con el sudor de la afortunada resurrección.

En la parte oficial de la velada se dedican alabanzas a la diversidad cultural, la tolerancia étnica y Alá, y se suceden los discursos de orgullo patrio, tras los cuales se proyecta un documental sobre el arte y la cultura del pueblo de BosniaHerzegovina, libres ambos de toda forma de inflamación cerebral. Un coro de chicos de estaturas y anchuras desiguales (algo

que siempre me recuerda al *skyline* de Chicago) se aplica con esfuerzo a la tarea de interpretar una canción tradicional bosnia pese a tener el oído y el acento alterados para siempre a causa de su adolescencia estadounidense. También bailan, los chicos, bajo la mirada aprobatoria de un profesor de baile bigotudo. Las chicas lucen pañuelo en la cabeza, pantalón bombacho de tacto sedoso y un chaleco corto que realza sus incipientes senos; los chicos llevan fez y pantalón de fieltro. Nadie entre el público se ha puesto jamás tales atuendos; la fantasía de los trajes regionales sirve para recordar un pasado majestuoso, despojado de maldad y pobreza. Yo participo en el ejercicio de autoengaño; de hecho, me gusta contribuir al mismo, puesto que al menos una vez al año soy un patriota bosnio. Al igual que todos los demás, disfruto de la inmerecida nobleza de pertenecer a una nación y no a otra. Me gusta decidir quién puede unirse a nosotros, quién se queda fuera y quién debe ser bienvenido cuando nos visita. El numerito de la danza también se hace, supuestamente, para impresionar a los posibles benefactores americanos, que se muestran mucho más proclives a desembolsar una aportación caritativa a la asociación bosnio-estadounidense si se les convence de que nuestra cultura no se parece en nada a la suya, para que puedan hacer gala de su tolerancia y contribuir a que nuestras incomprensibles costumbres se preserven para siempre, como una mosca atrapada en la resina, ahora que hemos alcanzado estas orillas y no vamos a regresar jamás.

El caso es que el 3 de marzo de 2004 me tocó sentarme junto a Bill Schuettler, el hombre que seguía el irregular e inconstante ritmo del baile dando golpecitos en su botella de cerveza vacía con una cuchara de postre. Las patrióticas gentes de la comisión organizadora pretendían que yo impresionara a Bill y a su esposa con mi éxito literario y encanto personal, puesto que los Schuettler estaban en la junta directiva de la Glory Foundation, y por tanto controlaban toda clase de gloriosos fondos. Bill no había leído mis artículos —de hecho, daba la impresión de no haber leído nada en

su vida aparte de la Biblia— pero había visto mi foto en el *Chicago Tribune* (¡dos veces!) y por tanto estaba convencido de mi importancia. Era un banquero cómodamente jubilado. Lucía un traje azul marino que le confería un halo de almirantazgo y dos relucientes gemelos, a juego con los anillos que adornaban las artríticas garras de su esposa. Ella se llamaba Susie y me caía bien. Cuando Bill se levantó a duras penas de la silla y se dirigió con paso tambaleante al lavabo, Susie me contó que había leído varios de mis artículos de opinión y que le habían gustado. Era asombroso, me dijo, lo distintas que se veían las cosas que conocemos bien a través de los ojos de un extranjero. Por eso le gustaba leer; para aprender cosas nuevas; había leído muchos libros. De hecho, le gustaba más la lectura que el sexo, dijo guiñándome el ojo con gesto cómplice. Cuando Bill volvió a la mesa y se sentó entre nosotros con ademán rígido, ella y yo seguimos hablando como si nos separara la rejilla de un confesionario.

Ambos rondaban los setenta años, pero Bill parecía listo para abrazar la muerte, entre las prótesis de las caderas, las indelebles manchas de la edad en el rostro y la urgencia por adquirir una cómoda plaza en la eternidad despilfarrando su dinero en causas caritativas. Susie, en cambio, no estaba lista para la infinidad de Florida; poseía la voraz curiosidad de una estudiante universitaria. Me colmó —a mí y a mi ego de preguntas, y no parecía dispuesta a darme tregua.

Sí, escribo los artículos en inglés.

Sí, pienso en inglés, pero también en bosnio. A menudo, no pienso en absoluto. (Se reía, echando la cabeza hacia atrás.)

No, mi mujer no es bosnia, es americana. Se llama Mary.

Sí, ya hablaba inglés antes de llegar aquí. Me licencié en Filología inglesa en la universidad de Sarajevo. Pero sigo aprendiendo.

Enseñaba inglés como lengua extranjera cuando *The Reader* pidió a mi jefa que les recomendara a alguien para disertar sobre las experiencias de los inmigrantes recién llegados a América. Me recomendó a mí, así que desde entonces escribo la columna.

No, no se llama «En el hogar de los valientes», sino «En la tierra de los libres».

Ya no enseño inglés como lengua extranjera, sólo escribo la columna para *The Reader*. No es que paguen demasiado, pero la lee mucha gente.

Tengo intención de escribir algo sobre un inmigrante judío al que la policía de Chicago mató a tiros hace cien años. Me topé con su historia mientras me documentaba para mis artículos.

He pedido varias becas para poder dedicarme a escribir el libro.

No, no soy judío. Mary tampoco lo es.

Tampoco soy musulmán, ni serbio, ni croata.

Soy complejo.

Mary es neurocirujana, trabaja en el Northwestern Hospital. Esta noche está de guardia.

¿Le apetece bailar, señora Schuettler?

Gracias.

Ser bosnio no implica pertenecer a una etnia en particular. Es una nacionalidad.

Es una larga historia. Mis abuelos llegaron a Bosnia después de que ésta fuera engullida por el imperio austrohúngaro.

Hará un siglo, poco más o menos. El imperio se desvaneció hace mucho.

Sí, resulta difícil comprender tanta historia. Por eso me gustaría escribir ese libro.

No, no sabía que la Glory Foundation concede becas a proyectos individuales. Me encantaría pedir una de esas becas.

Y me encantaría tutearte.

¿Te apetece bailar, Susie?

Llenos de brío, nos unimos a la danza, bastante estúpida pero sencilla, que consistía en formar un corro con los brazos en alto y moverse en sentido lateral, dos pasos a la derecha, un paso a la izquierda. Ella lo cogió enseguida, mientras que yo, distraído por la inesperada posibilidad de conseguir una beca, me hice un lío con los pasos y la pisé unas cuantas veces. Mi anciana acompañante

soportó con estoicismo mis agresiones rítmicas, hasta que casi le rompí un pie. Entonces abandonó el corro, dejó caer el zapato con una mueca de dolor y se alejó saltando a la pata coja. La media se le había arrugado en el dedo gordo del pie; tenía el talón pequeño y el tobillo hinchado. No acerté a coger sus manos, que agitaba sin cesar, pero me arrodillé para prestar la debida atención a su pie herido, que meneaba con frenesí, lo que no me ayudaba en absoluto. Cualquiera que nos viera pensaría que estábamos bailando desenfrenadamente, ella una especie de danza del vientre cojitranca, yo extasiado ante sus contoneos. Los bosnios aplaudían y gritaban de júbilo, y de pronto se disparó un flash.

Cuando miré hacia arriba, otro flash me cegó y no pude ver al fotógrafo. El corro de bailarines nos rodeaba, el suelo estaba resbaladizo a causa del sudor. Susie y yo éramos la sensación del momento. Un joven con la camisa medio desabotonada se postró de hinojos ante ella, se inclinó hacia atrás y sacudió su pecho peludo. Susie parecía haber pasado rápidamente del dolor al placer, y se libró del otro zapato para sucumbir descalza al orgiástico meneo de pectorales. Yo me escabullí del círculo, apremiado por una sensación de empalagosa imbecilidad.

Más tarde, todos los bosnios que integraban la comisión organizadora me felicitaron y colmaron de elogios por haber hecho pasar un buen rato a Susie, pues ahora que Bill y ella habían probado los extáticos placeres de la cultura bosnia, sin duda habría un enjundioso talón al caer. Se me pasó mencionarles mi intención de solicitar una beca individual, una perspectiva que latía en mi pecho como un corazón recién estrenado. Y es que, por aquel entonces, era mi mujer la que me mantenía. En mi país, el dinero tiene cara de hombre, pero Mary era la que llevaba un sueldo a casa, y me permito añadir que los neurocirujanos ganan mucho dinero. Yo contribuía de forma simbólica a la economía familiar de los Field-Brik con los parcos ingresos que me proporcionaban las clases de inglés, hasta que me despidieron, y lo poco que me pagaban por los artículos de opinión. Una hermosa beca fue

tomando forma en mi mente, una gloriosa subvención que me permitiría ahorrar a nuestro matrimonio los dispendios y esfuerzos de mi investigación y mis garabatos. Mientras la masa danzante se refundía en otro baile, empecé a planear un almuerzo tranquilo con Susie. Bill estaría ocupado en la iglesia, o en lo que quiera que fuese que malgastaba sus últimos años. Yo sacaría mi lado más encantador, le contaría anécdotas divertidas, desplegaría ante ella mi proyecto, mis ideas, mi corazón de escritor. Ella se mostraría atenta y aquiescente. En el momento adecuado, le regalaría quizás una foto del baile que nos unió. Ella se reiría, echando la cabeza hacia atrás, y yo me reiría con ella, o quizás incluso le tocaría la mano entre las copas de vino. Ella volvería a sentirse joven, y por tanto se encargaría de que mi solicitud de beca fuera aprobada, con lo que podría demostrarle a Mary que no soy un vago ni un holgazán, ni un indolente europeo del Este, sino una persona dotada de talento y potencial.

Les seré franco: no soy un tipo de voluntad férrea, ni tengo facilidad para tomar decisiones, y Mary bien podría dar fe de ello. Pero el Día de la Independencia de Bosnia me propuse de inmediato aplicarme a fondo en el cumplimiento de mi plan. Primero, necesitaba hacerme con la foto en la que salíamos Susie y yo, así que me puse a buscar al fotógrafo entre la multitud con no poca determinación. Entre los feces de color granate y los senos saltarines, entre las corbatas y mentes relajadas, entre el jaleo de los niños y los despojos de pastel bajo en colesterol, busqué la luz. Me abrí paso como pude entre la muchedumbre, apartando a ancianas y adolescentes a codazos, hasta que al final di con el fotógrafo ante una familia que posaba para él, cada sonrisa congelada por efecto de la expectación. Tras el fogonazo del flash, las sonrisas se desvanecieron y el retablo se disolvió, y allí me quedé yo, ante Rora.

Rora. La hostia puta. Rora.

Me pasa constantemente: me encuentro con personas a las que conocía de mi vida anterior, en Sarajevo. Gritamos de sorpresa; nos

besamos o nos damos una palmada en la espalda; intercambiamos información básica y cotilleos sobre conocidos comunes; nos prometemos solemnemente que quedaremos pronto o seguiremos en contacto. Después, siempre me siento abrumado por una aplastante oleada de tristeza, pues enseguida me doy cuenta de que fuese lo que fuese que nos mantuvo unidos en el pasado, se ha desvanecido casi por completo; nos limitamos a hacer gestos, a cumplir con el ritual del reconocimiento y a fingir que sólo nos habíamos apartado por dejadez. La vieja película del pasado común se desintegra cuando se ve expuesta a la luz de una nueva vida. También solía escribir sobre estas cosas.

El caso es que, cuando me di cuenta de que el fotógrafo era Rora, grité de sorpresa y fui hacia él para besarlo en la mejilla o darle una palmada en la espalda. Pero él se apartó, esquivando mi efusivo saludo, y se limitó a farfullar: *Šta ima?*, como si nos acabáramos de cruzar por la calle. Debo decir que su actitud me dejó sumido en la perplejidad. Me presenté.

—Soy Brik —le dije—. Fuimos juntos al instituto.

Él asintió, sin duda creyéndome idiota por pensar que me habría olvidado. Sin embargo, no tenía intención de abrazar el pasado y palmotearme afectuosamente la espalda. Sostenía su Canon con el flash apuntando hacia abajo, como un arma inútil. No era una cámara digital, y la incomodidad del momento me hizo fijarme en ese pormenor.

—No es una cámara digital —señalé.

—Te las sabes todas —ironizó—. No, no es una cámara digital, en absoluto.

La música se detuvo; los bailarines volvieron en fila india hacia sus respectivas mesas. Yo me veía obligado a persistir en aquel superfluo intercambio de impresiones. No podía irme sin más, no podía dejar atrás todo aquel asunto de la independencia y la cultura bosnias, el pasado encarnado en extraños, el presente en extranjeros, el deseo de camelarme a Susie Schuettler, el bailoteo y

el numerito de rodillas, el plan de fuga. Es curioso como, una vez empiezas a actuar, ya no puedes dejar de hacerlo.

—Ya veo que nunca abandonaste la fotografía —le dije.

—Volví a hacer fotos después de la guerra —replicó él.

Sabía por experiencia que, si se me ocurría preguntarle a un bosnio por la guerra —a mí, que me había marchado justo antes de que ésta estallara y me había perdido toda la juerga—, mi pregunta podría derivar fácilmente en un interminable monólogo sobre los horrores de la contienda y mi absoluta incapacidad para comprender cómo había sido en realidad. Me había mentalizado para evitar caer en tales trampas, pero en aquella ocasión pregunté:

—¿Estuviste en Sarajevo durante todo el sitio?

—No —contestó—, sólo durante los mejores momentos.

—Yo llegué aquí en la primavera de 1992 —revelé, aunque nadie me lo había preguntado.

—Tuviste suerte —repuso, y estaba a punto de replicarle cuando se le acercó toda una familia para pedirle una foto.

El robusto padre con sus gafas, la robusta madre bracicorta, las dos niñas no menos robustas con su brillante melena repeinada. Se colocaron lado a lado, adoptaron una pose rígida y descubrieron sus robustas dentaduras para la posteridad.

Rora.

Todos mis conocidos de Sarajevo habían entrado en mi vida décadas atrás. Toda esa gente podía volver a entrar en ella en cualquier momento, portando un pesado fardo de recuerdos banales. Rora y yo habíamos estado bastante unidos en el instituto. Durante el recreo, fumábamos en los lavabos de la tercera planta y luego arrojábamos las colillas a un conducto de ventilación que se había quedado sin rejilla. A veces, jugábamos a ver quién metía más colillas dentro. Rora solía llevar encima paquetes rígidos de Marlboro rojo, mucho mejor que la mierda que fumábamos nosotros, y que por motivos que ignoro siempre recibía el nombre de algún río yugoslavo proclive a las crecidas primaverales. Según la creencia general, nuestros cigarrillos estaban hechos con las hebras de

tabaco que se barrían del suelo de la fábrica al final de cada turno, mientras que los Marlboro rojos que se vendían en paquetes rígidos sólo podían haber llegado del extranjero. Sabían a abundancia, a la cosecha de la tierra prometida. Rora siempre estaba dispuesto a compartir su tabaco, no tanto por generosidad como para poder hablarnos de su último viaje al extranjero y enseñarnos fotos de otros países. La mayoría pasábamos las vacaciones con nuestros padres en aburridas poblaciones costeras y jamás nos atreveríamos a faltar a clase, ni mucho menos a cruzar la frontera solos. Lo de Rora era increíble: desaparecía de golpe, faltaba a clase sin el menor empacho y, por increíble que parezca, jamás le caía un reproche ni un castigo. Se decía que sus padres habían muerto en un accidente de tráfico y que vivía solo con su hermana, que no era mucho mayor que él. También circulaban toda clase de rumores menos plausibles: que si su padre había sido un espía del servicio de espionaje militar y que ahora vivía bajo la tutela de los antiguos compañeros de éste; que si era el hijo ilegítimo de algún pez gordo del comité central; que si él mismo era un espía. Ninguna de estas leyendas merecía demasiada credibilidad, pero si a alguien le iban que ni pintadas era a Rora. Siempre me ganaba al lanzamiento de colillas.

Nos hablaba de cuando había volado a Londres en la cabina de mando de un avión y cómo, al sobrevolar los Alpes, el piloto le había dejado coger los mandos durante un rato. En Suecia, había compartido cama con una mujer mayor que lo colmaba de regalos (solía abrirse la camisa para enseñarnos una cadena de oro macizo del grosor de un dedo). La mujer le dejaba conducir su Porsche y se lo habría regalado si él hubiese querido; nos había llegado a enseñar una foto del Porsche. En Milán, había ganado tanto dinero jugando al *gin rummy* que se había visto obligado a gastarlo en el acto, pues de lo contrario los tipos a los que había desplumado lo habrían matado. Así que se los llevó a todos al restaurante más caro del mundo, donde comieron ojos de mono fritos y brochetas de mamba negra, y de postre lamieron miel de los pechos de unas camareras despampanantes. Nos enseñó a modo de prueba una foto de la

catedral de Milán. Nosotros nos lo creíamos todo, aunque nos burláramos de sus historias, porque no parecía importarle que le creyéramos.

Lo único que recordaba y echaba de menos del Sarajevo previo a la guerra era aquella especie de tácita credulidad: todo el mundo podía ser cualquier cosa que afirmase ser. Cada vida, por muy imaginaria que fuera, podía ser refrendada por su legítimo y soberano propietario sin más prueba que su palabra. Si alguien te decía que había volado en la cabina de mando de un avión, o que había sido el gigoló adolescente de una dama sueca, o que había comido brochetas de mamba negra, resultaba fácil creerle. Podías decidir creer en tales historias porque eran buenas. Aunque Rora mintiera, aunque no siempre creyera que cuanto nos contaba había ocurrido, era la única persona a la que podía imaginar protagonizando tales hazañas. Era el único gigoló de cabina de mando amante de las brochetas de mamba al que conocía. Yo también tenía mi propia colección de historias inverosímiles, como todos nosotros, en las que intervenían las personas que me gustaría ser, muchas de ellas variaciones sobre el lamentable tema del escritor cínico e impasible. Además, las historias de Rora cobraban visos de realidad en nuestro compartido imaginario adolescente. Yo tenía elaboradas fantasías sexuales que incluían invariablemente a la dama sueca. Él vivía nuestros sueños; todos nosotros queríamos ser como él porque no se parecía a nadie que conociéramos.

Pasados los años de instituto nos distanciamos, porque Rora siempre estaba de viaje y yo me había convertido en un aplicado estudiante de Filología inglesa. Cuando me lo encontraba por la calle nos estrechábamos la mano, nos informábamos de que no se habían producido grandes cambios en nuestras respectivas vidas y luego él me describía someramente su último viaje. Yo seguía su periplo por toda Europa gracias al vago e incompleto mapa que iba trazando en mi mente, clavando banderolas de la Juventud de Sarajevo en las capitales europeas en las que Rora había arrasado jugando al ajedrez rápido y luego se había fundido el dinero en una banda de

músicos gitanos que tocaban noche y día como si les fuera la vida en ello, o en las ricas ciudades en las que había dado una lección a algún occidental altanero acostándose con su indolente mujer y su mimada hija en la misma noche, o en las poblaciones costeras en las que distraía a los turistas ofreciéndose para sacarles una foto mientras su socio carterista les birlaba el monedero. Cuando me hablaba de sus increíbles aventuras, experimentaba la excitación vicaria de enfrentarme al mundo con la insolencia y la ironía propias del alma bosnia. Además, por aquí asomaba una foto de los gitanos, por allá otra de la madre y la hija, y tampoco faltaba la de su colega Maron, el mejor carterista de Europa central.

Lo vi por última vez en marzo de 1992. Él acababa de volver de Berlín, yo estaba a punto de partir hacia Estados Unidos; todo se estaba viniendo abajo; hubo una extraña ventisca a las puertas de la primavera. Nos cruzamos en la calle mientras la nieve nos azotaba y gritamos para hacernos oír por encima del viento huracanado, como en un poema épico. Él llevaba un largo y elegante abrigo de pelo de camello, el cuello envuelto en una bufanda de lana de mohair, el pelo rizado alborotado por la nieve mojada. Se quitó los guantes de borreguillo para estrechar mi mano helada. Ambos estábamos bien, dadas las circunstancias; a nuestro alrededor, todo estaba empeorando por momentos; hacía un tiempo de perros, el futuro era incierto, la guerra segura; aparte de eso, todo seguía como siempre. Estábamos en plena calle, delante del majestuoso edificio de la compañía Energoinvest, y el frío me mordisqueaba los dedos de los pies, pero lo escuché mientras me contaba, sin que viniera demasiado a cuento, que en Berlín se dedicaba a vender trozos del muro a los turistas americanos sedientos de experiencias auténticas. Había pintado un muro de hormigón con tinta en spray y luego lo había reducido a escombros. Cuanto más grandes eran los trozos, más caros resultaban, y los de mayores dimensiones se vendían acompañados de un certificado de autenticidad firmado de su puño y letra. Casi se metió en un lío cuando la policía lo pilló en la calle, detrás de una pila de trozos del muro, con un buen fajo de dólares y

marcos alemanes en el bolsillo, regateando con una pareja de Indiana que cargaba mochilas vacías para llenarlas con cemento histórico. Se libró del lío diciéndoles a los polis que vendía réplicas, lo que, por increíble que parezca, les pareció bien tanto a los policías como a los americanos. Las últimas palabras que me dedicó eran una advertencia sobre Estados Unidos: «Allá cualquier cosa puede ser verdad», dijo, y luego se dio media vuelta y desapareció en medio de la tormenta, o así me gusta recordar la escena al evocarla, echando mano de la imaginación. En realidad, sin embargo, me acompañó hasta el cruce de Pofalići, donde cogió un taxi mientras yo esperaba el tranvía. En ambas versiones, Rora dejó caer un guante sin darse cuenta. Yo lo recogí y me lo llevé a casa, donde habría de desaparecer durante la guerra.

El subjefe de policía Schuettler asume de inmediato las tareas de investigación y ordena a sus hombres que busquen pistas y testigos mientras se dirige a la vivienda del jefe Shippy. En el recibidor de los Shippy sigue flotando un desagradable olor, mezcla de colonia, pólvora y sangre. La alfombra que recubre la escalera parece reptar hacia la oscuridad del piso superior. William P. Miller, el reportero estrella del *Tribune*, ya se encuentra en la sala de estar con un cigarrillo colgado entre los labios, ataviado al más puro estilo dandi, como de costumbre. Schuettler asiente a modo de saludo e intercambia unas palabras con el jefe Shippy, que hace una mueca de dolor mientras Foley le venda el antebrazo. Pasa con cuidado por encima del charco de sangre rojo escarlata, que se extiende como un oscuro océano sobre el claro parqué de madera de arce, y apoya los pies en la alfombra sobre la que yace el cuerpo del joven en decúbito supino. Recoge del suelo el sobre que el joven entregó al jefe Shippy. Lo abre, lee la nota que hay en su interior y lo guarda en el bolsillo. Miller se percata del gesto, pero no pregunta nada. La araña tintinea escandalosamente bajo los pesados pasos de alguien que camina en el piso de arriba. El techo es azul claro, como un cielo veraniego.

—Madre está muy disgustada —afirma el jefe Shippy.

En el bolsillo de la chaqueta del joven difunto, el subjefe descubre un billete expedido en el tranvía de la calle Doce, *lo que sugiere que el asesino residía en el gueto judío del South Side*, y otro del tranvía de Halsted, fechado a 1 de marzo, de lo que se deduce que había ido al North Side en misión de reconocimiento. Hay un trozo de papel arrancado de un calendario en forma de bloc

(fecha: 29 de febrero) con los siguientes números: 21-21-21-63; alrededor del 63 hay un círculo roto, y por encima de éste una equis. La primera deducción del subjefe Schuettler es que se trata de los números que el asesino sacó en alguna clase de lotería anarquista por la que se decidió cuál de ellos cometería el crimen. Sus sospechas se ven confirmadas cuando halla una bolsa de caramelos blancos muy similares a ciertas pastillas de veneno; es evidente que aquel joven estaba dispuesto a morir por su equivocada causa. El subjefe Schuettler encuentra asimismo, metido bajo la cinta interna del sombrero del anarquista, un trozo de papel basto con las siguientes anotaciones:

. *Mis zapatos son grandes*.
. *Mi habitación es pequeña*.
. *Mi libro es grueso*.
. *Mi sopa está caliente*.
. *Mi cuerpo es muy fuerte*.

Tales oraciones encierran, sin duda alguna, una descripción en clave de las fases de la conspiración homicida. Al subjefe tampoco se le antoja casual que el anarquista se haya afeitado meticulosamente, casi con toda seguridad aquella misma mañana, y que lleve el pelo bien cortado. Sus ropas se ven gastadas y sucias de barro, pero no huelen mal. Salta a la vista que se bañó no ha mucho.

—No es habitual entre los hombres extranjeros de tal jaez el cuidado de su aspecto —comenta el subjefe a William P. Miller—. Da la impresión de que no esperaba volver con vida.

—A mí me parece judío —apunta el jefe Shippy mientras Foley rasga el extremo de la venda con los dientes para anudarla. El subjefe desabotona los pantalones del hombre, los estira hacia abajo y luego hace lo mismo con su larga ropa interior. Al hacerlo, resbala en la sangre y los sesos y casi se cae sobre el cadáver, pero enseguida recupera el equilibrio.

—Pues sí que es judío —anuncia, inclinándose sobre la entrepierna del joven—. Sin la menor duda.

No negaré que sentía una punzada de curiosidad nostálgica, pero no me hacía demasiada ilusión ver a Rora más allá de la puntual celebración de nuestras raíces, independencia y desarraigo. No obstante, quería la foto en la que salíamos Susie y yo porque, en mi mente sobreexcitada, de aquella foto dependía que me concedieran la beca. En la fiesta, Rora había dicho que estaría encantado de que me la quedara. Yo me había ofrecido a comprarla en tono decidido, poniendo cara de farol, con la esperanza de que se negara a vendérmela y me la diera sin esperar nada a cambio. La tasó en la exorbitante cantidad de cien dólares, pero yo estaba dispuesto a pagarla. Dijo que me llamaría cuando la hubiese revelado. A lo mejor necesitaba el dinero; a lo mejor no me la podía regalar por una cuestión de principios. Y a lo mejor yo no tardaría en figurar como el pazguato de turno en una de sus historias, otro americano al que había endilgado una baratija sin valor alguno.

El caso es que, pocas semanas después —estábamos casi en mayo, lo sé porque había presentado la solicitud de beca el uno de abril y me disponía a invitar a Susie a comer—, estaba en el Fitzgerald, un pub irlandés de Andersonville, con un fajo de billetes de veinte en el bolsillo, notando el agradable cosquilleo de una vaga sensación de ilegalidad, contemplando la pared repleta de fotos de policías y bomberos que sostenían sus pintas de cerveza con estereotípico ademán. Lo de desayunar en el Fitzgerald había sido sugerencia mía, en buena medida porque se trataba del pub favorito de Mary, el lugar en el que honrábamos sus raíces irlandesas mediante la ingesta de cerveza negra. Rora llegó tarde, así que me angustié, como acostumbro a hacer, pensando que no se presentaría

a la cita. Cuando era niño y jugaba al escondite, más de una vez acabé buscando a mis compañeros de juego al anochecer entre los arbustos, en los sótanos y detrás de los coches, persiguiendo sombras mientras ellos se dejaban bañar por cariñosas madres, habiendo abandonado el juego sin molestarse en decírmelo. Por ese motivo, siempre que esperaba a alguien pasaba algún tiempo barajando la posibilidad de que la persona en cuestión no llegara a presentarse. A veces imaginaba que Mary no volvía del hospital, tan harta de mis ambiciones literarias y mi consiguiente precariedad laboral, que un buen día sencillamente decidía no volver del trabajo y me dejaba allí tirado hasta que se me hacía evidente que estaba harta de mi parasitaria existencia. En aquella ocasión, estaba sentado junto a la ventana del Fitzgerald, frente a un asiento vacío, esperando que Rora me diera plantón, anticipando la humillación por pura rutina. La camarera venía de vez en cuando para comprobar si conservaba la esperanza de desayunar acompañado. No debí decirle que estaba esperando a alguien.

Pero entonces lo vi bajando por la calle, alto y flaco, el pelo oscuro impecablemente ensortijado, luciendo una chaqueta de piel nueva y reluciente, gafas de sol reflectantes y de lo más *cool*. Su presencia destacaba entre los habituales a aquella hora de la mañana en Andersonville, dispuestos a emprender su misión diaria de alcanzar la perfección. Entonces lo reconocí. Es decir, al fin comprendí lo que siempre había sabido pero nunca había acertado a definir: Rora era un ser completo. Había concluido la tarea de convertirse en sí mismo mucho antes que cualquiera de nosotros pudiera imaginar siquiera que tal hazaña fuera posible. Huelga decir que lo envidiaba.

Flirteó con la camarera, dirigiéndose a ella en francés primero, luego en alemán. La chica era de Palos Heights, y por tanto indiferente a sus requiebros. Rora pidió una hamburguesa con queso muy hecha sin articular en ningún momento las palabras «por favor» ni «gracias». Yo quería un gofre pero no había, así que pedí una hamburguesa con queso, la carne al punto. Luego nos pusimos a

hablar de nuestras cosas a media voz y en bosnio. Rora había vivido en Edgewater durante muchos años; mi hábitat había sido el Uptown desde que me había casado con Mary.

—Es un milagro que no nos hayamos cruzado antes —le dije.

—¿Sabías que el mejor marisco fresco de la ciudad lo venden en la ferretería que hay al lado del Miracle Video? —preguntó él.

Rora conocía a un pescadero bosnio que suministraba criaturas oceánicas a los mejores restaurantes de Chicago. Los bosnios que querían pulpo fresco de Florida no tenían más que llamarlo y pasar a recoger el encargo en la ferretería, propiedad de un tal Mohamed. En la trastienda, justo debajo de las motosierras, se alineaban cubos repletos de pescado que aún aleteaba. El local olía a océano y a aguarrás.

Y entonces volví a tener aquella sensación familiar que asociaba con los lavabos del instituto: por un momento, parecía que este mundo gris, disciplinado e impersonal podía dar cabida a exquisitas aberraciones como la brocheta de mamba negra o aquella ferretería en la que se vendían pulpos en cubos. Haciendo gala de mi recién adquirido sentido común americano, lo desafié, sugiriendo que quizás estaba cargando las tintas, pero él se limitó a proponer con toda serenidad que fuera a la ferretería en aquel mismo instante para comprobarlo por mí mismo. Me negué a hacerlo, como es natural, y decidí creerlo. Tampoco necesitaba una foto a modo de prueba, porque veía la ferretería por la ventana.

Las hamburguesas llegaron, en todo su grasiento esplendor. Yo seguí hablando de naderías entre bocado y bocado. Engullimos un café tras otro, hasta que llegó un momento en que no podía estarme quieto en la silla. Le conté mi historia: ya estaba en América cuando estalló la guerra; había hecho un poco de todo, hasta que al final había empezado a enseñar inglés como lengua extranjera. Entonces le hablé de mis artículos; le dije que escribía sobre las experiencias de mis estudiantes, no muy distintas de las mías: buscar trabajo, obtener el carné de la Seguridad Social, conseguir un piso, pedir la nacionalidad, convivir con los americanos, digerir la nostalgia, esa

clase de cosas. Mi columna tenía bastantes lectores, aunque me pagaban una miseria por escribirla. A la gente le gustaba porque era sincera y personal, y mi peculiar uso de la lengua les resultaba entrañable. Tres años atrás me había casado con una americana, una tía fantástica.

Era el mismo discurso que soltaba a menudo en respuesta a quienes, en medio de una cena, tenían por costumbre deshacer los silencios incómodos formulando preguntas raras. Nunca se me habría ocurrido que pudieran importarles los pormenores, así que jamás había explicado que Mary y yo nos habíamos conocido en una noche para solteros en el Art Institut, donde la soledad, siendo como es un sentimiento transnacional, nos había unido. Nos emborrachamos bastante, Mary y yo, nos sentamos en la escalinata de mármol y disertamos con lengua estropajosa sobre la vida, el arte y la poesía. Yo la impresioné destrozando a Larkin («En cada uno de nosotros yace un sentido de la vida amada según lo vivido»), y luego estuve en un tris de cagarla hasta el fondo intentando meterle mano antes de tiempo. Por suerte, ella estaba lo bastante piripi para mostrarse indulgente. Nos dirigimos con paso tambaleante hacia el lago, oportunamente mecido por mansas olas, y nos sentamos en la arena de la playa de Oak Street hasta que los polis nos informaron de que había llegado el momento de irnos a casa. Nos fuimos a la suya. Un año más tarde, me declaré delante de los imponentes nenúfares de Monet. Ella estaba preciosa; yo contuve el aliento; seguíamos solos; ella dijo que sí. Nuestro primer hijo se llamaría Claude o Claudette, o bien Cloud y Cloudette,[1] bromeamos. Cuando hacía sus estofados, Mary se ponía un delantal con estampado de nenúfares. A veces tenía la sensación de que todo lo nuestro era fruto de mi imaginación.

Los inquisidores de las fiestas solían deleitarse con la perfecta evolución de mi aventura como emigrante. Muchos se lanzaban entonces a recordar a tal o cual antepasado que había seguido los mismos pasos tras su llegada a América: desarraigo, penalidades, redención, éxito. Nunca encontraba el valor suficiente para

explicarles que me habían echado de mi puesto de profesor y que Mary tenía que mantenerme, o poco menos. A ella también le gustaba oír el relato de mis andanzas, pues su familia se había visto obligada a abandonar su Irlanda natal para empezar de nuevo en un país ajeno, pero yo sabía que le decepcionaba el hecho de que mi fase de éxito pareciera haber quedado en suspenso. No obstante, siempre enviaba los recortes de mi columna por correo a sus padres, que vivían en Pittsburgh y los colgaban diligentemente en la nevera. Ella les daba a entender que yo poseía un gran talento y que algún día escribiría un libro magnífico. Ellos, mis suegros, no veían el momento de que lo hiciera. Creo que se habían convencido de que no quería tener hijos hasta haber terminado el libro, y se morían de ganas de tener nietos. En cualquier caso, Mary era fantástica, un gran apoyo para mí. Yo era muy feliz, le aseguré a Rora, porque ella era fantástica, mi Mary Field. Era una cirujana que jamás lloraba por los pacientes muertos. Y su familia también era fantástica. Eran estadounidenses de ascendencia irlandesa.

Rora me habló de un irlandés al que había conocido durante la guerra. Se llamaba Cormac, y Rora se había topado con él en el Túnel, donde ambos se habían quedado encerrados porque una gran caja de botellas de vino se había roto en algún punto de la oscuridad que se extendía ante ellos. Mientras los contrabandistas rescataban el vino destinado al mercado negro, ellos dos esperaron charlando. Cormac se disponía a entrar en Sarajevo por primera vez. Su plan era organizar una visita papal a la ciudad sitiada. Se sentaron en el suelo frío, en la sepulcral oscuridad que olía a barro y a mugre, y Cormac le dijo que ya había hablado con el papa por teléfono y que Su Santidad había accedido a viajar hasta Sarajevo con una sola condición.

—En cuanto salimos del túnel le saqué una foto cojonuda —dijo Rora—. Se le ve toda la cara cubierta de barro, sonriendo como un loco, feliz por haber salido de las catacumbas.

Yo no acertaba a ver la relación entre lo que acababa de explicarle a Rora (¿qué era?) y la anécdota del papa, pero por

supuesto quería saber qué condición había puesto Su Santidad. La camarera dejó la cuenta sobre la mesa, y antes de pasármela, Rora le dijo:

—Oye, esto es demasiado. ¿Podemos negociar?

La camarera parecía cansada y abatida, y su pelo rubísimo parecía empeñado en escapar al par de clips que lo sujetaban, pero aun así le sonrió. Era un gran seductor, Rora. En mi país, los seductores solían ser tan endémicos como lo son ahora las minas de tierra.

—¿Cuál era la condición?

—¿Qué condición?

—La del papa.

—Ah, que se acabara la guerra —respondió Rora—. Cormac había venido a Sarajevo para decirle a sus gentes que, si dejaban de matarse, el papa vendría a hacerles una visita de un par de días.

—¿Cómo consiguió que el papa se le pusiera al teléfono?

—El número se lo pasó el cantante ese, Bono. Se ve que es íntimo del papa.

Después de desayunar, Rora quería más café. Nos fuimos al Kopi Café, un lugar que olía a pachulí y tés de las antiguas colonias. Yo ya estaba a punto de explotar de tanta cafeína, pero no podía negarme porque aún no había conseguido la foto. Un camarero bobalicón, con los brazos cortos y destrozados por una psoriasis de lo más barroca, vino a tomar nota. Rora pidió un *espresso* doble para cada uno de nosotros y, en un tonillo impertinente, le dio una precisa lista de instrucciones sobre cómo prepararlos. El camarero lo escuchó atónito, dando golpecitos con el bolígrafo en el bloc de notas, hasta que Rora le ordenó en tono desabrido:

—Apúntelo.

Un hombre vestido con andrajos temblaba en un rincón; un *yuppie* con el traje chaqueta de rigor pidió un *grand latte*; la máquina del *espresso* silbaba como un géiser. En un estante de la pared había libros de viajes sobre tierras lejanas: España, Noruega, Suazilandia, China, Nueva Zelanda, Irlanda.

¿Qué podía hacer? Me tomé mi *espresso* aguado (era evidente que el camarero había hecho caso omiso de las instrucciones de Rora) y, con manos temblorosas, le pregunté al fin por la foto. No dije para qué la quería. La había revelado en blanco y negro, y en ella se hacía evidente la rematada absurdidad del trance: yo aparecía arrodillado como un caballero patoso ante una dama de edad provecta, tocando su apergaminada rodilla con mi mano izquierda. Debo decir, no obstante, que salí muy favorecido. Me atrevería incluso a añadir que tenía un gesto noble. Había algo de sincera inocencia en mi rostro tras la máscara de pánico. Estaba seguro de que la foto le gustaría a Susie, y el hecho de que fuera en blanco y negro le daba al conjunto un aire antiguo y sabio, como si perteneciera a un mundo diferente, extinto y por tanto mejor. A mí me encantó la foto, es decir, me encantó cómo salía en ella, cómo me veía a mí mismo. Le pedí el negativo.

—Aún no me has pagado —repuso.

—No me has dado el negativo —le recordé.

Me lo dio; le pagué. Inclinándose hacia delante, me escrutó el rostro, como si tratara de averiguar qué tal quedaría en un retrato.

—Me gustaría hacerte fotos, Brik. Quedarías bien —me aseguró.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Cada rostro es un paisaje. Además, puede que un día de estos te pidan una foto para tu columna. O quizás la necesites cuando vayan a publicar tu libro.

Aparte de reunir el valor suficiente para llamar a Susie Schuettler, no tenía nada mejor que hacer. A lo largo de la semana siguiente, posé para Rora como un auténtico turista delante de varios monumentos de Chicago: la escultura de Picasso, el Art Institute, el edificio Hancock, la Milla Magnífica. También visitamos algunos callejones oscuros y angostos y varios parques alegres, y luego dimos un paseo hasta la playa de Oak Street. Hacía frío; el lago presentaba ese color de liquen que lo tiñe cuando el viento sopla del noroeste. Confieso

que perseguía la nobleza visible en la foto del caballero arrodillado mientras posaba con gesto pensativo, frunciendo el ceño, tiritando de frío, contemplando la línea del horizonte sobre las aguas. En un perfil meditabundo, cavilaba sobre la inabarcable eternidad que sugería el lago. Sentado en el espigón, me concentraba en mi propia musculatura facial, en la inclinación de la barbilla, en los labios, apenas entreabiertos para sugerir una sagaz apostilla sobre la mortalidad. La experiencia podría haber resultado atroz, con las miradas y comentarios de todos los que pasaban haciendo jogging, sobre todo porque yo no paraba de preguntarme a mí mismo qué demonios estaba haciendo allí. Podría haber sido doloroso, si no fuera porque Rora no paraba de contar anécdotas con obstinado desinterés, como si quisiera devolverme el favor ilustrándome y entreteniéndome. Ni una sola vez me preguntó sobre mi vida, planes o experiencias, pero yo recordaba que así era entre los bosnios: nadie te preguntaba nunca nada, y tenías que hacerte oír si querías contar tu historia. Rora hablaba entre dientes, tragándose las vocales y arrastrando las consonantes, con ese particular deje de Sarajevo. A mí me encantaba cómo sonaba. Siempre me recordaba al leve traqueteo del primer tranvía que pasa en un día de primavera, cuando el aire está lo bastante húmedo para amortiguar los sonidos de la ciudad.

Él era un chico de la Baš Čaršija, se había criado en la parte vieja de la ciudad. La suya era una antigua familia de mercaderes musulmanes que siempre había vivido en Sarajevo y regentado comercios allí. Nadie de la familia había contraído matrimonio con alguien nacido fuera de la ciudad, así que no tenían parientes en el campo.

—No soporto la naturaleza —confesó Rora mientras yo me inclinaba hacia la cámara desde la copa de un árbol verdeante—. No sabría distinguir a una vaca de un cordero —añadió—. Por lo que a mí respecta, ambos son animales salvajes.

Rora tenía diez años cuando sus padres murieron. Una tía se hizo cargo de él y de su hermana. Azra, la hermana, era una niña buena

y obediente que iba a la escuela, estudiaba y ayudaba a su tía con las tareas domésticas, pero Rora se limitaba a dormir y comer, según él mismo confesaba. Fue la Čaršija la que lo crió. Empezó a fumar con once años; a los doce ya ganaba su buen dinero jugando a las cartas. A veces, engatusaba a la hermana para que participara en sus travesuras. En cierta ocasión, llenaron de agua los zapatos que los creyentes habían dejado a las puertas de la mezquita y luego se quedaron viendo cómo los hombres chapoteaban y resbalaban en el patio del templo. De adolescente, había conducido a más de un turista despistado hasta una entrada lateral de la mezquita Gazihusrevbegova, y una vez allí les había hecho dejar los zapatos, chaquetas y cámaras, so pena de infringir la ley coránica. Les prometía que cuidaría de sus pertenencias pero, tan pronto como los turistas entraban en el templo, se esfumaba con el botín y los dejaba vagando descalzos por las calles adoquinadas. Luego se lo vendía a Rambo, que a sus veinte y pocos años era ya un avezado delincuente de la Čaršija e hijo del que fuera el mejor amigo del padre de Rora. Al poco de estallar la guerra, Rora se había apuntado a la unidad de Rambo, porque era una de las pocas en Bosnia que poseía armas. Antes de la guerra, había ofrecido sus servicios a numerosos extranjeros que querían hacerse una foto en los escenarios de la gloriosa historia de Sarajevo. Solía guiarlos por la ciudad y sacarles fotos delante de sinagogas del siglo XIV, iglesias del siglo XV y mezquitas medievales que, en realidad, se habían levantado cien años atrás. Recreaba con todo lujo de detalles sangrientas batallas que jamás habían tenido lugar, arrancaba lágrimas a los turistas relatándoles leyendas que, según aseguraba, todos conocían en la ciudad, como la de los dos jóvenes amantes que se habían arrojado desde lo alto del minarete, o la del bazar en el que, según se decía, las prodigiosas manos de un joven llamado Ahmed tejían alfombras mágicas, hasta que un día tejió una alfombra para sí mismo, salió volando hacia tierras lejanas y nadie volvió a verlo. A los turistas les pirraban los fantasmas; aquellas

leyendas los animaban a sacar los monederos de las riñoneras y colmarlo de propinas en divisas fuertes.

Aquella experiencia como guía y fotógrafo le fue de gran ayuda en 1994, cuando escapó al sitio de Sarajevo por el Túnel. Se fue a Medjugorje como acompañante de un periodista del *Washington Post* que quería escribir un artículo sobre las decenas de miles de peregrinos que viajaban hasta allí para ver el lugar en el que la Virgen supuestamente se había anunciado a un grupo de inocentes pastorcillas (enfrascados en la búsqueda de la eterna salvación, los buenos cristianos no se percataban de la matanza de musulmanes que tenía lugar a escasos kilómetros de allí). Así que Rora acabó en Medjugorje, haciéndose pasar por un croata católico que atendía al nombre de Mario. Hablaba unas cuantas lenguas y nunca se apartaba de su cámara, así que empezó a ganarse la vida conduciendo a los rebaños de fieles hasta el lugar en el que las pastorcillas habían visto a la Madre de Dios. Luego les sacaba fotos en pleno éxtasis espiritual. Por descontado, Rora había oído hablar de Jesucristo —Isus Krist—, pues se trataba de un personaje famoso, como Madonna o Mel Gibson, pero nunca había pisado una iglesia, sabía muy poco de teología cristiana —o de cualquier otra religión, a decir verdad— y el tema no podía importarle menos. Sin embargo, los vacuos rituales litúrgicos y el palabrerío de consuelo espiritual eran fáciles de aprender, y tardó cerca de día y medio en dominar la práctica de la exaltación religiosa. Los turistas lloraban bajo la cruz mientras Rora declamaba las cuatro ideas que había cogido del folleto de turno, con algún que otro adorno de cosecha propia. Aquellas buenas gentes llegadas de Filipinas, Irlanda y México adoraban el numerito e, imbuidas del espíritu cristiano, lo premiaban con generosas propinas.

Un día, le tocó guiar a un pelotón de ancianos peregrinos estadounidenses recién llegados de Indianápolis. Gracias a su experiencia como gigoló y su inglés con acento de la Čaršija, se los metió a todos en el bolsillo sin apenas pestañear. Una vez llegaron al lugar de la anunciación y echaron la lagrimita de rigor, los peregrinos

imploraron a Rora que encabezara la oración en su propia lengua, lo que implicaba una propina del tamaño de Indiana. Rora había oído rezar a otros, sabía que Isus Krist figuraba en todas las oraciones y conocía bien la letanía, pero no se sabía ninguna oración de memoria. No obstante, se postró de hinojos, unió las palmas de las manos, inclinó la cabeza y, convertido en el vivo retrato de la piedad, rezó:

liva patka preko Save
sus Krist
osi pismo navrh glave
sus Krist
tom pismu piše
e volim te više

Cuando yo era pequeño, había una clara división de tareas entre mis padres: él me contaba historias de su niñez de cuento de hadas, poblada por astutos animales domésticos, mientras que ella me enseñaba canciones y versos infantiles. Una de aquellas canciones versaba sobre un pato que cruzaba el río Sava con una carta en la cabeza que ponía «Ya no te quiero», *Ne volim te više*. Aquella carta siempre me dejaba sumido en la perplejidad, y pasaba noches en blanco empeñado en su exégesis: ¿Por qué la llevaba el pato en la cabeza? ¿Qué significado tenía el río? ¿Quién sería el destinatario de la carta? ¿Quién había dejado de ser querido? La oración de Rora reproducía la letra de aquella canción infantil, con la incongruente incorporación de *Isus Krist*, y fue mientras escuchaba aquella anécdota que comprendí la intrínseca crueldad de la misma, que en mi mente iba ligada a la intrínseca crueldad del culto al señor Cristo.

Porque entonces recordé los tiempos en los que mis abuelos me obligaban a ir a la iglesia. Los abuelos vivían en la campiña bosnia pero conservaban sus costumbres ucranianas, y mis padres solían mandarme a pasar el verano con ellos, lejos de Sarajevo. Lo único que yo quería hacer era leer, pero a menudo tenía que ayudar en las

tareas de la granja, dar de beber a las vacas o salir a buscar al abuelo, que se internaba en los campos y no sabía volver a casa. Los domingos por la mañana tenía que levantarme al alba, ponerme pantalones largos, camisa blanca y corbatín para acompañarlos caminando hasta la iglesia, a la que cuatro empinadas colinas separaban de casa de los abuelos. En la iglesia, sólo los ancianos podían sentarse, por lo que debía permanecer de pie pese a la sed, el cansancio y el aburrimiento, con los pies doloridos y los calzoncillos sudados y metidos en el culo. Lo peor de todo era aquel ambiente fúnebre, aquella enfermiza solemnidad. El coro gimiendo canciones de sufrimiento, crucifijos por todas partes, cirios consumiéndose ante los iconos, tiznando las paredes de humo, las manos de los fieles más ancianos temblequeando sobre la empuñadura de sus bastones, los más jóvenes arrodillados, gruñendo de dolor en las articulaciones. Todo en aquella iglesia llevaba a pensar en la muerte, una asfixiante, ciega, sorda y putrefacta muerte ataviada con gruesas ropas. Más de una vez me hice pis en los pantalones (¿por qué no hay lavabos en las iglesias? ¿Acaso no tenía vejiga el señor Cristo?). Al menos en una ocasión, perdí el conocimiento. También llegué a vomitar y sangrar por la nariz, pero jamás encontré el menor atisbo de compasión, y es que todo sufrimiento resultaba insignificante comparado con el del gimnasta crucificado, y a nadie le importaba mi bienestar. Recuerdo que solía tener pesadillas durante una semana entera. Por teléfono, les suplicaba a mis padres —agnósticos y comunistas— que me protegieran del celo espiritual de los abuelos, pero jamás lo hacían, pues los peligros a los que me exponía quedándome solo en casa mientras ellos acudían a misa, con todos los cuchillos, cerillas y herramientas de jardinería a mi alcance, les preocupaban bastante más que mi martirio. Concedían mucha más importancia a mi integridad física que a la espiritual. Mi salvación llegó cuando descubrí que podía colar libros en la iglesia. Con todos los fieles dándome la espalda, en el rincón más oscuro del templo, forzaba la vista para leer, pongamos, *A través del desierto y de la selva*, y me

imaginaba vagando por los inmensos, luminosos, dominios de la libertad mientras todos los demás reconocían sus pecados y meditaban sobre la fragilidad de su terrenal existencia. El libro no sólo tenía la virtud de conjurar mis molestias físicas, sino que el hecho de disfrutarlo a escondidas de todos los fieles arrodillados me proporcionaba un inmenso placer. Por eso aprecié de un modo especial —con una intensidad orgásmica, de hecho— la imagen de los peregrinos estadounidenses orando de rodillas, ajenos al mundo y esforzándose por imitar el ensalmo de Rora, el pato sin amor que se deslizaba lentamente sobre las aguas del río.

Cuando Rora me contó la anécdota del pato y los peregrinos estábamos haciendo fotos por el Uptown: las tiendas cutres de vinos y licores; el herrumbroso paso elevado del ferrocarril en Lawrence; los macarras de las bandas callejeras, paseándose con los pantalones a medio bajar, en ademán chulesco; el Uptown Theater, precintado con tablones; los viejos y decadentes hoteles que habían pasado a ser centros de reinserción social y clínicas psiquiátricas; las hordas de lunáticos vagando por las calles, alucinados y babeantes.

—Desde el 11-S, estos locos se han vuelto tan patrióticos como cualquier hijo de vecino —apunté.

Y es que aquellos tipos lucían pequeñas banderas estadounidenses insertadas en el pelo enmarañado. Había uno que iba descalzo con una pegatina pegada en la frente que rezaba «Unidos permanecemos», sus múltiples personalidades aunadas en la lucha contra el terror. La fe y el engaño son hermanos incestuosos.

—En Sarajevo había un loco —dijo Rora— que, en pleno sitio, salía a hacer jogging por toda la ciudad apenas aminoraban los disparos. En camiseta interior y pantalones cortos de color rojo, corría como alma que lleva el diablo, y la gente intentaba detenerlo para salvarle la vida porque los chetniks nunca dejaban de disparar del todo, pero nadie podía atraparlo, era muy rápido. Se metía un

limón de plástico en la boca, y cuando no tenía limón se ponía a gritar como un poseso. Si le preguntabas por qué lo hacía, contestaba que se estaba entrenando para los juegos olímpicos. Y un buen día —continuó Rora— cruzó la pista del aeropuerto a la carrera junto con un montón de personas bajo una lluvia de balas de la UNPROFOR y los chetniks. Pero unos y otros apuntaban al grupo, y él iba bastante por delante con su limón de plástico en la boca, así que llegó al otro lado sano y salvo. Luego se fue corriendo hasta Kiseljak, y ahora está viviendo en Saint Louis —concluyó.

Mientras bajábamos por la calle Lawrence, un autobús arrojó una pandilla de estudiantes de instituto justo delante de nosotros. No acertaba a entender sus berridos. Las únicas palabras inteligibles que llegaron a mis oídos fueron «Sí, porque, o sea». Los chicos se dirigieron a la entrada del ferrocarril elevado. Dos de ellos, uno de los cuales lucía una camiseta de la selección de fútbol mexicana, saltaron por encima del punto de control sin molestarse en introducir la tarjeta de abono y luego subieron la escalera a grandes zancadas. Los demás chicos chillaban de pura excitación, y sus gritos fueron a más cuando oyeron el tren circulando por encima de sus cabezas y luego deteniéndose en la estación.

—No te muevas de ahí —me ordenó Rora, y me empujó hasta que me quedé mirando la cola de chicos que esperaban para comprar billetes en las máquinas de venta automática de la estación —. Ahora mira a la cámara. Ladea un poco la cabeza, eso es. No los mires a ellos, mira a la cámara. Bien.

Yo quería que mi futuro libro hablara del inmigrante que escapó del pogromo de Kishinev y llegó a Chicago para morir a manos del jefe de policía de la ciudad. Quería sumergirme en el mundo tal como había sido en 1908, quería imaginar cómo vivían entonces los inmigrantes. Me encantaba investigar, perderme entre diarios, libros y fotos de la época y luego enumerar hechos curiosos como si tal cosa. Debo admitir que no me costaba demasiado identificarme con aquel inmigrante y sus penalidades: trabajos precarios, viviendas más precarias aún, la adquisición de una nueva lengua, la logística

de la supervivencia, el enaltecimiento de la adaptación social. Tenía la sensación de saber en qué consistía aquel mundo, qué era lo importante en él. Sin embargo, cuando escribía sobre ello, lo único que conseguía era un desfile de figuras de papel recortadas, disfrazadas para la ocasión, que interpretaban actos de gran valor simbólico: se les colmaban los ojos de lágrimas al avistar la estatua de la Libertad, arrojaban al fuego sus ropas autóctonas infestadas de piojos, sacrificadas en el altar a cambio de una nueva identidad, tosían con gesto patético grandes coágulos de sangre tísica. Conservaba aquellas páginas, pero me estremecía sólo de pensar en volver a leerlas.

Por supuesto, le había contado a Mary todo lo del libro antes de tener algo que enseñarle. En mi país, da mala suerte hablar de los propios sueños con tu mujer pero, como siempre, yo quería impresionarla. Y Mary, como siempre, no dudó en apoyar mis ambiciones literarias, aunque la mujer sensata y amante de la precisión que había en ella no pudo evitar poner grandes reparos a la historia que le esbocé. La idea de un Lázaro que luchaba por volver a nacer en América le resultaba un poco pretenciosa. Sobre todo, puntualizó, habida cuenta de que no tenía motivos para quejarme de mi propia experiencia en suelo americano. Había que saber mucho de historia para escribir sobre la misma. ¿Y cómo podía novelar sobre los judíos si yo mismo no lo era? Me resultaba demasiado fácil imaginar que mi libro era un fracaso absoluto y que Mary me dejaba por un anestesista de éxito cuyas cejas había admirado largamente desde el otro lado de la mesa de operaciones. Intentaba con todas mis fuerzas no pensar en el proyecto Lázaro, como si mi matrimonio dependiera de él. Pero, por descontado, cuanto más intentaba evitarlo, más pensaba en él y más necesitaba hacerlo. Y ahora la beca de Susie planeaba sobre un horizonte de gloriosas posibilidades.

Así pues, necesitaba desesperadamente hablarlo con alguien. Tras una larga mañana posando y escuchando a Rora, no pude seguir mordiéndome la lengua. Habíamos entrado a tomar café en

un Starbucks recién inaugurado que olía a pintura tóxica fresca y a un fantástico *capuchirle*. Atiborrados de cafeína una vez más, le hablé de Lázaro Averbuch, su corta vida y su larga muerte. Después de que Shippy lo matara, se desató la histeria colectiva en Chicago, porque seguía muy vivo el recuerdo de la masacre de Haymarket y el juicio y posterior ejecución de los supuestos anarquistas acusados de aquel derramamiento de sangre. Había también el precedente del asesinato del presidente McKinley a manos de un húngaro que se proclamaba anarquista. América estaba obsesionada con el anarquismo. Los políticos echaban pestes de Emma Goldman, la líder anarquista. Se referían a ella como la Reina Roja y «la mujer más peligrosa de América», y la culpaban de los asesinatos de varios monarcas europeos; los predicadores patrióticos arremetían contra los pecaminosos peligros de la inmigración desenfrenada y lo que consideraban ataques a la libertad y el cristianismo americanos. Los editoriales lamentaban la debilidad de unas leyes incapaces de impedir que la pestilencia anarquista llegada de fuera se reprodujera como un parásito en el cuerpo político americano. La lucha contra el anarquismo se parecía en no pocos aspectos a la actual guerra contra el terror. Hay cosas que no cambian. Se reformularon las leyes de inmigración; se persiguieron y deportaron a los sospechosos de anarquismo; abundaban los estudios científicos sobre la degeneración y criminalidad intrínseca de ciertos grupos étnicos. Yo me había topado con la ilustración de un editorial en la que una furibunda estatua de la Libertad despachaba de una patada una jaula repleta de degenerados anarquistas de tez oscura y aspecto sanguinario que blandían cuchillos y bombas.

No estaba muy seguro de que Rora estuviera atento a mi monólogo, pues no decía nada, no hacía preguntas. Sin embargo, le conté la historia de Wawaka, una ciudad de Indiana cuyos habitantes recibieron una carta en la que se les amenazaba con la destrucción total si no se avenían a pagar la suma de setecientos cincuenta dólares. La carta se había enviado desde Brooklyn y estaba firmada por unos supuestos «Anarquistas», así que la

pequeña población se levantó en armas y salió a buscar extranjeros con los que ensañarse. No lograron dar con ninguno en Wawaka, por lo que detuvieron a varios trenes que pasaban por allí, y que en circunstancias normales no se hubiesen detenido, hasta que consiguieron linchar a un par de desdichados jornaleros mexicanos.

Rora tomó al fin la palabra para hablarme de un bosnio al que la policía de San Francisco había matado no hacía mucho. El hombre estaba fumando en el patio de un Starbucks para no fumadores y se había negado a abandonar el local hasta haber terminado el cigarrillo. Cuando llegaron los polis con las sirenas, los chalecos antibalas y las gafas de sol, les dijo en un bosnio cortés y comedido que estaría encantado de marcharse, pero sólo después de fumarse el pitillo. Nadie lo entendía, y no podían esperar a que alguien les hiciera de intérprete. En su presuroso afán por hacer cumplir la ley y el orden —pues es sabido que la ley y el orden no tienen tiempo que perder—, lo mataron por asfixia ante un apático coro de sanos engullidores de *grand latte*. Se llamaba Ismet; había estado en un campo serbio que se cerró al terminar la guerra. Rora conocía a su hermana.

Lázaro llegó a Chicago como un refugiado, como superviviente de un pogromo. Debió de ver cosas horribles. Puede que perdiera la chaveta. ¿Estaba enfadado cuando se presentó en la casa de Shippy? ¿Quería decirle algo? Tenía catorce años en 1903, cuando el pogromo. ¿Lo atormentaría aquel recuerdo en Chicago? ¿Acaso era un superviviente que había resucitado en América? ¿Tenía pesadillas sobre su pasado? ¿Leía libros que prometían nuevos y mejores mundos? Me perdía entre especulaciones y divagaciones. Rora sorbía su quinto *espresso*. De pronto, se me ocurrió proponer que cogiéramos el coche y nos diéramos una vuelta por la calle Maxwell para ver los lugares en los que Lázaro había vivido. Añadí que quizás le apetecería sacar alguna foto.

—¿Por qué no? —contestó Rora.

Se decidía rápidamente, sin vacilaciones.

Cruzamos varios puentes levadizos de camino a la calle Maxwell, nos detuvimos ante arbitrarias señales de stop, dejamos atrás unos espantosos almacenes que se convertirían en espantosos *lofts*; seguimos a un camión de Peoples Energy hasta el New Great Neighborhood de Chicago, edificado sobre lo que en tiempos fuera el gueto. No quedaba el menor rastro de la época de Lázaro. Entre los edificios de fachada acristalada y las ruinosas agujas de las iglesias, se alzaban los colosales esqueletos de las grúas. Los templos del dinero ocupaban el emplazamiento del antiguo mercado de la calle Maxwell, donde, en tiempos de Lázaro, los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía y el líquido resultante de la putrefacción se coagulaba en las alcantarillas, donde las calles eran un hervidero de gente y los cotilleos volaban. Muchos niños se criaron en aquel lugar; muchas familias vivieron en distintas plantas de una misma casa de vecindad, divididas por generaciones, pese a lo cual morían a menudo sin respetar el orden natural: los niños primero, los abuelos en último lugar. Allí, la lengua inglesa que enseñaban caritativas damas americanas asiduas de la iglesia se había transformado en labios de sus estudiantes en un sonoro revoltijo de inflexiones del Viejo Mundo. Allí, visionarios, socialistas y anarquistas se apostaban en las esquinas a la espera de sus respectivos mesías, perorando todos ellos sobre un futuro mejor e inminente. Y allí estaba el futuro, había llegado ya. Allí estaba el vacío del progreso rentable; allí estaba. Enfilamos la calle Roosevelt, antiguamente conocida como calle Doce. Lázaro se había alojado en ella, junto a su hermana Olga, en una hacinada casa de vecindad. En su lugar, había ahora anodinos aparcamientos sembrados de chatarra, cagaderos portátiles y tristes hierbajos. Más allá de Ashland, justo antes de llegar a la flamante nueva cárcel del condado de Cook, se arracimaban las vallas sin sentido y las casas expropiadas; delante de las únicas dos viviendas que habían resistido a la expropiación general había dos coches aparcados y completamente roídos por la herrumbre. Hacia el este, la oscura atalaya de la torre Sears se alzaba, imponente, sobre el horizonte. Ni siquiera detuvimos el

coche; seguimos adelante a través de los desechos del presente sin tocarlo, sin sacar una sola foto, sin exponer un milímetro de película.

—¿Te sabes el chiste aquel —empezó Rora— de Mujo, que se viene a América, se instala aquí y entonces intenta convencer a Suljo para que se venga también? Suljo no las tiene todas consigo. No quiere dejar su *kafana*, sus amigos, sus rutinas cotidianas. Mujo es persistente, le escribe a menudo. «Ven —le dice—, esto es el paraíso». Suljo le contesta: «No lo dudo, pero me gusta la vida que llevo en Bosnia; no necesito trabajar demasiado; tengo tiempo de sobra para tomar café, leer los diarios y salir a dar un paseo siempre que me viene en gana. En América, tendría que trabajar de sol a sol. Estoy bien donde estoy». A lo que Mujo replica: «No tendrías que trabajar demasiado, las calles están asfaltadas con dinero, lo único que hay que hacer es agacharse para recogerlo». «De acuerdo —concede Suljo—, voy para allá». Cuando llega a América, Mujo le enseña su casa, comen, toman café, hablan de los viejos tiempos, y Suljo dice: «Me voy a dar un paseo para ver un poco de tu América». Se va a dar una vuelta, y cuando vuelve Mujo le pregunta: «¿Qué tal?» «Bueno —dice Suljo—, lo que me decías era cierto. Iba caminando por la calle y me he encontrado un saco lleno de dinero, habría por lo menos un millón de dólares». «¿Un millón de dólares?», pregunta Mujo, sin salir de su asombro. «¿Lo habrás cogido, no? Dime que sí». «Por supuesto que no —contesta Suljo—. ¡No esperarás que me ponga a trabajar el mismo día que llego!»

Desde allí nos dirigimos al norte, a Lincoln Park, el antiguo barrio del jefe Shippy. Seguía siendo un barrio de gente adinerada, pero la dirección que correspondía a la casa de Shippy ya no existía. La tienda de Ludwig también había desaparecido hacía mucho, al igual que el tranvía de la calle Halsted que solía llevar a Lázaro hasta Lincoln Park. Las calles tenían ahora nombres de poetas alemanes, no demasiado leídos entre los actuales habitantes del barrio; ancianas con vestigios de pelo marcados y secados paseaban a sus

perros de juguete; rubias de esbelta silueta avanzaban a grandes zancadas en busca de la felicidad fisiológica. No quedaba el menor rastro de la historia de Lázaro, nada, y Rora no sacó una sola foto. Eran tantas las cosas que habían desaparecido que resultaba imposible saber qué faltaba. Un grupo de muchachas con camisetas azul cielo y amarillo sol jugaban a fútbol en el campo del Parker High School. Aparcamos el coche y las estuvimos observando.

—Deberías volver al lugar del que partió —sentenció Rora—. Siempre hay un antes y un después.

La chica más alta del equipo azul dio un salto y marcó un gol de cabeza; sus compañeras se apiñaron en torno a ella durante unos instantes y luego volvieron a dispersarse por el campo, cada una en su respectiva posición original. Tal vez recordara durante muchos años el gol que marcó aquel día frío, imaginé. Tal vez fuera capaz de evocar los sonoros y musicales nombres de las chicas que habían formado una piña en torno a ella: Jennifer, Jan, Gloria, Zoe. Pero siempre habría una cuyo nombre no lograría recordar, y llamaría a Jennifer, y a Jan, y a Gloria y a Zoe veinte años después para preguntarles cómo se llamaba aquella chica dulce y flacucha, la de las rodillas huesudas y el inútil aparato dental, que jugaba de defensa. Nadie la recordaría: Jan pensaría que se llamaba Candy, Zoe le daría la razón, pero Jennifer y Gloria lo negarían tajantemente. De tarde en tarde, vería a alguien en la calle que le recordaría a la hipotética Candy. Nunca se acercaría a aquella mujer flacucha; nunca volvería a verla, nunca recordaría su verdadero nombre, pero nunca olvidaría a Candy.

Rora tenía razón. Necesitaba remontarme en la historia de Lázaro hasta el pogromo de Kishinev, hasta la época previa a su llegada a América. Necesitaba reimaginar lo que no podía recuperar. Necesitaba ver lo que no podía imaginar. Necesitaba salir de mi vida en Chicago y meterme de cabeza en la extrañeza de otro lugar. Pero ese método de escritura de un libro sería muy distinto de lo que Mary esperaba de mí, o de lo que yo mismo había previsto hacer, con o sin la beca de Susie. A Mary no le haría ni pizca de gracia que

me largara, sobre todo porque había sugerido que nos iría bien —y a ella en particular— hacer unas vacaciones; las posibles fechas de la escapada flotaban en la superficie de nuestras conversaciones durante la cena, pero después se hundían en el estupor de la sobremesa. Y desde luego no quería tener que mendigarle dinero otra vez, ni volver a pasar por el degradante proceso de demostrarle que mis planes, esperanzas y sueños no eran meros castillos en el aire. Caí entonces en la cuenta de que me había tendido una trampa a mí mismo con la beca de Susie. De pronto, todo dependía de ella, aunque no tenía demasiados motivos para creer que me la fueran a conceder, por más que hubiera pasado varias noches en blanco rescribiendo la solicitud hasta alcanzar una dudosa perfección. Había llamado muchas veces a las oficinas de la Glory Foundation —en lugar de llamar directamente a Susie, como había planeado en un primer momento— para preguntar cuándo se otorgaría la beca, y cada vez que llamaba se me hacía más evidente que mis posibilidades eran escasas.

Sin embargo, lo único que reconocí ante Rora fue que no era un buen momento para marcharme. Eran demasiados gastos, me gustaría que Mary me acompañara y ella no podía tomarse un respiro en aquel momento.

—No creo que deba irme —concluí. Tenía mucho que investigar aún en las bibliotecas, muchos más libros que leer sobre Lázaro y los anarquistas y la generosa paleta de los miedos americanos. Tal vez dentro de dos o tres años, no había prisa; nadie estaba esperando que mi libro se publicara. El mundo sería exactamente igual antes y después de su publicación. Rora no insistió; lo llevé a casa. Los rascacielos de Lake Shore arrojaban largas y empalagosas sombras sobre las olas que lamían la orilla. No dijo nada.

El suyo era un silencio especial; no había tensión, ni acusaciones, ni exigencias. Supuse que se trataba de la misma clase de silencio que guardaba mientras esperaba a que las imágenes aparecieran sobre el papel fotográfico sumergido en la emulsión. Me estaba dando cuenta de que me gustaba aquel silencio, del mismo modo

que me gustaban sus sonidos y anécdotas. Y de aquel silencio brotó un recuerdo improbable: él y yo en la guardería; estamos sentados a horcajadas sobre nuestros cojines encantados, nuestros musculosos mustangs; somos indios, nos persiguen unos vaqueros, cabalgamos hacia el oeste. Todos los demás niños duermen, acurrucados en posturas inverosímiles, los labios entreabiertos en una expresión angelical. Espoleamos a nuestras sedosas monturas y nos dirigimos al crepúsculo pintado en la puerta del dormitorio, tras la cual están nuestros negligentes cuidadores, fumando, bebiendo café a sorbos e intercambiando cotilleos.

Hay momentos en la vida en los que todo se vuelve del revés; lo real se vuelve irreal, lo irreal se hace tangible y todos nuestros esfuerzos cabales por mantener un estricto control ontológico se revelan absurdos e indulgentes. Imagina que Candy se presenta en tu casa y no es en absoluto como la recordabas; que está enfadada porque no te acuerdas de ella, aunque has estado indagando sobre su persona. Te preguntas cómo ha llegado hasta ti, cómo te has metido en semejante brete. Te das cuenta de que no tienes ni idea de quién es, pero que te resulta tan familiar como tu propia alma. No puedes comprender cómo ha llegado hasta tu puerta porque no se trata de una historia que ella ni nadie pueda contar, sino de una pesadilla de hechos aleatorios encadenados. Yo no tenía motivos para creer que Rora y yo hubiésemos compartido experiencia alguna en nuestra más tierna infancia. A decir verdad, podía estar recordando un sueño. Pero la cuestión era otra; ahora reconocía ese falso recuerdo como algo que nos unía, y había comprendido que no sólo debía encontrar el modo de irme a Kishinev lo antes posible, sino que además debía llevarme a Rora conmigo. Tenía la sensación de que, si no me acompañaba en ese viaje, nunca volvería a verlo, y necesitaba tenerlo cerca, por su silencio, por sus anécdotas, por su cámara.

Pasé toda la noche dando vueltas en la cama, abriéndome paso a duras penas entre sueños y pensamientos, imaginando y revisando una y otra vez el almuerzo en el que Susie se rendiría a mis

encantos, lo bastante consciente a ratos para oír la respiración de Mary. En una ocasión, me echó un brazo sobre el pecho y me preguntó si todo iba bien. Le contesté que sí. Su brazo siguió descansando pesadamente sobre mi pecho durante un buen rato, dificultándome la respiración, pero no hice nada al respecto. Ismet y Lázaro y Rora y patos y mezquitas y Jesús y Susie y el corredor con el limón en la boca y Shippy y Bush y los locos con la pegatina de «Unidos permanecemos» en la frente, todos ellos dejaron su huella onírica en mi mente febril. Con las primeras luces del alba, empecé a ensayar mi discurso final ante Susie. Decidí dejarme de peloteos y hablarle con toda franqueza, confesarle que necesitaba desesperadamente el dinero de la beca; en mi mente aturdida llegué incluso a cuantificar los gastos de mi ahora imperativo viaje a Kishinev, todas las cosas que necesitaría para escribir el libro y lo mucho que le agradecería su apoyo. No había informado a Mary de la beca de Susie, pues no quería que supiera que se me había escapado, si es que se me escapaba, pero antes de volver a dormirme llegué a la conclusión de que, por algún motivo que no acertaba a comprender, contárselo todo haría más probable que me concedieran la beca.

Y durante el desayuno, mientras le explicaba que quería irme a Europa del Este para decidir qué hacer con Lázaro y para averiguar cómo hacerlo, Mary tuvo que salir corriendo para sacarle una bala del cerebro a alguien. Cuando se fue hacia el hospital, me senté en la sala de estar, paralizado de desesperación, en la mano un trozo de papel con el teléfono de los Schuettler, hasta que respiré hondo, marqué el número y luego cerré los ojos mientras oía el tono de llamada. Fue Bill quien cogió el teléfono. Hube de pasar por el humillante trance de repetir varias veces mi nombre hasta que finalmente lo entendió. Entonces me presenté y pregunté por Susie. Había salido; tenía reunión del club de lectura; volvería por la tarde. Le dije que llamaría en otro momento y estaba a punto de colgar cuando exclamó:

—¡Brik! ¡Sí! ¡Eres Vladimir Brik! ¡Claro! Justamente ayer hablamos de ti en la reunión de la junta —dijo—, y a continuación me reveló que habían decidido por unanimidad concederme la beca, y que alguien me llamaría a lo largo del día para darme la noticia.

Le dije «¡te quiero!», así, tal cual, aunque debo añadir que, por suerte para mí, hizo caso omiso de mis palabras.

Después de colgar me senté en el suelo y pasé un buen rato frotándome las sudorosas palmas de las manos en el pijama. Una espesa aprensión se apoderó de mí, pues ahora todo estaba claro, no había vuelta atrás, no había excusas que valieran, tenía que escribir el libro por narices. No podía pensar en lo que iba a hacer, y experimenté una soledad espantosa. Me quedé allí sentado, a la espera de que la melaza del temor se diluyera para poder llamar a Mary y compartir con ella la buena nueva. Pero en lugar de eso, lo que hice casi sin pensarlo fue llamar a Rora y decirle que quizás me fuera a Ucrania y Moldavia para investigar un poco más sobre Lázaro. Le informé de que acababan de concederme fondos para el proyecto Lázaro y que podía usar ese dinero para costearme el viaje. Lo invité a acompañarme. Le dije que podía pagarle el viaje y los gastos. Que podría sacar fotos. No sabía qué uso les daría, pero podía incluir algunas de las fotos en mi libro cuando lo hubiese escrito. Y, para mi propia sorpresa, le dije que a lo mejor podíamos pasar por Sarajevo, a ver qué se cocía en la madre patria.

—¿Por qué no? —contestó—. No tengo nada mejor que hacer.

Mientras tanto, los mejores hombres del subjefe Schuettler, los agentes de policía Fitzgerald y Fitzpatrick —conocidos en toda la ciudad como los Fitz— hacen sus indagaciones por las calles que rodean Lincoln Place. No tardan en averiguar que un joven *estrafalario* había irrumpido en la agencia inmobiliaria Nicholas Brothers, a una manzana de la vivienda del jefe Shippy, y había intentado sonsacar al recepcionista sobre lo ocurrido en casa del jefe de policía y sobre la identidad del pistolero. El *estrafalario* forastero medía metro setenta y cuatro, contaba unos veintitrés años y pesaba cerca de sesenta y cinco kilos. Tenía la frente chata y pelo de extranjero; lucía un abrigo negro, de la clase que gusta a los anarquistas. Era, *sin la menor duda*, un forastero.

Aquella misma tarde, *el asesino* es identificado por Gregor Heller, empleado de la Casa de Comisiones de la calle South Water que trabajaba junto a Lázaro como embalador de huevos para W. H. Eichgreen, un comisionista local. Heller se había percatado de la ausencia de su compañero, y en cuanto oye hablar del terrible crimen se va derecho a la policía. Identifica el cadáver de forma inequívoca como el de Lázaro Averbuch y facilita su dirección a la policía: un piso situado en la segunda planta del número 218 de la avenida Washburn. Aunque no se había ofrecido ninguna recompensa, el subjefe Schuettler asegura a Heller que recibirá unos dólares del jefe Shippy en persona por haber ayudado a aplastar la cabeza de la serpiente. Heller vuelve a casa, y por el camino ya va gastando el dinero en su imaginación: un pañuelo para Mary, unos calcetines nuevos para él.

Los Fitz, con William P. Miller —y nadie más que él— a la zaga, fuerzan la puerta de la segunda planta del número 218 de la calle Washburn y detienen a un extranjero de pelo rizado que confiesa al instante llamarse Isaac Lubel. Pero sus captores necesitan y exigen mucho más que eso, así que Fitzgerald empieza a interrogarlo *de forma vigorosa*, arrojándolo al suelo, golpeándolo en el rostro, asestándole rodillazos en los riñones, sin parar de gritarle, lo que atemoriza a la esposa de Lubel hasta tal punto que *casi le da un ataque de histeria*, todo ello delante de los hijos de ambos, que *gritan sin cesar*. Entre los puñetazos y las patadas, con la boca ensangrentada, Lubel acierta a decirles que los Averbuch viven al otro lado del pasillo.

Fitzpatrick abre la puerta de golpe y sobresalta a una mujer que está poniendo la mesa para cenar. Con un plato en cada mano, como si estuviera a punto de hacer juegos malabares, se identifica como Olga Averbuch.

—¿Qué relación tiene con Lázaro Averbuch? —pregunta Fitzpatrick.

—Es mi hermano —contesta con voz temblorosa. El plato izquierdo le resbala de la mano y se estrella en el suelo—. Lázaro es mi hermano. ¿Qué ha hecho?

Fitzpatrick sorbe aire entre los dientes y no dice nada. A través de la puerta abierta, Olga alcanza a ver a Lubel hecho un ovillo en el suelo. Un reguero de sangre con forma de dedo se desliza por su cuello. Fitzgerald menea la cabeza como dando a entender que el problema es demasiado complejo para explicarlo.

—¿Qué ha hecho? —pregunta de nuevo.

—No tiene por qué preocuparse —le asegura Fitzgerald—. Nosotros nos encargaremos de aclararlo todo.

La estancia está amueblada con *las comodidades mínimas e imprescindibles*. En la cocina hay *una estufa alimentada por un fuego moribundo y un pequeño armario que contiene una taza desparejada, una olla solitaria y un diminuto y delgado jarrón*. Sobre la mesa descansan las sobras frías de un plato de carne, una hogaza

dura de pan de centeno y una cafetera. Fitzgerald bebe un sorbo y luego lo escupe; Fitz Patrick tira al suelo el jarrón, que queda hecho añicos. En la habitación hay una pequeña mesa con un mantel *ordinario* de color añil, dos sillas *corrientes*, una cama y un estrecho catre, una máquina de coser bien *engrasada*, una jofaina con su espejo y un armario ropero atiborrado de ropa que apesta a naftalina y a humo de carbón. *El único artículo de lujo que poseía Olga Averbuch* —escribirá William P. Miller *es una vieja y chabacana falda de terciopelo violeta*.

Los agentes registran la estancia de arriba abajo *con la pasión de los soldados que combaten en una guerra justa*. Con el plato en las manos, Olga los observa, impasible. Sacan cosas de debajo de la cama: libros, fardos de harapos y una maleta de cartón de la que extraen con malos modos un manuscrito y un fajo de cartas escritas en ruso. Lo confiscan todo. Hojean los *libros subversivos*; Fitzpatrick lee los títulos en voz alta: *Historia de un mal rey, En la tierra de los libres, La salvación de la mente y el cuerpo, Lo que la Constitución nos enseña*, etcétera.

—Nunca me había encontrado con un judío que supiera leer inglés —apunta Fitzgerald.

Los Fitz cargan los libros confiscados y a Olga en el coche. Fitzgerald conduce hasta la comisaría central, mientras Fitzpatrick y Miller cogen el tranvía. Están de buen humor. Durante el trayecto, hablan de béisbol y observan a los pasajeros. Como quien no quiere la cosa, Miller va sembrando la conversación con algún que otro halago, a la espera de cosechar así una exclusiva.

Para cuando llegan a la comisaría, el subjefe Schuettler ya está interrogando a Olga con la ayuda de Fitzgerald, que sigue fumando, la camisa arremangada. Olga tose de vez en cuando y se lleva la pequeña mano a la boca con gesto educado.

—Ya lo sabemos todo —le espeta el subjefe—, así que no tenga el menor reparo en decirnos toda la verdad.

Olga le suplica que le deje hablar con su hermano, y el subjefe le promete que lo verá más tarde.

—Todo se aclarará. Todos tenemos en mente el interés común.

Olga está convencida de que todo aquello sólo puede deberse a un lamentable error, y de que si contesta con sinceridad a las preguntas que le hacen todo se aclarará. Los antebrazos de Fitzgerald son peludos, y en ellos el vello crece hacia fuera, incluso en los nudillos, como si tuviera por costumbre peinarlo.

Schuettler deja hablar a Olga —le gustan los sospechosos balbucientes— y sólo la interrumpe de forma ocasional, con cautela, para formular alguna pregunta razonable. Miller toma notas a toda velocidad, encorvado sobre su bloc en un rincón, el cigarrillo de la mañana aún colgando entre los labios. Esto es material del bueno.

Sostiene que Lázaro es un buen chico, siempre amable con todos.

Habla cuatro lenguas, y su hermano habla las mismas, pero también domina el francés y el polaco. Además, ha estudiado inglés en la escuela nocturna de la calle Doce con Jefferson.

Inglés, yidis, alemán, ruso.

Jamás ha mencionado el nombre del jefe Shippy en su presencia. Nunca lo ha oído hablar de anarquismo.

Muchos de sus amigos tienen el pelo rizado.

Su padre era un comerciante de Kishinev, Rusia. Insiste en que no era un revolucionario, ni pertenecía a ninguna sociedad secreta. Era un hombre religioso.

Sobrevivieron al pogromo de Kishinev que tuvo lugar en la Pascua de 1903.

Hubo otro en 1905.

Se muestra convencida de que habrá muchos más. Allá existe la costumbre de matar a los judíos.

Eran la única familia judía en cuatro manzanas. Los vecinos se reunieron delante de su casa al grito de: «¡Muerte a los judíos!». Aporrearon las ventanas y les arrojaron piedras. Entre ellos había varios policías. Les pegaron, a su padre le rompieron varias costillas. Casi se muere. Más tarde acabó muriendo.

Schuettler mira a Miller, que mira a Fitzgerald, que mira a Fitzpatrick.

—Policías —repite Schuettler.

Olga se mira las manos, que retuerce sin cesar.

Amargas lágrimas ruedan por las mejillas de la judía, escribe William P. Miller, y subraya «amargas lágrimas» dos veces.

—Acompañadla a ver a su hermano —ordena Schuettler.

Los Fitz escoltan a Olga hasta el depósito de cadáveres de la calle Bentley. Miller y Hammond, un fotógrafo del *Tribune* al que el primero había llamado con carácter urgente, corren tras ellos. Van caminando desde la comisaría, Olga flanqueada por los Fitz, preguntando a cada pocos pasos:

—¿Dónde está? ¿Adónde vamos?

—En un lugar mejor —le contesta Fitzpatrick, y Fitzgerald se ríe entre dientes.

Las paredes de las desangeladas estancias están adornadas con cuadros fúnebres: una madre que reza sobre el cadáver de su hijo; una familia de cuatro personas que cena alrededor de la mesa, la quinta silla vacía; un sombrío bosque al atardecer. La noticia ha recorrido la ciudad, y aquella tarde han pasado por el depósito de cadáveres cientos de curiosos para ver el cadáver de Lázaro. Muchos permanecen allí. Son ciudadanos de a pie con los sombreros bien calados sobre la cabeza, gentes sin oficio ni beneficio de aspecto desaliñado, atildadas personalidades locales, llorosas beatas, bomberos fuera de servicio y carteros con sacos llenos de cartas sin entregar, policías de todos los rangos, algunos de los cuales han golpeado al cadáver con furia o le han escupido; varios ciudadanos han sobornado a Georgie, el cojo encargado de la morgue, para echar un vistazo al miembro viril del judío; hubo que acompañar hasta la puerta a una mujer enajenada que afirmaba que el difunto había abierto los ojos y la había mirado. Ahora, los curiosos permanecen de pie a lo largo del pasillo, anticipando la consternación y el dolor de Olga, regodeándose en la escena. Ajena al ambiente reinante, Olga camina despacio. Se mueve en silencio,

escoltada por los agentes de policía, el vestido tan empapado en sudor que ya no cruje al moverse. Sólo cuando abren la puerta de la estancia parece dudar. Hay varios hombres reunidos en torno a la silla en la que Lázaro está sentado, y Olga se siente aliviada al verlo con vida. Suspira y se aferra al antebrazo de Fitzpatrick. Pero entonces se fija en que uno de aquellos hombres sostiene la cabeza de Lázaro; los ojos de su hermano están cerrados, su rostro ceniciento. El corazón le da un vuelco en el pecho. Fitzgerald la insta a seguir; Fitzpatrick le espeta, como si rematara un chiste:

—¿Qué, no te alegras de verlo? Anda, dale un beso…

La multitud ríe con disimulo, petrificada ante la visión de Olga avanzando hacia Lázaro como si calzara coturnos: un breve y reacio paso atrás, dos torpes pasos hacia delante hasta tocar la mejilla sin vida de su hermano, momento en el que se desploma, inconsciente. La multitud contiene la respiración, sobrecogida.

Los Fitz la llevan hasta la puerta que da al callejón, donde le desabotonan el vestido y le permiten respirar el aire frío. Los agentes fuman mientras Miller permanece atento a los sentimientos de Olga, así como a su pecho.

—Debe de haber sido una gran sorpresa para ti, muchachita —le dice Fitzpatrick.

Dentro, se oyen los estruendos del flash del fotógrafo.

La edición matutina del *Chicago Tribune* del 3 de marzo abre con la crónica de William P. Miller. *Los terribles hechos acaecidos en la mañana de ayer* —escribe— *fueron planeados y ejecutados hasta la muerte por un fantasioso muchacho judío alienado por doctrinas incendiarias que pretenden la abolición de las clases sociales y otras supuestas injusticias, doctrinas impartidas por Emma Goldman y otros líderes del «pensamiento liberal» en Estados Unidos. Su estado mental queda patente en el hecho de que, la semana pasada, Lázaro Averbuch planeara cometer suicidio junto con otro joven judío que sólo se ha podido identificar como un «hombre de pelo ensortijado» y que, según cree la policía, habría ayudado al primero en el intento de asesinato del jefe Shippy. El subjefe Schuettler se ha negado a*

divulgar el nombre del sospechoso, pero fuentes cercanas a la investigación han informado a este diario que se trata de Isador Maron.

En efecto, la policía no había escatimado esfuerzos a la hora de dar caza al hombre de pelo ensortijado.

Bruno Schultz, camarero del H. Schnell Saloon, sito en el 222 de la avenida Lincoln, identifica al asesino como un hombre que había frecuentado el bar con cierta asiduidad a lo largo de las últimas tres semanas, haciéndose acompañar varias veces por un individuo de pelo rizado.

Varios hombres con aspecto de judíos rusos —uno de ellos, por lo menos, con el pelo rizado— habían visitado la tienda de artículos deportivos Von Lengerke & Antoine del número 277 de la avenida Wabash el sábado por la tarde. Pretendían comprar armas de fuego, según revela Von Lengerke a la policía. Sin embargo, en vista de su aspecto y conducta filoanarquista, los empleados les dieron largas, por lo que abandonaron la tienda enfurecidos.

En el número 573 de la calle Doce, a un par de manzanas del piso de Averbuch, se detuvo a otro sospechoso de pelo rizado que decía llamarse Edward Kaplan. Los vecinos afirmaron que había pasado todo el día en casa, presa de gran agitación, como si esperara algo. La detención se llevó a cabo después de que un agente de policía interceptara un mensaje enviado a Kaplan gracias a un cruce de líneas telefónicas («Se descubrió el pastel —dijo alguien—. Lárgate de la ciudad».)

Pese a ser más bien calvo, Joseph Freedman es detenido en un tranvía de Halsted por hablar como un anarquista a petición de varios pasajeros patrióticos. Un policía que iba por casualidad en el mismo tranvía hubo de emplearse a fondo para impedir que la multitud se tomara la justicia por su mano y linchara al sospechoso.

A Harry Goldstein lo detuvieron en el gueto gracias a la información proporcionada por la Sociedad Mano Blanca, organización de ciudadanos patrióticos nacida para luchar contra el anarquismo. G. G. Revisano, abogado que representaba a dicha

sociedad, hizo llegar al subjefe Schuettler una larga lista de anarquistas de Chicago confeccionada por sus clientes.

A Anton Stadlwelser (pelo ralo y rubio) lo detuvieron en su casa. Los agentes de policía le confiscaron un revólver cargado, ciento treinta y seis dólares, un reloj de plata, cuarenta sellos de dos centavos, veinte sellos de un centavo, un loro disecado, un pequeño bote con un lagarto conservado en líquido, un billete de cien dólares de los Confederados, cuatro monedas de medio dólar conmemorativas del Descubrimiento de América. Stadlwelser no acertó a explicar cómo había llegado a poseer tales objetos y se halla detenido de forma indefinida, acusado de varios delitos.

Los Fitz buscan a Isador Maron, el hombre del pelo llamativamente rizado. Se dice que ha sido visto merodeando por la calle de Averbuch, *quizás ajeno al trágico fin de su compañero anarquista*. Tras una nueva paliza, los agentes sacan otra confesión a Isaac Lubel; sí, concede Isaac, tosiendo coágulos de sangre, ha visto a Maron llamando a la puerta de Olga Averbuch, pero no en los últimos dos días. Los Fitz hablan con los vendedores ambulantes de la calle Maxwell, con las putas y los ladrones, con los agitadores y los iluminados; han hecho circular entre sus informantes del gueto el rumor de que Maron no sólo era un peligroso anarquista sino también un invertido, y que darían por lo menos treinta dólares a cambio de su paradero. Van a ver a Olga, que trabaja de sol a sol en el taller de costura de Goldblatt y no puede permitirse el lujo de faltar un solo día, y le dicen, en voz lo bastante alta para que todos lo oigan, que si Maron aparece por allí deberá informarlos al instante.

—Antes de arrojarte a sus brazos o abrirte de piernas —puntualiza Fitzpatrick.

Cuando se marchan, el señor Goldblatt llama a Olga a su despacho, le ofrece algo de dinero y le sugiere que se quede en casa durante algún tiempo, por lo menos hasta que aquel incidente deje de estar en boca de todos.

—Todo se arreglará —le asegura.

Se va a casa caminando bajo una llovizna gélida, los huesos ligeros a causa del hambre y la sensación de que todo se ha vuelto del revés; le duelen las piernas. ¿Qué hacía Lázaro en casa de Shippy? Isador se lo llevaba a aquellas reuniones anarquistas, pero ella creía que todo se reducía a discursos airados. A los hombres jóvenes les gustan los discursos airados. No podía creer que hubiese decidido participar en una absurda conspiración. Siempre había sido propenso a las fantasías, siempre tenía la cabeza en las nubes, pero nunca habría hecho nada por convertir esas fantasías en realidad. Lázaro era un soñador. Ella apenas lo escuchaba cuando le hablaba de sus ideas, pensamientos, temores, de las historias que tenía intención de escribir; siempre estaba demasiado cansada. Lázaro era incapaz de sentir furia, de ejercer la violencia. Jamás habría hecho daño a nadie. Solía ir a buscarlo al anochecer. Lo llamaba a voz en cuello hasta que él le contestaba a gritos desde el bosque o el callejón, o donde quiera que estuviese esperando a que ella fuera a buscarlo, pues no veía bien en penumbra. Era un niño cuando ella lo dejó atrás; malgastó su niñez en un campo de refugiados de Czernowitz y dio con los huesos en Chicago siendo apenas un muchacho. ¿Cómo pudo no darse cuenta de nada? ¿Cuándo lo había perdido? ¿Cómo se había convertido en otra persona? ¿Quién era?

Pese a *este éxito ciertamente alentador, aún tenemos mucho que aprender sobre el mal que pervive entre nosotros y que debe ser exterminado* —confía el subjefe Schuettler a William P. Miller—. *Es casi imposible* —prosigue— *coger a un hombre y determinar si es o no un anarquista. No obstante, sabemos que suelen ser individuos medio locos de ascendencia extranjera y una considerable tendencia a la depravación. Debemos seguirlos y conocer sus costumbres desde el momento en que llegan a suelo americano para poder anticiparnos a sus atrocidades*.

Sin embargo, la investigación sufre unos cuantos reveses: la misteriosa sucesión de cifras 21-21-21-63 resulta ser un recibo por la

compra de tres docenas de huevos, a veintiún centavos cada una, emitido por la Casa de Comisiones de la calle South Water. Las cinco frases que el subjefe interpretó como instrucciones codificadas son en realidad un ejercicio del curso de lengua inglesa que se imparte en el centro comunitario de la calle Maxwell. De hecho, el señor Brik, profesor de dicho centro, describe a Lázaro Averbuch como *un estudiante aplicado y perseverante, de muy buen carácter*. Los informantes de la policía infiltrados en diversas sociedades anarquistas, socialistas y antipatrióticas en general poco o nada aportan sobre Averbuch y Maron. Aunque fueron vistos en varias ocasiones absorbiendo ideas perversas y subversivas en conferencias y lecturas colectivas, no pagaban ningún tipo de cuota, no eran indiscretos hasta el punto de ir pregonando sus ideales y no había indicios de que tuvieran relación directa con los fanáticos que dirigen todas esas partidas de conspiradores. Está claro que su fallido complot tenía raíces ocultas, más profundas de lo que cabía suponer y posiblemente de alcance mundial.

El subjefe Schuettler se muestra incansable, pues lo que está en juego es el mismísimo concepto de libertad. Con la ayuda de un traductor, se sumerge en los papeles de Averbuch. Descubre que los manuscritos —folios y más folios de letra impetuosa, claramente atormentada— narran una historia truculenta escrita en primera persona, una tragedia familiar que tiene como telón de fondo la ciudad de Kishinev. La historia empieza con la descripción del día a día del narrador, recién casado. Aunque pobres, los esposos son felices: las flores brotan en los alféizares, hay gachas calientes sobre la mesa; la pareja se concede un rato de frívola diversión en la feria del condado, y al atardecer sale a pasear junto al río, cuya superficie enturbia de vez en cuando alguna carpa hambrienta. Pero todo se viene abajo un día, cuando él vuelve a casa y descubre a su hermosa esposa en la cama con un joven y acaudalado médico. Los amantes suplican compasión, pero el marido los mata a ambos de sendos disparos en la cabeza. En su huida de la justicia, cruza fronteras y pasa de un país a otro usando identidades falsas hasta

que se embarca rumbo a América. El manuscrito termina antes de que el protagonista llegue a tierras americanas. A los ojos del subjefe, el relato es a todas luces la confesión del doble crimen que Averbuch habría cometido en Rusia y pone al descubierto su pérfido carácter y sus tendencias homicidas, al tiempo que augura una vida de anarquismo y crimen en Chicago.

Las cartas proceden en su mayoría de la madre de Averbuch, que escribe con trazo limpio y achatado y deja un blanco inmenso entre líneas. *Veo tus fotografías, hijo mío, y recuerdo lo bueno que eras de niño. No desesperes* —le dice—, *pero sé valiente y esfuérzate. No hay un solo momento del día en el que no pensemos en ti y en tu hermana*. Las cartas de la madre abundan en comentarios de los que cabe deducir que Lázaro le había hablado de América en tono amargo. Al parecer, las condiciones de vida en Chicago se le antojaban casi tan duras como en Rusia, y sus esperanzas se habían visto frustradas. La desilusión y la ira homicida, observa el subjefe, son casi palpables.

El subjefe envía a los Fitz a recoger a Olga de nuevo. William P. Miller ejerce de testigo mientras Schuettler la atosiga para que se pronuncie sobre los detenidos que desfilan ante sí. Olga solloza sin parar y levanta los ojos de vez en cuando porque así se lo ordena a voz en grito el subjefe, que no le deja usar el pañuelo para enjugarse las lágrimas; tampoco le consiente que se recoja el pelo alborotado. Olga no reconoce a ninguno de los sospechosos, pero bajo el firme interrogatorio de Fitzgerald —asistido por Fitzpatrick, que le sujeta las manos en la espalda para así poder empujarla y obligarla a inclinarse hacia delante—, Olga acaba admitiendo que Stadl welser le resulta familiar. Se lo llevan mientras proclama en vano su inocencia.

Le permiten sentarse. El subjefe baja un poco el tono de voz, posa una mano sobre el hombro de Olga —sus dedos ejercen una ligerísima presión— y le dice que sabe que las cartas remitidas por la

señora Averbuch son mensajes velados, que ha encontrado rastros de tinta invisible entre las líneas.

—Lázaro es un buen chico —contesta Olga con un hilo de voz.

—Lo sabemos todo —le susurra Schuettler al oído, y su aliento recorre el cuello de Olga, que se estremece—. No puedes ocultarnos nada.

Luego, deja que el silencio y la incertidumbre que éste conlleva surtan el efecto deseado durante un buen rato, tras el cual exige a Olga en términos inequívocos que confiese que su hermano mató a la propia mujer y a un médico en Kishinev, y que llegó a América huyendo de la justicia.

—Pero Lázaro sólo tiene diecinueve años —replica Olga entre lágrimas—. Nunca ha estado casado. Nunca ha estado con una chica.

Schuettler da vueltas a su alrededor como un halcón, repitiendo las mismas preguntas una y otra vez sin piedad, por más que Olga conteste invariablemente «Lázaro es un buen chico», hasta perder el conocimiento y caer al suelo, inerte. William P. Miller se agacha junto a ella, le toma el pulso y luego aparta un mechón de su rostro como si quisiera observarlo más de cerca. *Es hermosa, a su particular manera semítica*.

Antes de dejar que se marche, el subjefe informa a Olga de que, dada la probabilidad de que se produzcan nuevos ataques anarquistas, las autoridades creen que lo mejor será enterrar a su hermano discretamente en una fosa común. Olga no da crédito a sus oídos y le suplica que le permita darle sepultura según la tradición judía, pero Schuettler le dice —la pesada mano sobre la rodilla de la joven— que cuarenta sepultureros judíos se han negado ya a tocar el cadáver, y que ningún rabino se avendrá a decir misa por un asesino.

—¡Miente! —grita Olga—. No es verdad.

Éste no es el momento, le asegura el subjefe en un tono indulgente, paternal, de dudar de la benevolencia de las autoridades, como tampoco lo es de pensar en uno mismo. Olga debe expiar los pecados de su hermano sacrificándose en favor de sus correligionarios, que sin duda se beneficiarían de la ausencia de altercados. Y las gentes de Chicago apreciarían, desde luego, su compromiso con la ley y el orden.

—Piensa en los demás, en cómo todo esto ha trastocado sus vidas —dice—. Imagina cómo deben sentirse. Ha llegado el momento de hacer un sacrificio.

Nunca he sido de los que eligen el camino más recto para llegar a ningún sitio. Nuestra primera parada sería Lviv, en Ucrania. Era casi seguro que Lázaro jamás había puesto un pie en dicha ciudad, pero mi abuelo paterno había nacido en Krotkiy, una aldea cercana. Recordaba las anécdotas sobre sus visitas a Lviv cuando era niño y quería pasar varios días allí. Luego contrataríamos a un chófer que nos llevara hacia el sur, hasta Chernivtsi, donde Lázaro había pasado algún tiempo en un campo de refugiados tras el pogromo. De camino, quizás pudiéramos detenernos en Krotkiy. La beca de Susie no me obligaba a seguir ningún itinerario específico ni a elaborar un informe de mis actividades. Podía hacer lo que me viniera en gana, siempre y cuando al final tuviera algo que enseñar. En lo que a Rora respecta, todo le daba igual: donde íbamos, lo que hacíamos. Si de él dependiera, podíamos seguir así para siempre. Empecé a desear otra vez ser él.

En el vuelo que nos llevó de Chicago a Frankfurt no pudimos sino fijarnos en un grupo de mujeres jóvenes y a todas luces virginales. Formaban parte de una congregación cristiana y se disponían a ejercer de misioneras y a perder el virgo, con la carga de culpa que ello conlleva, en algún lugar de la Europa del Este. Cantaban al unísono, a Jesús y a la vida eterna; daban palmas y se abrazaban a menudo. Rora se las comía con los ojos; yo las odiaba por costumbre. También había soldados estadounidenses, presumiblemente de camino a Iraq previa escala en alguna base militar alemana: pelo cortado al rape, bigotes recortados, cejas varoniles, gruesos cuellos. Repasaban a las vírgenes de arriba abajo, disfrutando de sus últimas horas de libertad antes de volver a una

vida de onanismo desatado, gatillo fácil y, posiblemente, la conquista de la eternidad a golpe de extremidades amputadas. Rora fotografió a una hilera de soldados durmiendo con las mantas sobre la cabeza. A mí me parecían fantasmas, a él rehenes.

Cuando las vírgenes sucumbieron al sueño y los soldados, con la cabeza ya descubierta, se dedicaron a beber cerveza, Rora me contó, a media voz y en un tono de letanía, cómo se había unido a la unidad de Rambo. Por entonces, creía en una Bosnia integradora en la que todos tenían cabida; adoraba Sarajevo y quería defender la ciudad de los chetniks. Podía haberse largado a Milán o Estocolmo, o a cualquier otro sitio, pero se alistó como voluntario en la unidad de Rambo. Al empezar la guerra no existía un ejército bosnio digno de tal nombre, así que quienes poseían armas se unieron para proteger sus propias casas. Rora conocía a Rambo y a Beno de la Čaršija. Sin embargo, antes de enfrentarse a los agresores chetniks y verter su sangre en el campo de batalla, Rambo y Beno se hicieron con todos los bienes valiosos que encontraron por el camino, aprovechando que la ley y el orden se habían esfumado de la ciudad de la noche al día. Rambo lo llamaba requisa, pero lo que hacían era llana y sencillamente pillaje.

—Puede que sea un ladrón, a veces —decía Rora—, pero soy honrado: no robo a los vecinos.

Me habló de los primeros días de la guerra, de todas las intrigas y asesinatos, y también me contó unas pocas historias conmovedoras sobre gente a la que ambos conocíamos: un francotirador chetnik había matado a Aida a balazos; a Lazo se lo llevó Caco hasta Kazani, donde acabaron rebanándole el cuello; a Mirsad le tuvieron que abrir el cerebro por un trozo de metralla… Pero, para mi vergüenza eterna, pese a la compasión que despertaban en mí sus palabras y a mis denonados esfuerzos por mantener los ojos abiertos, pese incluso a que me pellizqué varias veces bajo la manta para permanecer despierto, acabé durmiéndome. A partir de entonces, me encontré al mismo tiempo dentro y fuera de un sueño en el que los soldados y las vírgenes se

iban de compras a Piggly-Wiggly en pelota picada y entonaban canciones de cuna sobre Jesús. Luego estaban Aida, y Lazo, y Mirsad y otras personas a las que no reconocí, cantando en inglés: «tarará, tararí, sólo pedimos no morir».

También me pasé durmiendo todo el vuelo de Frankfurt a Lviv, y sólo me desperté de verdad cuando ya estábamos en Lviv, fuera del aeropuerto, y el espejo retrovisor de un camión que pasaba por allí me golpeó en la cabeza por estar demasiado cerca del bordillo. «¡Buenos días, señor Escritor!», me decía Ucrania. Rora me tocó la mejilla, me hizo volver el rostro para poder comprobar el alcance de los daños y movió la cabeza en señal de negación. En aquel momento no me quedó muy claro si estaba preocupado por el estado de mi herida o simplemente se regodeaba en mi torpe estupidez.

Cogimos un taxi desde el aeropuerto hasta el Grand Hotel, nombre equívoco donde los haya. Había negociado la tarifa de la carrera en mi obsoleto ucraniano heredado del abuelo con la ayuda de un pequeño diccionario. El vehículo era un viejo Volga que apestaba a diésel y a la URSS. Avanzamos y luego retrocedimos por la ciudad; yo tenía la sensación de que habíamos pasado por las mismas calles varias veces; no podía haber tres casinos en Lviv con idénticos letreros luminosos. El taxista tenía una cabeza cúbica por la que el pelo trepaba como una enredadera desde el cuello hasta la calva, donde se formaba un remolino gris no muy distinto de la imagen de un huracán tomada por satélite. Deseé que Rora le sacara una foto, pero no había bastante luz. Había decidido, sin molestarse en consultármelo, no llevar flash en aquel viaje.

—El flash es para bodas y funerales —decía—. Lo que haya que fotografiar será fotografiado.

En el verano de 1991, el último que pasé en Sarajevo, vivía en Kovači, en la falda de la colina a cuyos pies se extendía la Baš Čaršija. Todo el mundo esperaba el inminente estallido de la guerra,

y casi cada noche me despertaba sobresaltado por un ruido violento, ya fuera el rugido de un motor pesado o un sonoro acelerón. Me incorporaba en la cama, convencido de que los tanques serbios avanzaban sobre la ciudad, el corazón a punto de salírseme del pecho, y un solo pensamiento: aquí está. En una o dos ocasiones llegué incluso a esconderme debajo de la cama. Por lo general, sólo se trataba de un camión que iba cuesta abajo, como casi todo por entonces. Me pasaba el resto de la noche dando vueltas en la cama, como si me estuvieran asando a la parrilla, analizando exhaustivamente cada nuevo ruido, imaginando con profusión de detalles todas las catástrofes posibles y probables.

Las pesadillas nos persiguen como una sombra, para siempre. En cierta ocasión, Mary puso el lavavajillas en mitad de la noche —a veces se entregaba a las tareas domésticas a las tantas de la madrugada, cuando venía de trabajar en el hospital— y algo en su interior golpeteaba y chirriaba sin parar. Ya estaba a media escalera cuando Mary me alcanzó y me llevó de vuelta a la cama. Reposé la cabeza en su pecho; oía los latidos de su corazón, regulares, tranquilos, con la cacofonía del lavavajillas de fondo. Mary me acarició la cabeza hasta que volví a dormirme dulcemente.

Lo que me sobresaltó en la habitación del Grand Hotel de Lviv fue el chirrido de un tranvía, unido al estruendo de un autobús que pasaba por allí. Todos nuestros miedos son recuerdos de otros miedos, así que lo primero que pensé fue, una vez más, «aquí está». Pero el tranvía pasó y la habitación volvió a quedar en silencio, un silencio pegajoso. Me había quedado traspuesto contemplando las figuras que Rora dibujaba en la oscuridad con la brasa del cigarrillo, pero ya no estaba allí. Encendí la tele y me dediqué a hacer zapping: imágenes de mujeres con los pechos inflados, hombres de gesto serio y calvicie más o menos avanzada; anuncios que ofrecían la felicidad en forma de detergente para las manchas de sangre; voces chillonas interpretando un repertorio babélico: todo me sonaba familiar e incompresible al mismo tiempo. Dejé de zapear cuando oí a Madonna cantando *Material Girl*. Mary y yo habíamos bailado esa

canción en nuestra boda, interpretada por una banda desafinada y morbosamente entusiasta. La cantante de la tele —una mujer madura y corpulenta enfundada en un vestido destellante que parecía confeccionado con tela de cortinas— movía las anchas caderas torpemente entre sillas y mesas mientras un hombre con bigote y aspecto de torero —todo él tensión y fuerza, como si de un pene erecto se tratara— se restregaba y apretaba contra su cuerpo. Saltaba a la vista que la pareja era ucraniana, del mismo modo que por la mañana salta a la vista que es por la mañana. Y de pronto se me presentó la aterradora posibilidad de un universo paralelo, un universo en el que había una Madonna ucraniana que cantaba con su misma voz de siempre, y en el que yo también era el mismo de siempre y recordaba mi noche de bodas mientras la escuchaba, pero en el que todo lo demás era completa y horripilantemente distinto. Contemplé, fascinado, el ontológico tejido titilando ante mí, y sólo con gran esfuerzo logré cambiar de cadena y seguir zapeando. Llegué a la conclusión de que estaba viendo un concurso de karaoke cuando vi a madame Madonskaya y a monsieur Penischuk dirigiéndose en ucraniano a un infeliz de pelo bufado que, al parecer, los adoraba como si fueran grandes estrellas. He aquí un gran logro: llegar a ser una estrella del karaoke. Yo podría ser una estrella del karaoke.

Rora salió del cuarto de baño, echó un vistazo desganado a la tele y encendió la luz. Por un momento, las dos estrechas camas individuales y el mobiliario socialista de los años cincuenta tomaron el aspecto de una celda carcelaria bajo aquel exceso de luz, hasta que un par de bombillas hiparon y fenecieron. El aire apestaba a pintura con plomo y a suicidio. ¿Cómo se convierte uno en estrella del karaoke?

El concurso de karaoke terminó. No podía dormir, así que salimos a dar una vuelta. Se estaba haciendo de noche y no teníamos mapa, por lo que nos limitamos a buscar las calles menos oscuras, guiados por las escasas y arrítmicas farolas. Incluso las calles iluminadas parecían abandonarse al imparable avance de las tinieblas.

Mi abuelo padecía ceguera nocturna; no veía nada en penumbra, así que las románticas puestas de sol eran invisibles para él. A menudo, la noche lo sorprendía en el campo, mientras buscaba a las vacas para guiarlas de vuelta a casa. En tales ocasiones, los nietos acostumbrábamos a salir en misión de rescate, y lo encontrábamos con la mirada perdida en una oscuridad que sólo él podía ver. Uno de nosotros lo cogía de la mano y lo conducía de vuelta a casa mientras los demás guiaban a las vacas, que iban dejando un rastro de boñigas frescas a su paso, como si tuvieran intención de volver a los mismos verdes pastos al día siguiente.

El abuelo acabó completamente ciego. Siempre había sido un hombre lento, pero una vez que se sumergió en la pecera de la oscuridad se volvió más calmoso aún. A partir de entonces, el tiempo fluía de un modo distinto para él. Solíamos llevarlo a dar un paseo hasta las colmenas, donde se quedaba oyendo el relajante zumbido de las abejas. Había una distancia de unos cincuenta metros hasta la casa, pero él tardaba siglos en recorrerla. Ponía un pie a escasos centímetros del otro y no los levantaba, sino que los arrastraba por la tierra, las hierbas y la mierda de gallina. Poco antes de morir, ni siquiera podía salir de la casa; lo llevábamos hasta la puerta de la calle, pero tenía las piernas y las extremidades tan débiles y cansadas que el umbral era demasiado alto para él. Se limitaba a quedarse allí parado, frente al inmenso paisaje de la nada.

Tras perder la vista, se desligó por completo del presente. No recordaba nuestros nombres, no nos reconocía como sus nietos. Nos convertimos en los Brik que había dejado en Ucrania para instalarse en Bosnia allá por 1908: Roman e Ivan y Mykola y Zosya. Cuando se dirigía a nosotros, acostumbraba a hacernos preguntas cuyas respuestas nos veíamos obligados a inventar (¿había ahuyentado Ivan al enjambre de abejas que rodeaba el manzano? ¿Había dado Zosya de comer a los patos?). A veces, emergía repentinamente de su letargo premortuorio y gritaba: «¿Por qué me habéis abandonado en el bosque?». Daba mucha risa —nada resulta más hilarante para los niños que los desvaríos de un adulto—, y luego teníamos que

ayudarlo a cruzar la cocina, centímetro a centímetro, para devolverlo al sofá en el que pasó sus últimos años. Aquellos paseos por la cocina eran para él como volver a casa. En cierta ocasión, lo acompañé hasta el aparador y vuelta atrás, un trayecto de unos tres metros en total que nos llevó una eternidad. Y de pronto estábamos en Lviv, él tenía nueve años, yo era su padre, habíamos ido a misa y ahora quería las rosas de caramelo que le había prometido. Cuando le dije que no podía dárselas, rompió a llorar como un niño. Lo llevé de vuelta al sofá, se puso de cara a la pared, rezó y lloró hasta quedarse dormido.

Y ahora allí estaba yo de nuevo, en Lviv.

—Tendríamos que comprar caramelos —le dije a Rora.

—Durante el sitio de Sarajevo —comentó— vivimos sin electricidad durante meses. Cuando volvió, todas las luces que no se habían apagado semanas atrás se encendieron de golpe, todos los aparatos de radio y televisión empezaron a retumbar a la vez, los edificios se iluminaron, volvieron a la vida. Y de pronto vimos la ciudad bajo una luz distinta, como si aquella súbita claridad la hubiese despojado de la extrañeza de la guerra: coches carbonizados que yacían como cucarachas pisoteadas en las calles, perros correteando hacia la seguridad de la sombra, parejas haciendo el amor en la oscuridad, súbitamente conscientes de sus cuerpos demacrados. Pero al cabo de unos minutos, el frágil sistema eléctrico se colapsó y la oscuridad volvió a adueñarse de la ciudad. Y mejor así —añadió—, pues si las luces hubiesen permanecido encendidas nuestros amigos de las colinas hubiesen podido seguir bombardeándonos y matándonos también por la noche, tras haber elegido bien todos los objetivos iluminados. Soñábamos con la luz, pero anhelábamos la oscuridad.

—¿Has visto alguna vez una lluvia de balas trazadoras en plena noche? —preguntó.

—No —contesté.

—Es un espectáculo hermoso. Al poco de empezar la guerra, la unidad de Rambo se dedicaba a requisar cualquier cosa que quedara

en los comercios. Salíamos por la noche con los faros del camión apagados y la prohibición absoluta de encender un cigarrillo. Una noche, fuimos a vaciar una zapatería de Marin-dvor, lo recordaré mientras viva. Sacamos cajas y cajas de material: zapatos de tacón, zapatillas deportivas para niños, botas de estilo militar, sandalias, de todo. Hasta aparté un par de botas de tacón de aguja para mi hermana, pero nunca se las llegó a poner. Rambo permanecía al margen, blandiendo en la mano el arma plateada, opaca en la oscuridad, mientras los rifles de sus ayudantes apuntaban a las ventanas de los edificios cercanos, por si algún aspirante a testigo tenía la ocurrencia de espiarnos. No había luces en aquellas viviendas y las cortinas cegaban las ventanas, así que cuando algún ciudadano preocupado apartaba la cortina, Rora alcanzaba a ver, a cien metros de distancia, el blanco de sus ojos relumbrando en la oscuridad. Rambo disparaba y el ojo desaparecía. Lo que no hace falta que se vea no será visto.

Al día siguiente llamé a Mary desde Lviv, tras haber pasado toda la mañana vagando sin rumbo fijo. Era temprano en Chicago, pero ella no estaba en casa; me imaginé a un médico telegénico divirtiéndola con chistes que sólo ellos podían entender; lo intenté en vano varias veces hasta que por fin cogió el móvil. Acababa de salir del quirófano; en Chicago hacía un calor espantoso; se iba a Pittsburgh a pasar el fin de semana. George y Rachel se marcharían a Roma en un par de semanas, dijo; nunca habían salido de Estados Unidos, pero ver Roma era el gran sueño de mi suegra. Él había accedido al viaje porque ella siempre había querido visitar las iglesias y rezar con el papa. A mi suegro le inquietaba el hecho de no saber hablar italiano, y también le inquietaban los europeos (yo era el único europeo al que conocía George, de lo que se deducía claramente que, en su opinión, si todos los europeos eran como yo, había motivos para inquietarse). Mary me echaba de menos; el calor veraniego la ponía de mal humor; trabajaba de sol a sol; se estaba

planteando coger una larga excedencia cuando yo regresara. Me preguntó qué tal iba lo de Lázaro. No le gustaba tenerme lejos, se lo notaba en la voz.

—Va bien —le dije—. Estoy tomando muchas notas mentales.

—Estupendo —contestó—. Me alegro mucho por ti.

Le dije que Lviv era deprimente; le conté que los autóctonos no usaban desodorante y que las mujeres no se depilaban las piernas, lo que tendría que haber bastado para que desechara cualquier posible amago de celos. Le hablé de la oscuridad, de las calles repletas de basura, de la arquitectura soviética; de las cutres oficinas de cambio, tapaderas para el blanqueo de dinero atendidas por matones de medio pelo; del hombre decrépito con atuendo de cosaco y un olor acre, como a carne en descomposición, que vendía ejemplares recién impresos de *Los protocolos de los ancianos de Sión*. Le hablé de la escasa presión del agua en el hotel, y de lo difícil que era darse una ducha. Enumeré suficientes penalidades para que sintiera que estaba dando el callo, que en el mejor de los casos aquel viaje estaba resultando un reto para mí. Nos despedimos queriéndonos mutuamente.

Tenía la sensación de que nos queríamos mejor cuando se interponía entre nosotros la inmensidad de dos continentes y un océano. A menudo, me resultaba difícil ejercer la práctica cotidiana del amor. Cuando Mary estaba en el hospital la echaba de menos, pero cuando volvía estaba demasiado cansada para atender mis necesidades y deseos. Yo acababa quejándome de su frialdad y distancia, y le decía que, para que nuestro matrimonio funcionara, necesitábamos algo más que leer el diario juntos los domingos por la mañana. Ella replicaba que estaba cansada, quizás porque trabajaba mucho; alguien tenía que ganarse el pan en aquella casa. Entonces yo reiteraba que quería escribir y me estaba preparando para hacerlo, y enumeraba todas las calamidades por las que había pasado en la vida, todas mis contribuciones a nuestra unión marital. De vez en cuando, sin saber muy bien cómo, nos enzarzábamos en una discusión a grito pelado, en el transcurso de la cual yo me liaba

a romper objetos con furia. Sentía especial debilidad por los jarrones, pues eran aerodinámicos y me gustaba el modo en que se hacían trizas.

Una mañana, en Chicago, había ido hasta la cocina de puntillas con la intención de hacerme un café y, mientras dejaba posos de café por toda la encimera, como de costumbre, me fijé en un bote que había en un rincón con una etiqueta roja en la que ponía: «desdichas». ¿Acaso abundaban tanto como para envasarlas y venderlas? Sentí una punzada de dolor en el bajo vientre hasta que me di cuenta de que en la etiqueta no ponía «desdichas» sino «salchichas». Era demasiado tarde para recuperarme, pues la desdicha era ahora la oscura materia de la que estaban hechos los objetos estáticos que me rodeaban: el salero y el pimentero, el bote de la miel, la bolsa de tomates secados al sol, el cuchillo desafilado, una barra de pan seca, las dos tazas de café, que languidecían sobre la encimera. Las principales exportaciones de mi país son los vehículos robados y la desdicha.

Cuando salí de la oficina de correos desde la que llamé a Mary, la desdicha parecía haberse extendido como una plaga por todo Lviv: un par de chicos lavaban un Lada blanco en medio de la calle; un hombre tocado con un obsoleto sombrero del Ejército Rojo permanecía de pie junto a una manta estirada en el suelo sobre la que descansaban las obras completas de Charles Dickens; un cura ortodoxo con pinta de Darth Vader se deslizaba calle abajo con los pies invisibles bajo la larga sotana negra. Los edificios, con sus elevadas ventanas de estilo austrohúngaro y sus discretos ornamentos, se veían tiznados por una gruesa capa de desesperación.

Y entonces comprendí que Lázaro refunfuñara sobre el sinsentido de su trabajo como empaquetador de huevos, y que Olga le implorara que tuviera paciencia, y le suplicara que no se lo contara a la madre de ambos para no preocuparla con sus desengaños. Pero él estaba harto de vivir en el gueto, exhausto a causa del frío de Chicago. «La gente aquí no para de gruñir y siempre te mira con

cara de perro», escribió; llevaba meses sin ver una sonrisa, ni un rayo de sol. ¿Qué sentido tenía la vida sin la belleza, el amor, la justicia? «Ten paciencia —le contestó su madre por carta—, acabas de llegar, piensa en las cosas buenas que te esperan. Mucha gente quiere marcharse a América; has tenido suerte, Olga y tú estáis juntos, tienes un trabajo». En su respuesta, Lázaro le habló de los tranvías atestados, del Chicago que empezaba más allá del gueto, donde las calles estaban cubiertas de oro, de su amigo Isador, que era listo y gracioso. Se preocupaba por la salud de su madre, por su corazón, sus piernas varicosas; estaba ahorrando dinero para comprarle unos buenos zapatos. «No pase usted mucho tiempo de pie, madre. Y no deje que la pena se instale en su corazón, pues debe cuidarlo. Olga y yo necesitamos su corazón. Quiero descansar la cabeza en su pecho y oír sus latidos».

En un parque cercano a una iglesia, unos niños con alpargatas agujereadas jugaban al fútbol con una pelota desinflada. El más pequeño de todos lucía una camiseta con el nombre de Shevchenko en la espalda. Un grupo de ancianos se había reunido alrededor de un banco a observar una partida de ajedrez. Me pregunté qué le habría pasado a la madre de Lázaro tras la muerte de éste. Seguramente Olga le habría escrito una carta, y esa carta debió de viajar durante meses, la carta que decía que Lázaro ya no estaba en este mundo. Mientras la carta viajaba, Lázaro seguía vivo para ella. Se desvelaba por el hecho de que trabajara demasiado, por que saliera al frío de la calle con el pelo mojado, por su tristeza congénita. Albergaba la esperanza de que se casara con una buena chica judía. Tenía la sensación de que Isador era un rufián. Entonces le llegó la carta de Olga y la leyó, y la volvió a leer, negándose a darla por buena, inventando malentendidos que pudieran deshacerse para devolverle la vida a su hijo. Le pidió a Olga una foto de Lázaro, le exigió que negara las palabras de su última carta, y seguía hablando de Lázaro como si estuviera vivo. «Ah, sí, ha conseguido trabajo como reportero para *La Voz Hebrea* —le decía a madame Bronstein—. Y su jefe opina que tiene un gran futuro por

delante». Seguramente no sobrevivió demasiado a Lázaro, lo que tardara su corazón en detenerse al fin para siempre.

¿Y el Lázaro bíblico, tenía madre? ¿Qué hizo ésta cuando su hijo resucitó? ¿Se despidió Lázaro de ella antes de regresar a su no-muerte? ¿Era el mismo hijo una vez resucitado que cuando estaba vivo? He leído que después se embarcó rumbo a Marsella con sus hermanas, donde es posible que muriera de nuevo.

Una muchedumbre se apeó del tranvía en la parada del mercado de Rinok. Yo seguí a tres muchachas que avanzaban cogidas del brazo y cruzaron la plaza, encaminando sus pasos hacia un local bautizado como Café Vienés, y hacia Rora, que se reabastecía de *espressos* y cigarrillos mientras me esperaba. Dejé que las tres gracias se adelantaran y me detuve a escuchar a un coro de pensionistas que, apostados en medio del mercado, entonaban a voz en cuello una vieja canción ucraniana; ancianas achaparradas se aferraban a sus bolsas de comestibles; hombres de avanzada edad con los pantalones lo bastante cortos para dejar a la vista una desarmante combinación de calcetines marrones y sandalias se entrelazaban los dedos sobre los voluminosos vientres y miraban arriba cuando atacaban notas agudas. Por lo que alcancé a comprender, la canción hablaba de un cosaco herido al que una muchacha había curado, y a la que éste había abandonado sin compasión en cuanto pudo montar de nuevo; él no tardaría en olvidarla, pero ella jamás lo olvidó a él. «Oye mi pena que resuena en la estepa —cantaban los pensionistas—. Oye mi pena, ojalá rompa tu corazón de cosaco».

No quería contarle a Rora mi conversación con Mary; me uní a él en la mesa sin pronunciar palabra. Las tres gracias sostenían sendos cigarrillos con idéntico ademán: las palmas vueltas hacia arriba, los cigarrillos apuntando hacia abajo, los dedos ligeramente flexionados, el humo enroscándose en sus largas uñas pintadas. Rora les sacó una foto, y el clic de la cámara hizo que la más rubia de las tres se volviera hacia nosotros, el rostro pálido, un rubor de colorete en las mejillas. La rubia sonrió y Rora le devolvió la sonrisa. La camarera se

acercó a la mesa con su delantal blanco ribeteado con falsa puntilla y su falda negra, y yo le pregunté si tenían caramelos de rosa. No sabía a qué me refería, y mi ucraniano no era lo bastante bueno para explicárselo, pero es que además me había dejado el diccionario en la habitación del hotel.

—Un café vienés —pedí entonces—. Y otro para él.

Rora se puso la Canon negra en el regazo, y luego la dejó debajo de la mesa. Sacó una foto a las piernas de las gracias, amortiguando el clic de la cámara con un falso acceso de tos.

—¿Por qué has sacado esa foto?

—Vaya una pregunta tonta —replicó Rora—. Me dedico a sacar fotos.

—¿Por qué te dedicas a sacar fotos?

—Saco fotos porque me gusta mirar las fotos que saco.

—Pues a mí me parece que cuando la gente saca una foto de algo lo olvida al instante.

—¿Y qué?

—Nada —repuse, encogiéndome de hombros.

—Pueden mirar la foto y recordarse a sí mismos.

—¿Pero qué ves cuando miras una foto que sacaste?

—Veo la foto —replicó Rora—. ¿A qué viene tanta pregunta?

—Cuando miro mis viejas fotos, lo único que veo es lo que solía ser, lo que ya no soy. Y pienso: lo que veo es lo que no soy.

—Tómate otro café, Brik —me recomendó Rora—. Te animará.

La camarera volvió con nuestros cafés, así que seguí el consejo de Brik. Cada una de las tres gracias se volvió para mirarnos por lo menos una vez, y Rora les sonrió otras tantas veces.

—¿Conoces la historia de Lázaro, el de la Biblia? —le pregunté.

—No puedo decir que haya estudiado ese pasaje en concreto —contestó Rora.

—Pues resulta que Lázaro se muere, y su hermana, que es amiga de un tal Jesucristo, un profeta local al que se atribuyen varios milagros, le pide que haga algo al respecto. Así que el señor Cristo va y monta uno de sus trucos. Entra en la cueva en la que yace el

cadáver, le ordena que se levante y Lázaro deja atrás el mundo de los muertos. Luego vuelve tambaleándose a la vida y desaparece sin dejar rastro. Y el señor Cristo se hace incluso más famoso de lo que ya era.

—Como historia no da mucho de sí.

—Es más bien floja, concedo. Pero al cabo de un tiempo Lázaro se marchó a Marsella con sus hermanas, y ahí sí que hay una buena historia. Me pregunto si empezaría una nueva vida allí. A lo mejor nunca volvió a morir. A lo mejor aún anda por ahí, vivito y coleando, completamente olvidado a no ser como el conejito blanco de la chistera del señor Cristo.

—¿De qué coño hablas? —preguntó Rora—. ¿Qué tiene eso que ver con nada?

—He estado pensando en lo de Lázaro.

—Deja de pensar —ordenó Rora—. Tómate el café.

Bebimos el café a sorbos y en silencio. «Oye mi pena, ojalá te rompa el puto corazón», tarareé para mis adentros. Pero no podía seguir en silencio.

—He hablado con Mary —le dije.

—Eso está bien.

—Mis suegros quieren irse a Roma a codearse con el papa.

—Estupendo —repuso Rora. Era evidente que quería que me callara, pero seguí hablando. Probablemente había ingerido demasiado café.

—Mis suegros son muy religiosos —añadí. Tuve que casarme en una iglesia católica. Me negué a hacerlo, pero Mary no me dejó alternativa. Me arrodillé bajo una cruz y el cura me roció con agua.

No sólo me arrodillé ante el gimnasta crucificado, sino que los Field, los católicos más fervientes de todo Pittsburgh, me hicieron inclinar la cabeza una y mil veces, las mismas que fingí contemplar la aterradora fugacidad de mi existencia terrenal. Recuerdo la primera Navidad que pasamos en su casa. Me acababa de casar, me había incorporado oficialmente a la familia y Mary me ofrecía su amor pese a ser extranjero, y por tanto poco digno de confianza.

Nos sentamos en torno a una mesa redonda, y los Field bendijeron la mesa y luego pasaron, en sentido inverso al de las agujas del reloj, la pierna de cerdo asada, la salsa y el puré de patatas. Me serví de todo y lo pasé al siguiente comensal. Aquel círculo de intimidad familiar me llenó los ojos de lágrimas. Así que incliné la cabeza en todas y cada una de las Navidades siguientes, pues por entonces tenía la sensación de que valía la pena fingir un poco. Mary y yo, George y la señora Field, y a veces también nos acompañaban los Patterson. Se dedicaban a leer pasajes de la Biblia mientras yo, sin un mal libro que leer, contaba pacientemente las rodajas de carne recreándome en el corte de la misma, tan fino y regular. Y más tarde me unía a la intrascendente conversación de sobremesa, en la que jamás surgían temas polémicos, y me dedicaba a elogiar la tarta de manzana de mi suegra («¡Rachel, sólo por esta tarta de manzana ya ha valido la pena haber venido a América!», exclamaba, y todos me reían la gracia). Mary y yo solíamos darnos la mano sobre la mesa, y yo hacía declaraciones usando la primera persona del plural («Nos gusta apoyar el libro sobre el pecho cuando leemos en la cama») y soportaba estoicamente las indirectas sobre nuestra posible descendencia. Después de cenar, salíamos a dar largos paseos en los que comentábamos temas de escasa importancia a paso lento, con las mejillas heladas de frío. A veces, George me obligaba a rezagarme para poder hacerme preguntas capciosas relacionadas con mi precariedad económica, pero Mary acudía a rescatarme de sus escrupulosos interrogatorios. Y sin embargo, a menudo me sentía como en casa; hallaba consuelo en aquellos rituales.

—¿Así que eres católico? No lo sabía.

—Yo no soy nada —repliqué—. Sólo Dios sabe lo mal que me cae, pero envidio a la gente que cree en toda esa farsa. No tienen que preocuparse por el sentido de la vida y de todo lo demás, mientras que yo sí.

—Te voy a contar un chiste —anunció Rora—: Mujo se despierta un buen día, tras una larga noche de borrachera, y se pregunta por

el sentido de la vida. Se va a trabajar, pero se da cuenta de que la vida no se reduce, o no debería reducirse, a eso. Decide leer algo de filosofía y durante años se dedica a estudiarlo todo, de la Antigua Grecia en adelante, pero sigue sin encontrarle sentido a la vida. A lo mejor la clave está en la familia, piensa, así que dedica tiempo a su esposa, Fata, y a los niños, pero ellos tampoco acaban de dar sentido a su vida, así que decide abandonarlos. Entonces se le ocurre que quizás el secreto consista en ayudar a los demás, así que se matricula en la facultad de Medicina, se licencia con todos los honores y se va a África a curar la malaria y a trasplantar corazones, pero sigue sin hallarle sentido a la vida. A lo mejor es la riqueza, piensa, así que se convierte en un hombre de negocios, empieza a ganar dinero a espuertas, millones de dólares, y compra todo lo que se puede comprar, pero se da cuenta de que la vida tampoco es eso. Entonces le llega el turno a la pobreza, la humildad y demás, así que regala todas sus pertenencias y se dedica a mendigar por las calles, pero sigue sin encontrarle sentido a la vida. Le da por pensar que quizás lo encuentre en la literatura; escribe una novela tras otra, pero cuanto más escribe, más se le escapa el significado de la vida. Se vuelve hacia Dios, se convierte en un derviche, lee y estudia el libro sagrado del islam, en vano. Se vuelca en el cristianismo, luego en el judaísmo, en el budismo, en todo lo demás, pero ninguna religión le ayuda a encontrar el sentido de la vida. Hasta que un buen día oye hablar de un gurú que vive en la cima de una montaña, en algún lugar de oriente. Según dicen, ese gurú conoce el significado de la vida. Así que Mujo parte hacia el este, viaja durante años, recorre los caminos, escala la montaña, encuentra la escalera que conduce a la morada del gurú. Sube los peldaños, decenas de miles de peldaños, y casi se muere tratando de llegar arriba. En la cima hay millones de peregrinos, y tiene que esperar durante meses para ver al gurú. Cuando por fin le llega su turno, se dirige a un gran árbol bajo el cual se encuentra al gurú desnudo, sentado con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, meditando en perfecta armonía y paz interior; sin duda conoce el significado de la

vida. Mujo le dice entonces: «He dedicado mis días a buscar el significado de la vida, pero no lo he logrado, así que he venido a pedirte humildemente, maestro, que compartas el secreto conmigo». El gurú abre los ojos, mira a Mujo y le dice con toda tranquilidad: «Amigo mío, la vida es un río». Mujo se lo queda mirando fijamente, sin acabar de dar crédito a sus oídos. «¿Qué has dicho que es la vida?», pregunta de nuevo. «La vida es un río,» repite el gurú. Mujo asiente y le espeta: «¡Serás gilipollas! ¡Me cago en tus putos muertos, imbécil de mierda, cretino integral, hijo de la gran puta! ¿He desperdiciado mi vida y me he dejado la piel viniendo hasta aquí para que ahora me digas que la vida es un puto río? ¿Un río? ¿Te estás quedando conmigo? Eso es lo más estúpido y superficial que he oído en toda mi puta vida. ¿Esa es la conclusión a la que has llegado después de dedicarle toda tu existencia?» Y el gurú le replica: «¿Qué pasa, acaso no es un río la vida? ¿Me estás diciendo que no es un río?».

Me reí un poco.

—Ya veo a qué te refieres —le dije.

—Qué vas a ver tú —replicó Rora, y señaló las letras de neón que parpadeaban más allá del Rinok, anunciando el casino—. Deberíamos ir a jugar un rato.

«Eso me sentaría bien», pensé, aunque no era demasiado aficionado a los juegos de azar. En un arrebato, me ofrecí para desembolsar cien euros del dinero de Susie para que Rora apostara con ellos. Si ganaba, nos repartiríamos los beneficios, sugerí. Aceptó la oferta, y para allá que nos fuimos.

Junto al detector de metales, una bestia con cuello de bisonte que parecía ocultar jamones en las mangas de un falso Armani exigió a Rora que dejara la Canon en el guardarropa al tiempo que señalaba el letrero por el que se prohibía entrar en el casino portando armas. Yo estaba dispuesto a dar media vuelta y buscar cualquier otra vía de escape y diversión, pero Rora se hizo a un lado, sugiriendo así

que me las viera yo con el hombre bisonte. Di un paso al frente y me dirigí a él. Mi ucraniano, que pronunciaba no con acento bosnio, sino estadounidense, sugería una buena provisión de divisas fuertes listas para derrochar. Le propuse al bisonte sujetar yo la cámara mientras mi amigo apostaba, y le prometí no abrir el estuche que la contenía, ni tocarlo siquiera. Lo abrió, sacó la cámara y los objetivos y lo depositó todo en el suelo. Rora se estremeció y estaba a punto de objetar, quizás de forma violenta, pero entonces el bisonte se incorporó y permitió a Rora volver a guardarlo todo en el estuche y dármelo.

No había nada gris en la sala: el verde chillón del fieltro; las fichas rojas, azules y blancas; las camisas rosadas y los chalecos negro azabache de las dos solitarias crupiers. Era pronto aún, no había más jugadores en la sala. La crupier de la mesa de la ruleta llevaba el pelo firmemente recogido para resaltar sus facciones y lograr que los ojos parecieran más grandes, pero el resultado era un rostro triste y apagado. La crupier del blackjack nos saludó con un «¡hola!». Era estrecha de hombros, y sus brazos enclenques sobresalían como lenguas de las mangas abullonadas. Rora se fue derecho a la mesa del blackjack y se sentó delante de ella con una sonrisa de oreja a oreja. La mujer le devolvió la sonrisa y enderezó las pilas de fichas mientras Rora exhibía el billete de cien euros y lo introducía en la ranura. En la otra punta de la habitación había un mandamás de alguna clase sentado en un taburete que, cual atalaya humana, dirigía su mirada escrutadora hacia Rora y la crupier que le iba dando fichas.

Nunca había visto jugar a Rora, pero mi primera impresión fue que aquello no se le daba demasiado bien. Apenas miraba las cartas, lo desplumaban una y otra vez, y en un abrir y cerrar de ojos había perdido la mitad de las fichas. Yo me estaba poniendo de los nervios, pero mantuve el tipo porque Rora no se inmutaba. La crupier y él no se hablaban, pero de vez en cuando ella reía disimuladamente sin que viniera a cuento, la mirada fija en las cartas, que estaban a salvo de la atalaya humana. Tenía la sensación

de que Rora estaba más interesado en echar un polvo que en ganar la apuesta.

Pero entonces empezó la buena racha. La pila de fichas fue creciendo ante sus ojos. Rora apostaba fuerte y siguió ganando. La crupier dejó de sonreír; alzó el dedo índice de la mano izquierda sin moverla del borde de la mesa, y la atalaya humana registró la señal. Por un momento me sentí eufórico porque había descifrado el código secreto, me había colado en los entresijos del turbio mundo del juego e imaginaba una fotografía: un primer plano de aquella mano. La atalaya humana se adentró en el cono iluminado y se llevó las manos a la entrepierna, el rostro en penumbra. Llevaba anillos de aspecto acerado en todos los dedos de las manos, sin duda destinados a destrozar mandíbulas y pómulos. Rora perdió un par de manos, pero luego emprendió una inverosímil sucesión de victorias que convirtieron su pila de fichas en una montaña. La atalaya humana susurró algo al oído de la crupier, llamó a la compañera de ésta y ambas intercambiaron puestos. La nueva crupier tenía un incipiente bigote, la barbilla estrecha y angulosa; estaba claro que no iba a hacerle caídas de ojos a Rora, que se echó hacia atrás y suspiró, como si aquello de la racha ganadora le supusiera un esfuerzo descomunal. Estiró el cuello cual púgil, se inclinó hacia delante, clavó los codos en el borde de la mesa y, con las manos unidas como si se dispusiera a rezar, hizo una apuesta arriesgada.

En el vuelo de ida a Ucrania, mientras me iba quedando dormido, Rora me había hablado de cuando había acompañado a Miller a una entrevista con Karadžić. En el miserable casino de Lviv recordé la anécdota, o el sueño que tuve en el avión. Los chetniks lo detuvieron en el último control antes de ver a Karadžić, y uno de ellos le metió a Miller una pistola en la boca, hasta las amígdalas. Rora dio por sentado que no podían matarlo porque Rambo había dejado claro a sus socios chetniks que Miller y él estaban bajo su protección, y que cargárselos no favorecería en absoluto el mantenimiento de buenas relaciones comerciales. Seguramente, el tipo que le puso la pistola en la boca se estaba marcando un farol, o

más valía que así fuera, sobre todo por el bien de Miller. Sin embargo —dijo Rora—, por un momento vi un brillo especial en sus ojos, la mirada de «¿y si…?». Conocía aquella mirada: aquello era lo que buscabas en tu adversario; querías que pensara que, en realidad, nada malo podía ocurrir, que su coraje lo haría salir del trance sano y salvo. Era entonces cuando te la jugabas al todo o nada y derrotabas al enemigo. Pero el juego era muy distinto cuando tenías una pistola metida hasta el esófago, y en la boca el sabor de la grasa, de la pólvora quemada, de la muerte. Y además aquel tipo era feo con avaricia: la frente arrugada, cejas asimétricas, ojos pequeños, redondos, inyectados de sangre, y un grano justo en el pliegue del orificio nasal izquierdo.

El bisonte fue a ponerse al lado de la crupier, que quedó entre éste y la atalaya humana. Era evidente que pretendían atemorizar a Rora, que hizo caso omiso de sus puños cerrados sobre la entrepierna. Yo no temía al dolor ni a la muerte, aunque de pronto se me antojaba de lo más razonable esperar lo uno o lo otro, o ambas cosas a la vez. Tampoco temía que me robaran hasta el último céntimo. De hecho, todo aquello resultaba de lo más excitante. El bisonte rodeó la mesa y se apostó a mi lado, probablemente para ver si le hacía señales a Rora.

Y entonces todas las luces se apagaron de golpe y a mí se me encogió el estómago. Estábamos a punto de ser engullidos por las tinieblas. El bisonte me pellizcó la piel por encima de la camisa y la retorció con saña; el dolor me pilló por sorpresa; lo absurdo e inesperado de aquel ataque lo hacía aterrador, pero me dio por reír tontamente. Me dirigí a la puerta, aunque a medio camino tropecé con una silla y me caí, y justo entonces las luces volvieron a encenderse, como si mi caída hubiese sido el único objetivo del apagón. Excepto yo, todos seguían en sus puestos, incluido Rora.

—Voy a pasar por caja —anunció en bosnio. Los hombres comprendieron sus palabras y asintieron, aprobando tan sabia decisión. Nadie dijo ni hizo nada que diera a entender que el apagón se había producido. Rora apartó una pequeña pila de fichas y la

empujó en la dirección de la crupier a modo de propina; yo me levanté y enderecé la silla.

Tuve que ayudar a Rora a cargar las fichas hasta la caja, lo que no era fácil llevando la cámara en la mano, y alguna que otra se me cayó en la gruesa moqueta del casino, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza detenerme a recogerlas. Rora había ganado mil quinientos euros. En Ucrania, se podía comprar un campesino trabajador por esa cantidad de dinero. Había algo profundamente satisfactorio en el hecho de que el dinero de Susie hubiese generado más dinero. El bisonte nos acompañó hasta la puerta y tuvo la amabilidad de desearnos buenas noches.

—*Dobra nych* —contesté.

Sólo cuando ya estábamos fuera, en la lluviosa calle Lviv, estuve a punto de desmayarme por la mezcla de miedo y euforia.

En el Café Vienés apuré de un trago el coñac armenio más caro que tenían en la bodega mientras Rora me explicaba en tono confidencial que todo se reducía a contar las cartas, matemática pura y dura. Lo importante es que no se den cuenta de que estás contado, jamás debes dar la impresión de estar pensando siquiera. Mientras crean que no sabes lo que estás haciendo, todo irá bien.

A Miller le volvía loco el póquer. Formaba parte de su idiosincrasia estadounidense. Solía jugar con otros corresponsales extranjeros, pero llegó un momento en que se quedó sin compañeros de juego. Rora aspiraba a ser el *fixer*[2] de Miller, así que le prometió concertar una partida de póquer con cierta regularidad. Sabía que Rambo también era aficionado a las timbas, y que le apetecería enfrentarse a Miller —un guerrero de Sarajevo y un reportero de guerra americano jugándoselo todo al póquer—, así que concertó una partida. Rora participó en ella. Beno, un asesino eficiente como pocos pero más bien escaso de luces, también estaba allí por razones de seguridad. Luego había un tipo de la Policía Especial Bosnia cuya misión era hacer que Miller se sintiera a salvo, aunque

en realidad vivía a las órdenes de Rambo. Había también un tío del Gobierno que le debía lealtad a Rambo y le cubría las espaldas. Todos excepto Miller sabían que Rambo iba a ganar. Rora fue lo bastante listo para perder todo su dinero rápidamente y abandonar la partida. Se lo tomó como una inversión, pues la finalidad de la timba era establecer una relación entre Rambo y Miller de la que él pudiera beneficiarse. Me describió la partida con todo lujo de detalles —las distintas manos, los faroles, los envites—, hasta que sólo quedaron Rambo y Miller, el primero con un gran pila de dinero, el segundo con una pila más pequeña y un *full* en la mano, trío de reyes y pareja de reinas. Era una trampa, pues Rambo tenía cuatro jotas. Los envites se sucedieron hasta que Miller hubo de dejar sobre la mesa el reloj y la cadena de oro y, finalmente, sus futuros ingresos. Estaba borracho, pues había llevado consigo un par de botellas de Jim Beam, pero le había dado a Rambo su palabra de honor de que le pagaría si perdía; si se hubiese tratado de cualquier otro juego, de cualquier otra ciudad que no estuviera sitiada, nadie se hubiese tomado en serio semejante promesa, pero Rambo y todos los presentes —y hasta el propio Miller, por muy borracho que estuviera— sabían que morir en Sarajevo era lo más fácil del mundo, aunque fueras un reportero estadounidense. Un malentendido, un accidente, el disparo de un francotirador. Miller perdió, por supuesto, y a partir de ese instante Rambo lo tuvo a su merced. En lo sucesivo, Miller le haría pequeños favores: entregar un paquetito a un amigo; publicar en varios diarios estadounidenses un artículo sobre Rambo, en el que éste aparecía retratado como un héroe en su lucha contra los chetniks; pasar drogas a otros periodistas extranjeros; acercar los equipos de televisión a Rambo, etcétera. Rora salió beneficiado de todo aquello: se vio apartado de la primera línea; se habían acabado para él las trincheras y las incursiones nocturnas, porque Rambo le consintió ser el *fixer* de Miller para así poder tenerlo bajo control.

—Todo esto te lo estás inventando —le espeté.

—Ojalá —repuso.

—Deberías ponerlo por escrito.
—Hice fotos.
—Tienes que ponerlo por escrito.
—Para eso te tengo a ti. Para eso te he traído conmigo.

Después de que el respetado doctor Hunter haya realizado la autopsia, el subjefe Schuettler enseña el informe correspondiente a William P. Miller, que se muestra conmovido por la intimidad profesional que se acaba de establecer entre ambos.

Cadáver de varón con cerca de veinte años, metro setenta de estatura, unos 56 kilos de peso, algo desnutrido.

Herida punzante de 63 milímetros de diámetro en el hueso parietal izquierdo.

Herida punzante en el lado izquierdo de la barbilla.

Herida punzante en el ojo derecho.

Herida punzante cinco centímetros por encima de la clavícula, en el lado derecho.

Herida punzante cinco centímetros a la derecha del pezón izquierdo.

Herida punzante en el ángulo inferior del omóplato izquierdo.

Herida punzante en la línea media de la parte posterior del cráneo.

Se ha hallado una bala bajo el cráneo en ese mismo punto.

El cráneo posee una forma peculiar. El pelo es oscuro, la tez morena. La nariz no es puramente judía, pero presenta un aspecto semítico.

No obstante, existen otros indicios que permiten afirmar sin lugar a dudas que se trata de un judío.

No hay empastes dentales. Manos bien formadas, lo que indica trabajo manual.

Al retirar la tapa del cráneo, ésta se reveló extremadamente delgada. Se hallaron tres heridas de bala que perforaron el cerebro.

La herida punzante cercana al pezón izquierdo atravesó el corazón.

Los órganos restantes presentan una configuración normal.

La tapa del cráneo delgada, la boca grande, la barbilla corta, la frente estrecha, los pómulos sobresalientes y las enormes orejas simiescas son claros indicadores de una forma de degeneración bien conocida.

En nuestra opinión, el desconocido murió a causa del shock y la hemorragia provocados por las heridas de bala.

—Son criaturas de otro mundo —afirma el subjefe con gesto meditativo, como si hubiese estado dando vueltas a este pensamiento mientras Miller leía.

El despacho del subjefe es oscuro —sólo hay una lámpara de escritorio encendida— y los cristales de las ventanas temblequean, azotados por las ráfagas de viento.

—Desde luego que lo son —asiente William P. Miller.

Las calles desiertas que parecen reptar entre los edificios en penumbra, los pesados carruajes que se arrastran entre gruesas sábanas de lluvia y profundos charcos, los borrachos desorientados que tiemblan de frío, los trabajadores del turno de noche. Todo ello cobra vida de pronto, alumbrado por el breve fogonazo de un relámpago. La tormenta castiga a Chicago y se ensaña con sus ciudadanos.

Aquí está, piensa Olga. Por un instante, los añicos del jarrón esparcidos en el suelo brillan como remotos cuerpos celestiales. El pan de centeno petrificado aparece sobre la mesa, luego se desvanece. En la estufa, el fuego sigue extinguiéndose entre la densa humareda; finísimos copos grises se escapan por las rendijas y aterrizan en el pelo y el rostro de Olga, ligeros como el aliento. Ésta nota el peso de sus propias manos sobre el regazo, y cuando un relámpago atraviesa la estancia oscura las ve como pequeños bebés desollados. Los bebés perecen, y lo único que queda es la

húmeda aspereza de su vestido. El trueno retumba y se despide con un último y rencoroso gruñido. No tiene sentido encender la lámpara, pues las ráfagas de aire la apagarían.

Querida madre,
Nuestro Lázaro duerme, pero el suyo es un sueño del que no podemos despertarlo.

No puede enviar una carta a casa hasta haberle dado un funeral digno a su hermano, hasta que se haya oficiado un *kaddish* en su memoria. Lo arrojarán a un agujero en la tierra, como si fuera un animal. ¿Tendrán al menos el detalle de ponerlo en un ataúd? ¿Lo lavarán o habrán dejado que se encargue la lluvia de hacerlo? ¿Echará la *politsey* su cadáver a la fosa a patadas? ¿Se le mearán encima? Olga se levanta de un brinco, avanza dos pasos, retrocede uno, pisando los añicos del jarrón roto. Los tenedores, los cuchillos y las tazas tintinean con estrépito. El ruido la pone furiosa; coge un tenedor como si se dispusiera a clavárselo a alguien, pero detiene el gesto y se queda con la mano en el aire, las púas del tenedor apuntando a la oscuridad. La lluvia asaetea el cristal de la ventana. Agazapado en un rincón de la estancia, sumido en la oscuridad, algo la observa y la escucha.

Querida madre,
No hay una manera buena de decir esto: Lázaro ya no vive.

No. Nada.

Querida madre,
Se diría que el sufrimiento nunca nos abandona. Hemos perdido a Lázaro. ¿Qué hemos hecho para merecer tanto dolor?

Su vestido huele a sudor, a tristeza y al tabaco de los policías. Lleva las medias rasgadas y se le ha roto el tacón del zapato izquierdo. Lázaro había llorado al perder uno de los guantes de piel de becerro que le habían regalado con ocasión del *bar mitzvah*. Lo recuerda ataviado con aquel ridículo traje de marinerito. Los gorriones le daban miedo. Lázaro en el *bar mitzvah*, leyendo la Torá con voz entrecortada. ¿Por qué empieza el día judío con la puesta de sol? Lázaro adiestrando a un perro callejero en el campo de refugiados de Czernowitz, el perro mirándolo con una mezcla de perplejidad y desinterés. Y luego el modo en que empujaba las orejas hacia delante con los dedos y sacaba la mandíbula inferior para imitar a un mono. La sonoridad de sus carcajadas cuando el señor Mandelbaum hacía sus trucos: un huevo que desaparecía y volvía a aparecer detrás de las orejas de soplillo de Lázaro. Se negaba a reconocer la existencia del vello que empezaba a brotarle en la barbilla. El sabor de sus rizos cuando ella los besaba: dulce y salado, a veces amargo. Su rostro frío en el depósito de cadáveres; ningún latido en su pecho, nada.

Querida madre,
Su última carta nos llenó de alegría. Estamos más que bien: yo he conseguido un nuevo empleo como secretaria en un despacho de abogados y Lázaro ha empezado a trabajar como reportero para La Voz Hebrea*. Está pensando en casarse.*

Sería una lástima tirar a la basura el pan de centeno reseco. Debería reblandecerlo bajo el vapor. Nunca se lo comerá. El vago olor de la carroña olvidada lo cubre todo en la habitación. La estancia se ve desierta sin Lázaro, los objetos en ella permanecen al margen del mundo de Olga, ajenos a su pena: una palangana vacía, un chal que cuelga de una silla, una imperturbable jarra de agua, la máquina de coser cuya correa golpetea a ratos. Olga no soporta tocar aquellos objetos; observa sus formas como si esperara que se rompieran de un momento a otro y revelaran el duro abismo de

sufrimiento que guardan en su interior todas las cosas malditas. Aquí está. Aquí se sentaba Lázaro Averbuch, un muchacho de diecinueve años. Aquí comía la *kasha*, aquí se sacaba una legaña del ojo izquierdo con el pulgar mientras se desperezaba enseñando las encías y los incisivos, como un gato. Aquí dejaba el bol de hojalata en el fregadero, y aquí repicaba contra el borde. Aquí había colgado una fotografía del *Daily News*: un grupo de chicas judías haciendo gimnasia en la azotea de un edificio, como si quisieran alcanzar algo en el cielo.

¿Registraría la *politsey* el excusado?

Corre escaleras abajo, dejando atrás al amodorrado *politsyant* del pasillo, que no se mueve de su silla. Avanza con dificultad bajo la lluvia por el barrizal del patio trasero mientras el fango helado se cuela en sus zapatos planos; resbala pero no llega a caerse; la lluvia le aplasta el pelo. Se agacha para apartar la piedra que mantiene cerrada la puerta del excusado y la abre tirando con fuerza. El hedor es insoportable; la tormenta ha liberado los vapores de la putrefacción y el agua de la lluvia ha empujado la mierda hasta la superficie. Allí está el diccionario de inglés-ruso que tanto le gustaba llevarse al excusado. Olga busca a tientas el diccionario y recorre su lomo, que sobresale como una diminuta cadena montañosa. Siempre le advertía que hacía demasiado frío allí para sentarse a leer, pero él hacía caso omiso de sus consejos; volvía del excusado tosiendo y sorbiéndose los mocos. La semana pasada le había limpiado la nariz; él había torcido el gesto y gimoteado como un niño. El libro resulta cálido al tacto, como si Lázaro acabara de sostenerlo, como si aún irradiara su vida. Le fallan las rodillas y se sienta con un sollozo, apretando el libro contra el pecho. Mi hermanito. Todas las vidas que podía haber vivido. Solía ayudarlo a estudiar; le leía palabras en inglés y él respondía con las equivalencias en ruso; el martes se habían quedado en la letra *d*:

Digestión
Dignidad
Digno

Dije
Dilatar
Diligente
Diluir
Diluviar
Diluvio
Dimensión
Diminutivo
Diminuto
Dimitir
Dinámico
Dinamismo
Dinamita
Dinamitar
Dinamo
Dinastía
Dineral
Dinero
Dintel
Diócesis
Dios mío, ¿qué he hecho yo?

—Olga, ¿eres tú? ¿Olga?

Olga lanza un grito de terror, se acurruca para proteger el libro y su propio corazón de lo que quiera que sea que le está hablando. La voz es ronca e incorpórea, parece provenir de la oscuridad que la rodea. Otro relámpago. Olga tiene los pies helados. Con inmenso alivio, contempla la posibilidad de haber perdido la cordura.

Querida madre,
Lázaro está muerto y yo me he vuelto loca. Por lo demás,
estamos perfectamente y pensamos mucho en usted.

—Olga, soy yo, Isador —dice la voz—. Estoy aquí abajo.

Bajo sus pies, el ruido de chapoteo en el agua es inequívocamente real.

—¿Isador?

—Sí, soy yo, Olga. Estoy aquí abajo, metido en la mierda hasta las orejas. Ya no lo aguanto más.

—¿Qué demonios haces ahí abajo?

—Me encanta nadar entre la mierda… ¿Tú qué crees que hago aquí? Me están buscando por toda la ciudad.

Olga mira fijamente el agujero hediondo; la bilis le sube por el esófago y siente náuseas.

—¿Cómo sabes que te están buscando? ¿Cómo te has metido ahí?

—Venía a verte cuando llegó la policía, así que me escondí. Algunas personas de bien me habían dicho que me apartara de la ley.

—Si no has hecho nada malo, no tienes por qué esconderte —replica Olga sin demasiada convicción.

—Me han dicho que soy el cómplice del crimen, que me han identificado por mi pelo rizado —le explica Isador—. Lo que ocurre es que no tengo el pelo rizado, ni ha habido ningún crimen.

—¿Querías matar a Shippy?

—No digas tonterías, Olga. ¿Por qué iba a querer hacerlo?

—¿Qué hacía Lázaro llamando a su puerta?

—No lo sé. Oye, tengo que salir de aquí. Me estoy helando y me muero de hambre. La mierda está subiendo.

—Nada de esto habría pasado si no fuera por tus majaderías anarquistas, por esas palabras llenas de rabia. ¿Qué tenía de malo su vida?

—Sólo queríamos una vida mejor. Lo único que hacíamos era leer y hablar, Olga. Me voy a morir si no salgo de aquí.

—Mientes, Isador. Tú lo engatusaste.

—Olga, me conoces de sobra. Me he sentado a tu mesa. Lázaro era mi hermano. Tú eres mi hermana.

—Yo no soy tu hermana. Tenía un hermano y tú lo empujaste a la muerte.

—Era un hombre hecho y derecho. Tomaba sus propias decisiones.

—Lo llevaste a escuchar a esa tal Goldman, a todos esos rojos que no hacen más que alborotar. Llenaste su corazón de ira. Pues ahora que sean tus hermanas anarquistas las que te saquen de la mierda.

Olga no alcanza a verlo, y no sabe a qué profundidad se encuentra. Nunca había mirado el agujero a la luz del día. Todo se ha transformado en una realidad distinta. Isador no era sino otro muchacho gritón, y ahora es el anarquista más buscado de Chicago.

—La policía está por todas partes —le advierte—. Hay uno en el pasillo de casa. Están esperándote allí. Si no vuelvo pronto, vendrán a buscarme.

—No como desde hace dos días. Las ratas se pasean por todo mi cuerpo. Voy a morir. No quiero morir.

—Puedo llamar a la policía para que te saquen.

Isador guarda silencio. El fragor de la tormenta se ha ido alejando. La puerta del excusado tiene un agujero en forma de corazón; la corriente de aire levanta, como si los hojeara, los trozos de papel de diario apilados. El cráneo de Olga le escuece bajo los nudos de pelo mojado.

—Dame una razón por la que no deba llamarlos —le espeta.

—Lázaro era inocente y la policía lo mató; yo soy inocente y la policía me matará. Dos razones. Si quieres más, seguro que alguna podré desenterrar de entre tanta mierda.

Olga no nota los dedos de los pies ni de las manos, y el corazón también se le está helando por momentos. ¿Por qué no quedarse allí, dejarse llevar por el sueño y acabar con todo de una vez? Todo debería detenerse. Señor, ¿por qué me has abandonado en este bosque oscuro?

—Olga, por favor. Sólo te pido que me ayudes a salir de este agujero y me traigas algo de comida y una manta.

—No puedes quedarte en el excusado para siempre.

—Sólo te pido que me dejes pasar la noche. Algo se nos ocurrirá.

—Te odio, Isador. A ti, a tu empeño por cambiar el mundo y a tus manías de grandeza. No vives en el mundo real. ¿Por qué no podías dejarnos en paz?

—Lo único que siempre he querido es vivir en el mundo real con un poco de dignidad. Échame una mano, Olga. Por favor.

Olga deja el diccionario en el suelo e introduce la mano en el agujero oscuro hasta que la mano viscosa de Isador le coge la muñeca y casi la arrastra hacia abajo.

—Maldito seas, Isador, y maldita sea tu sangre. El diccionario va a parar al agujero y golpea a Isador en el rostro antes de caer ruidosamente en el agua fétida y hundirse.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Isador, sobresaltado.

En la cama, Olga se tapa la cabeza con las mantas para tratar de conjurar el frío y el hedor, a sabiendas de que ninguno de los dos abandonará su cuerpo jamás; será un milagro si no coge una inflamación cerebral. Le ha llevado una manta y la hogaza de pan seco a Isador, ambas ocultas bajo el vestido.

—¿Tenemos las tripas revueltas, eh? —le ha dicho el *politsyant* con una sonrisita asqueada. No parece tener demasiadas luces, pero a Olga le preocupa la posibilidad de que quiera usar el excusado.

—No sufras —le había dicho Isador—. No cagan donde lo hacen los judíos.

Allí está Isador, cubierto de mierda de la cabeza a los pies en su absurdo trono, envuelto en una delgada manta, imaginando mundos libres en los que todos tuvieran un retrete dentro de casa.

—Sólo espero no tener que hacer aguas mayores —bromea Isador, pero ella no le ríe la gracia. Nunca volverá a reír. Se ha lavado las manos, se las ha frotado muchas veces, pero lleva el hedor pegado a las fosas nasales.

Aquí llega Lázaro, que vuelve a casa con Isador. Traen tres docenas de huevos en un cucurucho de papel de diario, y no se ha roto ni uno. Los depositan despacio en un cuenco mientras comentan lo que fuera que han oído en la conferencia de la Goldman. Isador habla entre aspavientos, con una seriedad ridícula. Lázaro es como un polluelo torpe.

Isador está en el excusado; hay policías por todos lados; Lázaro está muerto; yo no me quito de encima este olor a mierda y a duelo; fuera hay una tormenta interminable; estoy perdida en un país ajeno. No pinta mal, la cosa.

Querida madre,
No sé cómo empezar

Se vuelve hacia el otro lado, desliza la mano derecha bajo la almohada, oye el crepitar de la paja en su interior. Isador podría escabullirse antes del alba, cuando todos estén durmiendo profundamente; la tormenta debe de haber sido agotadora. Si me durmiera y no volviera a despertarme, me libraría de esta pena nauseabunda.

Diploma
Diplomacia
Diptongo

Su rostro parecía tan crispado en el depósito de cadáveres, tan tenso, los labios helados y rígidos. ¿Por qué estaba enfadado? Hablaba de anarquía y libertad, de policía, de justicia y de América. Para que unos pocos lo posean todo, decía, la mayoría no posee nada. Nosotros somos la mayoría, ésta es la vida de la mayoría. ¿Sabías, Olga, que no me siento las yemas de los dedos cuando salgo de trabajar? Cuando escribo, no puedo sostener la pluma. Toque lo que toque, todo me parecen huevos. Su sueño era trabajar como reportero para *La Voz Hebrea*. Quería recorrer el mundo y escribir sobre lo que viera. Cortaba el pan con movimientos largos y

lentos, como si lo serrara. Sus brazos eran muy huesudos, los codos como puntas de alas desplumadas.

Isador casca uno de los huevos en el canto de la mesa y, antes de que se derrame, deja caer la yema y la clara en su boca. Su larga garganta se abulta brevemente mientras traga. Sería apuesto si no fuera tan obtuso. Lázaro intenta cascar un huevo, pero lo único que consigue es estrellarlo contra la mesa.

Diputado

Dique

Dirección

Directo

Olga oye llamar a la puerta y salta de la cama, porque han golpeado dos veces seguidas y otras dos más espaciadas, como le gusta hacer a Lázaro en señal de complicidad. Abre la puerta y allí está su hermano: alto y desgarbado, sin zapatos, con agujeros en los calcetines, el traje colgado del esqueleto como si se tratara de una manta. La descarnada dureza de su rostro se convierte en una sonrisa de oreja a oreja. Olga se queda sin respiración, rompe a llorar de alegría y lo abraza, rodeándole los bíceps. Aprieta la barbilla contra su pecho, oye el latido de su corazón, uno de los botones de la camisa se queda impreso en su oreja.

—¿Dónde estabas? —le pregunta desesperada—. ¿Por qué juegas al gato y al ratón conmigo?

Pero Lázaro no dice nada. La besa en la cabeza y se aparta de ella. Luego se deja caer en la silla, parte un trozo de pan de centeno y, mientras mastica, menea la cabeza con desaliento, como si dijera: «No tienes ni idea de lo que he pasado». Olga cae de rodillas ante él, descansa las manos sobre los muslos de Lázaro para tranquilizarlo.

—Director dirigir —dice—, los ojos inestables como burbujas de mercurio. —Disciplina discípulo disco discreción. Discriminar disculpa discurso.

Nadie en Lviv iba a guardar recuerdo de nuestro paso por la ciudad: ni los matones del casino, ni la camarera del Café Viena que enarcó las cejas al oírme hablar en un ucraniano de lo más obsoleto, ni las jovencitas que nos sonrieron y se prodigaron en señales de disponibilidad. La única persona que podría recordarnos era el taxista al que contraté para llevarnos hasta Chernivtsi. Me había presentado en la parada de taxis de la estación de autobuses y había buscado entre los taxistas de aspecto más joven y sano al que tuviera el mejor coche. El elegido se llamaba Andriy y conducía un Ford Focus azul y cobre; tenía el rostro redondo y unos ojos vivarachos y alegres que denotaban astucia, o bien inocencia, o quizás ambas cosas a la vez; parecía estar sobrio y llevaba anillo de casado. Me pidió cien dólares del dinero de Susie, comida y gasolina aparte; el viaje nos llevaría entre cinco y seis horas. Le dije que me gustaría parar en Krotkiy, el pueblo natal de mi abuelo. Andriy dijo que eso me costaría otros ciento veinte dólares. Había otros taxistas sin afeitar y con aspecto de cascarrabias merodeando por allí y escuchando la negociación, que iban jalonando de gruñidos aprobatorios. Uno de ellos incluso intentó ofrecerme una tarifa más económica. Andriy le lanzó una mirada fulminante, y fue cuanto bastó para que el hombre se batiera en retirada.

Aún no había salido el sol a la mañana siguiente cuando arrojamos el equipaje al maletero y nos estrechamos la mano para sellar el trato. Rora miraba al taxista a través de las gafas de sol; al parecer, la penumbra de Lviv en las horas previas al alba era demasiado luminosa para él. Yo ocupé el asiento delantero, y

mientras estiraba el cinturón de seguridad para abrocharlo, Andriy me cogió la mano y dijo:

—No necesario.

Intenté explicarle que no se lo tomara como algo personal, pero repitió, ahora en un tono que no admitía réplica:

—No necesario.

Mi vida estaba en sus manos. En el asiento trasero, Rora se reía entre dientes.

—Si te tiene que tocar, te toca —dijo.

—Pues yo no quiero que me toque —repuse, pero no me abroché el cinturón.

El Ford Focus olía a excrementos.

Salimos de la ciudad por una carretera mal alumbrada y nos dirigimos al este, sin más compañía que la de un carro que transportaba una jaula repleta de conejos; el hombre que sujetaba las riendas iba encorvado, los hombros encogidos como los de un refugiado. Un camión de aspecto compacto pasó con gran estruendo en dirección contraria y nos dejó envueltos en una nube de polvo nocturna; seguramente nosotros también íbamos levantando nubes de polvo; una vez que asentaran, taparían nuestras huellas.

De haber vivido, ¿se habría convertido Lázaro en Billy Averbuch? ¿Se habrían convertido sus hijos en Avery o Averiman, o —quién sabe— incluso Field? ¿Habría engendrado una segunda generación de Philips y Sauls y Bernards y Eleanors, que a su vez habrían engendrado James y Jennifers y Jans y Johns? ¿Se habrían perdido sus simpatías anarquistas, la barbilla corta y las orejas simiescas en los entresijos de la historia familiar y del glorioso sueño americano? Cuántas historias podrían contarse, pero sólo algunas pueden ser verdaderas.

A Rambo le gustaba pasear a Miller por las calles de Sarajevo. Se subía de un salto al Audi con motor de seis cilindros que había requisado de la flota del parlamento bosnio previa a la guerra,

invitaba a Miller a sentarse a su lado y circulaba a una velocidad suicida, sin cinturón de seguridad. Les iban las emociones fuertes; Rambo daba volantazos y derrapaba entre escombros, cadáveres, civiles que huían corriendo y la lluvia de balas de los francotiradores, y Miller controlaba el tiempo en su reloj. Iban desde el cuartel central de Radićeva hasta Stup, donde luchaba la unidad. El Audi estaba acribillado de agujeros de bala, pero por increíble que parezca ninguna los alcanzó jamás. Desafiaban a la muerte, y se lo pasaban bomba haciéndolo. Miller adoraba aquello. Rambo lo dejaba conducir de vez en cuando, y casi se desmayaba del subidón de adrenalina. También salían por la noche, con los faros apagados; Rambo se jactaba de ser tan bueno que podía hacerlo con los ojos cerrados, y conducir en la total oscuridad de las noches de Sarajevo era poco menos que eso.

En cierta ocasión, estando Rora en la ciudad sueca de Scania, jugó al *gin rummy* con un tipo que se puso loco de contento cuando supo que era de Sarajevo. Tanto que apenas se percató de que Rora lo había esquilmado. Lo invitó a su casa y lo llevó en su enorme Bentley, con asientos forrados en una piel tan fina que casi se oían los suspiros de los terneros sacrificados. El hombre le había dicho que quería enseñarle algo. Resulta que coleccionaba coches antiguos: tenía varios Ford T, ediciones nazi del Volkswagen y un Bugatti que aún corría lo suyo. Pero no era su colección automovilística lo que quería enseñar a Rora. En la pared del garaje, iluminada como un altar, había un volante y una bocina de las que se usaban antaño para hablar con el conductor desde el asiento trasero. Ambos pertenecían al automóvil en el que el archiduque de Sarajevo y su esposa perdieron la vida en 1914. En el asiento trasero de su coche había empezado la Primera Guerra Mundial, cuya primera víctima fue la archiduquesa embarazada. El hombre estaba borracho y exaltado tras haber perdido una considerable suma de dinero. Habló con pasión del volante empapado en el sudor del chófer, del último aliento del archiduque, de las ásperas y estranguladas consonantes germánicas atrapadas en la bocina.

Aquellos residuos microscópicos eran lo único que quedaba del hombre que estaba llamado a convertirse en emperador. Un conductor anónimo y aterrado había tocado por última vez el volante del imperio. «El pobre debió de pensar que le echarían la culpa de todo», dijo el hombre entre lágrimas. (Miré las manos de Andriy, que asían firmemente el volante del Ford, y me fijé en que tenía dos de los nudillos de la mano izquierda magullados; debió de castigar al colega que pretendía rebajarme la tarifa.) Rora opinaba que alguien había timado al sueco, porque aquella clase de falsas antigüedades salían como hongos por todas partes. Él mismo conocía a un sastre de Berlín que hacía uniformes de la guerra y los vendía como verdaderos, y en Milán había un tío que escribía cartas de amor del siglo XVI; también había oído hablar de un herrero de Ámsterdam que forjaba antiguas espadas samurai. Pero dejó que el hombre siguiera creyendo en lo que necesitaba creer.

El tío de Rora, Murat, salió de copas con los amiguetes la noche antes de partir hacia la Meca para cumplir el ritual del *haj*. Perdió el avión, así que cuando se despertó al día siguiente, resacoso, cogió un taxi en la calle y cuando el taxista le preguntó: «¿Adónde vamos?», contestó: «A Arabia Saudí». El taxista lo llevó hasta la Meca, aunque tardaron unos días en llegar. Una vez allí, al tío Murat no le pareció bien que el taxista tuviera que volver solo, así que le pagó el alojamiento y la comida, y rezaron juntos en la Kaaba. En el viaje de vuelta, se detuvieron a comprar alfombras baratas en Siria y juegos de café de la mejor calidad en Turquía. Lo revendieron todo en Sarajevo y ganaron algo de dinero.

Rora seguía imparable, enlazando una historia con otra. Nunca lo había oído hablar tanto; era como si el hecho de desplazarnos por aquel paisaje verde y despoblado lo espoleara. También sacaba fotos, pero lo hacía con gesto perezoso, sin interrumpir la narración. Hasta Andriy parecía cautivado por su voz, por el constante flujo de suaves sonidos eslavos de resonancias épicas. Me hubiese gustado poner algunas de aquellas anécdotas por escrito, pero el Ford Fecal saltaba sobre los baches, haciendo que me golpeara la frente una y

otra vez contra la ventanilla mientras Andriy adelantaba a los camiones, totalmente ajeno a los vehículos que circulaban en dirección contraria.

Yo solía contarle anécdotas a Mary, anécdotas de mi niñez y de mis aventuras como inmigrante, pero también relatos que había oído contar a otros. Sin embargo, poco a poco me había cansado de hacerlo, me había cansado de escuchar las mismas anécdotas una y otra vez. En Chicago, descubrí para mi propia sorpresa que echaba de menos la forma de narrar de Sarajevo; a la hora de contar una anécdota, mis paisanos eran conscientes de que la atención del oyente podía decaer, por lo que exageraban y embellecían los hechos narrados, y a veces hasta mentían descaradamente, con tal de mantener su interés. Uno escuchaba aquellas historias totalmente fascinado, con una sonrisa en los labios, indiferente a la duda o la inverosimilitud. Había un código de honor en torno a los relatos: no podías sabotear la historia de nadie si el público parecía satisfecho, o te exponías a que te hicieran lo mismo en otra ocasión; la incredulidad quedaba suspendida hasta nueva orden, pues nadie esperaba extraer la verdad ni una información veraz de aquellos relatos, sino tan sólo el placer de sentirse atrapado por la narración y, quizás, de volver a contarla como propia. En América era distinto: la incesante perpetuación de fantasías colectivas hace que la gente anhele la verdad y nada más que la verdad. La veracidad es la materia prima más buscada de América.

Érase una vez una boda a la que estábamos invitados Mary y yo. La boda se celebraba en Milwaukee y la novia era su prima, que trabajaba para el gobernador de Wisconsin. Nos tocó compartir mesa con otras ocho personas, cuatro parejas en total, todas ellas relacionadas con la política estatal. Como suele ocurrir en las bodas, todos empezaron a recordar las circunstancias en las que habían conocido a sus respectivas parejas: Josh y Jennifer lo habían hecho en el gimnasio; Jan y Johnny habían empezado a salir en la universidad, luego habían roto y más tarde habían coincidido en la misma firma de abogados; Saul y Philip se habían conocido en una

fiesta de togas, junto a un barril de Miller Light. Todos eran felices y se notaba; alrededor de la mesa sólo había armonía y halagüeñas promesas de futuro. Ni una sombra de amargura planeaba sobre los comensales.

A modo de contribución a los relatos de encuentros trascendentales, se me ocurrió contarles la anécdota de los conejos de la guerra fría. Me la había contado Rora en cierta ocasión, a su regreso de Berlín. A uno y otro lado del muro, les conté —con las mismas palabras que había usado Rorahabía campos minados y cubiertos de hierba por los que correteaban a sus anchas los conejos, demasiado ligeros para hacer detonar las minas, sin depredadores que amenazaran su existencia. Durante la época de apareamiento, los conejos en celo olían a sus parejas al otro lado del muro y se volvían locos tratando de encontrar un agujero por el que cruzarlo mientras emitían un característico lamento. Los conejos sacaban de sus casillas a los guardias fronterizos, pero no podían dispararles porque tenían que ahorrar las balas para los humanos que intentaban huir. Todo el mundo en Berlín sabía que la época de celo de los conejos era el peor momento para intentar pasar al otro lado del muro, ya que los guardias apretaban el gatillo con especial facilidad.

Por muy cruel que fuera, a mí aquella historia siempre me había parecido graciosa y conmovedora: el absurdo de la guerra fría, el amor que no conocía fronteras, el muro horadado por unos roedores cachondos. A mí no me había costado ningún esfuerzo suspender mi incredulidad y deleitarme con las florituras narrativas de Rora. Pero mi público de Wisconsin se me quedó mirando con una típica sonrisa de perplejidad mal disimulada, como si esperaran un final de historia más contundente. Y fue entonces cuando Mary dijo:

—A mí todo eso me resulta difícil de creer.

Estaba dolida y enfadada, qué duda cabe, porque no había contado cómo nos habíamos enamorado (la arena entre los dedos de los pies, la silueta de la ciudad rielando en las aguas del lago, las

olas lamiendo la orilla), pero que mi mujer me dejara como un mentiroso en público fue una experiencia bastante humillante.

—¿Y por qué no buscaban los conejos pareja en su mismo lado del muro? —preguntó John—. ¿Por qué sólo les interesaban los conejos que estaban al otro lado?

Yo no tenía respuestas, porque jamás se me habría ocurrido hacerle semejantes preguntas a Rora. La historia y su veracidad se desintegraron ante mis ojos. Y lo que es peor, tuve la sensación de que Mary hablaba desde el otro lado del muro que nos separaba, y que todos los hechos verificables estaban en su lado. Nunca podría volver a contar la historia de los conejos en su presencia.

A Rora se le daba bien atrapar a su público, a juzgar por el inquebrantable incondicional interés que sus historias despertaban en mí desde hacía décadas, incluido aquel viaje. Sabía calibrar la intensidad de mi atención, dosificar el misterio, retener información, manejar las digresiones, leer en mi rostro, interpretar mi risa. Era un placer, debo confesarlo, ser el receptor de un relato tan meticulosamente medido. A mí tampoco se me daba mal, pero ahora temía la desconfianza de mis oyentes y las miradas inquisitivas capaces de taladrar mi corazón hueco.

El caso es que, en una carretera surcada de baches tan profundos que más parecían socavones, vimos a un hombre desdentado guiando a una cabra de vientre hinchado que echaba espumarajos por la boca. Andriy le preguntó cómo llegar a Krotkiy; el hombre se limitó a señalar colina arriba, sin articular una sola palabra, así que tomamos esa dirección. En lo alto de la colina había un edificio con aspecto de escuela; el trébol oloroso, en plena floración, teñía de amarillo los campos de alrededor. Una bandada de patos se dirigía a un charco con su característico paso tambaleante. La escuela estaba en ruinas. Delante del edificio se erguía un monumento alado a una victoria largamente olvidada; tenía una de las alas rota. Al otro lado de la carretera había un cementerio sin verja junto al cual nos detuvimos y nos apeamos del coche. Los relucientes zapatos negros, posiblemente italianos, de Rora parecían

totalmente fuera de lugar en aquella carretera polvorienta. Sacó una piedra que había quedado incrustada en la suela de cuero y la arrojó por encima del hombro, como si cumpliera un ritual supersticioso. Al parecer, habíamos perturbado la paz de los pájaros, que gorjeaban como locos, anunciando la presencia de tres extraños.

No me constaba que hubiera ningún Brik residiendo en Krotkiy. Los recuerdos familiares se limitaban a las idílicas imágenes de paisajes ucranianos inmaculados y despoblados de personas con nombre, tal como me los había descrito el abuelo. Él había abandonado estas tierras a la tierna edad de nueve años. Avancé con dificultad por el cementerio asilvestrado en busca de alguna sepultura de mi familia. Algunas de las lápidas asomaban entre la hierba crecida, otras habían sido engullidas por arbustos espinosos; allí la muerte gozaba de gran experiencia. Pero había unas pocas lápidas, más recientes, cuyo mármol seguía terso y reluciente. En algunas de éstas había fotografías solemnes de los difuntos, en tono sepia, bajo las cuales aparecían sus nombres y las respectivas fechas de nacimiento y muerte: Oleksandr Pronek 1967-2002; Oksana Mykolchuk 1928-1995. Toda una vida reducida al guión que une dos cifras arbitrarias. Tarará, tararí, sólo pedimos no morir.

—¿Eres tú? —preguntó Rora, señalando una lápida que había debajo de un cerezo; las cerezas estaban maduras, perfectos abalorios rojos.

Había dos fotos: el rostro de la mujer aparecía enmarcado por un pañuelo negro, sus ojos dos agujeros oscuros. Se llamaba Helena Brik y estaba muy muerta: 1929-1999. El hombre se llamaba Mykola Brik; había nacido en 1922 y podía haber muerto la semana anterior; a la derecha de su guión, el año 2004. Su lado de la sepultura estaba cubierto por una pila de flores que se habían marchitado no hacía mucho, y ni la lluvia ni los pájaros habían mancillado su fotografía.

—Es familia tuya —sentenció Rora—. Se te parece.

Se parecía a mí, desde luego, pero con cincuenta años más encima: la misma narizota, la frente breve, los mismos pómulos

prominentes, las grandes orejas simiescas, las cejas hirsutas.

Un rostro humano se compone de otros rostros —los que hemos heredado o adoptado por el camino, o que sencillamente nos hemos inventado— colocados unos encima de otros en caótica superposición. Cuando enseñaba inglés, tenía estudiantes que venían a clase con un rostro distinto cada día; tardaba un rato en recordar sus nombres. Con el tiempo, y desde cierta perspectiva, acertaba a ver lo que había enterrado bajo sus efímeras muecas, distinguía el rostro que quedaba oculto mientras interpretaban a la persona que imaginaban ser. A veces, exhibían su nuevo rostro americano: las cejas enarcadas, la boca ahuecada en un perpetuo gesto de inquietud y asombro. Mary no veía mi rostro oculto porque no sabía cómo había sido mi vida en Bosnia, lo que me había hecho ser como soy, de donde vengo. Sólo veía mi rostro americano, adquirido a costa de no haber logrado convertirme en la persona que hubiese querido ser. Ignoro qué sombras veía Rora al comparar mi rostro con el de la lápida, pero la comparación no me pareció descabellada. Mykola Brik pudo haber sido alguien que se instaló aquí —en la breve distancia que separa mi cerebro de mi mirada— antes incluso de que yo hubiera nacido. Nadie controla los parecidos familiares, del mismo modo que no se puede controlar el eco.

Me pregunté qué le parecería a Rora aquel mundo rural ucraniano, el rutinario y exótico sufrimiento, pero no alcancé a adivinarlo. Él era descendiente de los hermanos Halilbašić, que allá por el siglo XVI se habían enfrentado a los hermanos Morić por el control de la Čaršija. Aún perduraban las canciones sobre aquellas batallas que tuvieron por escenario las calles de Sarajevo. Sus bisabuelos habían sido los propietarios de uno de los primeros coches que habían circulado por la ciudad; su tía abuela había sido la primera musulmana de Sarajevo que había llevado pantalones, e incluso había publicado por su cuenta un libro de poesía amorosa. El abuelo de Rora se mandaba hacer los trajes en Viena y había peregrinado a la Meca muchas veces, sin desperdiciar nunca la ocasión de darse unas buenas vacaciones por el camino: el Líbano,

Egipto, Grecia. El mundo siempre había estado al alcance de los Halilbašić, mientras que mi abuelo había crecido en la Bosnia rural, en una casa de muros de adobe que la familia compartía con el ganado y las gallinas y que no abandonaba más que para ir a la iglesia, y eso que la suya había sido una existencia regalada comparada con la que sus padres habían vivido en Krotkiy. Nadie en la familia de Rora sabía lo que era trabajar de sol a sol en los áridos campos; jamás habían tenido tierra bajo las uñas; había una calle en Sarajevo bautizada en su honor. ¿Qué veía él cuando miraba aquellas sepulturas y los miserables campos de maíz raquítico que se extendían más allá de éstas? Rora fumaba, nada a nuestro alrededor se movía a excepción de los histéricos pájaros en las copas de los árboles. Andriy se había quedado frito en el asiento delantero del coche, inmune al potencial dramatismo del momento.

Resulta mucho más fácil tener trato con los muertos que con los vivos. Los muertos no interfieren en nada, son meros personajes de anécdotas sobre el pasado que nunca más volverán a ser inescrutables ni darán pie a malentendidos de ninguna clase, y el dolor que causan es estable y manejable. Tampoco tienes que explicarles nada, ni justificar tu existencia ante ellos. Yo los veía, pero ellos no podían verme a mí: Mykola tenía la barbilla afilada; Helena avanzaba con dificultad sobre sus piernas varicosas para dirigirse a los fogones con el fin de reblandecer al vapor el pan duro de hacía una semana. Se han levantado templos magníficos sobre la creencia de que la muerte no borra las huellas de quienes vivieron, que alguien allá arriba se afana en llevar las cuentas y va a enviarnos al señor Cristo o a cualquier otro falso profeta para resucitar a todos los don nadie desintegrados. La promesa es que, incluso cuando se haya desvanecido por completo la última huella de tu vida, Dios se acordará de ti, y puede que te dedique una pizca de pensamiento mientras descansa de la creación de nuevos universos. Y allí estaban Helena y Mykola, pudriéndose bajo mis pies sin solución de continuidad. Por un momento, sopesé la posibilidad de encender unos cirios por las almas de mis parientes lejanos,

empaquetados en una caja de madera para toda la eternidad, las raíces abriéndose paso por las cuencas de sus ojos.

Rora apagó su cigarrillo y dijo:

—En Sarajevo conocía a un tipo al que llamaban el Vampiro, porque había tenido la brillante idea de llevarse a sus novias a echar un polvo al cementerio de Koševo. Se le había ocurrido que era un lugar limpio, que nadie los molestaría, que las chicas se pegarían a él de puro miedo y que siempre había velas disponibles si la chavala en cuestión era una romántica empedernida. En cierta ocasión, él y su chica acababan de follar y se estaban abotonando la ropa cuando los sorprendieron dos polis.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les preguntaron.

—Hemos venido a visitar la tumba de mi abuelo —contestó el Vampiro sin pestañear.

—¿Y cuál es? —preguntan los polis.

A lo que el Vampiro replica:

—Aquella de allí.

Los polis van hacia la sepultura señalada, que pertenece a una mujer fallecida a la edad de veinticinco años.

—¿Cómo explica esto? —preguntan los polis.

El Vampiro los mira y contesta:

—No salgo de mi asombro, agentes. Nunca se me habría ocurrido que mi propio abuelo pudiera llevar una doble vida.

Me despertó el sol, abrasándome el pecho. Las ventanillas del Ford Fecal estaban cerradas a cal y canto, me faltaba el aire. Al olor a mierda se sumaba el del cigarrillo que Andriy estaba fumando; al contratar sus servicios, se me había olvidado preguntarle si tenía aire acondicionado. Jadeé y resoplé ostensiblemente, pero Andriy no estaba por la labor de hacerme caso, o bien no captó la indirecta; su rostro enfurruñado no daba demasiadas pistas.

—¿Podríamos abrir un poco la ventanilla? —pregunté al fin en un tono deliberadamente sumiso, no fuera a sentirse ofendido.

Sin articular palabra, presionó un botón y la ventanilla de mi lado bajó hasta la mitad.

Sin que viniera demasiado a cuento, le expliqué que llevaba sangre ucraniana en las venas, como si el hecho de pertenecer en parte al mismo pueblo me hiciera acreedor de más aire. Pero Andriy volvió a apretar aquel botón y la luna subió hasta dejar una rendija de cerca de un centímetro. Sin embargo, seguí adelante. Le hablé de los primos que tenía en Bosnia, Inglaterra, Francia, Australia, Canadá, de mi vida en América, donde había montones de bosnios y ucranianos. Le hablé de las iglesias, charcuterías y cooperativas financieras de los ucranianos en Chicago, en la parte de la ciudad conocida como Aldea Ucraniana. Mi interlocutor aguzó el oído.

—¿Hay trabajo? —preguntó.

—Siempre hay trabajo si quieres trabajar —contesté. Le dije que, al poco de llegar, había trabajado como camarero en el Centro Cultural Ucraniano; que me había dedicado a actualizar la base de datos de un agente inmobiliario; que había impartido clases de inglés. Le aseguré que era muy fácil ganar dinero en América. Quería que pensara que mi vida en Estados Unidos era fruto del trabajo duro y no de una lamentable mezcla de suerte y desesperación.

Era evidente que Andriy imaginaba su hipotética vida en América: se veía a sí mismo trabajando, ganando y ahorrando dinero, comprándose una casa. Las comisuras de su boca temblaron, apuntando una sonrisa.

—¿Hay mujeres con las que casarse? —preguntó.

—Muchas —contesté—. Mi mujer es americana.

Americana hasta la médula. Me llevaba a los partidos de béisbol y apoyaba la mano en el corazón para cantar el himno nacional mientras yo permanecía a su lado, tarareando la melodía. Utilizaba la primera persona del plural patrio cuando hablaba de Estados Unidos: «Nunca debimos meternos en Iraq —solía decir—. Somos un país de inmigrantes». No era raro que se le antojara comer una hamburguesa de queso. Al cumplir dieciséis años, George y Rachel le

habían regalado un coche. Su rostro franco y jovial siempre me recordaba al inabarcable cielo del Medio Oeste. Tenía por costumbre tratar a los demás con amabilidad y daba por sentado que sus intenciones eran buenas; sonreía a los extraños, le importaba lo que pudieran pensar y sentir. Era vergonzosa; soñaba con aprender una lengua extranjera; quería aportar su granito de arena para cambiar el mundo. Creía en Dios y acudía a la iglesia a menudo.

—Lo que no falta allá son buenas mujeres —añadí. Con una sonrisa de oreja a oreja, Andriy imaginaba a una sana y fecunda mujer americana. Luego preguntó en tono sombrío:

—¿Y los problemas?

—¿Qué problemas?

—Si tienes una familia y un hogar, deseas protegerlos. Pero este mundo se ha vuelto loco. Homosexuales, terroristas musulmanes desquiciados, problemas.

En un intento desesperado por escapar de aquel diálogo, me volví hacia Rora y le pregunté:

—¿Estás durmiendo?

—Te estoy escuchando —contestó Rora. Dentro de una semana ya podré expresarme en ucraniano, pero a lo mejor deberías informarle cuanto antes de que yo soy un problema musulmán.

Hice caso omiso de su sugerencia. La carretera discurría recta entre las colinas, como si éstas se hubiesen apartado para dejarle paso. Andriy pisaba el acelerador, ajeno a las complejas constelaciones de baches; el motor emitía un chirrido estridente, como si se hubiese olvidado de cambiar la marcha. Mi principal problema consistía en alejar de mi mente la posibilidad de que el fétido vehículo se convirtiera en una bola de fuego. No pensaba decir nada, no fuera Andriy a retomar la conversación. Nubes y nubecillas se arracimaban sobre una colina lejana, como si se prepararan para un asalto. Andriy tocaba el claxon como un poseso cada vez que otro vehículo invadía nuestro carril para adelantar a un camión, pero ni se le habría pasado por la cabeza poner tierra de

por medio. Yo cerraba los ojos y empezaba a redactar mentalmente la carta que había decidido enviar desde Chernivtsi:

Querida Mary,
Ucrania es inmensa, interminable. La estepa parece exhausta de tanto extenderse. Uno se siente diminuto en esta tierra. Algo similar debieron de sentir los colonos americanos ante la Gran Llanura.

Pero al final Andriy decidió levantar el pie del acelerador y cambiar de marcha. El Ford Fecal avanzaba ahora entre el ronroneo del motor y el suave balanceo del chasis, por lo que mi carta se metamorfoseó en un sueño.

Sólo me desperté porque nos habíamos detenido. Rora y Andriy fumaban fuera, envueltos en volutas de humo. Andriy se reía como si se aclarara la garganta tras vomitar.

Soy musulmán, le oí decir a Rora en bosnio. Tengo siete esposas que siempre van cubiertas por un velo, cuarenta y tres hijos.

Salí del coche. Estábamos al pie de una colina en cuya cima se alzaba una desangelada iglesia sin campanario, o tal vez fuera un monasterio dejado de la mano de Dios. Sólo había tres árboles alrededor, doblegados por el viento; el paisaje tenía toda la pinta de conducir a un monasterio. En mi país, éstos se habían convertido en sanatorios para criminales de guerra.

—Tu amigo dice que es musulmán —me confió Andriy como si me hiciera partícipe de una broma, riendo entre dientes. Dibujó un círculo con la mano alrededor de su propia cabeza, como dándome a entender que si Rora fuera musulmán llevaría turbante.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Rora con cara de pocos amigos.

—Sí que es musulmán —confirmé, asintiendo.

Andriy miró a Rora, luego me miró a mí, volvió a mirar a Rora y soltó una risita tímida, como dándonos la oportunidad de unirnos a

él y reírnos todos juntos de la broma compartida. El viento azotaba las copas de los árboles como un maestro a sus alumnos.

La mano derecha de Rora voló en el aire y se empotró contra la mano izquierda, recta y erguida como una torre. Imitó el rugido de un motor y luego hizo que la mano izquierda se desplomara pesadamente sobre su muslo.

—Ése era yo —afirmó, y Andriy rompió a reír a carcajadas.

No estoy seguro de que comprendiera a qué se refería Rora, pero no me cabía duda de que les hablaría a todos sus amigos del par de chiflados que le había tocado llevar desde Lviv hasta Chernivtsi.

—Muyahidin —dijo Rora, señalándose a sí mismo—. Homosexual —añadió, señalándome a mí, riéndose al unísono con Andriy, que por entonces se desternillaba, y dándole una palmada en la espalda.

—Déjalo ya —le ordené.

—Nosotros somos los problemas —concluyó Rora—. Grandes problemas.

Me llevé a Andriy aparte para tranquilizarlo. De vuelta en el coche, intenté una vez más abrocharme el cinturón, pero me dijo con una risita boba:

—No necesario.

Sin embargo, decidí llevarle la contraria y me lo abroché de todos modos. Andriy se puso serio de repente, miró hacia delante y no articuló palabra durante un buen rato.

Rora se paseó con Miller por toda Bosnia en un todoterreno acribillado por las balas. Llegó un momento en que Miller tuvo que empezar a salir de Sarajevo más a menudo porque en Nueva York ya estaban hasta los mismísimos de piezas sobre Rambo y su valiente unidad. Así que se iban los dos hasta Mostar, Goražde y Doboj. Miller era un peso pesado, entre su acreditación como reportero neoyorquino, su chaleco antibalas y la protección de Rambo, que se encargaba de anunciar su llegada para que no lo acosaran más de la cuenta. A veces, los chetniks que lo conocían hasta lo saludaban y le abrían paso. Rora llevaba un falso pase de prensa que Rambo le había conseguido, con un nombre no musulmán. De lo contrario, se

la habría jugado en cualquier punto de control, sólo con que hubiera alguien lo bastante borracho. En cierta ocasión, los mandaron parar cerca de Sokolac, y dio la casualidad de que el chetnik del punto de control era un tipo con el que Rora había jugado al póquer antes de la guerra. Llevaba una larga barba de guerrero, boina roja, y se esforzaba por hablar con acento serbio, pero Rora reconoció sus ojos, pues los había escrutado desde el otro lado de una mesa cubierta de divisas de toda clase, como si quisiera leer en ellos. Se llamaba Zlojutro, y también él reconoció a Rora al instante. Comprobó su pase, luego lo miró a la cara y meneó la cabeza con gesto consternado, como diciendo: «Muy idiota tienes que ser para intentar engañarme».

—¿Tú qué eres? —le preguntó a Rora.

Éste podía mentir y decirle que era serbio, aunque el chetnik sabría que no era verdad, o bien reconocer que era musulmán, a sabiendas de que podían acusarlo de ser un espía. En cualquier caso, cabía la posibilidad de que le pegaran un tiro, así que contestó:

—Soy un jugador.

Ya es de noche cuando el cadáver de Lázaro Averbuch va a parar a la fosa común de Dunning. *Ningún amigo del joven, ni tampoco su hermana Olga, asisten al entierro*; sólo el subjefe Schuettler y William P. Miller están presentes. *Bajo la lluvia torrencial, que parece anunciar un diluvio bíblico*, el cadáver envuelto en tela rodó hacia el interior de la fosa medio anegada. Tras ver cómo los terrones de barro llenan el agujero, los dos hombres se alejan caminando con dificultad en medio de una oscuridad espesa y húmeda como un caldo, guiados por los faros del coche. Mientras dejan Dunning atrás y emprenden el regreso a casa, comparten su inquietud por el bienestar del jefe Shippy; el intento de homicidio podría empujarlo a jubilarse, convienen con resignación. Dentro del coche el ambiente es cálido, la lluvia azota el parabrisas. Miller se resiste a la tentación de echar una cabezada mientras el subjefe habla, en términos poéticos, *sobre el mundo que se resiste al orden, sobre todo lo que hay que hacer, ahora o nunca, para librarlo del mal de una vez por todas*.

En el bar de Sam Harris's el aire es turbio a causa del humo; la estufa del rincón no para de escupir y regurgitar; las lámparas están tan tiznadas que, más que luz, parecen dar oscuridad. William P. Miller tiene los pies mojados, como mojados están su abrigo y la camisa y la camiseta interior; vuelca el sombrero para vaciar el agua acumulada en el ala. Hay dos hombres de pie junto a la barra; uno de ellos luce una larga barba y kipá. No debería estar allí; de hecho, el bar ni siquiera debería estar abierto, pues ya ha pasado la hora

del cierre; el camarero debería estar fregando o recogiendo copas, pero no es eso lo que está haciendo. Sobre la barra descansa una larga hilera de jarras de cerveza. Mientras se atusa el bigote puntiagudo, el camarero mira a Miller y seña la con la cabeza hacia la parte posterior del local.

Guzik lo está esperando en un rincón en penumbra, las manos en las axilas, los gruesos pulgares luchando por encontrarse sobre el pecho. Sólo cuando se acerca a la mesa repara Miller en la presencia de un hombrecillo gordo y de cabeza redonda, de la estatura de un niño, inclinado sobre una jarra de cerveza. El reportero se une a ambos sin mediar palabra; sus zapatos mojados llevan adherida una capa de serrín del suelo.

—Aquí mi amigo te llevará donde quieres ir —anuncia Guzik—. Sabes cuál es mi precio, el suyo te lo dirá él. A la policía, ni mu. Esto es sólo para ti.

El hombrecillo gordo guarda silencio. Tiene unos ojos vivarachos, largas pestañas, un rostro de niño pegado a una sandía.

—¿Y tu amigo tiene nombre? —pregunta Miller.

—No, no tiene nombre —contesta Guzik.

—No tengo nombre —confirma el hombrecillo gordo con voz aguda y ronca.

Miller se pregunta si los pies le llegarán al suelo; seguramente está a salvo de la creciente capa de serrín.

—¿Qué se sabe de Averbuch? ¿Quién lo incitó a hacerlo? —pregunta a Guzik.

—Ay, amigo, quién lo incitó a hacerlo… ¿Quién lo incitó a hacerlo? Quién sabe. Era un chico soñador. La gente aquí no es feliz. No va a tu lado de la ciudad, y tú no vienes por aquí. Cuando alguien de aquí se va a la parte alta de la ciudad, hay problemas.

El hombrecillo gordo asiente con gesto nostálgico, como si recordara la única ocasión en que pisó los barrios altos sin problemas.

—¿Y qué hay de Maron? ¿Es un seguidor de Edelstadt? —pregunta Miller.

—Maron. Maron es una víbora. Le gusta hablar mal de los hombres buenos. Una víbora.

—De acuerdo, pero ¿pertenece a alguna organización anarquista?

—Anarquista, no anarquista. Aquí todo el mundo es un poco anarquista, todo el mundo habla mucho: no hay justicia, no hay libertad, no hay nada de nada, dicen a todas horas. Cualquiera que los oiga… Pero un asesino no es. Nosotros vivimos, vosotros vivís. Todo el mundo tiene que vivir.

—Sí, claro. ¿Qué más has oído?

—Emma Goldman llegará mañana. Habrá reuniones. Viene acompañada por gente poco razonable, quizás haya altercados. Emma Goldman no viene de visita. La Reina Roja tiene amigos en Chicago. Hay gente cabreada. Hay gente cabreada con la policía.

El hombrecillo gordo menea la cabeza en señal de negación, luego vuelve a asentir. La llama de la lámpara cercana parpadea, y de pronto Miller se da cuenta de que su interlocutor luce un delgado bigote sobre el labio.

—Aquí mi amigo te llevará a una reunión esta noche —apunta Guzik—, para que lo veas todo con tus propios ojos.

Llegados a este punto, le propina una palmada en la espalda al hombrecillo gordo, como si se lo diera a Miller en ofrenda.

Éste se saca del bolsillo un billete de un dólar meticulosamente doblado y lo deja sobre la mesa. Guzik lo mira con gesto ceñudo y meditabundo, como si nunca hubiese visto nada semejante, y luego pone la mano sobre el billete. El hombrecillo gordo asiente y se levanta. De pie, no mide sino un par de centímetros más que sentado.

—¿Algo más? —pregunta Miller.

—Tal vez —contesta Guzik. Miller saca del bolsillo otro billete de un dólar y lo deja sobre la mesa, junto al otro.

—¿Qué tal si me lo cuentas ahora? —insiste.

—Hay gente que tiene tratos con los estudiantes de medicina. Los estudiantes tienen que estudiar. Si quieren estudiar, necesitan

cadáveres. Los cadáveres son caros. Pero hay cadáveres gratis en el cementerio. Tu amigo Averbuch es un cadáver.

—Es una buena historia —comenta Miller—. Pero acabo de venir de su entierro.

—A la gente le gustan las buenas historias —dice Guzik—. A lo mejor puedes buscar a tu amigo muerto más tarde. A lo mejor ya no está.

—A mí también me gustan las buenas historias —dice Miller—. Una cosa más: ¿qué sabes de Olga?

—¿Qué Olga?

—Olga Averbuch.

—¿Qué Olga Averbuch? Olga Averbuch no significa nada. Pero preguntaré.

—Gracias. —Miller se levanta, se dispone a marcharse—. ¿Cuándo es la próxima timba?

—El lunes —contesta Guzik—. A lo mejor esta vez tienes suerte. O a lo mejor te das cuenta de que el juego no te conviene.

—Nos vemos el lunes —repone Miller.

Por toda la ciudad, los anarquistas celebran reuniones secretas en las que avivan el fuego del descontento y la violencia con la esperanza de que consuma la paz y la decencia en nuestra ciudad. Este reportero del Tribune *estuvo presente de incógnito en una de las tumultuosas asambleas que tuvieron lugar anoche. En una habitación que daba a la parte trasera de una vivienda cualquiera del gueto judío, se oyeron discursos —pronunciados con toda clase de acentos— capaces de envenenar la sangre de cualquier ciudadano honrado. Los oradores arremetieron contra varias injusticias imaginarias e intercambiaron visiones distorsionadas de «los pocos que todo lo poseen y los muchos que no poseen nada». Varios asesinos que arrebataron las vidas de distinguidos presidentes y nobles reyes fueron objeto de alabanzas. Los actos del joven Averbuch, cuyo intento de asesinato del jefe Shippy goza de*

aprobación unánime en los círculos anarquistas, hallaron justificación en lo que se percibe como «sufrimiento y degradación, explotación económica, represión gubernamental, brutalidad legal, asesinato judicial, etcétera».

Por mucho frío que haga en la sala, se palpa la pasión en el aire. La estufa del rincón está apagada; el aliento del orador brota de su boca como el humo de una pistola. La estancia se vería desnuda de no ser por la multitud: hombres escuálidos, bigotudos, tísicos, con las ropas húmedas y el ánimo encendido, apestando a vinagre y a revolución. Hay varias mujeres presentes, lucen sombreros remilgados y elegantes gafas, pero su aspecto es masculino y peludo. El hombrecillo gordo se levanta para sumarse a los aplausos y manifestar a voz en cuello su conformidad con todos los oradores.

—¡Bravo! —grita, como si estuviera en la ópera.

De hecho, no sería de extrañar que de pronto todos los presentes rompieran a cantar al unísono. ¿Dónde estaba toda esta gente mientras metían en una fosa común al joven Averbuch? William P. Miller siente un cosquilleo de placer que le recorre el espinazo al recordar que fue el único testigo del sepelio de Lázaro; estos hombres no saben nada de su muerte, ni de su vida. Pase lo que pase, al margen de quienes vivan y quienes mueran, siempre verán lo mismo; su ira todo lo tiñe del mismo color negro, y les gusta regodearse en ello.

Cada nuevo orador desgrana la habitual colección de agravios; de vez en cuando, el nombre de Emma Goldman asoma entre la babélica confusión. A Miller se le cierran los ojos, pero lo despierta el fervor recién estrenado del siguiente orador. El hombre que ahora vocifera ha dejado el sombrero sobre la estufa fría; eleva las manos hacia el cielo, de tal modo que las mangas se deslizan hacia abajo y Miller alcanza a ver sus muñecas delicadas, débiles. Este hombre no conoce el trabajo manual. Habla un inglés más que aceptable, sus oraciones incluyen artículos. A diferencia de los anarquistas al uso, sabe expresarse con bastante corrección.

—Durante años —El hombre agita las manos en el aire—. Durante años han perpetuado la falsa creencia de que la lucha social no existe en este país, de que no hay lugar en nuestra república para el enfrentamiento entre ricos y pobres. Las voces de quienes viven oprimidos, los gritos de sufrimiento y angustia humanos se ven acallados por un enunciado según el cual «todos somos libres e iguales». La jerga hueca de la libertad política nació para servir a quienes se mantienen despiadadamente en el poder. Aquellos que osan oponerse a la farsa de la libertad política, aquellos que se resisten a la esclavitud social y económica, son tachados de criminales.

Miller se inclina hacia el hombrecillo gordo, que se sostiene dando brincos sobre las puntas de los pies mientras alarga los pequeños brazos para aplaudir, y le pregunta:

—¿Quién es?

—Ben Reitman —chilla el hombrecillo gordo—. Un gran hombre. El hombre de Emma Goldman.

Miller ejerce presión sobre el hombro del hombrecillo gordo y apenas logra reprimir el impulso de tocar su cabeza ovoide, su torso también ovalado, el redondo calor que despide todo su ser. Su presencia jamás pasaría desapercibida. Miller se pregunta de dónde lo sacaría Guzik.

—Nuestro hermano Averbuch ha caído víctima de los reyes secretos de la república —prosigue Reitman—, de los gendarmes y sheriffs de la clase poseedora. La personalidad de Lázaro Averbuch, puro en sus aspiraciones y motivos, se eleva por encima de nuestra sofocante existencia social. Más puro, desde luego, de lo que jamás reconocerán sus verdugos y la prensa falaz. Unos y otros no han escatimado esfuerzos para presentarlo como una criatura vil y mezquina, puesto que necesitan mantener a esta nación aletargada y convencida de que sólo el más abyecto de los hombres podría sentirse descontento. Y el hermano Averbuch es más que inocente, es un mártir.

Si alguien entrara en la sala en aquel momento y le dijera a Reitman que Lázaro Averbuch estaba afuera, sano, salvo y feliz, le daría absolutamente igual, piensa William P. Miller. Seguiría hablando de su martirio como si tal cosa, pues un Lázaro muerto era mucho más valioso y útil para aquel espectáculo de exaltación política. Nadie en la sala lo echa de menos. Nadie lo echa de menos en ninguna parte.

—¿Cuántos mártires más necesitaremos para comprender que debemos responder armados con nuestra justificada ira? Los reyes de la república están reuniendo a sus aciagas fuerzas, redactando nuevas leyes capaces de convertir a grandes masas, a millones de seres humanos, en criminales. Sabemos que las leyes sólo deben ser acatadas si respetan el sentido de justicia del pueblo, no porque el Estado las necesite para conservar su poder. Las leyes concebidas para la depravación del poder son tan inútiles como el papel en que se imprimen.

Miller se levanta, da una palmada en la espalda del enano gordo, que aplaude a rabiar con sus manos como aletas, y se despide de él. *Ben Reitman, el sumo sacerdote de la anarquía, fue explícito anoche en palabras y obras. La crueldad de sus violentos planes era palpable en las proclamas feroces que lanzó*. —Me gusta escribir sobre estas cosas, piensa William P. Miller—. *Los delirios resultantes de una febril perversión ardían en su mente mientras pronosticaba un holocausto en el que deseaba que todos pereciéramos*. Escribo sobre estas cosas, y se me da bastante bien.

Pagué a Andriy y le deseé suerte en su viaje de regreso, y así vio cumplida su misión y abandonó este relato. Nos había dejado en un hotel que se hacía llamar Centro de Negocios Bukovina. La fachada estaba recién pintada de un beis claro y un incongruente tono rosa. Las escaleras que conducían al vestíbulo estaban cubiertas por una alfombra roja, pero ésta se veía mugrienta. En su extremo inferior descansaba un perro sarnoso que levantó la cabeza y olisqueó el aire al vernos pasar pero no se movió. Parecía ciego.

Nuestra habitación estaba en la quinta planta, y subimos las escaleras arrastrando el equipaje. En cada piso había una *baba*, una mujer mayor y rechoncha enfundada en una bata azul de la limpieza, que nos miraba con cara de pocos amigos. La última nos detuvo con un gruñido y nos indicó que fuéramos hasta su escritorio. En un sofá a su espalda había tres mujeres ligeras de ropa con las piernas idénticamente cruzadas, enseñando los muslos apenas cubiertos por sendas minifaldas. Nos miraban fijamente, nos estudiaban como si estuvieran a punto de articular una profecía, y de pronto la del medio, de labios prominentes y grandes ojos, nos guiñó un ojo y dijo:

—¡Hola!

Nos habían reconocido como americanos, del mismo modo que nosotros las habíamos reconocido como prostitutas. Firmamos algo a petición de la *baba*, y a cambio nos entregó a cada uno un delgado rollo de papel higiénico de color rosa, al parecer como recompensa por haber superado todos los obstáculos y haber llegado a la quinta planta.

La habitación olía a la muerte de mi abuelo: una hedionda combinación de orina, insectos varios y descomposición mental. Cuando encendí las luces, una legión de cucarachas se dispersó radialmente desde el centro de la estancia, señalado por una mancha en la alfombra. Las mantas de las camas se veían grasientas, las sábanas manchadas y arrugadas. En el ángulo superior izquierdo de la habitación había una tele pequeña; las paredes eran demasiado blancas, como si alguien les hubiese dado una capa de cal viva para tapar salpicaduras de sangre. Rora abrió la ventana, desde la que sólo se veía un gigantesco contenedor de basura rebosante de botellas de vidrio cuya reluciente plenitud me brindó un fugaz momento de placer. Siempre me gusta ver un contenedor de basura lleno hasta los topes, porque me regodeo en la idea de vaciarlo y en la profunda liberación que ello supondría.

—¿Te sabes el chiste? —empezó Rora—, aquel del pequeño Mujo, que le pregunta a su madre de dónde vienen los niños, y ella le dice: «Bueno, un día puse un poco de azúcar debajo de la alfombra antes de irme a dormir, y a la mañana siguiente allí estabas tú». El pequeño Mujo decide dejar un poco de azúcar debajo de la alfombra antes de irse a dormir. A la mañana siguiente encuentra una cucaracha y le dice: «La madre que te parió, si no fueras mi hermana, te aplastaría ahora mismo».

Me sabía el chiste; solía tener gracia. Me acosté en la cama y me desperecé. Rora dio con el mando de la tele: un pelotón de ciclistas subía una colina; un hombre enfundado en un traje gris con un eterno campo de trigo a su espalda informaba sobre las previsiones para la cosecha; Madonna deslizándose sobre el cuerpo reluciente de una bailarina, dos pasos adelante, un paso atrás; un Darth Vader ortodoxo, gimoteando en eslavo eclesiástico; Wolf Blitzer manifestando su inquietud sobre algo inminente e irrelevante con su habitual y estulta seriedad; un corazón latiendo en el interior de una caja torácica abierta en canal y teñida de un rosa sanguinolento; un hombre trajeado pronunciando un discurso ante una multitud y agitando las manos en el aire; una chica en el asiento trasero de una

limusina, abriéndose de piernas para que otra chica la lamiera; los ciclistas cayéndose en un amasijo de bicis y piernas. Allí estaba yo, en un burdel de Bukovina, muy lejos de mi vida.

Lázaro había pasado algún tiempo en Chernivtsi —aunque por entonces se llamaba Czernowitz—, el primer lugar físico que compartíamos aparte de Chicago. Los testimonios sobre su vida no dicen nada de los años que pasó como refugiado. Czernowitz no fue para él sino una escala entre Kishinev y Chicago. Era un lugar de paso, y sin embargo, lo recordaría para siempre. Allí vivó en un barracón junto con otros supervivientes del pogromo que habían escapado de Kishinev y alcanzado la seguridad del imperio austrohúngaro. Con ellos hablaba en yidis y ruso, y en alemán con los soldados austrohúngaros que custodiaban el campo de refugiados. Algunos de aquellos soldados debían de ser bosnios, y Lázaro debió de maravillarse ante sus feces, sus anchos rostros y ojos relucientes. Así me lo imaginaba yo. Practicaba hebreo con los sionistas que se reunían en el vientre de una litera en uno de los extremos del barracón; coincidió con Isador en una reunión sionista, y más tarde en una charla de Bund, en la que ambos firmaron una petición que ninguno de los dos acababa de comprender. Con Isador, se escapó a través de la valla y se fue a los casinos y burdeles que abundaban en las afueras de la ciudad. El imperio premiaba a sus soldados y oficiales concediéndoles una estancia en Czernowitz, ciudad famosa por su libertinaje, antes de enviarlos a los puntos más conflictivos. La euforia de la frontera; el entusiasmo del desarraigo compartido; la libertad de no tener ataduras; los contrabandistas, los refugiados, los jugadores, los conspiradores y las putas; los pasos ilegales al otro lado de la frontera y las peleas entre borrachos en el bar. Aquello era la Sodoma del imperio. Allí, Lázaro perdió dinero en una apuesta por primera vez; allí soñó que lo flagelaban los *pogromchiks* de Kishinev; allí se desvirgó; allí se sintió perdido por primera vez en una tierra extraña; allí aprendió que la humanidad es malvada e interminable. Más tarde, en Chicago, Isador y él habrían de recordar Czernowitz con cierto cariño y nostalgia; era el último

lugar en que Lázaro había podido imaginar los apasionantes detalles de un futuro mejor: dónde viviría con Olga, los libros que leería, el trabajo que conseguiría, las mujeres a las que conocería. Y en Chicago, antes de quedarse dormido en la fría habitación de la avenida Washburn, recordaba a los altos y apuestos oficiales austríacos que caminaban tambaleándose, borrachos y ridículos, y a las rameras que se soltaban de los brazos de éstos, adornados con relucientes gemelos, para pellizcarle las mejillas; recordaba el sabor del algodón de azúcar que se vendía en el paseo marítimo. A menudo tenía sueños en los que su familia y amigos aparecían todos juntos, en un solo lugar, y ese lugar siempre era Czernowitz.

A menudo, antes de quedarme dormido, me dedicaba a recordar, aunque más bien debería decir que intentaba no olvidar. Antes de que me venciera el sueño, envuelto en una dulce modorra, evocaba momentos específicos; reproducía conversaciones; meditaba sobre olores y colores; me recordaba a mí mismo tal como solía ser veinte años antes, o aquel mismo día. Aquel ritual era mi particular oración nocturna, una manera de reflexionar sobre mi presencia en el mundo.

No era raro que el experimento se me fuera de las manos: las historias posibles brotaban sin control de los instantes e imágenes recordados. Como la tarde aquella en Lviv, en la que al salir del cuarto de baño, tras haber pasado una eternidad bajo el escaso hilo de agua de la ducha, me encontré a Rora echándose una siesta, tan pacífico y entregado a su sueño que de pronto me pareció un perfecto desconocido. Aquella noche, al recordar su expresión mientras me dejaba vencer por el sopor, imaginé que me despertaba y lo encontraba muerto en una habitación de hotel compartida. Tenía que llamar a recepción y encargarme de todos los trámites necesarios para sacar su cadáver de la habitación y del mundo. Tenía que llamar a su hermana y darle la terrible noticia, así que rebuscaba entre sus cosas, pero lo único que averiguaba era que tenía un falso pasaporte austríaco con otro nombre y un billete de avión con destino a Viena para la mañana siguiente. Cuando llamaba

al único número de teléfono que encontraba entre sus pertenencias, no contestaba nadie.

Muchas de aquellas historias se transformaban inadvertidamente en un sueño, con lo que el hilo conductor podía convertirse en algo demencial, y yo mismo en poco más que un confuso personaje incapaz de escapar del argumento. Sólo podía abandonarlo despertándome, y cuando eso ocurría perdía el sueño, cuya realidad se desvanecía en el mismo instante en que abría los ojos. De vez en cuando, el recuerdo violentamente involuntario de un sueño emergía entre mis pensamientos, como un cadáver liberado desde las profundidades del lago. En cierta ocasión, evoqué con perfecta claridad sensorial el peso sobre mi hombro de la cartera de colegial en la que cargaba, como si de un cachorro se tratara, al criminal de guerra Radovan Karadžić.

Parte de aquel ritual de los recuerdos consistía en reconocer la derrota, en admitir que nunca lo recordaría todo. No me quedaba más remedio que recordar sólo minúsculos fragmentos, a sabiendas de que nunca podría reconstruirlos en su totalidad. Mis sueños no eran sino una forma de olvidar, simples ramas atrapadas en la crin de los caballos galopantes que eran los días vividos, el acto de vaciar el cubo de la basura para que al día siguiente —suponiendo que hubiera un día siguiente— pudiera volver a llenarse con nuevas experiencias vitales. Nos morimos, nos olvidamos, nos despertamos como nuevos. Y si Dios me importara lo más mínimo hasta me sentiría tentado de creer que recordar es pecado. ¿Qué podría ser si no? ¿Qué podría ser el acto de evocar todos esos momentos preciosos, teniendo el mundo presente al alcance de los dedos, si no un hermoso pecado? El sabor agrio de la arena de Oak Street en mi lengua; el lago Michigan cambiando de color con cada nube leudada que pasaba por delante de la luna, de azul marino a negro azabache y viceversa; el olor de Mary almacenado para siempre en la curva de su cuello.

¿Acaso soñó el Lázaro bíblico, encerrado en su cueva arcillosa? ¿Acaso recordaba su vida estando muerto? ¿Y de ser así, la

recordaba en su totalidad, con todos y cada uno de los momentos vividos? ¿Acaso se acordaba de las mañanas en compañía de sus hermanas, cuando se despertaba con un rayo de sol deslizándose sobre su rostro como una sonrisa? ¿Se acordaba de la leche de cabra caliente y los huevos duros del desayuno? Y tras resucitar, ¿recordaría haber estado muerto o sencillamente se adentraría en el sueño de otra vida con escala en Marsella? ¿Acaso hubo de desrecordar su vida anterior y empezar de cero, como un inmigrante?

Me desperté de la siesta y, como es natural, el sueño se desvaneció sin dejar rastro. Así que salimos a dar un paseo, Rora y yo. A él le gustaba la luz del crepúsculo; a mí me gustaba verlo sacando fotos. Las calles se iban enfriando, los edificios oscureciéndose, aún no había luz en las ventanas y nosotros vagábamos sin rumbo fijo. Al cabo de media hora, nos topamos con otro Café Vienés, idéntico al de Lviv en lo conceptual: la misma selección de granos, la misma variedad de pastas, las mismas camareras frágiles ataviadas con vestido negro y delantal blanco. Nos instalamos en la terraza y pedimos cada uno su café con el aire despreocupado de dos veteranos del Café Vienés.

También solía haber un Café Vienés en Sarajevo, dentro del hotel llamado Europa: la escalinata alfombrada de rojo, los artesonados estilo Secesión de Viena; los camareros con pajarita, los delgados bigotes meticulosamente recortados. Era la clase de lugar en el que los patriarcas de las antiguas familias de Sarajevo se habían dado cita cada día a lo largo de décadas. El personal conocía sus gustos y se dirigía a ellos con veneración. Sólo llevarías allí a tu novia formal para tomar una porción de tarta Sacher, café y licor; también te podía llevar ella para presentarte a sus padres, habituales del lugar, y así demostrar que no era descendiente de campesinos, sino de una familia que, en los tiempos del imperio, poseía manzanas enteras de la ciudad. El café había sido destruido, al igual que el Europa, al poco de empezar la guerra —un par de obuses directos—, y lloré su pérdida desde la distancia.

El *dedo* —abuelo— de Rora era un habitual del Café Vienés. Ir allí a tomar café todos los días por la mañana era su ritual nostálgico, pues había estudiado en Viena antes de la Primera Guerra Mundial. Se suponía que estudiaba arquitectura, pero en realidad disfrutaba la vida lejos de Bosnia, la remota provincia del imperio, donde los diarios publicaban reseñas de los estrenos en la ópera de Viena y los maestros de capilla provincianos emulaban a Mahler, pero donde muchas mujeres seguían llevando velo y todos en la familia se desvivían por casarte con una prima lejana de dentadura prominente a la que llevabas evitando desde que habías aprendido a andar. En Viena, las mujeres encontraban al *dedo* de Rora atractivamente exótico, con su acento de suaves consonantes y su fez de color granate. Licenciosas estudiantes de arte, ansiosas por saber más sobre su tierra natal de cuento de hadas, se sentaban en su regazo y jugaban como gatitos con la borla de su fez y sus rizos mientras él escribía a los suyos cartas falsamente nostálgicas en las que se quejaba de la vida en Viena, que lo aturdía y lo asustaba hasta tal punto que se había equivocado al calcular la cantidad de dinero que necesitaba para sobrevivir en la jungla de la metrópoli imperial. «Por favor, enviadme más o moriré, lejos de todo lo que amo». Se despedía y compraba licor para la estudiante de arte y sus amigas. Se habría quedado en Viena para siempre, decía Rora, si no fuese porque dejó encinta a una de aquellas estudiantes de arte y tuvo que salir por piernas. Volvió a Sarajevo a regañadientes; se pasó un tiempo enfurruñado, dándose a la bebida, hasta que se casó y tomó las riendas del negocio familiar, justo a tiempo para la Gran Guerra. Se vino abajo cuando el imperio se desintegró; era como si hubiese perdido a su padre. Así que visitó asiduamente el Café Vienés a lo largo de las décadas siguientes; el personal se dirigía a él como *Herr* Halilbašić. Tendía a salpicar sus oraciones de palabras alemanas —*schnapps, Schweinerei, mein Gott*—, incluso en sus últimos años de vida, que pasó estudiando el Corán y rezando cinco veces al día. Nunca superó el ocaso del imperio. Había sido su primer amor, solía decir el *dedo*.

Amor es lo que yo había sentido por Mary cuando me había llevado a Viena con ocasión de nuestro segundo aniversario, pocas semanas antes del 11-S. Había reservado habitación en un hotel de lujo con intricados ornamentos dorados en las paredes y techos, había navegado en internet hasta dar con el mejor restaurante de la ciudad, me había comprado un traje, y a sí misma un arriesgado vestido rojo para lucir durante la cena de aniversario. Después de cenar, deambulamos por las calles de Viena cogidos de la mano; teníamos las manos calientes, hacía una noche fresca, las farolas de la calle relumbraban. Le hablé de mi familia, del imperio y del traslado a Bosnia, una historia que ya había oído con anterioridad, pero aquella vez parecía que cuanto nos rodeaba era la prueba material de que no me lo había inventado todo. Aquella vez tenía que creerme, creer que había tenido una vida, que mi familia tenía una historia, que todo estaba conectado a través de un poderoso y amoroso —si bien extinto— imperio. Caminábamos por la Main Strasse, o cómo se llame, flanqueada por una sucesión de tiendas modernas en las que Mary se hubiese detenido de no ser porque yo estaba de lo más absorbente, cuando de pronto, como si alguien lo hubiese preparado de antemano, oímos una voz angelical entonando la canción ucraniana que solía cantar mi abuelo. El cantante debía de tener formación musical, pues redondeaba los labios y respiraba como un profesional, pero era ciego y sostenía un largo bastón blanco ante sí como si se tratara de un cayado bíblico. Junto a él había un hombre sin afeitar con un mugriento jersey a cuadros que miraba a los transeúntes con cara de pocos amigos. Su misión consistía en evitar que alguien birlara las monedas del sombrero. La canción era tristísima, descorazonadora como pocas. *Ridna Maty Moya* se titulaba, «Mi apenada madre». Nos quedamos allí, estrechándonos la mano como si quisiéramos traspasar la carne y los huesos del otro. Mary me besó en la mejilla y en el cuello, y sentí la dicha del amor omnipresente, pues todo a nuestro alrededor parecía hablar de mí con afecto, y ella estaba allí para escucharlo.

Un enorme Mercedes SUV con lunas tintadas pasó a toda velocidad y se detuvo justo delante de la terraza del café. De su interior salió un musculoso conductor con gafas de sol negras, cintura de avispa, unos bíceps como muslos de avestruz, en la barbilla un hoyuelo amenazador. Abrió la puerta de atrás, y lo primero que vimos fueron dos pequeños pies enfundados en sendos zapatos de piel, luego unas piernas cortas tapadas por un pantalón deportivo blanco, y finalmente el torso fornido de un campeón olímpico de lucha libre. El hombre llevaba el móvil en una funda colgada del cinturón, tal como solían llevar sus Lugers los comisarios políticos soviéticos. Se sentó, sacó el móvil y lo estrelló contra la mesa como si se dispusiera a iniciar un interrogatorio. Luego tomó asiento al peculiar modo de los hombres eslavos: una mano sobre el muslo, los dedos casi rozando la ingle, la otra mano colgando en el borde de la mesa, a punto para entrar en acción. Echó una mirada escrutadora a su alrededor y llamó a la camarera, que se acercó presurosa y obediente. Tras pedir en tono seco, empotró la oreja en el teléfono móvil; se expresaba mediante frases concisas y enérgicas, yendo al grano. No cabía la menor duda de que se trataba de un hombre de negocios. El chófer se apoyó en el vehículo y encendió un cigarrillo.

Los demás éramos perfectamente conscientes de que podíamos ser testigos de alguna transacción delictiva, lo que resultaba incluso excitante; nadie se atrevía a mirar sin disimulo, pero todos queríamos ver. La cafetería y sus ocupantes se reorganizaron en torno al hombre de negocios: él era el centro, mientras que el ángel guardaespaldas mudo señalaba la frontera de sus dominios. Yo seguía pendiente de éste, pues tenía la sensación de que debía memorizar el amenazador ceño que pesaba sobre aquellos ojos diminutos, los orificios nasales dilatados que denotaban ira y desdén, los antebrazos peludos, las piernas muy abiertas, que parecía no poder cruzar por tener un arma metida en la cintura, o una erección, o ambas cosas a la vez. Rora siguió bebiendo café y

fumando, la cámara muda en su regazo, como si no pudiera oír al hombre de negocios vociferando órdenes en ruso de las que se deducía su gran poder, como si no se percatara de la presencia del matón apoyado en el coche, que todo lo observaba.

—Esta gente, estos mafiosos —dijo Rora—, son idénticos vayas donde vayas. La misma sonrisita suficiente, el mismo teléfono móvil, el mismo matón. Había un tío llamado Pseto que era uno de los grandes mafiosos de Sarajevo justo antes de que estallara la guerra. Se dedicaba a la extorsión. Tenía a todo un equipo, incluidos unos cuantos polis, dedicados a romperle los huesos a los comerciantes que no pagaban a cambio de protección. Poseía una joyería que usaba para blanquear dinero, y a veces se ponía la mitad de las existencias: diamantes y oro a mansalva. Se paseaba por la calle Ferhadija con la chulería típica de los delincuentes callejeros, y la gente se apartaba para abrirle paso en señal de respeto. —Como si lo viera: los hombros echados hacia atrás, el cuello tenso, los labios fruncidos, la boca semiabierta como dando a entender que estaba a punto de mosquearse de verdad—. Cuando entraba en un bar, el propietario se veía obligado a invitar a todos los presentes a una ronda, como si Pseto fuera el rey. Usaba como cuartel general una cafetería llamada Djul-bašta. (Sabía exactamente dónde quedaba.) El dueño contaba con su protección, pero no tenía más clientes que quienes iban a hacer negocios con Pseto. Éste lo había adiestrado parar servirle un *espresso* corto cada media hora, ni un minuto más, y se pasaba todo el santo día allí sentado, bebiendo café. En cierta ocasión, obligó a un poli desobediente a hacerle una mamada allí mismo. Y cuando a un periodista imbécil se le ocurrió escribir sobre la connivencia de la policía con Pseto, hizo que sus matones lo fueran a buscar y lo ataran a un árbol delante de la cafetería. Le puso una pistola en la sien y le ordenó que ladrara, así que ladró. Se pasó todo el día ladrando, comiendo restos de pizza y corriendo para coger un palo.

»Un día, poco antes de la guerra, Rambo fue a verlo, sacó la pistola y se lo cargó por las buenas, sin darle tiempo ni a tragar el

café que tenía en la boca. Y luego se sentó, mientras Pseto seguía agonizando en la mesa de al lado, y pidió un *espresso* doble con una gota de leche.

Recordé aquella anécdota de Rora en la sórdida sala del Centro de Negocios, incapaz de volver a conciliar el sueño por culpa de los litros de café vienés que había ingerido, y lo convertí todo en un sueño para poder olvidarlo. Rora, huelga decirlo, dormía a pierna suelta, inmune a los efectos del café y a las transiciones de los recuerdos a sueños. Estuve haciendo *zapping* durante un rato; me detuve brevemente en una peli porno en la que todo el mundo se lamía con frenesí, luego en la enésima noticia de la CNN sobre el enésimo ataque suicida en Bagdad, y por último en el Campeonato Mundial de Póquer. Debo confesar que me excitó el desangelado cunnilingus de la pantalla, así como la utópica injusticia que se desprendía del relato de Rora: la simple y llana posibilidad de que el mundo acabara gobernado por el perverso triunvirato del poder, el instinto de supervivencia y la codicia. Rora había visitado, y quizás incluso habitado, semejante mundo, lo que significaba que yo había estado a un paso de conocerlo. De existir, ésa sí sería la auténtica tierra de los libres. En semejante país podría hacer lo que se me antojara; no habría matrimonio que valiera, no le debería nada a nadie, podría despilfarrar la beca de Susie, todas las becas del mundo, en lo que me diera la gana. En semejante mundo, podría dejar de preocuparme por lo que he prometido, por lo que me he comprometido a hacer, porque sencillamente me daría igual quién soy y me convertiría en otras personas a mi antojo. Y podría hacerlo siempre que me apeteciera. Podría dedicarme a ser el único significado de mi vida.

Un heraldo de aquella tierra utópica llamó a mi puerta. Oí que alguien golpeaba tímidamente, y cuando me levanté a abrir, ocultando mi erección tras la puerta, me encontré con la prostituta de rostro agraciado. Tenía unos ojos bastante llamativos y largas

pestañas a todas luces falsas; se elevaba sobre unos vertiginosos tacones de plataforma que la obligaban a proyectar su generoso escote en mi dirección. Se estiró el top hacia abajo, dejando a la vista dos pechos periformes con los pezones erectos, y dijo en inglés:

—Amor.

Por un momento, pensé «aquí está», y luego «¿por qué no?». Pero acabé meneando la cabeza en señal de negación y cerrando la puerta.

Seguía siendo demasiado débil para obtener placer a costa de otros, y más aún a costa de Mary o de aquella desdichada puta que seguramente se ganaría una buena hostia de su chulo por no haberse tirado a un americano caído del cielo. Tampoco era lo bastante altruista para no sentirme tentado de lanzarme con desenfreno a la búsqueda del placer. Atrapado para siempre en la mediocridad moral, no podía permitirme a mí mismo ni la superioridad ética ni una existencia orgásmica. Ése era uno de los motivos (que no me atrevía a confesarle a Mary, ni a nadie) por los que necesitaba desesperadamente escribir el libro sobre Lázaro. El libro me convertiría en otra persona, para bien o para mal: podía ganarme el derecho al egoísmo orgásmico (y el dinero necesario para ejercerlo) o bien adquirir un seguro moral sometiéndome a los honrados procesos de la duda y la realización personales.

Mary había sido testigo de mis devaneos morales. Desde el pedestal de su decencia quirúrgicamente americana me veía debatiéndome en eterna confusión. Quería que saliera del hoyo, que subiera en la escala moral, pero yo seguía resbalando en cada nuevo y resbaladizo peldaño. Mary se tomaba con paciencia el que me negara a enseñarle nada de lo que escribía o a levantarme pronto para buscar un trabajo munífico. Había encontrado *cookies* de páginas porno en mi disco duro y había reaccionado con la debida indignación, pero no creía de veras que fuera a tener una aventura o contratar a una acompañante experimental. Toleraba mi repugnancia hacia todo lo espiritual, del mismo modo que aguantaba mi nulo

interés por los niños y la decoración del hogar. Pero lo que de veras le molestaba era que me mostrara incapaz de comprender que el proyecto de nuestro matrimonio consistía en la búsqueda de un estado perfecto, la transición del matrimonio de los cuerpos al matrimonio de las almas. Yo no ponía toda la carne en el asador (y eso que, según la báscula, mis carnes iban en aumento), pero ella seguía mostrándose estoicamente tolerante. No es que no aspirara a ser un esposo perfecto, ni que no quisiera a Mary, que se manchaba las manos de sangre cada día por amor, pero nunca dejé de ser consciente de las posibilidades que existían más allá de los límites de nuestro matrimonio, de la libertad para buscar el placer en lugar de la perfección.

Lázaro e Isador habían acudido a un burdel juntos. La madre de Lázaro le había mandado algo de dinero e Isador lo había convencido para invertirlo en desvirgarse. Se fueron a ver a Madame Madonskaya, que les pellizcó las mejillas. Las chicas los recibieron con risitas mal disimuladas, y ambos se ruborizaron. Isador escogió a la que tenía los pechos más grandes y se fue arriba, dejando a Lázaro rodeado por un grupo de putas, hasta que una de ellas lo cogió de la mano y lo condujo hasta su habitación. Estaba tan asustado que no podía articular palabra. La chica dijo llamarse Lola; tenía un perro en la habitación, un diminuto chucho medio ciego que le ladró con furia. Mientras se desvestía, el perro le olisqueó las espinillas y Lázaro rompió a llorar.

Apagué la tele y oí la respiración de Rora, que me recordaba al romper de las olas. Fuera, un hombre y una mujer hablaban entre risas, tropezaban con algo. Un perro ladró y luego se puso a gañir; después oí un estruendo de cristales rotos. Rora no se inmutó. La voz de la mujer vibraba de regocijo. El perro empezó a chillar y aullar entre el ruido de cristales rotos, y sus desesperados gañidos se dejaron oír durante un buen rato, hasta que se fueron convirtiendo en un débil gimoteo. La pareja había arrojado al animal al contenedor lleno de botellas rotas y luego —imagino— se habría

quedado a ver cómo se retorcía y se mutilaba a sí mismo intentando escapar.

La bandera roja de la anarquía se vio arrastrada ayer por los púlpitos de Chicago. Indignados por el intento de asesinato del jefe Shippy perpetrado por un judío ruso —terrorista, por más señas—, todos los clérigos de la ciudad, al margen de su confesión, denunciaron las condiciones que han propiciado el crecimiento maligno de semejante secta. El zar de Rusia, unas leyes de inmigración demasiado laxas, la ignorancia supina de nuestros residentes extranjeros de clase baja, su congénita pereza y la degeneración común en sus respectivos países, junto con la fatal conjunción de la prostitución, el juego y el ateísmo, se mencionaron como causas directas.

En el templo sito en la esquina de la avenida Indiana y la calle Treinta y Tres, el rabino Tobias Klopstock pronunció palabras de extrema dureza para denunciar el anarquismo y sus profanas declaraciones. «El espíritu de la anarquía se jacta de haber atacado la integridad de nuestro Gobierno» —tronó ante una congregación compuesta fundamentalmente por judíos—. No es ninguna sorpresa que el jefe Shippy, acérrimo enemigo del monstruo anarquista, fuera elegido como su víctima. Sabemos que ha llegado el momento de decir basta cuando América, la tierra de las libertades, cae en las garras del caos más impío. Nosotros, los judíos, como ciudadanos de este país libre, debemos unirnos a nuestros hermanos cristianos en su lucha contra la diseminación de las enseñanzas revolucionarias en suelo americano.

Desde el púlpito del Sagrado Corazón de la Resurrección, el padre George Field se lamentó de la brutal ignorancia de los inmigrantes recién llegados. «No bien desembarcan, muchos caen en las infernales redes del anarquismo, de las que no tienen manera

de escapar —bramó ayer—, pues las almas de aquellos que no aceptan la mano de Dios ni la de América están perdidas a no ser que las redimamos con nuestro firme amor cristiano. Recemos por el alma de Lázaro Averbuch y esperemos que pueda resucitar en Cristo como lo hizo su bienamado homónimo».

Es casi mediodía cuando Olga entra cojeando en la comisaría central de policía bajo la mirada de un par de agentes que, entre risitas burlonas, hacen comentarios procaces sobre aquella fulana despeinada a la que le falta un tacón. Olga anuncia al ayudante del sargento Mulligan que desea hablar con el subjefe Schuettler. El hombre suelta una carcajada antes de contestar:

—¿Y tú quién eres, muchachita?

Pero William P. Miller, que merodea por allí con la esperanza de lograr una exclusiva, se percata al instante de la consternación de Olga; sus facciones semíticas revelan un sufrimiento atroz, su piel cetrina posee una calidad trágica. Algún día su pueblo entonará canciones acerca de ella. Olga susurra algo al oído de Mulligan, y éste menea su enorme cabeza cúbica dominada por una nariz rota. Olga insiste en ver al subjefe Schuettler, y Miller ya está abriendo su bloc de notas y sacando una pluma del bolsillo interior de la chaqueta, como si de un peine se tratara. Olga Averbuch —*judía testaruda, sufriente actriz trágica*— contiene multitudes e historias. Con su mejor sonrisa, se ofrece para acompañarla hasta el despacho de Schuettler, pero Olga ni siquiera lo mira.

—Señorita, debería usted ir pensando en darse un baño —le espeta Mulligan por la espalda—. Huele usted que apesta.

La noche anterior, el pesado, rígido silencio de la ciudad no le dejaba conciliar el sueño, recordándole la ausencia. La mejilla de Lázaro fría como el mármol, su pelo seco como la paja. El *politsyant* murmuraba entre sueños cuando salió al excusado llevando consigo una toalla, su larga falda de terciopelo y una bufanda de punto sobre el pecho. El hombre seguía durmiendo cuando regresó a su

habitación, así que cuando Isador pasó delante de él apestando a las aguas del pozo negro y vestido de mujer, con el rostro oculto tras la bufanda, sólo se despertó a medias para farfullar algo sobre los extranjeros hediondos, pero estaba demasiado dormido para darse cuenta de nada. Había sido idea de Olga ir a ver a Schuettler, rezando para que no fueran a buscarla y encontraran a Isador en su habitación, dolorosamente acurrucado dentro del armario, detrás de una maleta y una pila de harapos.

—Esto será como practicar —le dijo Isador— para cuando estés casada y yo sea tu amante.

De camino a la comisaría, Olga se imaginó a los Fitz entregándose con alegría y tesón a la tarea de propinarle a Isador una soberana paliza como la que le habían dado a Isaac, que estaba en la cama sin apenas poder respirar, con las costillas rotas a conciencia. Aunque se mereciera una buena paliza, Isador no saldría vivo del trance; algunos huesos no estaban hechos para ser rotos.

El subjefe Schuettler está agachado debajo del escritorio; da la impresión de estar buscando un gemelo o una moneda. Olga sólo alcanza a ver su trasero contoneándose, hasta que se pone de rodillas y se incorpora poco a poco, desenroscándose como una serpiente. Mira a Olga con infinita superioridad, al tiempo que se alisa las mangas. Ella intenta no apoyarse en el zapato sin tacón.

—¿Ha venido a confesar los crímenes de su hermano, señorita Averbuch? ¿Quizás a denunciar a sus compinches anarquistas? ¿O acaso ha venido a decirnos dónde podemos encontrar al joven Maron?

Se encaró con gesto desafiante al subjefe Schuettler —escribiría William P. Miller— *con su ropa maloliente y maculada, ella; con su traje de corte impecable, él. Con el brío salvaje de la estepa reluciéndole en los ojos, ella; con la fuerza de la ley y el orden plasmada en sus anchos y rígidos hombros, él. Era una batalla de voluntades: masculina contra femenina; americana contra semítica; civilizada contra anarquista. En términos que no dejaban lugar a dudas, la sufriente mujer exigió que se le devolviera el cadáver de*

su hermano para poder enterrarlo según los antiguos rituales judíos. Dirigiéndose a voz en grito y con un vocabulario de lo más soez al subjefe Schuettler, que permanecía imperturbable, lo amenazó con desatar la ira de la comunidad judía internacional y describió un apocalipsis moderno. Con una pasión animal en los ojos, prometió largos años de terror general, décadas de anarquía que aniquilarían nuestra libertad y todo aquello que nos es querido. Pero el subjefe Schuettler la miró directamente a los ojos. «Señorita Averbuch —dijo entonces—, mi misión es preservar la ley y el orden, y debo hacer lo más adecuado para cumplir dicha misión. Deje que su hermano descanse en paz, para que esta atormentada ciudad pueda al fin recuperar la serenidad». Llegados a este punto, Olga Averbuch perdió los estribos y profirió una sarta de improperios tal que no hubiese desentonado en el mismísimo infierno.

Un *politsyant* con un mostacho de puntas retorcidas da una palmada en el trasero de Olga cuando ésta abandona la habitación y sale a la calle con paso tambaleante. Miller la observa, el gesto serio, por más que el policía busque su complicidad. *Como la hermana del Lázaro bíblico, haría lo que fuera para salvar a su hermano*. Olga deambula sin saber adónde ir. Cruza la calle y la vuelve a cruzar en el sentido opuesto. Se pierde en un laberinto de jaulas llenas de pollos y conejos, y poco después se cruza delante de un caballo picazo y su respectivo carro, repleto de cacharros de hojalata que tintinean ruidosamente al chocar entre sí. El caballo la mira directamente a los ojos con sus pestañas ridículamente largas y relincha como si la saludara. Olga se detiene frente a una tienda de golosinas y contempla la vitrina pero no ve el azul y el rosa, ni las piruletas de colores, ni el regaliz, ni el algodón de azúcar. Un chucho de tres patas corretea hasta ella como si la reconociera y la olisquea. Un joven vendedor de diarios vocea en la esquina: «¡Washington da el primer paso para purgar la nación de los enemigos del Gobierno y la vida individual!».

Querida madre,

Esta carta llega desde un mundo mejor. Para cuando la reciba usted, Lázaro y yo estaremos juntos, esperándola.

Alguien recoge el cambio en el interior de la tienda, mientras el hombre que está detrás del mostrador mira a Olga con cara de pocos amigos a través del cristal del escaparate, como si pretendiera disuadirla de entrar en el establecimiento. Nota los cuerpos que pasan junto a ella, rozando sus faldas. Una mano se posa sobre su hombro, y una voz masculina le dice:

—¿Le apetece un dulce?

Sin molestarse en contestar, Olga se aleja a grandes zancadas, notando un regusto amargo que le sube por la garganta. Si no fuera porque no come nada desde la víspera, habría vomitado.

—Soy un amigo —insiste el hombre, dándole alcance—. He intentado presentarme en la comisaría. —Tiene la voz grave, un acento que lo delata como extranjero. Olga aprieta el paso, cojeando, y sin querer golpea con la cadera una canasta repleta de peces con ojos saltones, como de muñeca—. Siento mucho lo de su hermano Lázaro —afirma el hombre, jadeando ligeramente—. Son muchos los que creen —añade, correteando tras ella, casi sin resuello— los que creen que la verdad sobre su desdichada muerte aún no ha salido a la luz. —Olga avanza más despacio pero no se vuelve. Podría tratarse de otra broma de la *politsey*; el otro tobillo le falla, nota cómo temblequea. El hombre, que no ha dejado de seguirla, empieza la siguiente frase con una tos seca—: Hay en esta ciudad quien cree que quizás no tardemos en presenciar un pogromo.

Olga se da la vuelta y ve ante sí a un hombre con bombín, una palidez extrema que contrasta con las mejillas, encendidas por un rubor enfermizo, y un cuello de camisa lo bastante blanco para brindarle un aire respetable.

—Me llamo Hermann Taube. Es un placer conocerla —le dice en yidis.

—¿Qué quiere de mí? —pregunta Olga en inglés.

—¿Por qué no charlamos? —repone él en yidis—. Vayamos a algún sitio más agradable.

Le ofrece su brazo, pero Olga camina apartada de él. Sin embargo, cuando el hombre se sube de un salto al tranvía de Halsted, lo sigue; él le compra un billete. Mientras se desplazan hacia la parte posterior del tranvía, él se vuelve y sonríe a un agente de policía que los ha seguido a la carrera y se las ha arreglado para subirse al vehículo. Olga lo había visto en la comisaría; reconoce su gorra nueva, que le va demasiado grande y le dobla las orejas hacia abajo. El policía no se molesta en disimular su intención de seguirlos de cerca, pero sin embargo rehúye sus miradas. El gentío empuja el cuerpo de Taube hacia el de Olga, pero éste presiona en sentido contrario y se inclina ante ella brevemente, de un modo apenas perceptible. Olga lo imagina juntando los talones con solemnidad.

Los ojos de cristal de un zorro disecado parecen mirarlos fijamente desde el cuello de una matriarca pecosa que luce una profusión de anillos en las manos, enfundadas en guantes blancos. ¿Qué hace esta mujer subida a un tranvía? Tiene aspecto de viuda. En la parte trasera del vehículo hay una discusión, al parecer en italiano, y todos los cuellos y cabezas se vuelven hacia la riña con gestos que van de la curiosidad al asco. A Olga le tranquiliza que su acompañante no se inmute ante la presencia del agente de policía, pero no despega los labios, así que viajan en silencio. Experimenta cierto placer en el hecho de no saber adónde se dirigen, lo que no puede sino ser un síntoma de la rápida descomposición de su mente.

Taube la ayuda a apearse del tranvía y ella acepta su mano, pero le da la suya con desgana y no le agradece el gesto. Avanzan a buen paso por una calle arbolada, dejando atrás casas señoriales, verjas de hierro forjado con remates puntiagudos y formas caprichosas. El agente de policía los sigue a cierta distancia. Cuando entran por la puerta trasera de lo que parece una taberna, éste se queda fuera. Hay un grupo de holgazanes fumando junto a la puerta delantera de la taberna, el cuello de las chaquetas levantado, las gorras caladas hasta las cejas. El agente de policía se abre paso entre ellos, va

hasta la barra y pide una cerveza. Por encima de un gigantesco espejo sobresale una cabeza de jabalí con ojos de cristal.

Una corpulenta mujer de ojos azules que aprieta una carpeta contra el pecho susurra algo en alemán al oído de Taube. Hay en el local un fuerte olor a serrín empapado en cerveza y chucrut requemado. Olga sigue a Taube hasta un oscuro laberinto de despachos, con la mujer pegada a sus talones. A través de una puerta abierta de par en par alcanza a ver una escalera que baja al sótano; se oyen chirridos como de objetos pesados arrastrados por el suelo, pero Taube cierra la puerta. Olga sube una escalera con su paso cojo, siguiendo la fragante estela de Taube, que huele a cera y a violetas. La escalera es empinada y le duele la cadera, así que Olga se detiene a menudo. Si un buen día te preguntas a ti mismo «¿cómo he llegado hasta aquí?», había dicho Isador en cierta ocasión, es porque seguramente estás aprovechando cada segundo de tu vida. Isador no sabe nada de la vida.

El de Taube es un despacho de abogado. Gruesos libros de leyes encuadernados en piel llenan las estanterías; sobre el escritorio despejado descansan un tintero y una pluma. Taube la invita a tomar asiento, se lava las manos en una jofaina y luego se acomoda con parsimonia al otro lado del escritorio, sobre el que descansa un ejemplar del *Tribune*, que gira y empuja en la dirección de Olga. Sus movimientos poseen una precisión premeditada, como si hubiera ensayado antes toda la escena y estuviera al fin representándola. Olga sigue atemorizada por la retorcida lógica de aquel día, por el peso de la noche en blanco, que nota como un fardo en su espalda. La muerte de Lázaro, el subjefe Schuettler, la lasciva *politsey*, Isador cubierto de mierda dentro de su armario, todo se le antojaba irreal en aquel despacho pulcro y ordenado: sobre el armario, un sencillo clavel en un elegante jarrón; en la pared, un diploma enmarcado de la facultad de Derecho de Viena; sobre el mueble archivador, una pipa que descansa de lado como un perro cansado; una mosca débil zumba junto al cristal de la ventana, buscando una salida. En la portada del *Tribune* hay una foto de Lázaro de perfil, los ojos

cerrados. Una sombra oscura los cubre, la misma que resalta sus mejillas hundidas. «Cómo reconocer a un anarquista», reza el titular.

. Frente corta
. Boca grande
. Barbilla retraída
. Pómulos prominentes
. Grandes orejas simiescas

Olga se queda sin aliento, tal es su perplejidad, y no logra emitir más que un débil sonido sibilante. Con la destreza de un mago, Taube saca un pañuelo del bolsillo interno de la chaqueta y se lo ofrece. Olga lo rechaza, pero él insiste en silencio y lo acaba aceptando. Taube coge el *Tribune* y lo hojea mientras ella se suena la nariz.

—«Las alimañas anarquistas que infestan Chicago y toda la nación deben ser exterminadas hasta el último y repugnante espécimen —lee Taube con entonación alemana—. Se convocará a todos los poderes dependientes de las autoridades locales, se llamará a todos los ciudadanos leales para completar esta tarea de limpieza general. Se perseguirá a los autores de declaraciones públicas sediciosas. Se deportará a los extranjeros indeseables. Quedarán estrictamente prohibidas las reuniones públicas de desafectos. Las autoridades municipales tratarán de forma sumaria los tumultos. No habrá piedad».

Olga no comprende todo lo que lee Taube, pero percibe la agitación que subyace en su voz. El abogado pasa página, recorre el texto con los ojos hasta dar con lo que busca. Olga había acariciado la barbilla de Lázaro, había tocado el orificio de la bala, negro como una marca de nacimiento. Su frente sabía a algún producto químico mortuorio.

—«Los métodos de los anarquistas han cambiado sustancialmente en los últimos veinte años. En los días que precedieron a los disturbios de Haymarket, se dedicaron a predicar

la violencia contra una clase social, entendida como un todo. Lo suyo era la violencia al por mayor. Sus líderes eran ingleses y alemanes. Pero ahora los elementos judíos de procedencia italiana y rusa han saltado a la palestra. Sus cabecillas pertenecen a una clase de delincuentes más vil y degenerada, más despreciable si cabe, pero sus métodos son más peligrosos. Predican el asesinato del individuo. Creen en ideas nihilistas como el suicidio y el magnicidio».

—¿Por qué me lee esto, *herr* Taube? ¿Qué se supone que debo entender? ¿Qué quiere de mí?

Taube habla ahora en un alemán vienés sin el menor rastro de acento yidis; baja la voz, levanta la barbilla.

—Me uno a usted en el sentimiento por la muerte de su hermano, *fräulein* Averbuch. Me educaron en la creencia de que si perdemos a un solo judío, perdemos el mundo. Y lloro su pérdida no sólo como judío, sino también como alguien que cree en la hegemonía de la ley y la justicia. —Olga se percata entonces del hedor que desprende su cuerpo. Se había lavado y restregado una y otra vez la noche anterior, pero sigue sintiéndose inmunda—. Hay hombres en esta ciudad, *fräulein* Averbuch, todos ellos personas de bien que ocupan un lugar destacado en la sociedad, que viven con natural inquietud la actual escalada de tensión, pues ésta podría fácilmente desembocar en actos de violencia incontrolable. Semejante desenlace pondría en peligro todo aquello por lo que llevan mucho tiempo trabajando y seguramente dificultaría el progreso de sus hermanos menos afortunados. Debido a su origen semítico, dichos hombres han vivido también alguna forma de segregación en sus respectivos círculos sociales, por lo que no desean subrayar los lazos de sangre que los unen a unos supuestos anarquistas. Dicho lo cual, no son ajenos a las tribulaciones de los pobres y los inocentes.

Olga se suena la nariz ruidosamente en el pañuelo de Taube para castigarlo por su discurso indescifrable.

—Sabemos de sobra que las cosas han cambiado en los últimos tiempos: el anarquismo podría llegar a ser en América lo que fue la

calumnia de sangre en Rusia. Muchos de los que huimos de los pogromos y llegamos a este país sabemos que se empieza con editoriales y se termina con baños de sangre. Todos tenemos amigos dispuestos a creer en una imagen más realista de la vida hebrea, pero también hay americanos patriotas que no alcanzan a ver la diferencia entre un ciudadano leal y decente y un vil anarquista. El desafortunado destino de su hermano puede haber confundido a muchos más americanos de buen corazón. Por desgracia, está muerto y no podrá ayudarnos con la verdad, ahora que nos toca enfrentarnos a las consecuencias de sus actos.

—¿Quién es usted, *herr* Taube?

Taube emplea un tono de ensayada sensatez. No es la primera vez que dirige una negociación. Prosigue en su alemán jurisprudente:

—Represento como abogado a un grupo de ciudadanos con intereses comunes en esta cuestión, *fräulein* Averbuch. Tenemos motivos para creer que la policía está buscando a Isador Maron. El suyo es un nombre conocido entre los rojos, un destacado seguidor de las abyectas enseñanzas de Emma Goldman. Todo parece indicar que es el principal responsable de todo esto, el que introdujo a su hermano en las patrañas de la Goldman, el que lo fascinó con la Mano Negra de la anarquía. Todos los que nos hemos visto implicados en este asunto saldríamos ganando si se viera obligado a asumir las consecuencias de sus palabras y actos.

—No veo en qué puedo ayudarlo yo —le interrumpe Olga. Sigue hablando en yidis, pero Taube hace caso omiso de su desplante lingüístico.

—La policía tiene la impresión de que Maron y usted son algo más que meros conocidos. Necesitan hablar con él. Quizás pueda aclarar que la muerte de su hermano no fue sino un terrible malentendido. Hasta entonces, la memoria de Lázaro seguirá mancillada.

—No sé dónde está Maron. No lo conozco tan bien.

Olga tiene los dedos enredados en el pañuelo, hasta que se percata de que Taube observa sus manos; entonces lo suelta. No le resulta fácil mentir, sobre todo porque delatar a Isador no le parece inconcebible ni inaceptable. Desea que todo, y en especial aquel momento, se acabe de una vez. Extiende el pañuelo sobre el regazo y luego lo dobla cuidadosamente y se toca las mejillas con él, como sugiriendo que no va a llorar más.

—Han matado a Lázaro —afirma—. ¿De quién puede ser la culpa? ¿Suya? ¿De Isador? ¿De Emma Goldman? Nadie ha tenido siquiera el detalle de explicarme cómo ocurrió exactamente. ¿Qué quiere de mí?

—Olga, si me permite que la llame por su nombre de pila, no me cabe duda de que le gustaría dar sepultura a su hermano según mandan nuestras ancestrales tradiciones. He leído el informe de la autopsia. Lo acribillaron a balazos. No deseo causarle más dolor, pero lo cierto es que no tuvo una muerte pacífica. Debemos hacer algo, o nunca descansará en paz. Ni él, ni nosotros.

—¿Nosotros, quiénes?

—Olga, trate de entenderlo. Ahora mismo, la policía podría mostrarse dispuesta a creer que el atentado contra la vida del jefe Shippy y las leyes de este país lo cometieron unos degenerados enfurecidos. La libertad es algo mucho más fácil de manejar si las autoridades tienen un enemigo contra el que cargar, y los anarquistas parecen estar encantados de encarnar a ese enemigo. Si las autoridades perdieran la paciencia, quizás llegaran a convencerse a sí mismas, y a muchos otros, de que todos los judíos, al margen de su lealtad y patriotismo, son el enemigo. No hace falta que le diga lo que implicaría algo así. Usted sobrevivió al pogromo de Kishinev.

—No sé quién es usted, ni qué fines persigue. No sé a quién representa. No tengo motivo alguno para confiar ni creer en usted.

—Represento a ciertos individuos honorables que desean ayudarla, en parte por un sentido de responsabilidad racial, en parte

por su propio interés. Permítame asegurarle que esta combinación de motivos avala la sinceridad de mis clientes.

—Lo único que yo quiero es enterrar a mi hermano dignamente.

—Eso es lo que todos deseamos, sin lugar a dudas.

—No creo que pueda ayudarlo —concluye Olga en alemán, en un tono de voz débil, fatigado.

—Comprendo que todo esto puede resultar abrumador. Quizás necesite algo de tiempo para hacerse cargo de la situación. No obstante, es mi deber advertirle que no disponemos de mucho tiempo. Ha empezado a circular el rumor de que la Goldman va a venir a Chicago, sin duda para provocar altercados de toda clase, y debemos hacer frente al problema antes de que su pobre hermano se convierta irreversiblemente en un mártir anarquista.

Taube le ofrece su tarjeta de presentación y adjunta, cuidadosamente metido entre las páginas del diario con la foto de Lázaro en portada, un fajo de dólares recién impresos. Taube es astuto; Olga no lleva bolso. Ésta deja el pañuelo en el escritorio, saca el dinero del diario doblado y lo arroja sobre el escritorio.

—Por favor, tenga en cuenta que, en un momento así, cualquiera de nosotros puede ser llamado a aportar su grano de arena —prosigue Taube—. Y no olvide que estamos a su servicio, *fräulein* Averbuch. Espero volver a hablar con usted muy pronto, pero le ruego que no dude en llamarme por teléfono a cualquier hora del día o la noche. Por descontado, pagaremos la llamada.

Olga se marcha con el diario en la mano, sin molestarse en despedirse. En cuanto cruza la taberna y franquea la puerta de la calle, el joven agente de policía apura la cerveza de un trago y se apea del taburete dando un brinco. Olga pasa entre la congregación de holgazanes, que la observan en silencio. No abren la boca, pero cuando el joven agente la sigue a toda prisa, uno de ellos deja caer el cigarrillo al suelo y lo aplasta con el pie, retorciéndolo hasta reducirlo a migajas.

En el tranvía de Halsted, un hombre con gruesas gafas y una gorra bajo la que asoma el pelo rizado le ofrece asiento. Olga lo ve

todo borroso, tiene las gafas sucias. Se las quita y las limpia con el dobladillo del vestido. El joven agente de policía se acerca, se planta justo delante de ella, con la entrepierna a la altura de su rostro. Seguramente ha llamado a comisaría para informar de su paradero. Si hubiesen descubierto a Isador, ya la habrían detenido. Olga siente la dolorosa necesidad de mirar el rostro de su hermano en la portada del diario, pero la foto ha quedado vuelta hacia abajo, sobre su regazo. Era tan apuesto, un muchacho tan guapo… En la contraportada, lee que *el jefe de policía de Birmingham, en el estado de Alabama, recibió por correo una nota en la que rezaba: «Jefe Bodeher, le damos una semana para dimitir. De lo contrario, habrá un cuchillo esperándolo». Hoy han sido detenidos varios extranjeros. El jefe Bodeher afirma que no piensa correr ningún riesgo*.

«Todo el mundo se ha vuelto loco, y yo también». El cansancio le pesa como una losa, y se acurruca en su dolor, sujetando el borde del diario con fuerza, como si se tratara del mango de un cuchillo.

Querida madre,
El funeral de Lázaro fue precioso. El rabino habló de su amabilidad, y había cientos de amigos, montañas de flores.

La misma mujer con el cuello de piel de zorro está sentada junto a Olga, como si esperara su viudedad en el tranvía. Los ojos de zorro vuelven a mirar a Olga fijamente mientras la viuda dormita en su asiento, los dedos enguantados y entrelazados. Por un instante, Olga piensa que ha soñado a Taube y su despacho. *En Grand Rapids, Michigan*, sigue leyendo, *el juez Alfred Wolcott del tribunal del distrito jurisdiccional ha muerto esta tarde víctima de una apoplejía cinco minutos después del ataque. Su esposa, devota creyente de la Ciencia Cristiana, se niega a reconocer que ha muerto. Tres médicos distintos han declarado su defunción, pero la señora Wolcott sostiene que se equivocan*.

Se me está agotando la vida, piensa Olga. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puede haber sin vida?

Lázaro solía trabajar en un rincón cerca de la ventana, junto a Greg Heller, empaquetando huevos sin intercambiar una sola palabra en todo el día. Trabajaba con tanto ahínco que a menudo Heller tenía que pedirle que se contuviera. Sólo al final del turno farfullaba algo, a veces, en el poco inglés que sabía, mezclado con extrañas palabras extranjeras. Jamás había mencionado el anarquismo, según Heller, excepto en una ocasión: Emma Goldman, la reina anarquista, iba a venir a Chicago para dar una conferencia, y Lázaro había intentado convencer a Heller para que fueran juntos a verla, algo que éste rechazó de plano. «Los ricos tienen todo el dinero. Yo no tengo nada. Tú no tienes nada», le había dicho Lázaro entre aspavientos, los ojos chispeantes. Heller le había replicado que, si no dejaba de trabajar, el dinero acabaría llegando. El señor Eichgreen confirmó que Lázaro era un buen empleado; jamás le había hablado de anarquismo. Si se hubiese presentado a trabajar el lunes, lo habría enviado a Iowa para que aprendiera desde la base el negocio del empaquetamiento de huevos. Al joven Averbuch, añadió el señor Eichgreen, parecía gustarle América.

Alguien me preguntó en cierta ocasión cómo veía América. Me despierto por la mañana, contesté, y miro a mi izquierda. Y a mi izquierda veía el rostro sereno de Mary, a menudo arrugando el entrecejo. A veces la observaba mientras dormía, pasándose la lengua por los labios o mascullando algo entre sueños. Rara vez me atrevía a besarla porque tenía el sueño ligero y probablemente estaría cansada después de pasarse horas rebanando cerebros.

Cuando osaba rozar su mejilla con los labios, delicada y lentamente, se despertaba sobresaltada y me miraba entre perpleja y asustada, incapaz de reconocerme. Y cuando estaba en el quirófano y no había ningún cuerpo acostado en su lado de la cama, sólo su huella arrugada y su olor, acaso algún que otro largo cabello negro sobre la almohada, me levantaba con el corazón encogido, pues su ausencia abría la posibilidad de que mi vida y todos sus puntos de referencia se hubiesen esfumado, que Mary me hubiese dejado llevándoselo todo consigo y que nunca volviéramos a leer juntos en la cama, cada uno con su libro apoyado en el pecho. En la cocina solía encontrar un cuenco con una cuchara muy pequeña en su interior y un culito de leche en el que se iban deshaciendo migajas de cereales ecológicos. La cafetera aún chisporroteaba; el *Chicago Tribune* doblado sobre la mesa, huérfano de la sección Metro, pues a Mary le gustaba leer las necrológicas de camino al hospital. A menudo había una nota para mí, firmada con una elaborada eme. A veces ponía: «Besos, M»..

Rora y yo desayunamos en el restaurante del hotel: huevos duros, mantequilla, rebanadas de pan de centeno reseco. Un hombre de negocios con chaqueta de piel y un palillo de dientes entre los labios entró con paso tambaleante. Su modo de andar sugería algún tipo de dolor en la entrepierna. La tele estaba puesta, en la cadena Fashion TV. Un par de prostitutas bebían café y fumaban, concluido su turno de noche, saboreando la mañana soleada y sin chulos. Marchitas y fatigadas, parecían indiferentes a todo y a todos, más allá de su propia intimidad esotérica. El pintalabios rojo carmín; el maquillaje estridente sobre los rostros pálidos y ajados; los flequillos antes ahuecados que caían ahora lacios sobre la frente. Era como si al fin hubiesen desistido de esforzarse por resultar atractivas. Hablaban entre sí con sorprendente vigor, habría algo en juego. Me pregunté qué sería, y me di cuenta de que nunca lo sabría.

Tras hablar con Karadžić y enviar la entrevista por fax a Nueva York, dijo Rora, Miller quiso celebrar la exclusiva y relajarse un rato,

pues todo aquel asunto había sido más bien estresante. Así que Rora lo llevó al burdel de Duran, cuya clientela era en su mayoría extranjera —miembros de las fuerzas de pacificación, diplomáticos y periodistas que lo habían apodado cariñosamente Duran Duran—, aunque durante una tregua podía haber gente de los dos bandos. El propio Rambo, por descontado, era un asiduo al que siempre invitaba la casa y que llevaba consigo a muchos amigos. Le gustaba mimar a los extranjeros con los que hacía negocios. Había distinguidos diplomáticos cuyas prometedoras carreras políticas se verían perjudicadas si alguna vez salía a la luz la clase de juegos a los que se entregaban con las chicas. El burdel de Duran era una isla en medio de la guerra: música suave, flores frescas, ni rastro del hedor que impregnaba la ciudad sitiada, las chicas limpias y arregladas, algunas incluso guapas. Venían sobre todo de Ucrania y Moldavia, aunque había un par de húngaras despampanantes para la clientela especial, como el hijo del presidente, también buen amigo de Rora.

Miller pidió una botella de Johnnie Walker y bebieron mientras las chicas se contoneaban en sus regazos, hasta que Miller empezó a hablar a voz en grito y a alardear ante los demás hombres presentes (un comandante canadiense, un coronel francés, un espía estadounidense) de que acababa de entrevistar a Karadžić. Era un reportero nato, las exclusivas se la ponían dura, y el comandante, el coronel y el americano brindaron por su triunfo, y las chicas brindaron con ellos, y Rora los acompañó en el brindis, que le dejó un regusto amargo en la boca. Cuando llegó el momento de pasar a la acción con las chicas, Rora no fue capaz. Se fue arriba con una atractiva moldava que se vestía a imagen y semejanza de Madonna, incluidos los pañuelos, los cinturones y los pendientes en forma de aro. Se hacía llamar Francesca y estaba lo bastante colocada para aparentar un interés auténtico, pero él era sencillamente incapaz de hacerlo. Francesca se tumbó en la cama y perdió el conocimiento; Rora se sentó en la silla y se puso a fumar mientras esperaba a que Miller acabara. Sacó algunas fotos de la chica; tenía los labios

entreabiertos y uno de los incisivos se le clavaba en el labio inferior; inspiró audiblemente varias veces y se frotó la nariz con el dorso de la mano; respiraba de forma sonora, casi roncando. «¿Cómo habría ido a parar allí?», pensó Rora. Tendría familia en alguna parte, una madre o un hermano. Todo el mundo viene de algún sitio.

El peso del sopor sobre mis hombros; el dolor literal en el cuello; el silencio tras el relato de Rora; la sensación de futilidad liberadora. Salí con todo ello a cuestas por las polvorientas calles de Chernivtsi. Nos dirigíamos al Centro Judío pero nos permitimos un desvío al pasar delante de un generoso mercado al aire libre. Rora fotografió un puesto en el que había una gran pila de cerezas rojo escarlata, y a una mujer que lucía una hoja de col en la cabeza a modo de sombrero, y un cordero descuartizado con una cuchilla de carnicero. Pasamos junto al patio de una escuela en la que había varias filas de niños haciendo gimnasia a las órdenes de un profesor enfundado en un chándal rojo comunista, elevando los brazos hacia el cielo y luego inclinándose hasta tocar las puntas de los pies. El profesor hizo sonar el silbato y los niños se colocaron en columnas de dos y empezaron a correr en círculos. Pasamos por delante del Café Vienés, donde el hombre de negocios seguía exactamente en la misma posición, en la misma mesa, todavía bramando con el móvil pegado a la oreja, como si no se hubiese movido de allí desde la víspera. Al otro lado de la mesa se había sentado una atractiva joven que lucía la mínima expresión de una falda y también utilizaba el móvil para llevar a cabo sus negocios, fueran cuales fueran.

—Te voy a contar un chiste —dijo Rora—. Mujo vive como refugiado en Alemania, no tiene trabajo pero sí mucho tiempo libre, así que se va a los baños turcos. Aquello está lleno de hombres de negocios alemanes con toallas enrolladas a la cintura, sudando la gota gorda, pero de vez en cuando suena un móvil y entonces sacan el aparato de debajo de la toalla y dicen *¿Bitte?* Mujo parece ser el único que no tiene móvil, así que se va al lavabo y se mete un fajo

de papel higiénico por el culo. Cuando sale, va arrastrando una larga cola de papel, y un alemán le dice: «*Herr*, lleva usted un trozo de papel colgando». «Ah —dice Mujo—, me habrá llegado un fax».

Nos llevó algún tiempo dar con el Centro Judío. Aunque tal vez no fuera de extrañar, no había ningún tipo de señal que nos indicara el camino, y el edificio estaba escondido en la esquina más recóndita de una plaza arbolada que daba al teatro. Nadie vino a abrir cuando llamé al timbre. Mi perezoso corazón palpitó de alegría, pues aspiraba a un día de lo más prosaico en el Café Vienés, quién sabe si deleitándome en la contemplación de la doncella de muslos blancos que habitaba la utópica órbita del hombre de negocios.

Pero, justo cuando ya nos marchábamos, un hombre de torso periforme enfundado en una camisa de rayas horizontales nada favorecedora nos preguntó en ruso qué deseábamos, y en lugar de decirle la verdad (holgazanear, tomar café, disfrutar de las vistas) le contesté que queríamos hablar con alguien del centro. El hombre alargó la mano en mi dirección sin decir nada y abrió la puerta.

—¿En qué lengua le gustaría hablar? —me preguntó una vez que entramos en el centro.

—¿Qué tenemos? —le pregunté en ucraniano.

—Ruso, rumano, ucraniano, yidis, alemán y un poco de hebreo —contestó.

El despacho estaba polvoriento y repleto de cajas, las paredes ocupadas por librerías vacías. El hombre se llamaba Chaim Gruzenberg; colocó dos sillas frente a frente y me senté delante de él. Olía vagamente a sardinas. Reconozco aquí y ahora que bien pudo haber sido una alucinación olfativa.

—¿Cómo es que habla usted tantas lenguas?

—Cuando me crié aquí había gente de todas partes. Ahora ya no. Ahora todos se han independizado o se han marchado.

En el otro extremo de la habitación había un hombre sentado a un escritorio, escribiendo enérgicamente; la punta del lápiz se le

rompía una y otra vez, y él la volvía a sacar otras tantas veces, agitando las volutas de pelo cano que le caían sobre la frente. Con la ayuda ocasional de mi diccionario de ucraniano, le hablé a Chaim del asesinato de Lázaro, de mi proyecto, del viaje de Lázaro a América en 1907, de su huida a Czernowitz tras el pogromo y su estancia en el campo de refugiados.

—Uf… —empezó Chaim—, eso pasó hace mucho tiempo, nada menos que un siglo horroroso. Han pasado tantas cosas desde entonces, hay tanto que recordar, y que olvidar…

Rora iba inmortalizando con su cámara las fotografías en blanco y negro enmarcadas que colgaban de las paredes, los lomos de los libros que llenaban la estantería, la portada de un folleto con la estrella de David. A contraluz, parecía un fantasma. Chaim dijo que no era un experto en historia, pues la historia no daba de comer a nadie. Su trabajo consistía en proporcionar alimentos y cuidados a los ancianos judíos de la ciudad, aquellos que ya no tenían quien se ocupara de ellos, y estaba demasiado atareado buscando el modo de ayudarlos. Se iban haciendo cada vez mayores y más enfermos, y menos capaces de valerse por sí mismos. Si quería ayudarlos, sugirió, él podría indicarme cómo.

—Claro —concedí—. Rora abandonó el haz de luz. Un enjambre de motas de polvo se quedó revoloteando en el aire.

—Todos vosotros, los extranjeros, venís buscando a vuestros antepasados y vuestras raíces —afirmó Chaim—. Sólo os interesan los muertos. Dios ya se encargará de los muertos. De quienes nos tenemos que ocupar nosotros es de los vivos.

Le prometí una donación para los vivos, pero no podía olvidarme de los muertos. Le pregunté si creía que alguno de los ancianos judíos recordaría historias de los refugiados de Kishinev, relatos que quizás habrían escuchado de labios de sus padres o abuelos; tal vez algunos de ellos fueran incluso descendientes de los refugiados que acabaron echando raíces aquí.

—Nadie se quedó —afirmó Chaim—. Y si se quedaron, hicieron todo lo posible por olvidar lo ocurrido en Kishinev.

—Tal vez alguien lo recuerde.

—Son ancianos enfermos que se mueren poco a poco. La muerte va llenando sus vidas, no recuerdan nada. ¿Por qué iban a querer invocar más a la muerte, una muerte anterior a su nacimiento?

—¿Cuántos clientes tiene usted?

—No son mis clientes. Son mi familia. Los conozco desde antes de nacer.

El hombre de pelo canoso sentado al escritorio nos estaba escuchando. Rora aprovechó la ocasión para sacarle una foto, y el hombre lo ahuyentó con malos modos. Había un póster enmarcado en la pared; anunciaba algo que había ocurrido el once de septiembre de 1927.

—Recuerdo que mi abuela me hablaba de los judíos llegados de Kishinev. Algunos de ellos eran gente adinerada. Había uno llamado Mandelbaum —dijo Chaim—. Llegaban en carruajes repletos de alfombras y arañas. Éste había traído consigo un magnífico piano. Lo perdió todo en el juego, según mi abuela. Su hija se casó con un actor.

—¿Recordaba su abuela a una familia de apellido Averbuch?

—La mitad de los judíos de esta zona se apellidaban Averbuch.

—¿Tiene usted algún cliente con ese apellido?

—No son clientes.

—Le pido disculpas.

—Está Roza Averbuch, pero es muy mayor y está enferma, ha perdido la chaveta.

—¿Podría hablar con ella?

—¿Por qué quiere hablar con ella? No recuerda nada. Cree que soy su abuelo. Tiene miedo de los extraños.

El escribiente le dijo algo en yidis y en tono quisquilloso, a lo que Chaim contestó del mismo modo. Estaban discutiendo. El teléfono sonó pero no le prestaron la menor atención. Rora enfocó a Chaim y al escribiente con la Canon, pero éste nos hizo un gesto admonitorio con el dedo, a nosotros y a Chaim, antes de seguir sacándole punta

al lápiz, ocultando su rostro de la lente de Rora. Chaim resopló y me dijo:

—Hubo muchos pogromos en Rusia antes del holocausto, y luego hubo el holocausto. Esta ciudad siempre estaba llena de refugiados de Kishinev o de cualquier otro lugar que llegaban huyendo de los rusos, los rumanos y los alemanes. Los que habían sobrevivido se marchaban a otro lugar, pocos permanecían aquí. No quedan apenas supervivientes de aquellos tiempos, y los que quedan se mueren.

Me di por vencido. No sabía muy bien qué preguntar. Me convencí a mí mismo de que en realidad no necesitaba testimonios. Mi investigación estaba completa. Había hojeado todos los libros que habían caído en mis manos. El mero hecho de estar en aquella habitación con Chaim se me antojaba un gran logro. Además, Rora iba haciendo montones de fotos que podría mirar después. Las estudiaríamos juntos más tarde. Tal vez había llegado el momento de dedicarse a la contemplación cafeinaza. Saqué la cartera y le ofrecí a Chaim un fajo de billetes del dinero de Susie, cien euros en total.

—No, no, no —replicó—. Aquí hay bastante, pero no es suficiente. Con este dinero se puede comprar comida para una semana, pero también necesitamos ropa y medicinas. Respeto sus buenas intenciones, pero le pido que vaya a su sinagoga, hable con los feligreses y les diga que necesitamos ayuda.

Fue hasta el escritorio del escribiente, le arrebató el lápiz de la mano, arrancó un trozo de papel de una libreta y apuntó la dirección del centro. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que yo podía no ser judío. No iba a confesar, claro está, pues eso habría convertido todo lo que dijera en una impostura.

—¿Ése de ahí también es judío? —preguntó Chaim, alzando la barbilla en la dirección de Rora, que estaba cambiando el carrete de la cámara. Levantó los ojos y supe que lo había comprendido.

—No —contesté.

—Tiene pelo de judío —opinó Chaim—. Un hombre apuesto.

En Ellis Island le afeitaron la cabeza a Lázaro para prevenir el contagio de piojos y le examinaron los ojos en busca de tracoma. Los guardias le chillaron, lo zarandearon con sus bastones. La primera palabra que aprendió en inglés fue «agua», porque una mujer con delantal blanco llenó su taza de hojalata con agua extraída de un barril. En el barco que lo había llevado hasta allí desde Trieste había dormido junto a un viejo siciliano que no paraba de chacharear de modo ininteligible al tiempo que señalaba su pelo. Incluso dormido, Lázaro palpaba el dinero que llevaba en el bolsillo, el dinero que le había dado su madre, todos sus ahorros. Justo antes de marcharse de Czernowitz, había recibido una carta de ésta en la que le decía que su padre había muerto de una apoplejía; se había caído de la silla y se había muerto, sin más. Lázaro no sabía si Olga habría recibido la noticia. Imaginó a Isador, que había partido de Czernowitz un mes antes, esperándolo en la estación ferroviaria de Chicago junto a su hermana. Se preguntó si habría surgido algún tipo de relación entre ambos. Ahora que él no estaba allí para echarle un ojo a Olga, Isador podía llenarle los oídos con su dulce veneno. O quizás hubiese conocido a otra persona; tal vez fuera a esperarlo con su nuevo novio, y quién sabe, tal vez se tratara incluso de un auténtico gentil americano. Le preocupaba no ser capaz de reconocerla. Hay muchos judíos en Chicago, le había dicho por carta. Estoy cosiendo para la esposa del señor Eichgreen, que me ha prometido darte trabajo.

Después de la visita al Centro Judío y de una contemplativa taza de café en el Café Vienés decidimos, como correspondía a dos diligentes investigadores, visitar el Museo de Historia Regional, que quedaba en la misma calle del café, un poco más arriba. Vagamos por las mohosas salas del museo, caminando sin prisa y con paso solemne, como si siguiéramos un cortejo fúnebre. Cada estancia en la que entrábamos estaba custodiada por una amenazadora *baba* con los tobillos hinchados.

La primera y más voluminosa de las *babas* estaba en la sala de la Segunda Guerra Mundial y frunció el entrecejo nada más vernos, como si hubiésemos interrumpido sus meditaciones. Había por toda la habitación retratos de los héroes soviéticos locales que habían dado su vida por la madre patria. Volodya Nezhniy, por ejemplo, era un valiente que se había arrojado contra una ametralladora alemana con un racimo de granadas de mano atadas al pecho. Había cascos militares con la estrella roja, casquillos de proyectiles y banderas desplegadas de varias unidades del Ejército Rojo. También había una foto retocada de las ejecuciones masivas: una hilera de personas arrodilladas al borde de una zanja con la cabeza agachada, en espera de las balas.

En la sala de al lado, la *baba* de turno nos recibió con una brevísima sonrisa nada alentadora. Una de las vitrinas estaba repleta de tornillos y cachivaches metálicos producidos en la región; en otra se exhibían zapatos desparejados de todas las medidas, lo que me llevó a imaginar a una multitud de semidescalzos cojeando por las calles como zombis.

La *baba* de la tercera sala permanecía apostada junto a un relieve de madera en el que se veía al señor Cristo arrastrando su cruz de juguete y a su devoto séquito derramando lágrimas de madera. Había varios iconos de la Virgen, crucifijos hábilmente tallados y huevos de Pascua profusamente pintados.

Salimos de la sala de la redención y la resurrección y nos adentramos en la sala de la orientación: en la pared había una camiseta y una foto de Juri Omeltchenko, ganador de la medalla de plata en el Campeonato Mundial de Orientación celebrado en Finlandia en el año 2000. En la foto, Juri aparece orientándose obstinadamente entre los árboles, el gesto determinado, el pelo rubio moteado por la sombra del follaje. «He aquí, pensé, otro ser humano que dedica su vida a no sentirse perdido».

Siguiente sala: paredes empapeladas con pósters y fundas de discos de los niños de la región que habían alcanzado el equivalente local del estrellato. Abundaban los cardados y tupés, las patillas

espectaculares y el uso generoso del colorete. También tenían nombres: Volodymir Ivasyuk, Nazariy Yeremchuk, Sofia Rotary. En lo alto de un pedestal descansaba un gramófono con un vinilo puesto, junto al cual montaba guardia la inevitable *baba*. Lo examinamos diligentemente, y estábamos a punto de seguir adelante cuando la mujer se dirigió a nosotros en un tono que no admitía réplica, haciendo que nos detuviéramos en seco, y nos puso el disco. Lo escuchamos rehuyendo todo contacto visual. Una voz femenina y melosa que apenas se hacía oír por encima del chisporroteo del disco cantaba, por lo que alcancé a entender, algo de una muchacha que iba al pozo con un cubo agujereado. Al parecer, nunca lograba llevar ni una gota de agua a casa, pero ella seguía insistiendo, en lo que tenía visos de ser una situación de lo más desmoralizadora desde el punto de vista metafísico. La *baba* señaló la portada del disco: la cantante se llamaba Maryusa Flak; lucía un pañuelo horrendo y tenía la boca en forma de corazón.

La siguiente sala estaba llena a rebosar de fotos tipo retrato de jóvenes uniformados que habían servido y muerto en Afganistán. La región se enorgullecía de ellos porque habían servido a la patria, según rezaba un cartel, y jamás caerían en el olvido. En las vitrinas se exponían baratijas residuales de sus vidas: el boletín de notas de Andriy (era un buen estudiante); los calcetines de lana de Ivan y una carta de su madre («Sé valiente y esfuérzate. No hay un solo momento del día en el que tu hermana y yo no pensemos en ti»); había un cinturón extendido como una serpiente muerta, con el penúltimo agujero muy desgastado; una diminuta medalla de hojalata con una cinta roja deshilachada y un guante de piel desparejado que había pertenecido a un tal Oleksandr. Rora sacó un par de fotos, y la *baba* vino corriendo para asegurarse de que no volvía a hacerlo.

A continuación enfilamos un pasillo a cuyos lados se alineaban las vitrinas de cristal repletas de insectos sujetos con alfileres, meticulosamente colocados en hileras. Una de aquellas hileras se componía de cucarachas ordenadas por tamaño, de menor a mayor.

No me hubiese extrañado lo más mínimo que las hubiesen capturado todas en nuestro hotel. La primera era pequeña y parecía un bebé cucaracha, mientras que la última era tan grande como un dedo pulgar y no costaba nada imaginarla como la madre de todas sus compañeras.

—¿Cómo es —le pregunté a Rora— que no has hablado con tu hermana desde que hemos salido de casa?

—¿Y tú cómo sabes que no lo he hecho?

—¿Lo has hecho?

—Sí. Lo he hecho.

—¿Y cómo es que no me has comentado nada?

—Hay tantas cosas que no comento que te darían para llenar las páginas de un libro.

—¿Cómo es que nunca hablas de tu hermana?

—Mi hermana no ha tenido una vida fácil. Hablar de ello no ayuda a nadie.

—¿Qué les pasó a tus padres? ¿Murieron en un accidente de tráfico?

—Iban en un autocar que se cayó al desfiladero de Neret va. ¿Vas a dejar de hacer preguntas de una vez?

—¿Qué edad tenías?

—Seis años.

—¿Te acuerdas de ellos?

—Pues claro que me acuerdo de ellos.

—¿Cómo eran?

—Como todos los demás padres. Mi madre disfrutaba dándonos de comer. A mi padre le gustaba sacar fotos. ¿Vas a dejarlo ya?

La última sala contenía objetos del siglo XVIII, o eso se suponía: montones de cucharas y cuencos de madera agrietados, argollas y cadenas y puñales y misteriosas herramientas propias de oficios olvidados que más parecían instrumentos de tortura, un tapiz que representaba la puesta de sol en una solitaria pradera: la oscuridad avanzando sobre la arboleda, y en un extremo, una vitrina con aves disecadas. La pieza central de la colección era un águila con los ojos

eternamente vidriosos, como canicas, que sujetaba un conejo entre las garras y desplegaba las alas por encima de los patos y otras aves sin nombre, ajenas a todo. ¿Se habían disecado todas aquellas criaturas en el siglo XVIII? ¿O acaso algún filósofo pueblerino convertido en custodio de la memoria regional y sin nada mejor que hacer trató así de sugerir que la muerte es imposible de fechar, que siempre es igual, al margen del siglo en que se produce?

—Supongo que esto no es el Louvre —concluí.

—Apuesto a que las viejas forman parte de la colección —apuntó Rora—. Las embalsamarán cuando se mueran.

Justo enfrente de la trasnochada irrealidad del Museo de Historia Regional había un café internet llamado Chicago. Entramos sin pensarlo, como si volviéramos a casa: había fotos de la Torre Sears, Wrigley Field y Buckingham Fountain, y también un dependiente cabizbajo al que me dirigí en inglés, pero que decidió no entenderme ni contestarme. Rora y yo tomamos asiento delante de nuestros respectivos ordenadores y no intercambiamos una sola mirada. Me hubiese gustado ver a quien escribía, pero estaba demasiado ocupado redactando un largo mensaje para Mary, al final del cual añadí:

Me acuerdo mucho de ti. El hotel en el que nos estamos quedando es, al parecer, una casa de putas. Rora no para de sacar fotos. ¿Qué tal la autopsia de tu padre?

A George, su padre, le habían extirpado la próstata y estaba pendiente del resultado de una biopsia (que no de una autopsia, evidentemente). Desde la operación, tenía que llevar pañales. En cierta ocasión, lo encontré llorando delante de la nevera abierta, bajo cuya luz resplandecían las lágrimas que bañaban su rostro. Meneó la cabeza como si quisiera sacudirse de encima el exceso de humedad y congoja, y sacó un salami al tiempo que gruñía:

—¿En tu país también coméis esta clase de porquerías?

Aunque decía esperar la muerte, invertía todas sus energías, que no eran pocas, en estar cabreado con la vida, y ya no hablaba de forma habitual con el señor Cristo, siendo que el tratamiento hormonal había extinguido la luz de Dios que brillaba en su interior. A menudo me sorprendía a mí mismo detestando su pelo gris de hombre de negocios jubilado, su actitud papista, su insistencia en que mostrara mi gratitud hacia la grandeza americana y sus constantes y estúpidas preguntas acerca de «mi país», preguntas del tipo: «¿En tu país hay ópera?» o bien «¿Tu país queda al oeste de qué?». «Mi país» era un lugar remoto y mítico, una rémora del mundo antes de América, una tierra obsoleta cuyas gentes sólo alcanzarían la condición humana en Estados Unidos, y con retraso. Fingía interesarse por las alentadoras experiencias como inmigrante que narraba en mis artículos, en gran medida porque quería calcular cómo había sido el largo viaje que me había llevado de ser un medio fantasma en «mi país» a convertirme en un proyecto de americano, el desafortunado marido de su desafortunada hija. De vez en cuando, hacía reír a Mary fingiendo contestar a preguntas imaginarias de George: «En mi país —sólo con oír estas palabras, a Mary se le escapaba una carcajada— los caramelos son la principal moneda de cambio. —O bien—: En mi país, las corrientes de aire están prohibidas».

A veces, Mary me confesaba que siempre se había sentido privada de su amor, y que su rígida concepción católica de la vida había pesado como una losa sobre toda la familia, que ella siempre había anhelado su amor incondicional. Nunca me lo dijo, pero sabía que no le perdonaba el que se mostrara tan condescendiente conmigo y que hiciera hincapié en mi condición de extranjero. George estaba convencido de que su hija se había casado conmigo porque no lograba atrapar a un americano, y ella intentaba por todos los medios hacerle ver que yo me había convertido en un ciudadano ejemplar, que el proceso humanizador se había completado pese a llevar bastante tiempo engrosando las filas del paro. Sin embargo, reconocía en ella bastantes rasgos de George:

tendía a considerarse moralmente superior a los demás; a veces perdía los estribos conmigo sin motivo aparente, pues alimentaba un profundo y doloroso rencor del que se negaba a hablar; siempre que teníamos una bronca fuerte hacía turnos extra que la dejaban extenuada, como si quisiera así expiar sus pecados. Odiaba al George que había en ella.

La posibilidad de que su padre muriera de cáncer lo hacía incluso más imponente y temible a los ojos de Mary, con el agravante de que ahora le perdonaba sus mezquinas crueldades de patriarca. En las cenas familiares, George se dedicaba a pasear un guisante por el plato con aire solemne en medio de un silencio solidario mientras esperaba a que se desvaneciera algún pensamiento fúnebre. Aunque al parecer el tratamiento estaba funcionando, el hedor a pis fermentado nos recordaba que se moría a pasos agigantados e iba de cabeza hacia el olvido. Supongo que una parte de mí deseaba verlo muerto, y aquel lapsus —¿qué tal la «autopsia» de tu padre?— me había delatado.

—Creo que acabo de dañar gravemente mi relación conyugal —le confesé a Rora más tarde, mientras tomábamos el enésimo café del día en el Café Vienés—. Tú no has estado casado nunca, así que no lo sabes, pero el matrimonio es algo frágil. Nada se desvanece por sí solo, todo se queda en su interior. Es otra realidad.

Rora le dio un sorbito a su café. Tenía la Canon en el regazo, la mano izquierda sobre la cámara, el dedo índice en el botón del disparador, como si esperara el momento adecuado para sacarme una foto.

—Te voy a contar un chiste —dijo entonces. Yo estaba a punto de oponerme, pero él parecía querer animarme, así que dejé que lo intentara—. Mujo y su mujer, Fata, están en la cama, es de noche. Mujo se está durmiendo y Fata está viendo una peli porno: una pareja muy cachonda, toda silicona y tatuajes, se dedica a follar frenéticamente, como si el mundo se fuera a acabar. Mujo le dice: «Venga, Fata, apaga la tele, vámonos a dormir», y Fata le contesta: «Sólo quiero ver si estos chicos acaban casándose».

Ay, Rora. Se estaba convirtiendo en una de tantas personas aquejadas de un exceso de buenas intenciones.

Cuando Olga se apea del tranvía de Halsted, el barro le llega hasta los tobillos y pierde el otro tacón. La multitud la empuja hacia delante, un sinfín de brazos y manos se restriegan contra su cuerpo; no hay manera de sacar el tacón del fango. Otra pérdida, piensa. Cuanto más pierdes, más tienes que perder, y sin embargo menos te importa. Los zapatos llevan mucho tiempo recubiertos de barro y suciedad, las suelas llevan mucho tiempo empapadas, sus pies están mojados desde hace días. Ha trabajado muchas jornadas de quince horas para poder comprar estos zapatos, pero ya se ven estropeados, las costuras deshilachadas, los cordones a punto de romperse. Podría sacárselos y dejarlos allí mismo, atrapados en el barro, y luego deshacerse también del vestido y de todo lo demás: su mente, su vida, su dolor. El abandono de no tener nada que perder, la libertad de haberse despojado de todas las cargas terrenales, lista para recibir al Mesías, o a la muerte. Todas las cosas se sienten atraídas por su propio fin.

El fin del mundo puede estar cerca, le había dicho Isador en cierta ocasión, pero no hace falta que vayamos corriendo a su encuentro. Podemos simplemente ir dando un paseo, saboreando un caramelo por el camino. El caso es que sus piernas están demasiado doloridas y cansadas; todavía con los zapatos puestos, sigue bajando por la calle Doce y luego dobla hacia Maxwell. La temperatura ha subido; luce el sol y los traperos emanan vapor, como si los espíritus desertaran de su compañía. A sus pies se solazan perros sarnosos. Parece haber más gente que antes, es como si ocuparan más espacio. ¿De dónde ha salido aquella muchedumbre? La ciudad se ha hecho más pequeña; las aceras van

colmadas de cuerpos que se apretujan entre carretillas y carruajes, dando vueltas sin rumbo fijo, sin prisa por llegar a ningún sitio. Las ropas de los hombres envuelven la humedad invernal; se calan los sombreros hasta los ojos, pues hace mucho tiempo que no han visto el sol. Las mujeres se quitan los guantes para tocar los trapos, aún tienen las mejillas enrojecidas por el frío; regatean con tenacidad. Todos y cada uno de aquellos extraños son hermanos o hijos de alguien, todos están vivos; conocen las buenas maneras de no morir. Un caballo relincha; los vendedores ambulantes gritan por encima de las cabezas de todos, como si echaran una red, ofreciendo cosas baratas: calcetines, trapos, sombreros, vida. Una muchacha de pelo corto reparte octavillas al tiempo que chilla con voz ronca: «¡Ni zar, ni rey, ni presidente, lo que queremos es libertad!». Aquí y allá, un niño se escabulle entre el bosque de piernas. Delante de la tienda de Jacob Shapiro hay una cola en la que reinan el desorden y el mal humor. Enfrente hay un ciego que entona una canción lastimera, los ojos lechosos, la mano apoyada en el hombro de un muchacho que sostiene la gorra de las limosnas. La voz del ciego suena inquebrantable en su dolor y todo lo baña, como la luz del sol. Un penetrante olor a pescado rancio se abre paso desde los oscuros puestos del mercado. Delante de la tienda de Menduk hay un chico vendiendo *La Voz Hebrea* y pregonando, ora en yidis, ora en inglés. Cuando Olga pasa cerca de él, proclama a voz en grito: «¡Lázaro Averbuch era un asesino degenerado, no un judío!». ¿Acaso la habrá reconocido? ¿Habrán publicado su foto en los diarios? ¿Le estará gritando a ella? Se vuelve para mirarlo, observa su holgado sombrero, su narizota mocosa y su fea barbilla puntiaguda, pero el chico no le devuelve la mirada iracunda. «¡Los judíos deben unirse a los cristianos en la lucha contra la anarquía!». Olga siente ganas de abofetearlo hasta dar algo de color a sus pálidas mejillas, de retorcerle las orejas hasta que pida clemencia a gritos.

Dos policías con uniforme oscuro avanzan calle abajo precedidos por sus respectivas sombras. La multitud se dispersa a su paso, la joven de las octavillas desaparece rápidamente. Uno de ellos hace

girar el bastón con la mano; es una mano grande, de dedos nudosos; lleva una gran pistola a la cintura. Su rostro es ancho y cuadrado, la nariz achatada a raíz de alguna pelea; no se digna mirar siquiera a los transeúntes, es como si estuviera paseándose entre las lápidas de un cementerio. El otro policía es joven, luce un bigote cuidado hasta el exceso, los botones del uniforme demasiado relucientes. Y sin embargo comparte con su compañero el mismo alarde de poder; lleva el pulgar metido en el cinturón y escudriña la multitud como si la observara desde la lejanía, sin alcanzar a ver un solo rostro. Olga tiene una visión clara del joven *politsyant* cayendo al suelo; mientras está tirado boca arriba, ella le planta un pie sobre el pecho y blande el bastón para aplastarle el puente de la nariz; el reguero de sangre se divide para deslizarse por cada una de las mejillas, empapando los *vontses*. Luego golpea al otro *politsyant* en las grandes y carnosas orejas bovinas hasta convertirlas en sanguinolentas coliflores. Los policías se cruzan con ella; son tan altos que sus placas centellean a la altura de los ojos de Olga. Los golpearía en las rodillas hasta que se desplomaran y luego les arrancaría los ojos. «¡Mujer trastornada mata a golpes a dos policías!», gritaría el chico de los diarios. Seguro que la reconocería la próxima vez que se cruzaran.

Olga se abre camino entre la multitud, busca un rincón desierto en el que nadie se refriegue contra ella; todos se apartan obedientemente antes incluso de que los toque, como si la precediera una suerte de onda expansiva de su ira. Quiere chillar de rabia ante aquella actitud sumisa, pero nadie la escucharía, allí, el ruido es como el aire, ubicuo y necesario.

Querida madre,
Pensará usted que soy cruel y que he perdido la cordura, pero no puedo seguir guardando esto en mi interior. Lázaro ha sido sacrificado como un animal sin motivo alguno, y encima lo llaman asesino. ¡Lázaro, un asesino! El mal no tiene fin, nos ha alcanzado aquí también.

De pronto, el sendero abierto entre la multitud se cierra. Delante de Olga hay una mujer menuda enfundada en un sucio vestido blanco y tocada con un bombín, los ojos febriles. Permanece boquiabierta, pero Olga no acierta a comprender si está intentado sonreír o si sencillamente le duelen demasiado las encías y los dientes, pues la cavidad oral parece llena de pústulas y tiene un aliento pútrido. Olga intenta esquivarla, pero la mujer se le planta delante y escruta su rostro como si quisiera traspasarlo con la mirada. Habla entre dientes, casi en un susurro:

—Aquel a quien amas está enfermo.

Olga la aparta de un codazo, pero la mujer se aferra a su manga y tira de ella hacia atrás.

—Pero esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios.

El susurro se ha convertido en gemido. Olga intenta avanzar pero la mujer no la suelta.

—¡Déjame en paz! —brama.

La mujer sólo tiene los dientes de abajo, por lo que su lengua roza continuamente la encía superior.

—Desátalo —maúlla la mujer—. Desátalo y deja que se vaya.

Olga logra zafar el brazo de un tirón y se aleja a toda prisa. La multitud ha ralentizado el paso, algunos hombres se han detenido y las observan, formando un incipiente corro. La mujer, que habla de forma atropellada pero ya en un tono perfectamente audible, coge a Olga por el pelo y tira hacia atrás. Ésta se vuelve al instante y golpea a la extraña con el dorso de la mano; nota cómo los nudillos rebotan en el pómulo, cómo la piel se resquebraja bajo los mismos. La mujer se detiene, le suelta el pelo, parece atónita.

—Tu hermano resucitará —afirma con total serenidad, como si algún malentendido se hubiese aclarado al fin—. Lázaro resucitará. El Señor estará con nosotros.

En lo alto de las escaleras, el *politsyant* se mece sobre las patas traseras de la silla. Sostiene un puro que, de tan grande, resulta grotesco.

—Qué alegría volver a ver su hermoso rostro, señorita Averbuch —saluda con una sonrisa burlona—. Me complace informarle de que todo está tal como lo dejó.

Olga pasa por delante de él sin decir palabra. Hay una cruz blanca trazada con tiza sobre la puerta; la borra con la mano e introduce la llave en la cerradura, pero la puerta no está cerrada. Tal vez Isador se haya marchado, tal vez haya logrado burlar la vigilancia de aquel *shmegege*. Es un milagro que no lo hayan encontrado todavía. ¿Señor, por qué me has abandonado en este bosque?

—Han venido judíos de toda condición a visitar a su vecino, señorita Averbuch. Muchas barbas largas. Quién sabe qué habrán estado haciendo, quizás planeando nuevos crímenes con los Lubel y otros de su misma calaña. Si por mí fuera, los ahogaría a todos en el lago como a ratas. Pero ustedes los judíos tienen amigos importantes en todas partes, ¿verdad que sí?, y ahora resulta que tenemos que ser amables con ustedes. Pero no se preocupe. No se preocupe. Que todo llega.

La ira dibuja una frase en su mente y Olga se vuelve para pronunciarla, pero la frase se esfuma en el momento en que la puerta de los Lubel se abre y salen cinco hombres con abrigos negros. Reconoce al rabino Klopstock, con su larga barba. Éste rehúye la mirada de Olga mientras bajan la escalera en fila india. Nadie ha venido a verla; nadie quiere estar cerca de ella. El rabino Klopstock pasa a toda prisa delante del policía seguido por los demás hombres, a los que Olga no reconoce. Ninguno de ellos luce barba; visten al modo americano y se aferran a bombines muy similares a los de Taube.

—¿Ha visto? Ya se lo había dicho —le espeta el *politsyant* con socarronería, masticando el puro. Detiene el balanceo; las patas delanteras de la silla golpean el suelo; se incorpora para observar a los judíos mientras bajan las escaleras—. ¿No parece que le tengan mucho aprecio, verdad?

A Olga le gustaría hacer caer a aquel *shvants* de una patada y empujar a aquellos cabrones del bombín escaleras abajo para que se apiñaran encima del bueno del rabino. Ojalá nunca lleguen a ser quienes quisieran ser. Ojalá se vean sometidos al dolor y la humillación. Le duelen los pies, le tiemblan las piernas de puro cansancio; le gustaría sentarse o tumbarse en la cama, pero se va a ver a los Lubel.

La pequeña estancia huele a alcanfor; hay una olla humeando en la cocina. Pinya llora inclinada sobre la olla, como si hirviera sus propias lágrimas. Isaac está en la cama; sus pies hinchados, de un tono azulado, asoman bajo la manta, al otro extremo de la cual su rostro amarillento se estremece de dolor mientras la sangre borbotea en sus labios. Zosya y Avram están sentados en la cama junto a él, comiendo caramelos; Avram sostiene la bolsa de papel en la mano, Zosya la observa con ojos voraces. Isaac no parece percatarse de la presencia de ambos; de vez en cuando, abre mucho los ojos y suelta un gemido. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que Olga estuvo allí. Todo parece haber cambiado. La *politsey* ha registrado la casa de los Lubel, pero sus escasas posesiones están todas en el mismo sitio: la balda con platos y tazas; la rejilla de los cacharros de cocina; una pequeña pila de libros en el rincón; el espejo destapado. La vida anterior de Olga había sido una alucinación, todo lo ocurrido antes de que Lázaro se muriera se reducía a *khaloymes*. Aquello, en cambio, sí era la realidad.

Apenas hay espacio suficiente entre la cama y la estufa para que Pinya y Olga permanezcan de pie, incómodamente cerca una de la otra. Los ojos de la primera ocupan el centro de sendas manchas oscuras, como si destiñeran.

—Le han roto las costillas —se lamenta Pinya lloriqueando—. Y algo más por dentro. Le han dado una paliza de muerte. Se lo llevaron anoche, se han dedicado a pegarle hasta esta mañana y me lo han devuelto inconsciente. La paliza duró toda la noche. Creo que sencillamente disfrutan pegándole. Le preguntaron por Isador. Dicen que sabía algo sobre Lázaro y los anarquistas, no sé el qué. No sé qué voy a hacer si lo pierdo. ¿Quién va a dar de comer a estos niños? Siempre tienen hambre.

Se seca la nariz con la punta de una prenda interior y acto seguido la deja caer en la olla. Está hirviendo ropa. Tiene los orificios nasales hinchados y enrojecidos; una gota de sudor le baja desde la sien.

—El doctor Gruzenberg cree que le han desgajado un riñón —afirma Pinya—. El rabino Klopstock va a mandar una carta a las autoridades.

Olga resopla con gesto escéptico, y Pinya asiente en silencio. Isaac no es consciente de la presencia de nadie en la habitación. Sus ojos se mueven rápidamente de acá para allá, como si siguiera al riñón en su deriva por las distintas partes de su cuerpo. Parece sorprenderse cada vez que inspira una breve bocanada de aire.

Dios, piensa Olga, ése soy yo.

—Nunca se acaba —dice Pinya—. Una y otra vez, piensas que a lo mejor has ido a parar a un mundo distinto, pero siempre es lo mismo: ellos viven, nosotros morimos. Aquí está, de nuevo.

Olga la abraza, pero ahora Pinya es todavía más alta, así que se ve obligada a apretar la mejilla contra su pecho. Oye el corazón de Pinya latiendo acompasadamente, ajeno a los sollozos de ambas, a la respiración agonizante de Isaac.

Por descontado, el autobús de las diez de la mañana con destino a Chisinau no apareció. Nadie decía ni sabía nada. Rora y yo nos limitamos a esperar junto con todos los demás pasajeros durante un par de lánguidas horas, y luego apareció el autobús de las doce. Si esperas lo bastante, algo acabará ocurriendo. Nunca ha pasado que no ocurra nada.

A la una de la tarde el autobús de las doce seguía en la estación y yo echaba la culpa de la demora y del calor a mis compañeros de viaje: olían fatal, eran feos, estaban cabreados pero no hacían nada al respecto, y los detestaba. Rora, por el contrario, se dedicó a vagar por las inmediaciones y a sacar fotos. Parecía sentirse como pez en el agua en la incertidumbre del momento, en el caos de esperar a que algo ocurriera. De vez en cuando, volvía y me preguntaba si necesitaba algo, sospecho que con la finalidad de demostrarme su superioridad en el trance. Yo necesitaba de todo: una ducha, agua, cagar, comodidad, amor, llegar al final de aquella mierda de viaje, escribir un libro.

—No necesito nada —le espeté de malos modos.

Él me contestó en los mismos términos, sacándome un primerísimo plano.

Más allá de la zona donde aparcaban los autobuses colgaban las ramas de un abedul, tristes y olvidadas. El gorjeo desgañitado de los pájaros se sobreponía al ruido de los motores. El contenedor estaba lleno a rebosar de bolsas de plástico mojadas. ¿Cómo coño había ido a parar allí, al extremo suroccidental de Ucrania, a la tierra de los cabreados pasivos, tan lejos de todo lo que amaba?

Lázaro, en el tren que lo llevó de Viena a Trieste: los vagones de tercera clase iban repletos de emigrantes, familias enteras sentadas sobre sus maletas, imaginando un incomprensible futuro; los hombres dormían en las rejillas del equipaje. En el compartimento de Lázaro, tres bohemios jugaban a las cartas por dinero; uno de ellos parecía estar perdiendo una suma considerable; difícilmente iba a poder zarpar rumbo a América. Lázaro estaba sudando pero no quería quitarse el abrigo; mantenía los brazos cruzados para proteger el dinero que llevaba en el bolsillo interior. Los paisajes se sucedían, desdibujados; las ventanas se vieron emborronadas por la yema del sol poniente. Todo el mundo sabía el nombre del barco en el que haría la travesía. El de Lázaro se llamaba *Francesca*. Lo había imaginado largo, ancho y elegante, con olor a salitre, a sol y a gaviotas. Francesca era un nombre precioso. No conocía a nadie que se llamara así.

Hacía un calor asfixiante; las suelas de mis zapatos se adherían al asfalto; había nuevas formas de vida brotando en mis axilas. Mi maleta Samsonite parecía ridículamente fuera de lugar entre cubos y cajas y enormes bolsas de nailon a cuadros llenas a reventar de cosas baratas. Al parecer, todo el mundo en Europa del Este, incluido «mi país», había sido agraciado con una de aquellas bolsas a modo de compensación por la abolición de la infraestructura social. Mi presencia pasaba tan desapercibida como la de un iceberg en una piscina. No me quedaba la menor duda de que habría una cuadrilla de ladrones reunida en aquel mismo instante para decidir cómo despojarme de mis posesiones. ¿Y dónde estaba Rora?

Pues estaba allí mismo, sacándome fotos en cuanto me despistaba.

—Quédate aquí —mascullé— y vigila mi maleta.

Y allí se quedó, encendiendo un cigarrillo, sonriendo a la *baba* del cubo, y luego sacándole una foto mientras ésta fruncía el rostro en un espectacular ceño. Me abrí paso a empujones entre la multitud, que me empujaba en la dirección opuesta; compré una chocolatina Bounty que acabé tirando porque estaba derretida. No me fiaba de

aquella gente, aquellos extranjeros; volví a abrirme paso a empujones para regresar al autobús.

Todo el mundo imagina que tiene un centro, la sede de su alma, para quienes crean en esa clase de cosas. He preguntado aquí y allá, y la mayor parte de las personas me han dicho que el alma se halla en algún punto indeterminado de la zona abdominal, aproximadamente un palmo por encima del culo. Pero aunque nuestro centro se encuentre en otra parte del cuerpo —la cabeza, la garganta, el corazón—, lo que está claro es que permanece fijo, no se dedica a moverse de aquí para allá. Cuando nos movemos, el centro se mueve con nosotros, siguiendo nuestra trayectoria. Todos protegemos ese centro, el cuerpo es su cubierta; y si algo daña el cuerpo, el centro se queda expuesto y debilitado. Mientras me movía entre la multitud en la estación de autobuses de Chernivtsi me di cuenta de que mi centro se había desplazado: solía estar en mi estómago, pero ahora estaba en el bolsillo interior de mi chaqueta, donde guardaba el pasaporte americano y un fajo de billetes. Empujaba aquel botín de vida americana a través del espacio; en aquel momento mi cuerpo estaba montado a su alrededor y necesitaba protegerlo de la gente que me rodeaba.

Pasaba bastante de la una de la tarde. No teníamos ni idea de cuándo saldría el autobús, pero pensé que sería prudente ocupar nuestros asientos, ya que había gente sin billete apiñada junto a la puerta, y discutiendo con el conductor. El autobús tenía por lo menos treinta años, o lo que es lo mismo, era anterior al advenimiento del aire acondicionado y en su interior hacía un calor espantoso. Rora se sentó junto a la ventana para poder sacar más fotos, obligándome así a una inspección olfativa de todos los sobacos que pasaban. No me habría importado abandonarlo allí; ahora ya podía seguir adelante sin su compañía; de todos modos, estaba solo. Podía reírme de mí mismo (¡ja, ja, ja, ja!) por haber sido lo bastante imbécil para emprender viaje con un tahúr de tres al cuarto y un ex gigoló, un falso veterano de guerra, un don nadie bosnio. Vi cómo levantaba la Canon para apuntar con ella a través

del cristal a algún indefenso porteador de una bolsa de nailon a cuadros. La sede de su alma era aquella puta cámara.

El conductor parecía no haber pegado ojo desde hacía semanas; fumaba como un carretero, las manos le temblaban. Un adolescente que no había experimentado aún el varonil placer del afeitado facial parecía ser el copiloto; se encargaba de pedir los billetes y ayudaba a los campesinos a avanzar con sus cubos y cestas. Tenía el porte sereno de un hombre que se sabe al mando, de alguien que disfruta ejerciendo el poder. Le pegó un grito a un anciano que llevaba un saco repleto de algo que resultaron ser zapatos, pues el hombre sacó un zapato de tacón negro y se lo arrojó a la cara para dejar claro su punto de vista.

Cuando por fin el autobús salió de la estación, me sentí angustiado al pensar que ya no podríamos volver. ¿Adónde se puede ir desde la nada, a no ser para adentrarse más aún en esa nada? Antes incluso de que saliéramos de Chernivtsi, mi mente ya bajaba en picado hacia un abismo de pesadillas, siguiendo el ritmo de la cháchara escandalosa, incomprensible, que mantenían un chico con una camiseta sin mangas y la joven con la que flirteaba. Rora jamás dormía en movimiento; desde el momento en que las ruedas empezaban a moverse, estaba totalmente despejado y dispuesto a conversar.

—Cuando te metías en el Túnel, por debajo del asfalto —dijo Rora— te veías sumido en una oscuridad total y no tardabas en empotrarte contra la primera viga. Los ojos se acostumbraban a la penumbra, agachabas la cabeza y seguías adelante, internándote cada vez más en su interior. Era como un descenso a los infiernos, y olía igual: barro, sudor, miedo, pedos, *aftershave*. De vez en cuando tropezabas y tocabas los muros fríos, arcillosos; estabas en una tumba, y en cualquier momento podía venir un cadáver para arrastrarte consigo hasta las simas de la tierra. No había señales de ningún tipo, no sabías si te habías adentrado mucho o poco en el túnel; apenas intuías la presencia de la persona que te precedía. Perdías toda noción del tiempo, te faltaba el aire —los ancianos se

desmayaban a menudo— y justo cuando estabas a punto de quedarte sin aliento notabas un atisbo de aire, una ligerísima brisa y un fulgor apenas visible, y entonces salías a lo que parecía una enceguecedora concentración de todas las luces del mundo. He leído historias de gente que murió y luego volvió a la vida; lo comparan con cruzar un túnel. Bueno, el túnel que cruzaron estaba bajo el asfalto del aeropuerto de Sarajevo.

La muerte debe de ser placentera, pese al dolor y el shock del momento. Una bala que te perfora los pulmones, un cuchillo rebanándote la tráquea, que te abollen la frente con una barra de acero, reconozco que deben ser situaciones de lo más desagradables. Pero ese dolor pertenece a la vida, el cuerpo tiene que estar vivo para sentirlo. Me pregunté si el cuerpo viviente de George y su dolor desaparecerían cuando se muriera, porque estaba claro que iba a morir, si experimentaría la dicha de la liberación, el gozo de la culminación y la transformación, de haber dejado atrás el lastre de la existencia. Al cuerno con el circo escatológico del señor Cristo, tiene que haber un momento postorgásmico de paz absoluta, de reencuentro con los orígenes, un momento en el que la niebla de la vida se desvanece como el humo de una pistola y todo se convierte al fin en nada.

Quizás fue de eso que el señor Cristo privó a Lázaro. A lo mejor estaba tan ricamente en la ultratumba; todo se había acabado para él, por fin había vuelto a casa. Quizás el señor Cristo quería lucirse para poder intimar —espiritualmente hablando, claro— con las hermanas de Lázaro; a lo mejor quería demostrar que era el amo de la muerte, tal como era el amo de la vida. Sea como fuere, no podía dejar al pobre Lázaro en paz. Expulsado del acogedor lecho de la eternidad, se vio condenado a vagar por el mundo por siempre jamás, convertido en un eterno paria, temeroso de quedarse dormido, soñando que soñaba. Todo aquello me sacaba de mis casillas. Sin embargo, no le comenté nada a Rora.

Lo que sí le dije fue que Moldavia era un lugar extraño. Cuando formaba parte de la URSS, producía vinos que se vendían en toda la

madre patria. Hay incontables bodegas, túneles encima de túneles, en los que solían almacenar el vino y el champán. Ahora no tienen a quien vendérselo. Había leído sobre el tema. Hay partes de Moldavia en las que la gente usa el estiércol para calentarse, puesto que Rusia les ha cortado el suministro de carbón y gas. Todo el mundo quiere largarse; un cuarto de la población lo ha hecho ya. Los demás intentan averiguar el modo de usar el vino como combustible.

—¿Te sabes la historia del equipo moldavo de hockey subacuático? —preguntó Rora.

—¿Qué demonios es el hockey subacuático?

—Dos equipos deslizan el disco por el fondo de la piscina.

—¿Por qué?

—Porque sí. El caso es que hubo un campeonato mundial femenino de hockey subacuático en Calgary, y se suponía que el equipo moldavo iba a participar en él, pero en la ceremonia inaugural no se presentó ni una de las deportistas. En el momento en que aterrizaron en Canadá se dispersaron todas y se esfumaron sin dejar rastro. Resultó que algún avispado hombre de negocios moldavo había oído hablar de tan estúpido deporte y, a cambio de quinientos dólares, había ofrecido a las damas la posibilidad de unirse al equipo nacional de hockey subacuático y poder así obtener los visados que les permitirían escapar de Moldavia y llegar a Canadá. Algunas de ellas ni siquiera sabían nadar, y mucho menos jugar al hockey bajo el agua.

—¿De dónde sacas esa clase de historias?

—Conocía a alguien que, a su vez, conocía al tal hombre de negocios —contestó Rora—. Se trata de conocer a las personas adecuadas, nada más.

Tardamos una eternidad en cruzar la frontera entre Ucrania y Moldavia. Primero teníamos que salir de Ucrania, lo que no era tan fácil como podría suponerse. Debíamos apearnos del autobús y enseñar nuestros documentos a los guardias de la frontera

ucraniana. Tras hojear brevemente los carnés locales de todos los demás pasajeros, éstos volcaron toda su atención en nuestros pasaportes, que leyeron como si fueran libros. Debía de hacer bastante desde la última vez que un americano había cruzado aquella frontera, y ninguno de nosotros estaba por la labor de sacar sus patrióticos pero inútiles pasaportes bosnios. El muy viajado pasaporte americano de Rora cosechó un gran éxito de crítica y público: los guardias fronterizos se lo pasaban de mano en mano, prestando especial atención a los sellos borrosos. Señalaron un par de páginas con manchurrones ilegibles y yo traduje la respuesta de Rora: lo había sorprendido la lluvia. Hasta yo sabía que se trataba de un viejo truco, aquello de mojar el pasaporte, para disimular la ausencia de ciertos sellos de entrada. Pero los ucranianos se mostraron lo bastante satisfechos con la respuesta para dejarnos marchar y convertirnos en un problema moldavo.

Mientras Rora y yo cruzábamos a pie la tierra de nadie que nos separaba de Moldavia, se me ocurrió pensar que quizás nos arrojarían a una mazmorra moldava —antaño usada como bodega— y que luego nuestros compatriotas americanos se nos llevarían, encapuchados. Nuestros compañeros de viaje, que ya habían pasado por el control de frontera moldavo, permanecían apostados junto al autobús como un coro, fumando y sudando, debatiendo el grado de nuestra indudable criminalidad internacional. El tipo de la camiseta sin mangas abandonó el grupo y se acercó como quien no quiere la cosa a la rampa que señalaba la entrada a Moldavia. Tenía un aspecto sospechoso; seguramente ni siquiera llevaba pasaporte, pero intentaba congraciarse con el guardia de la rampa sin el menor disimulo.

Los moldavos también se mostraron impresionados por nuestros pasaportes. Los estudiaron en el interior de una caseta situada en la otra punta de la tierra de nadie y luego se pusieron al teléfono. El coro de pasajeros estaba nervioso; volvieron a subirse al autobús y aplastaron los rostros —que parecían derretirse— contra las mugrientas ventanillas para observarnos. Vi al joven ayudante del

conductor subirse al autobús, encoger los escuálidos hombros y decir «amerikantsy» a modo de explicación.

El tipo de la camiseta sin mangas estaba ahora agachado bajo la rampa, por debajo de la línea de visión del guardia fronterizo; todos los demás miraban hacia los guardias de la caseta, que se dedicaban a relatar la apasionante historia de nuestros pasaportes a unas autoridades lejanas.

—¿Te importaría sacarle una foto a ese tío? —le pedí a Rora, que miró en la dirección señalada con escaso interés y contestó:

—No se pueden sacar fotos de las fronteras. Me quitarían la cámara.

Mientras Lázaro cruzaba la frontera entre Rusia y el imperio austrohúngaro, una interminable columna de refugiados avanzaba por la carretera a lo largo de varios kilómetros. Llevaba consigo la maleta de piel que le había dado su padre; en el interior de ésta, una bufanda que Chaia había hecho para él, un conjunto de accesorios para el afeitado (regalo de Olga), calcetines y ropa interior, y también unos pocos libros que no le consentirían introducir en el buen imperio. Una vez hubo cruzado la frontera, miró hacia atrás y se percató, sin pena ni alegría, que no regresaría jamás. No podía hacer otra cosa que seguir adelante, internarse cada vez más en el túnel del futuro.

El tipo de la camiseta sin mangas avanzó de cuclillas bajo la rampa, con la que iba topando su cabeza. Se mantuvo lo bastante agachado para que el guardia no lo viera, y luego se levantó y caminó tranquilamente carretera abajo unos cientos de metros. Encendió un cigarrillo, sacó un peine del bolsillo trasero del pantalón y se lo pasó por el pelo rebelde, como si quisiera así borrar las huellas de su autocontrabando.

Resultaba de lo más fascinante y alentador, su nulo respeto por las leyes internacionales —por cualquier ley, en realidad—, su inexistente temor al poder armado y uniformado. Yo no podía concebir siquiera una operación semejante, porque tenía sitios a los que ir y a los que volver. Había un hogar y un lejos del hogar en mi

vida, y el espacio entre ambos estaba lleno de fronteras. Si violaba las leyes que gobernaban las transiciones entre el hogar y el lejos del hogar, no podría volver a casa. Así de sencillo.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando me dedicaba a beber como un cosaco tras haber perdido mi trabajo como profesor, volví a casa al alba borracho como una cuba y cuál no sería mi sorpresa cuando me encontré con una cadena en la puerta que me impedía el acceso al lecho conyugal. Por supuesto, me lié a patadas con la puerta para echarla abajo, pero lo único que conseguí fue llenarla de marcas negras que más tarde tendría que limpiar. Seguí pateando la puerta hasta que se abrió de par en par y la mirada furibunda de Mary abrió dos orificios en mi frente. Sin mediar palabra, cerró la puerta, giró la llave en la cerradura y la dejó puesta. Le propiné un par de patadas más a la puerta y luego me marché, decidido a no volver jamás. Fuera, se había desatado una fuerte tormenta primaveral y me abrí paso bajo la lluvia, calado hasta los huesos, mientras un pensamiento tomaba forma en mi mente embotada: no tenía adónde ir. Deambulé arriba y abajo por las calles de la Aldea Ucraniana, donde vivíamos por entonces. Los castaños empezaban a llenarse de hojas, el olor a corteza de árbol impregnaba el amanecer. Jamás volvería a casa, me juraba una y otra vez, y seguí caminando hasta que me venció la fatiga y me senté en el banco de un parque infantil salpicado de diminutos charcos. De haber tenido un empleo, me habría ido derecho al trabajo y de allí a un hotel. Pero mientras los calzoncillos fríos se me metían en el culo y las gotas de lluvia me resbalaban por la frente, comprendí un hecho sencillo como pocos: si no puedes irte a casa, no tienes ningún sitio al que ir, y «ningún sitio» es el lugar más grande del mundo. De hecho, «ningún sitio» es el mundo. Volví a casa, lleno de remordimientos, llamé al timbre con gesto arrepentido y supliqué a Mary que me dejara entrar.

Finalmente, el guardia fronterizo moldavo nos devolvió los pasaportes y subimos al autobús. Dediqué unas pocas sonrisas típicamente americanas, triviales y congraciantes a nuestros compañeros de viaje, que se mostraron unánimes en hacer caso

omiso de las mismas. El guardia levantó la rampa y avanzamos, aunque nos detuvimos poco después para recoger al tipo de la camiseta sin mangas y sin pasaporte, que inexplicablemente me guiñó un ojo antes de volver a instalar el sobaco por encima de mi cabeza.

A Rambo le gustaba salir en las fotos, por lo que Rora tenía que enfocarlo con la cámara todo el rato. Supongo que se veía a sí mismo como un héroe, alguien al que siempre recordarían los demás. Era él quien abastecía a Rora de película fotográfica, y en su cuartel general tenía un cuarto oscuro para él; había llegado a saquear una tienda de cámaras sólo para su fotógrafo. Le gustaba contemplar fotos de sí mismo: en ésta salía con el torso desnudo, apuntando a la cámara con su pistola plateada; en ésta empuñando un rifle automático cuya culata descansaba en su muslo; en ésta se le veía gastando una broma, tirando de los pelos a una joven que sonreía pero no disimulaba una mueca de dolor; en esta otra aparecía sentado sobre el cadáver de uno de nuestros soldados, un infeliz al que se le ocurrió plantarle cara delante del público equivocado. Los ojos del chico se veían vidriosos y muy abiertos, en un gesto de sorpresa, y Rambo estaba sentado sobre su pecho con un cigarrillo en la boca, como si aquello fuera un anuncio destinado a promocionar el turismo en Iraq.

Rambo creía que la guerra no se acabaría nunca porque bien podría ser que no se acabara nunca; creía que siempre iba a ser el que cortaba el bacalao en la ciudad. Pero se convirtió en un estorbo para sus amigos políticos, y es que hacía negocios con los serbios del otro lado; recuperaba los cadáveres de los serbios muertos en el Sarajevo sitiado y luego los transportaba al otro lado del río hasta sus socios, los chetniks; luego éstos cobraban a los familiares de los muertos y dividían las ganancias con Rambo. Sus hombres recogían los cuerpos del depósito de cadáveres o de la calle, los sacaban clandestinamente por el Túnel de las Ratas, una inmensa alcantarilla

que pasaba a escasa distancia del Museo Field, y luego los llevaban al otro lado del río. El negocio iba viento en popa, y a cambio de una cantidad de dinero exorbitante, se avenía a sacar incluso a algún que otro serbio vivo. Durante las treguas el negocio se resentía, y Rambo encargaba a Beno cadáveres serbios más rentables, así que empezó a desaparecer gente. Los problemas vinieron cuando se cargaron a unos pocos que no tenían que haber muerto, y la gente empezó a hablar, y los periodistas empezaron a hacer preguntas. Rambo tuvo que parar los pies a un equipo de televisión francés más curioso de la cuenta al que arrebató los chalecos antibalas, las cámaras y los coches antes de abofetearlos y zarandearlos a modo de propina. Incluso Miller empezaba a mostrar un interés impertinente en el tema, y Rora tuvo que llevárselo a Mostar para informar desde allí, lo que lo dejaba sin manera humana de meter las narices en nada.

Pero Miller se escabulló de Rora en Mostar y volvió a Sarajevo por su propia cuenta y riesgo. Explicar semejante desliz a Rambo hubiese representado un gran problema para él, pues Rambo tenía sus neuras, podía montar en cólera por algo así, y no era buena idea estar cerca de él cuando eso ocurría. Ningún amigo, ni siquiera un hermano, nadie estaba a salvo de la furia de Rambo, y jamás olvidaba un agravio. Ni olvidaba ni perdonaba a quienes lo habían traicionado. Al menos Rora podía elegir: si volvía a Sarajevo se arriesgaba a que Rambo lo matara, así que podía intentar escapar de Mostar a través de Medjugorje, irse a Alemania o a cualquier otro lugar, pero no tenía dinero y no conocía a nadie allí. Y entonces se enteró de que casi habían matado a Rambo. Alguien le había montado una emboscada cerca del restaurante chino. Un lanzamisiles había hecho saltar su coche por los aires. Por algún motivo, él iba en el asiento trasero y había dejado que otra persona condujera el vehículo, y el conductor fue el único que murió. La versión oficial era que se había tratado de un ataque chetnik, pero Rambo no se lo tragó. Sabía que había sido alguien cercano a él.

—Si no volvía —dijo Rora—, Rambo pensaría que estaba involucrado en el atentado y me perseguiría hasta los confines de la tierra.

—¿Y estabas involucrado? —pregunté.

—¿Pero qué dices, estás loco?

—¿Quién fue, entonces? —pregunté.

—¿Para qué quieres saberlo? No sabes nada de esta gente, Brik. No sabes nada de la guerra. Eres un buen hombre, un ratón de biblioteca. Limítate a disfrutar de la historia.

—¿Quién fue? No puedes contarme algo así y no decirme quién fue. —Me miró largamente, como si estuviera ponderando si debía o no iniciarme, si estaba o no preparado para entrar en el universo paralelo de la injusticia y el asesinato—. Dímelo —insistí—. Va, venga.

—Fue Beno, evidentemente. Algún mandamás del Gobierno le prometió que sería el jefe si liquidaba a Rambo, así que echó toda la carne al asador. Y la cagó.

—¿Por qué querían los del Gobierno sacarse a Rambo de encima?

—Estaba como una cabra. No podían controlarlo. Creían que lo estaban utilizando, hasta que se dieron cuenta de que era él quien los utilizaba a ellos. Beno les parecía más fácil de dominar, así que le prometieron amistad y un negocio estable, y él aceptó.

—¿Qué le pasó a Beno?

—¿A qué vienen tantas preguntas? ¿No estarás pensando en escribir sobre todo esto, verdad?

—No, por supuesto que no. Tengo otro libro que escribir.

—Rambo lo cogió. Lo molió a palos durante días, y luego le metió su propia pistola por el culo y apretó el gatillo. Alardeó por toda la ciudad de que la bala había salido por la frente de Beno.

—Por Dios.

—Estaba determinado a coger a quienquiera que fuese que había incitado a Beno a hacerlo. Iba a matarlo, y ningún gobierno podría detenerlo. Estaba loco. Los propios hombres de Rambo se escondían

de él, porque sabían que si se cruzaba con ellos podía acusarlos de estar conchabados con Beno.

—¿Y qué pasó contigo?

—Yo tuve que volver desde Mostar. No tenía sentido huir, me habría encontrado antes o después. Tenía que encontrar a Miller antes de que Rambo se topara con él y convencerlo para que me proporcionara una coartada, para que le dijera a Rambo que habíamos estado juntos todo el tiempo. Tenía que poner mucho cuidado para no acabar cara a cara con Rambo, que andaba esquivando a los ejecutores del Gobierno y siguiendo el rastro de su propio enemigo. Fueron días demenciales. Al principio, todas las guerras tienen una lógica impecable; ellos quieren matarnos, nosotros no queremos morir. Pero con el tiempo se convierte en otra cosa, la guerra se convierte en un espacio en el que cualquiera puede matar a cualquiera y en cualquier momento, en la que todos quieren ver muertos a los demás porque sólo puedes seguir con vida si todos los demás están muertos.

—¿Y encontraste a Miller?

—Al final, sí.

¡Ah, Moldavia! (¿Cómo he venido a parar a Moldavia?) Las ondulantes colinas tapizadas de girasoles; las aldeas desiertas, los senderos entre las casas invadidos por la hierba y la maleza; los campesinos apiñados como única indicación de una parada de autobús; la ciudad de Balta, apta para ser usada como escenario postapocalíptico; una pequeña muchedumbre intentando subirse a nuestro abarrotado autobús. Moldavia ya no tenía nada excepto independencia, y toda su población se moría por unirse al equipo nacional de hockey subacuático.

—En mi vida he pasado tanto miedo —confesó Rora, estimulado como siempre por el traqueteo—. No encontraba a Miller. Tenía la sensación de que todo el mundo iba a por mí: los serbios en las colinas, el Gobierno bosnio, el propio Rambo. Quien, por cierto, se había vuelto completamente loco. Los del Gobierno, los muy imbéciles, mandaron a un par de jóvenes policías a detenerlo;

Rambo los mató en el acto, metió los huevos de ambos en un sobre y lo envió a sus jefes. Quería al protector de Beno en el Gobierno, y nadie lo iba a detener.

—¿Lo encontró?

—No. Un francotirador le disparó antes de que lo hiciera. El tipo debió de pasarse días esperando a Rambo hasta que por fin entró en el Djul-bašta. Le metió una bala a un centímetro del corazón. Había que operarlo urgentemente, pero sabía que si se iba a un hospital controlado por el Gobierno moriría con toda seguridad en la mesa de operaciones, para alivio de todos, así que obligó a un cirujano a operarle en secreto a punta de pistola. Lo ingresaron a escondidas en el hospital con un nombre distinto, lo operaron y se lo llevaron del hospital nada más acabar la operación. Luego lo sacaron de la ciudad y lo transportaron a Viena en coche.

—¿Quién era el médico que lo operó?

—Otra pregunta absurda, Brik. Nadie a quien conozcas.

—¿Y cómo se las arregló para salir de Sarajevo?

—¿Quieres dejarme en paz? ¿No has tenido bastante?

—Eres un capullo. Empiezas a contarme la historia, me pones la miel en los labios y luego finges sorprenderte porque quiero saber cómo acaba todo.

Rora no dijo nada, por supuesto. Sabía que tenía razón. Se dedicó a mirar por la ventanilla; casi me quedé dormido mientras pensaba si debía contestarme o no.

—Pues verás, el trapicheo de cadáveres con los serbios no había llegado a detenerse ni por un segundo, era demasiado lucrativo, y había gente en el Gobierno dispuesta a tomar el relevo. Rambo salió por el Túnel de las Ratas, haciéndose pasar por un cadáver serbio. Lo envolvieron en una mortaja, pusieron junto a él una extremidad amputada y putrefacta para que apestara; dos policías lo llevaron hasta el otro lado del río. Sus amigos chetniks se encargaron de todo lo demás. En cuanto alcanzó la otra margen lo resucitaron y se lo llevaron derecho a Viena.

De vez en cuando, la policía nos daba el alto, y el copiloto del autobús hablaba con el agente de turno en ruso o rumano; los policías se dedicaban a hojear los documentos con ademán severo y determinado, y luego meneaban la cabeza. Entonces, el chico anunciaba que nos habían multado por alguna infracción de tráfico o cualquier otra falta y que debíamos reunir algo de dinero para pagarla, pues de lo contrario no podríamos seguir. Le dábamos el dinero, no teníamos alternativa. Yo aflojaba unos pocos dólares arrugados de Susie. El chico le daba el dinero a los policías, ellos lo contaban y le devolvían una parte, que se metía en el bolsillo sin molestarse en disimular siquiera. Rora dejaba de hablar durante aquella rutina mafiosa para observar la transacción con desinterés. Para él no era más que un chanchullo de poca monta, motivado por el instinto de supervivencia; era como ver a unos niños jugando alegremente. Para mí, sin embargo, era un espectáculo repugnante, comprobar que cuanto existía a mi alrededor confluía en un todo hediondo: los sobacos, las ondulantes colinas, la pistola insertada en el culo de Beno, las aldeas desiertas, la bala a un centímetro del corazón de Rambo, el mismo Rambo sentado sobre el cadáver de un soldado bosnio, mi boca seca, el hastío existencial de Rora, la precocidad delictiva de aquel adolescente, la descorazonadora fetidez de todo aquello.

Recordé a Mary, con su remilgada y tontorrona inocencia católica, su creencia de que las personas eran malas por culpa de una educación equivocada y una escasez de amor en sus vidas. Sencillamente era incapaz de comprender el mal, del mismo modo que yo era incapaz de comprender cómo funcionaba la lavadora o por qué el universo se expandía hasta el infinito. Para ella, había una buena intención detrás de toda acción, y el mal sólo ocurría cuando la buena intención era traicionada u olvidada sin querer. Los humanos no podían ser intrínsecamente malos, porque Dios siempre les infundía su bondad y amor infinitos. Habíamos tenido largas y sesudas discusiones al respecto. Había oído las mismas palabras de labios del sumo sacerdote, del mismísimo George el Muerto, que en

sus años mozos había estado a punto de tomar los hábitos. Osé sugerirle que aquella visión era típica de los americanos, que América no era sino un cúmulo de buenas intenciones. «¡Puedes estar seguro de que lo es!», repuso George. Durante un tiempo, hasta me lo creí. Resultaba gratificante comprender cuanto me rodeaba —Chicago, mi vida americana, la cordialidad de nuestros vecinos, la amabilidad de Mary— como el resultado de una bondad por lo general intencionada. Llegué a creer que nuestras buenas intenciones darían su fruto, que lograríamos alcanzar el lejano horizonte del inmaculado matrimonio.

Es algo curioso, el matrimonio, lo que lo mantiene unido, lo que hace que se venga abajo. Por ejemplo, Mary y yo llegamos a discutir de forma desganada e hiriente sobre las fotos de Abu Ghraib. Dejando a un lado todos los insultos gratuitos y las acusaciones insoportables, el meollo de la cuestión era que donde ella veía a unos chicos americanos básicamente decentes dejándose llevar por la creencia equivocada de que estaban protegiendo la libertad, perdidas sus buenas intenciones, yo veía a unos jóvenes americanos expresando el ilimitado placer que experimentaban al ejercer un poder ilimitado sobre la vida y la muerte de otra persona. Les encantaba sentirse vivos y moralmente superiores en virtud de sus buenas y americanas intenciones. Es más, creo que hasta les ponía cachondos. Les gustaba ver fotos en las que salían metiéndole un bastón por el culo a un árabe. Llegó un momento en que perdí los papeles por completo y me lié a destrozar la vajilla de porcelana que habíamos heredado de George y Rachel. La gota que colmó el vaso fue que Mary me dijera que yo entendería mejor a los americanos si fuera a trabajar cada día y conociera a gente normal. Le dije que odiaba a la gente normal y a la puta tierra de los libres y al hogar de los memos de los valientes, y que odiaba a Dios y a George y a todo en general. Le dije que para ser americano no puedes saber nada y entender menos aún, y que no quería ser americano. Jamás, le dije. Ella me espetó a voz en grito que en cuanto consiguiera un trabajo podría ser lo que me viniera en gana. Le dije que era igualita a esos

angelicales muchachos americanos que enchufan a la corriente eléctrica a compatriotas de pelo rizado tras una relajante sesión de tortura. Tardamos semanas en hacer las paces, pero nuestro matrimonio salió reforzado. El equipaje que yo arrastraba por tierras del Este contenía los cadáveres torturados de nuestras buenas intenciones.

—A Rambo le gustaba especialmente que le sacara fotos con los muertos, y luego se las miraba —dijo Rora—. Lo ponían cachondo. Ésa era su gran proeza, su poder absoluto: seguir vivo en medio de la muerte. A eso se reducía todo: los muertos estaban equivocados, los vivos tenían razón. El caso es que todo aquel que se ha dejado fotografiar alguna vez o bien está muerto o lo estará. Por eso nadie me saca fotos. Quiero seguir estando a este lado de la foto.

—¡Isador! —susurra Olga—. Isador, ¿estás ahí?

Isador está agazapado bajo una pila de harapos, en el asfixiante interior del armario, y tiene las extremidades entumecidas y doloridas. Ha pasado toda la noche pendiente de Olga, oyendo su agitación: el chirriar del armazón de la cama, los crujidos del colchón, su cuerpo retorciéndose y dando vueltas sin cesar, la música de su pesadilla. Había pasado todo el día anterior metido en el armario mientras Olga estaba fuera. Anhelaba volver a oír los sonidos de su presencia. No siente su propio cuerpo; no ha osado moverse en todo este tiempo, y ahora su cuerpo está tan rígido como el de un cadáver. Después de que algo correteara sobre sus pies pensó en salir, o por lo menos en apartar los trapos y la maleta, abrir la puerta para dejar que entrara algo de luz, pero entonces el *politsyant* se coló en la estancia y se dedicó a husmear entre las cosas de Olga. Isador notó su peso cuando cruzó el umbral de la puerta y se desplazó hasta el armario para abrirlo y hurgar en su interior, riéndose entre dientes y farfullando algo para sus adentros. Isador temía respirar o incluso pensar en mover un solo músculo. El *politsyant* cogió algo y se marchó, dejando la puerta del armario entreabierta. Cuando Olga volvió, Isador reconoció sus pequeños talones y delicados tobillos mientras se quitaba los zapatos sentada sobre la cama.

—Isador, di algo. ¿Estás ahí?

Aún puede oler la mierda en la que estaba embadurnado. La habitación absorbe su presencia; hay otro aliento tocando las cosas que hay allí, otra vida, como cuando Lázaro estaba vivo. Estar solo es oír tu propia respiración, y luego el silencio. Olga no se explica

que el *politsyant* no haya olido a Isador. Supone que estaría demasiado ocupado rebuscando entre su ropa interior, robándole un par de enaguas. Siempre se puede contar con la lasciva estupidez de la ley y el orden, y por una vez se alegra de que así sea. La *politsey*, como el tiempo, es indiferente al mundo y sus cuitas. Aquí llega otro día marcado por la ausencia mortal de su hermano, otro día en el que todo seguirá igual para todos los demás, pues nadie más se percata de su ausencia. Fuera, despunta el alba gris.

—Me muero, Olga —susurra Isador—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que me encanta tu armario?

—Háblame de Lázaro. Dime algo que no sepa. Lo que le apasionaba, lo que detestaba, lo que le hacía reír. Tú lo conocías mejor que yo.

Isador gime. Olga nota cómo se mueve. Debe de estar dolorido, debe de estar desesperado y hambriento. Su voz suena amortiguada, incorpórea, la voz de un fantasma. Y dice:

—Solíamos pasear a orillas del lago. Para nosotros, era como estar en plena naturaleza, contemplar aquella inmensidad. Podíamos dar la espalda a la mugre, la basura y las chabolas. Mirábamos las olas y el horizonte, y a veces alcanzábamos a ver la otra orilla. Lázaro quería escribir un poema sobre lo que veía.

—¿Y qué veía?

—Veía mucha agua, quizás Indiana, quizás nada. ¿Cómo voy a saberlo? ¿Puedo salir?

—¿Leíste ese poema?

—Nunca me lo enseñó, si es llegó a escribirlo Nunca me enseñaba nada de lo que escribía. Déjame salir. No me siento el cuerpo, y tengo frío.

—Tienes que decirme qué hacía ante la puerta de Shippy. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué no estaba conmigo? ¿Por qué lo metiste en toda esa locura anarquista?

—Yo no hice nada de eso. Yo no hice nada. Una vez fuimos a escuchar a Ben Reitman. También asistimos a una o dos conferencias de Edelstadt sobre literatura, pero era porque

queríamos escribir. También hablaron de, ya sabes, el desempleo, la injusticia y la pobreza. Mira donde vivimos, por el amor de Dios. ¿Puedo salir?

—Me estás mintiendo, Isador. Tienes que decirme la verdad. Tengo que saberlo. Puedo aceptarlo. Soy consciente de que no lo sabía todo sobre mi hermano, pero no puedo comprender qué hacía con George Shippy.

—No lo sé. A lo mejor buscaba una carta de recomendación. Me había hablado de ir a la universidad de Valparaíso. A lo mejor quería conseguir una entrevista exclusiva con Shippy para meterse a reportero. O quizás quería dialogar con él sobre la injusticia. ¿Cómo diantres quieres que lo sepa? Yo no estaba allí. Déjame salir o entrégame a la policía de una vez.

—¿Dónde estabas aquella mañana? —pregunta Olga.

—Con un amigo.

—¿Qué amigo?

—Un amigo mío.

—¿Qué amigo?

—¿Puedo salir, Olga? Te lo ruego.

—¿Qué amigo?

—Tengo amigos.

—¿Qué amigo?

—Estuve jugando a las cartas en casa de Stadlwelser toda la noche, hasta que amaneció. ¿Puedo salir?

—Stadlwelser. Lo conozco. Sé quién es.

—Es un amigo.

—Menudos amigos tienes.

—Un buen amigo es un tesoro.

—Mira que eres tonto —replica Olga—. Sal de ahí.

Isador forcejea para desembarazarse de los harapos, como un polluelo saliendo del cascarón. Olga ve primero su cabeza, luego el escuálido torso enfundado en una camiseta interior de manga larga; Isador sale del armario a rastras. Luego avanza de rodillas hasta la cama, gimiendo de dolor. Olga levanta las sábanas y le hace un

hueco en la cama, junto a ella. Todavía lleva puesto el vestido y las medias de lana de la víspera, pues ha dormido con la ropa puesta, pero aun así nota lo fríos que están los pies de Isador. Éste lleva la camiseta interior de Lázaro, con agujeros en los codos. Olga había llorado mientras repasaba uno tras otro los calcetines raídos de su hermano. Lázaro había muerto con los pies helados. La *politsey* lo había exhibido y todo el mundo lo había visto con los calcetines agujereados. Su madre nunca se lo perdonaría si alguna vez llegaba a enterarse. Isador está tiritando a su lado, y Olga se arrima más a él.

—¿Qué vamos a hacer, Olga? Van a cogerme. Nunca volveré a ver la luz del sol. Hasta los míos quieren verme entre rejas. Sólo me quedas tú.

—Ya se nos ocurrirá algo —dice Olga, y le acaricia la mejilla—. Algo pasará. Nunca ha pasado que no ocurra nada.

Olga no puede creer lo que está diciendo. Isador le pone una mano en el muslo y presiona la pelvis contra la suya.

—Estate quieto o te entrego ahora mismo. —Menudo sinvergüenza. Isador aparta la entrepierna, pero deja la mano sobre el muslo de Olga, que nota su tacto frío a través de la ropa—. Tengo que preguntarte algo —dice Olga—. ¿Era un anarquista de verdad? ¿Lo convertiste en un anarquista?

—Por el amor de Dios, Olga, ¿quieres parar de hacer preguntas? Sé tanto como tú. Puede que estuviera cabreado, como cualquiera de nosotros. Empaquetar huevos no era el sueño de su vida, ¿sabes?

—¿Qué quería?

—Quería escribir. Quería conocer chicas, pasárselo bien. Quería que lo quisieran. Quería ser como todos los demás. Quería comprarte zapatos nuevos. Yo pensaba que te vendría bien un sombrerito.

—¿Por qué un sombrero?

—Me gustan los sombreros.

—Qué tonto eres, Isador. —Oyen un ruido de pasos leves y apresurados al otro lado de la pared. Las ratas están despiertas y corretean por la casa. «Así se den un festín con el *politsyant* para desayunar», piensa Olga—. Me mortifica —confiesa— no saber qué estaba haciendo allí, llamando a la puerta de Shippy. Los diarios dicen que llevaba un cuchillo y una pistola. Yo solía protegerlo de los demás chicos; ni siquiera sabía cómo usar un palo para defenderse. ¿De dónde sacaría un cuchillo y una pistola? ¿Le conseguiste tú el arma?

—Por supuesto que no, Olga. Están mintiendo. Shippy lo mató porque estaba allí y punto. Ahora van a detener a cualquiera que se les antoje. Van a limpiar lo que ven como basura. Aquellos a los que no detengan les estarán tan agradecidos que se humillarán y postrarán a sus pies.

—Cuando ibais a las reuniones de Edelstadt, a esas charlas, ¿hablabais con otros, con anarquistas de verdad? ¿Venían ellos a hablar con vosotros?

—¿A qué te refieres con eso de «anarquistas de verdad»? Los ricos nos están chupando la sangre. El *politsyant* ha entrado aquí y ha hurgado entre tus cosas como si le pertenecieran. El único modo que tienen de hablar con nosotros es a través de la fuerza. La gente está cabreada. Todo el mundo es anarquista.

—Yo no soy anarquista. La gente que tiene un empleo y trabaja no se cabrea tanto. La gente normal no tiene tiempo para ser anarquista.

—Yo también era normal hasta no hace mucho. No es culpa mía que me despidieran. No robé un solo huevo. No necesito sus huevos. Heller mintió sobre mí a Eichgreen. Empaquetar huevos se me daba tan bien como al que más, pero era un trabajo estúpido y degradante. Nadie podía esperar que me sintiera feliz haciéndolo.

—¿Quién es esa gente? ¿Conozco yo a algún anarquista? ¿Es el señor Eichgreen un anarquista? ¿Es Kaplan un anarquista?

—¿Quién es Kaplan? ¿Tu amante?

—No.

—No conozco a ningún Kaplan. ¿Quién es? ¿Tu amante?

—Olvídate de Kaplan. ¿Y qué me dices de Isaac Lubel, es un anarquista?

—Isaac sería un anarquista sólo si Pinya fuera la Reina Roja.

—¿Hablasteis con alguien de Edelstadt? ¿Habló Emma Goldman con vosotros?

—Ya sé que soy guapo, Olga, pero Emma Goldman jamás me dirigiría la palabra. Y los chicos de Edelstadt son unos altaneros y unos pesados que se creen muy listos.

—Creía que se iba a trabajar aquella mañana. Me dijo que se iba a trabajar. Me dio un beso de despedida. Me mintió. ¿Me estás mintiendo tú también, Isador?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sea.

—No.

—Es que de pronto todo se ha venido abajo. Ya no sé nada. Me siento muerta.

—No puedes sentirte muerta. Si puedes sentir algo, lo que sea, no estás muerta. Y yo te noto viva. Desprendes demasiado calor para estar muerta.

—Pues estoy muerta, Isador. Estoy muerta. Y tú no me estás diciendo la verdad. Estuviste en casa de Stadlwelser jugando a las cartas toda la noche. ¿Pretendes que me lo crea? —Isador no dice nada. Se acurruca para encajar el rostro en la curva de su hombro. Su aliento recorre el cuello de Olga como una caricia—. Isador —dice ella—, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —contesta Isador—. Vamos a dormir, ya soñaremos algo.

—No puedo dormir.

—Tienes que dormir.

—Isaac Lubel se muere —dice.

—Lo sé —contesta él—. He oído a Pinya maldiciéndolo.

—¿Qué vamos a hacer?

Isador no dice nada; suspira y se pasa la lengua por los labios. El hedor que despide se está volviendo agrio. Olga lo abraza y lo atrae hacia su pecho.

—Si me deseas, ¿por qué no lo dices de una vez?

—Pero mira que eres tonto, Isador —replica Olga.

Lázaro avanza hacia Olga envuelto en una mortaja y sonriendo descaradamente, como si luciera un elegante traje nuevo y se dispusiera a acudir a una cita. A través de los agujeros de sus calcetines, Olga ve huevos en lugar de dedos. Cuando pasa por delante de ella, Lázaro la saluda tocándose brevemente la ceja, como si flirteara con su hermana, y dice: «Ni zar, ni rey, ni presidente, ni policía, ni terrateniente, pero te quiero». Luego lo ve nadando de espaldas por un campo de girasoles tan inmenso como un lago, tal como solía nadar en el Dniester. Isador está en la orilla, desnudo y excitado, a punto de saltar al agua, mientras Lázaro le hace señas desde abajo para que se tire. Un instante después, Isador se está cayendo, y sigue cayendo; Olga contempla su caída desde muy arriba, y está a punto de estrellarse contra el suelo arenoso, pues los girasoles han desaparecido, cuando se despierta sobresaltada; alguien aporrea la puerta.

El sol ha salido hace mucho, pero Olga no tiene ni idea de qué hora es. Por un instante, se pregunta por qué no está trabajando, pero no acierta a recordar en qué trabaja. Mira a su alrededor y no reconoce nada: el candil apagado, el tocador desordenado, el par de zapatos sin tacón, cubiertos de barro, colocados lado a lado. Pero Isador se remueve entre sueños y a él sí lo reconoce: es el que no es Lázaro, como todos los demás.

Siguen llamando, ahora con golpes más fuertes y seguidos.

—Señorita Averbuch, abra la puerta.

Descalza, notando cómo se le pegan las plantas de los pies al suelo helado, corre hacia la puerta antes de que la echen abajo, pero luego vuelve atrás para despertar a Isador, cuya presencia y

cuerpo ahora sí recuerda con nitidez. Isador, tan despistado como siempre, se ha sentado en la cama —por extraño que parezca, apenas se ha despeinado, aún conserva la raya— y se frota las cuencas de los ojos con los nudillos. Olga gesticula en silencio, como una loca, implorándole que se esconda debajo de la cama, pero él no se inmuta. Allí sigue, sentado en la cama, el rostro sonrosado de pura y estúpida inocencia.

—Señorita Averbuch, soy William P. Miller, del *Tribune* —anuncia una voz grave.

Finalmente Isador se escabulle bajo la cama y Olga vuelve sobre sus pasos para abrir la puerta. Lo hace despacio, como si quisiera detener el paso del tiempo. William P. Miller entra en la estancia con una amplia sonrisa, seguido por Hammond, el fotógrafo, y el *politsyant* con su barba incipiente.

—Buenos días, señorita Averbuch —saluda Miller—. Usted perdonará la impertinencia.

El fotógrafo avanza a grandes zancadas hacia la ventana y empieza a montar la cámara al instante. El *politsyant* rodea la mesa, coge un tenedor y lo deja caer en un bol de hojalata para oír su tintineo. Se va al dormitorio (a Olga se le encoge el estómago), abre el armario y lo deja abierto, levanta el velo que cubre el espejo para mirarse mientras se acaricia la barbilla.

—Ahí no hay nada —dice Olga—. Ya ha estado rebuscando.

El *politsyant* vuelve y se coloca a su lado. Olga se abraza a sí misma; un mechón de pelo suelto se enrosca alrededor de su cuello. Observa a Miller con ojos entrecerrados, pues ha dejado las gafas en el suelo, junto a la cama, al lado de Isador. El *politsyant* jadea como un sabueso y golpea la mesa con los nudillos un par de veces, como si quisiera cerciorarse de que es real. William P. Miller viste un impecable traje oscuro, una camisa blanca perfectamente almidonada y una corbata azul marino con un estampado de diminutas estrellas. El fotógrafo forcejea con el trípode y masculla algo entre dientes.

Miller se vuelve hacia el *politsyant* con una sonrisa cálida y solicita:

—¿Sería tan amable de dejarnos a solas un momento, señor Patterson?

—Como guste, señor —contesta el *politsyant*—. Estaré en el pasillo, por si me necesita.

No cierra la puerta al salir, por lo que oyen sus pesados y torpes pasos en el pasillo, y luego la silla crujiendo bajo su peso.

—¿Puedo dar por sentado que no está usted ocultando el cadáver de su hermano aquí? —pregunta Miller al tiempo que se quita el bombín.

—¿El cadáver de mi hermano? Han cogido el cadáver de mi hermano y lo han arrojado a una fosa. ¿Cómo voy a tener yo el cadáver de mi hermano?

—Estoy listo —dice el fotógrafo, acariciando la cámara con la mano izquierda.

—Anoche alguien me dio a entender que el cadáver de su hermano no está donde se suponía que debía estar —explica Miller —, así que he ido a comprobarlo con mis propios ojos y, en efecto, el cadáver no está donde lo enterraron. He venido a verla antes de divulgar esta información a nadie más, pues creo que debería ser usted la primera en saberlo. —A Olga le flaquean las piernas y se deja caer en la silla—. Es evidente que se trata de una profanación en toda regla, un pecado terrible. Quizás los amigos anarquistas de su hermano, liderados por el prófugo Maron, lo sacaron de la sepultura.

Olga se ha quedado sin aliento, le cuesta respirar. Una punzada de dolor que le nace en los tobillos asciende por su columna y acaba instalándosele en el cráneo. El flash de la cámara se dispara y una nubecilla de humo acre se dispersa en dirección a la cama.

—Maldita sea —dice Hammond—. Éste se ha estropeado. ¿Podemos acercarnos más a la ventana?

—O quizás agentes a sueldo de la Reina Roja, la mismísima Emma Goldman, lo han hecho desaparecer —prosigue Miller—.

¿Usted qué opina, señorita Averbuch?

El dolor le va horadando la cabeza, penetrando cada vez más, y en medio de todo aquello le viene a la mente la imagen de Isador sentado en la cama, restregándose los ojos. William P. Miller pega la barbilla al nudo de la corbata y la mira con gesto paternal y amistoso. Olga cierra los ojos como si quisiera hacerlo desaparecer.

—¿No sabrá usted por casualidad cuál es el paradero de Maron, verdad?

—Está debajo de mi cama —replica en tono brusco—. Y mi hermano está en el tocador. Pregúnteselo a ése del pasillo.

Miller suelta una carcajada y saca del bolsillo un bolígrafo y un bloc de notas. *Su espíritu indomable no se ha visto intimidado por la presencia de la ley*, escribe.

—Hay algo más —apunta Miller—. ¿Es usted consciente de que hay cristianos devotos para los que la resurrección de su hermano es una posibilidad de lo más alentadora? ¿Se han puesto en contacto con usted? Están rezando no sólo por el alma de Lázaro, sino también por la suya.

—¿Es que no tiene usted compasión? —gimotea Olga.

—Deseo tanto como usted que su hermano alcance la paz eterna, señorita Averbuch. Me gustaría que comprendiera que compartimos un mismo objetivo en las actuales circunstancias. Ambos queremos saber qué ha pasado. Si me ayuda usted a sacar a la luz la verdad sobre su hermano, yo la ayudaré a conseguir lo que quiere.

—¿Qué es lo que quiero yo de usted? ¿Qué quiere usted de mí? No tengo nada. Quiero a mi hermano, quiero poder enterrarlo como un hombre.

—¿La ha abordado alguno de sus distinguidos correligionarios? ¿Han consultado con usted los detalles de una hipotética ceremonia fúnebre?

—No —responde Olga—. No se me acercan. Tal vez piensen que tengo alguna enfermedad.

Recibe los ofrecimientos de ayuda y apoyo de terceras personas con un desdén absoluto, escribe Miller.

—Perdone, señor Miller —interrumpe Hammond—. Aquí tengo una luz perfecta. ¿Podría la señorita acercarse más a la ventana?

El suelo del dormitorio cruje y Olga se resiste a la tentación de volverse y mirar en esa dirección. Hammond vuelve la vista hacia la cama, pero Miller no parece haberse percatado de nada, o le da igual.

—¿Ha venido por aquí alguno de sus camaradas anarquistas?

—Márchese, señor Miller. Déjeme en paz.

Al oír la noticia, la judía rompió a llorar y dijo: «Déjeme en paz para que pueda morirme con mi pena. Lo único que tenía en el mundo era mi hermano Lázaro, y ahora lo he perdido para siempre, y ni siquiera puedo ir a hablarle a su tumba. Estoy sola para toda la eternidad».

—Desde tan lejos no puedo hacer nada —se lamenta Hammond —. Y la luz aquí es perfecta. ¿Podría venir hasta aquí, señorita Averbuch?

Nuestra habitación de hotel —bautizado, en un alarde de imaginación, como Chisinau— daba a una gigantesca plaza en la que un par de soldados soviéticos esculpidos en bronce se alzaban en eterno ademán victorioso. Desde el otro lado de la plaza se veían los destellantes carteles luminosos de un supermercado abierto las 24 horas. Atraído por el resplandor de neón como una polilla hacia la luz, me aventuré en esa dirección nada más llegar a la ciudad con el objetivo de conseguir algo de comida y bebidas. Había de todo en aquel sitio, y cuando digo de todo me refiero a todas las marcas imaginables que uno podría encontrar en los supermercados estadounidenses y de Europa occidental: chocolatinas Bounty, nutritivos zumos Tropicana, whisky Johnnie Walker y pilas Duracell, pasta de dientes blanqueadora Vademecum y jabón líquido Dial, chicles Wrigley y cigarrillos Marlboro. Compré bastante papel higiénico y algo de vino moldavo con la palabra «sangre» en la etiqueta. A espaldas de la joven cajera había un imponente matón con una enorme tarjeta de identificación colgada al cuello y una pistola negra a la cadera. Me miró con cara de pocos amigos mientras la cajera —vestida toda ella de un blanco virginal, como si de un ángel se tratara— evitaba mi mirada y me atendía en silencio, limitándose a señalar el total en la pantalla de la caja registradora. Me había identificado como extranjero. Si hubiese salido de aquella tienda de Chisinau para entrar en el olvido, cargado con papel higiénico y una botella de vino sangriento, si a continuación me hubiese visto engullido por la ubicua y omnipresente nada, ni la virgen ni el matón me hubiesen dedicado un solo pensamiento más,

y sus vidas no se hubiesen alterado en lo más mínimo. El hogar es allí donde tu ausencia no pasa desapercibida.

De vuelta en la habitación de hotel, nos dimos cuenta de que no teníamos copas para el vino, así que llamé a recepción y cometí el imperdonable error de hablar en inglés.

—¿Podrían traernos unas copas? —pregunté.

—¿Cómo? —replicó la mujer al otro lado del teléfono. Tenía una voz sorprendentemente agradable.

—Copas, para beber —repetí.

—Chicas, sí. ¿Quiere chicas?

—No, chicas no. Copas.

—¿Cuántas chicas?

—Que quiero copas. Dos copas.

—¿Quiere rubia?

Finalmente, entré en razón y busqué en el diccionario cómo se decía copa en ruso *(stakan)*, y fue entonces cuando la recepcionista me informó de que no había *stakani*, pero que podía enviarnos unas *dyevushki*. Colgué el teléfono.

—¿Querías que nos mandaran unas chicas? —pregunté a Rora—. Todas ellas aspirantes al equipo de hockey subacuático nacional.

—Ahora mismo no. ¿Has conseguido copas?

A la mañana siguiente nos propusimos explorar los paisajes de Chisinau, llamativamente distintos de las despobladas zonas rurales. Estuvimos paseando por Stefan Cel Mare, la ancha avenida principal de la ciudad, flanqueada por ancestrales castaños y escaparates que prometían relucientes teléfonos móviles y recuerdos instantáneos marca Kodak. Había tiendas en las que se vendían bombones, chocolate y vino moldavo, que había sido el más popular en tiempos de la URSS y que ahora no bebería nadie en el mundo, ni siquiera nosotros después de la botella de sangre agria de la noche anterior. Había también, cómo no, puestos de cambio de divisas, abarrotados todos ellos por el matón de turno, un zopenco que se dedicaba a

blanquear dinero enfundado en un chándal de marca italiana. La gente se paseaba tranquilamente rumbo a lo que quedaba de día, y los pájaros en los árboles contribuían a lo que se perfilaba como una mañana razonablemente buena: sol, temperatura cálida, tranquilidad. No pude reprimir un escalofrío de puro regocijo al ver a una joven pareja que iba de la mano, ágil y alegre, enfundados ambos en sus respectivos chándales de un rojo chillón. Por algún motivo, se me ocurrió que quizás se disponían a disputar una partida de ping-pong. Lo que me emocionó fue pensar que sus almas eran pelotas de ping-pong que levitaban en sus respectivos centros. ¡Ah, la levedad del primer amor! Mary y yo solíamos jugar a los bolos de vez en cuando con sus amigos del hospital. Los jóvenes médicos lanzaban los bolos como si fueran pelotas de ping-pong, mientras que yo los dejaba caer sobre los dedos de mis pies.

En el otro extremo de Stefan Cel Mare, a escasa distancia de un edificio atroz de puro soviético, se alzaba un McDonald's de aspecto irreal, reluciente, soberano y estructuralmente optimista. Era un paisaje reconocible a primera vista, y por eso mismo demasiado alentador.

—Lo que me gusta de América —dije— es que allí no hay lugar para inútiles cavilaciones metafísicas. No hay universos paralelos. Todas las cosas son lo que son, y es fácil ver y comprenderlo todo.

—¿Cómo? ¿No es un río? —replicó Rora.

—Que te den —le espeté.

—No soy tu mujer. No tengo por qué escucharte —repuso Rora.

No venía demasiado a cuento, aquella actitud mezquina. Quizás la culpa la tuviera la resaca de vino sangriento.

Rara vez hablaba con Mary (ni con nadie más, a decir verdad) de aquellas cosas, de la metafísica, de la soledad existencial, de las distintas formas de ser. Ella se dedicaba a salvar vidas; trabajaba con la vida del mismo modo que otras personas trabajan con coches; era una mecánica de la vida. Si se me ocurría iniciar un sesudo monólogo sobre, pongamos por caso, la ineludible finitud de

la existencia, su mirada adquiría una pátina distante; no tenía ni pizca de inquietud filosófica, así que hacía lo posible por no aburrirla.

Pero le gustaba que le leyera. A menudo, antes de dormir, solía leer en alto unas líneas del libro que apoyábamos en el pecho o, menos frecuentemente, alguno de mis artículos sobre la experiencia inmigrante. Cansada de abrir cráneos y hurgar en la materia gris, se quedaba frita a media lectura, pero en cuanto la interrumpía se despertaba y me imploraba que siguiera leyendo. Yo disfrutaba contemplando la serenidad de su rostro, el ventilador que daba vueltas en el techo, el zumbido del tráfico distante, los aullidos del malamut del vecino, la serena lógica del conjunto, que por un instante daba sentido a mi universo. Y sin embargo, cuando apagaba la luz y oía su respiración, una barahúnda de pensamientos atormentados y dudas se adueñaba de mi corazón. No podía buscar refugio en mis recuerdos; no podía confiar en mis sueños para borrar el dolor. Y ella estaba en otro lugar, fuera de mi alcance, a leguas y leguas de distancia. Una distancia de la que nunca podría hablarle, pues si lo hacía empañaría todo lo que teníamos en común y que llamábamos amor.

—Vámonos a comer —sugirió Rora—. Ése es el único problema existencial que me interesa ahora mismo.

Yo tenía un tío llamado Mikhal que era ciego. Siempre que tocaba hacerse una foto en las reuniones familiares él ocupaba el lugar central, ya fuera sentado o de pie, mientras los niños se alineaban en primera fila, y tanto su hermana como los hermanos con las respectivas mujeres se colocaban a su espalda, o bien flanqueándolo, como si la ceguera lo convirtiera en cabeza de familia. Cuando las fotos circulaban de mano en mano, siempre decía: «Déjame ver», y se dedicaba a pasar las fotos mientras alguien se las iba describiendo: aquí sale la tía Olga sonriendo… Y éste eres tú… Y éste soy yo. Siempre miraba las fotos, y a nadie le parecía raro. Un día, de repente, caí en la cuenta de que podíamos darle un lote cualquiera de fotos y describirle cualquier cosa que él estuviera dispuesto a ver.

A veces le leía en alto al tío Mikhal. Le gustaba oír hablar de exploradores e importantes descubrimientos científicos, de grandes batallas navales e invasiones fallidas. A veces me daba por añadir cosas de mi propia cosecha: un nuevo barco que se hundía en la batalla de Guadalcanal, un cuarto explorador abriéndose paso con dificultad a través del hielo y la nieve del Ártico, unas partículas subatómicas recién descubiertas que cambiaban nuestra concepción del universo. Experimentaba una euforia maravillosa al hacerlo porque estaba construyendo un mundo particular hecho a medida para él, porque mientras me escuchaba lo tenía a mi merced. Creía que siempre podría decir que había sido un malentendido si alguna vez me pillaba cambiando la historia o sacándome de la manga hechos científicos falsos. Sin embargo, me horrorizaba la posibilidad de que eso ocurriera, pues comprendía que si me pillaba diciendo una sola mentira —si descubría que no había ninguna partícula subatómica llamada «pronek», o que en realidad los 375 tripulantes del crucero pesado *Chicago* no habían muerto— todo el edificio de la realidad que había levantado con tanto esmero se vendría abajo y nada de lo que le había leído sería verdad. Nunca se me había ocurrido pensar que a lo mejor mi tío estaba al tanto de mi engaño, que a lo mejor había decidido ser cómplice de la construcción de aquel edificio, hasta que me dio por confesárselo todo a Rora mientras hacíamos cola en el McDonald's de Chisinau. Entonces se me apareció esa posibilidad como la más probable de todas. De haber podido imaginar al tío Mikhal como cómplice de mis elucubraciones, habríamos inventado batallas más espectaculares, habríamos explorado más continentes inexistentes y construido universos más extraños a partir de partículas extrañísimas. Pero todo aquello había ocurrido mucho tiempo atrás, cuando yo era un niño.

—¿Crees que podrás estarte callado mientras comemos? —preguntó Rora.

Yo había pedido un Big Mac, una ración grande de patatas fritas y una Coca-Cola también grande. Rora pidió unos McHuevos y un batido. Nos sentamos fuera y comimos deprisa, con voracidad.

Aquello no era una comida reconfortante; de hecho, era una comida de la que se deducía que nunca habíamos experimentado ni experimentaríamos jamás la necesidad de ser reconfortados. Los transeúntes nos miraban con un interés insospechado. Una pareja de ancianos, cada uno con su respectiva bolsa de nailon a cuadros, hasta llegó a detenerse para vernos comer. No me quedó claro si esperaban que les invitáramos a compartir la comida o si nos habían reconocido como extranjeros. Lo que quizás delató nuestra condición fue la cámara de Rora plantada en el centro de la mesa, grande, negra y vistosa. Mastiqué más despacio y me las vi y deseé para tragar hasta que la pareja de ancianos se marchó.

Imaginé a Lázaro comiendo huevos a todas horas, todos los días. Detestaba los huevos. Estaba obligado a comprarle al señor Eichgreen todos los huevos que rompía mientras los empaquetaba. Durante sus primeras semanas de trabajo, Olga y él no habían comido otra cosa: huevos fritos, huevos duros, huevos crudos, huevos batidos con azúcar. Isador no tenía que comprar huevos porque se le daba bien empaquetarlos, pero los robaba y los vendía, hasta que lo cogieron y lo echaron.

Un padre corpulento y sin afeitar acompañaba a dos chicas que sorbían sendas cañitas. Al parecer, lo único que habían pedido era Coca-Cola. Una mujer de mediana edad con pinta de profesora masticaba unas patatas fritas. Un hombre rubio con gafas a lo Lennon —saltaba a la vista que no era natural de Europa del Este— sostenía la mano de una despampanante morena, a todas luces autóctona, que miraba a su alrededor, ajena a las tiernas caricias de su acompañante. Para cuando llegaron nuestros McCafé, no podía seguir con la boca cerrada.

—Cuando estuve en Sarajevo hace un par de años —empecé— descubrí que si miraba a la gente a la cara veía el aspecto que solían tener antes. Veía sus viejas caras, no las nuevas. Y cuando caminaba entre las ruinas reconstruidas y las fachadas acribilladas de balas veía lo que un día habían sido, no lo que eran entonces. Era como si mirara lo visible con rayos X y viera la versión original y pretérita. No

podía ver el ahora, sino tan sólo el antes. Y tenía la sensación de que si pudiera verlo todo tal como era en aquel momento olvidaría cómo había sido en el pasado.

—Maldita sea, Brik, cómo te gusta escucharte a ti mismo. No sé cómo te aguanta tu mujer.

—La última vez que estuve en Sarajevo no me llevé a Mary —proseguí sin inmutarme—. Así que tuve la extraña y liberadora sensación de que mi vida se dividía claramente en dos partes: todo mi presente estaba en América, todo mi pasado en Sarajevo. Porque no hay ningún presente en Sarajevo, ningún McDonald's.

—Pero eso no es verdad —repuso Rora.

—¿El qué no es verdad? —pregunté. Había dado por sentado que acogería mi monólogo con un silencio.

—Lo que dices no es verdad. El que no puedas verlo no significa que no exista.

—¿Que no exista el qué? ¿Mary? —pregunté.

Debo confesar que no recordaba exactamente qué había dicho.

—Lo que ves es lo que ves, pero eso nunca es todo lo que hay. Sarajevo es Sarajevo, al margen de lo que tú veas o dejes de ver. América es América. El pasado y el futuro existen sin ti. Y lo que ignoras sobre mí sigue siendo mi vida. Lo que yo ignoro de ti es tu vida. Nada en este mundo depende de que tú lo veas o dejes de verlo. Porque, vamos a ver, ¿quién eres tú? No tienes que ver ni saberlo todo.

—Vale ¿pero entonces qué alcanzo a ver? ¿Cómo llego a saber? Necesito saber algunas cosas.

—¿Qué cosas? Todo el mundo sabe algunas cosas. No necesitas saberlo todo. Lo que necesitas es cerrar el pico y dejar de hacer tantas preguntas. Necesitas relajarte.

Justo entonces, un gigantesco Toyota Cherokee, o Toyota Apache, o Toyota Cualquier Otro Pueblo Extinto aparcó sobre la acera. Los cristales tintados de las ventanillas vibraban con la ensordecedora música copulatoria que atronaba en su interior. Las puertas traseras se abrieron y vimos asomar un par de piernas que

parecían más largas de lo que eran por efecto de los tacones altos y las ingles impúdicamente expuestas, sobre las que un par de manos enjoyadas estiró una falda a todas luces insuficiente. En algún punto indeterminado por encima de las piernas aparecieron dos protuberancias bulbosas de silicona, y luego una cabeza con una melena oscura de anuncio de champú. Las niñas se la quedaron mirando con los ojos como platos, la boca lascivamente fruncida alrededor de las cañitas; la mujer de mediana edad se removió en la silla de plástico; sólo el rubio de gafas redondas hizo caso omiso de su llegada. Un hombre de negocios se apeó del Toyota, con el cuerpo y el semblante de una estrella del porno, incluidas las botas puntiagudas, los vaqueros ceñidos, a punto de estallar en la zona de la entrepierna a causa de un abultado paquete, y un torso triangular parcialmente cubierto por una camisa desabotonada. El hombre de negocios se paseó con la muñeca del brazo por la terraza del restaurante antes de entrar en el McDonald's. Entonces le llegó su turno al chófer, que como era de esperar parecía una versión mediocre del jefe. Seguro que habían salido todos de la misma fábrica, una antigua bodega reconvertida en cadena de montaje de individuos independientes diseñados para enfrentarse a los retos del mercado libre y la democracia. A lo mejor podía coger algo del dinero de Susie y comprarme un guardaespaldas moldavo de los baratos, entre cuyos deberes figuraría escuchar mis sádicos discursos metafísicos. El guardaespaldas se quedó de pie con las piernas abiertas —la suya era una protuberancia púbica menos evidente— y escrutó a los presentes con las manos metidas en los sobacos. En el caso de que decidiéramos meternos con el rey o faltarle al respeto a la cortesana, dos ráfagas mortales saldrían disparadas de sus glándulas sudoríparas. Aquellos individuos eran todo presente, sin rastro de pasado, ni interés alguno en él. Rora, quizás para reafirmarse, sacó una foto de las dos niñas y su padre.

—¿Y cómo te lo montaste para encontrar a Miller? —le pregunté.

—Me cago en la Virgen Santa, Rora. ¿Quieres hacer el favor de callar de una vez y dejarme comer?

—Es que necesito saberlo, ¿qué problema hay?

—Te diré qué problema hay, Brik. Aunque supieras lo que quieres saber, seguirías sin saber nada. Haces preguntas, quieres saber más, pero por mucho que te cuente nunca sabrás nada de nada. Ése es el problema.

Se levantó y se fue, y en cuestión de segundos había desaparecido calle abajo. Cabreado, achaqué aquel comportamiento errático a sus traumas de guerra. Se trataba sin duda de otro síntoma más de su trastorno por estrés postraumático, agravado por una manifiesta incapacidad para comunicar sus emociones (nunca hablaba de la relación con su hermana), el insomnio (cada vez que me despertaba lo encontraba con los ojos abiertos), su comportamiento compulsivo (la necesidad de sacar fotos constantemente), y su ira hacia quienes no habían pasado por el mismo trauma (es decir, yo). Conclusión: sus problemas psicológicos no eran problema mío.

Me terminé la hamburguesa y luego vagué solo como una nube por un mercadillo en el que habían grandes cantidades de ropa interior fea, pistolas de plástico, perchas, destornilladores chinos, alicates y rascadores, vajillas completas, desodorantes y jabones, vestidos de novia, pájaros enjaulados que no cantaban, conejos, camisetas con la cara de Michael Jordan y Terminator, misteriosos brebajes envasados en diminutas botellas y una amplia variedad de flores sin nombre. La basura de una persona es la materia prima de otra. Los perros callejeros dormían acostados de lado bajo los puestos del mercadillo. Los hombres holgazaneaban en las esquinas y me abordaban en voz baja para venderme algo muy barato que yo rechazaba sistemáticamente aunque no tenía la menor idea de lo que era. Caminé entre todo aquello como si lo hiciera en sueños y fui a parar a una calle arbolada con visillos de encaje e iconos en las ventanas de las casas.

Al final, me senté en el banco de un parque, bajo la cúpula que formaban las copas de los árboles al tocarse en las alturas. Más allá del césped asilvestrado, en una pista de tenis de hormigón agrietado

y bañado por el sol, había un grupo de individuos ataviados con lo que parecían trajes del siglo XIX. Las mujeres lucían largos vestidos cónicos y sombreros; los hombres vestían abrigo, sombrero de copa de ala ancha y corbatines. Daba la impresión de que estaban ensayando una obra de teatro: mientras los demás observaban, dos de los hombres vagaron por la pista hasta quedarse frente a frente, dijeron cada uno sus frases y volvieron a separarse. Discutían acaloradamente y se les oía en todo el parque; hablaban en ruso. El hombre más bajo pronunció un largo y encendido discurso; aunque no alcanzaba a distinguir lo que decía, era evidente que se trataba de un momento culminante de la obra, pues agitaba las manos y señalaba a su interlocutor con el dedo mientras éste lo escuchaba, inmóvil y pasivo. Cuando el hombre más alto dio por terminado su discurso, todo el mundo aplaudió. Al parecer, había ganado la discusión.

Lázaro e Isador se habían sentado al fondo de la habitación para escuchar al apasionado orador de Edelstadt, que señalaba al inocente techo entre grandes aspavientos, agitando su pelo rizado y pelirrojo con creciente furia.

—El exterior de las cárceles, iglesias, hogares —arengaba en ruso — demuestra que es allí donde el cuerpo y el alma se ven sometidos. La familia y el matrimonio preparan al hombre para la cárcel, la iglesia, el hogar. Lo entregan al Estado esposado y con los ojos vendados, y sin embargo las esposas relucen. Fuerza, fuerza, a eso se reduce todo. El escritor no se atreve a soñar siquiera con dar lo mejor de su individualidad. No, no debe expresar su ira jamás. Hay que satisfacer las vacilantes exigencias de mediocridad. Divertir a las masas, ser su bufón, darles tópicos con los que puedan reírse, sombras de verdad que puedan asir como verdades.

De pronto, me percaté de la presencia de Rora. Estaba sacando fotos de los actores, apoyado en un árbol al otro lado de la pista, con la camisa blanca reluciendo al sol. Los dos hombres que estaban actuando no le prestaban la menor atención, pero las tres mujeres con sombrero se lo miraban entre divertidas y coquetas. Se

acercaron a él, le dijeron algo y se echaron a reír. Instantes después le dedicaban sus mejores poses mientras Rora las enfocaba con la Canon. Finalmente, los dos hombres suspendieron el ensayo para ver cómo Rora describía círculos alrededor de las mujeres. Los imaginé celosos y enfadados, y deseé que se abalanzaran sobre él y se liaran a puñetazos, pues eso me obligaría a salir corriendo para salvarle el pellejo, con lo que estaría en deuda conmigo y nunca volvería a tratarme como a un perro. Pero lo que hicieron fue acercarse a él y estrecharle la mano. Yo contemplaba aquel espectáculo lamentable sin la menor intención de cruzar la pista y participar en el mutuo interés y las negociaciones que al parecer tenían lugar entre los nuevos amigos. Los dos hombres posaron lado a lado para Rora, entrelazando los brazos sobre sus respectivos hombros, sonrientes. Rora era una puta, no le importaba nadie. Ni yo, ni su hermana. Jamás mencionaba a ningún amigo, ningún pariente. No parecía necesitar a nadie. Me moría de ganas de levantarme y largarme, de seguir adelante sin él; ya no lo necesitaba. Lejos de todo y de todos, ya no necesitaba a nadie. Rora sacó una serie de fotos, alejándose progresivamente de los hombres. Yo no quería que me viera allí sentado, pero no podía levantarme.

Lázaro sacaba notas a toda prisa, como si el discurso fuera un dictado, mientras Isador soñaba despierto, sin apenas escuchar, comiéndose con los ojos a la taquígrafa de las gafas.

—¿Pero qué ocurre con las vidas que podríamos vivir, las vidas que dejan de ser interminables, absurdas condenas de trabajos forzados, repugnantes luchas? —prosiguió el orador—. ¿Qué ocurre con las vidas que vale la pena vivir? Necesitamos nuevas historias, amigos míos, y necesitamos quienes sepan contarlas mejor. Estamos cansados de tantas mentiras.

Al terminar la conferencia, Lázaro se había quedado en su asiento mientras el resto del público abandonaba la sala, todavía impresionado por la intensidad del discurso, por los pensamientos

que se sucedían a toda velocidad en su cabeza mientras tomaba notas.

—Quiero escribir un libro —le había dicho a Isador.

—¿Acaso no lo queremos todos? —había contestado éste.

—Pero yo voy a escribirlo —insistió Lázaro—. Ya lo verás. Voy a escribirlo.

Rora me vio al fin. Estrechó la mano a todos los actores y se despidió de ellos. Echó a andar en mi dirección y cruzó el césped, jugueteando con la cámara para no tener que mirarme. Se sentó a mi lado sin pronunciar palabra. Los hombres bailaban con las mujeres mientras una de éstas, desparejada, los observaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Las parejas bailaban el vals con gran alborozo y de vez en cuando tropezaban en las grietas del cemento, pero seguían describiendo círculos alrededor de la pista.

Rora puso un carrete nuevo en la cámara y dijo:

—No tengo ni idea de lo que me acaban de decir.

Guardé silencio. Los hombres se inclinaron ante las damas y se dirigieron a sus imaginarios asientos.

—Rambo mató a Miller —afirmó.

—Que te den —repliqué.

—Miller acabó con una bala en la nuca. Era un imbécil, creía que podría librarse de la deuda que tenía con Rambo aliándose con Beno. Y Nueva York quería la historia sobre la lucha de poder entre Rambo y el tipo del Gobierno.

—La verdad es que me da igual —mentí.

—Así que Miller se había dedicado a hacer preguntas incómodas y, lo que es peor, se había equivocado al apostar por Beno como nuevo jefe. Lo habían visto siguiendo a Beno y haciéndole la pelota, y se sabía que había entrevistado al tipo del Gobierno más de una vez. Rambo se las sabía todas, no tenía un pelo de tonto. Se topó con Miller mientras buscaba a Beno en el Duran Duran. Lo golpeó en la cara con la pistola y se lió a patadas con él hasta dejarlo inconsciente. Quería que Miller hablara, pero había perdido los estribos, estaba ciego de furia, así que le metió una bala en la

cabeza. ¡Pam! Justo en la nuca. Cuando llegué yo, Rambo se había largado y Miller estaba muerto. Había un reguero de materia gris en el suelo. Duran me contó lo que había pasado. Él también estaba muerto de miedo. Había pasado décadas entre rejas, pero estaba temblando. Más tarde, olvidó lo que había pasado. Más tarde, recordó que un francotirador había matado a Miller.

—Eso me resulta un poco difícil de creer —comenté.

—Rambo no tenía inconveniente alguno en cargarse al tío del Gobierno —prosiguió Rora—, y mucho menos a Beno, pero sabía que el del Gobierno iba a usar contra él el hecho de que hubiera matado a un periodista americano. Sabía que iba a jugar la baza del miedo para convencer a los del Gobierno de que había llegado el momento de quitar a Rambo de en medio. Iba por la ciudad como un poseso, buscando al tipo aquél para cargárselo. Y fue entonces cuando le metieron una bala cerca del corazón. Un francotirador a sueldo del Gobierno, sin duda.

—¿Qué pasó con el tipo del Gobierno?

—Un buen día desapareció. Encontraron su cabeza en una cuneta, pero no el cuerpo. Todo el mundo dio por sentado que era la firma de Rambo, pues había jurado arrancarle la cabeza. Los americanos hicieron un montón de preguntas sobre la muerte de Miller, pero luego todo quedó en agua de borrajas. Creo que los llevaron a creer que el tío del Gobierno había puesto precio a la cabeza de Miller porque había descubierto algo. Rambo volvió a Sarajevo después de la guerra. Sus amigos del Gobierno lo protegieron. Ahora estaba en deuda con ellos, así que lo tenían bajo control. Sigue teniendo una bala alojada a un centímetro del corazón, por lo que evita las emociones fuertes. Ha abrazado el islam y ahora va con un rosario en la mano a todas horas. Es el amo del crimen organizado en la ciudad, y también consigue drogas para sus amigos del Gobierno. A Duran también lo mataron.

—¿Sacaste una foto de Miller en el Duran Duran? —pregunté.

—Sí.

—¿No te da miedo volver a Sarajevo?

—Rambo ganó. Nadie puede tocarlo hoy por hoy, así que todo esto le da igual. Y a mí también me da igual. A nadie le importa. Ahora mismo, es como si Rambo formara parte del Gobierno. Los negocios van como la seda: él les llena los bolsillos, no hace de las suyas, y ellos lo tratan como a un héroe. Lo que yo pudiera decir no tiene la menor importancia. Pero eso no quiere decir que deba estar hablando de él.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie. Ahora, tú.

Los actores habían formado un círculo y fumaban. Los hombres se quitaron los sombreros de copa y se enjugaron la frente con la manga, en perfecta sincronía, como si también aquello lo hubieran ensayado.

—La madre que me parió —dije.

—¿Ves lo que pasa, Brik? ¿Ves adónde nos has llevado? ¿Alguna vez piensas en alguien más que en ti mismo?

El subjefe Schuettler abre bruscamente la puerta de su despacho y hace pasar a los Fitz, que sujetan a Olga por los bíceps. William P. Miller los sigue. Lleva el traje manchado a causa de sus incursiones nocturnas. Los Fitz obligan a Olga a sentarse en una silla del rincón, y cada vez que hace amago de levantarse la empujan hacia abajo.

—Si tuviera usted la amabilidad de estarse quieta, señorita Averbuch, quizás pudiéramos mantener una conversación civilizada —afirma el subjefe.

—Maldito sea.

—Vamos, vamos. Tales palabras no deberían salir de los labios de una dama.

Olga está furiosa.

Fitzgerald le pone una mano sobre la cabeza. La de Fitzpatrick descansa sobre su hombro, y sus dedos peludos se hunden en su carne.

—Así está mucho mejor —se congratula Schuettler.

—Maldito sea —masculla Olga. Pero Schuettler hace caso omiso de sus palabras.

—¿Señor Miller, sería tan amable de acompañarme un momento? Usted también, señor Fitzgerald.

El subjefe sostiene la puerta para que Miller y Fitzgerald abandonen la habitación. Antes de salir, advierte:

—Las cosas no son lo que parecen, señorita Averbuch. Nunca son lo que parecen.

En cuanto la puerta se cierra, Fitzpatrick retira la mano pero, incomprensiblemente, eso no hace más que aumentar el peso sobre

los hombros de Olga. Está cubierta de sudor y suciedad, la gruesa capa de la ira y la humillación, de la ausencia de Lázaro. La pesadilla sigue su propio y azaroso rumbo, como un caballo asustado. Olga no logra recordar su vida antes de la muerte de Lázaro; aquella vida había tenido lugar en un mundo distinto.

—Hoy están pasando cosas un tanto extrañas, ¿no crees? —pregunta Fitzpatrick. Enciende un cigarrillo, se sienta en una silla a su lado y pone la mano sobre la rodilla de Olga—. En momentos como éste debemos permanecer unidos. —Olga aparta su mano y se levanta—. Haz el favor de sentarte, muchacha. No me obligues a levantarme.

Olga se dirige a la puerta, pero antes de que alcance el pomo Fitzpatrick le dobla el brazo y la obliga a inclinarse para luego conducirla de vuelta a la silla. Olga no articula sonido alguno.

—Siéntate —le ordena, al tiempo que la hace volverse y la empuja hacia la silla—. Y estate quieta. Aquí no queremos nada de dolor, nada de dolor.

El dolor de Olga se había solidificado en su cabeza, allí donde solía residir el amor viviente que sentía por su hermano viviente, en su alma. Las lágrimas bañan sus mejillas. La puerta se abre de golpe y entra Schuettler, acompañado por Taube.

—Tal vez logre usted vencer su ira y rebeldía, y tranquilizarla, *herr* Taube —afirma Schuettler—. Tal vez logre usted hacerle entender la gravedad de las circunstancias.

—*Natürlich* —repone Taube, y da un taconazo—. Le ruego me conceda un momento a solas con *fräulein* Averbuch.

El subjefe asiente con gesto severo y se marcha. Antes de cerrar la puerta, grita en el pasillo:

—¡Fitzgerald, tráigame a Stadlwelser! Y quiero ver cómo se levanta y camina.

Sombrero en mano, Taube se acerca una silla para sentarse frente a Olga, que se niega a mirarlo. Durante un rato, el recién llegado no dice nada. Está esperando a que Olga levante la mirada. Al comprobar que no lo hace, dice en alemán:

—He pensado que querría usted saber que el motivo de la visita de su hermano al jefe Shippy era, al parecer, entregarle un mensaje. Según el subjefe, el señor Eichgreen pretendía así informar al jefe Shippy de que Emma Goldman planeaba una visita a Chicago y tenía intención de alojarse en el gueto con sus amigos anarquistas.

Olga mira a Taube. Por un momento, sopesa la posibilidad de que lo que dice sea cierto. Lázaro era un buen chico, quería prosperar en la vida. El señor Eichgreen le tenía aprecio.

—El señor Eichgreen es un ciudadano leal —prosigue Taube con gesto impertérrito—, nada sospechoso de simpatías anarquistas. Estoy convencido de que trataba de ayudar a su hermano.

Hay un exceso de sinceridad en sus palabras y muecas, piensa Olga. Se esfuerza demasiado para estar diciendo la verdad.

—No le conozco demasiado bien, *herr* Taube —replica Olga—, pero cada vez se le da peor mentir, a usted y a sus amigos de la *politsey*. ¿Cómo puede mentir tan descaradamente? ¿Y quizás Lázaro se disparó a sí mismo siete veces después de entregar el mensaje, no? ¿Qué más pretende hacerme creer?

—Permítame recordarle que partimos con una pequeña ventaja en esta situación, puesto que ellos están en deuda con nosotros.

—¿Que partimos con una pequeña ventaja? ¿Que están en deuda con nosotros? ¿Desde cuándo somos usted y yo iguales? No sé quién es usted. Se mofa de mí y de mi dolor. Maldito sea.

—Tal vez le interese saber también —prosigue Taube mientras juguetea con su bombín, sin inmutarse pese a la hostilidad de Olga — que el cadáver de su hermano ha desaparecido. Tenemos motivos para creer que lo robaron unos estudiantes de medicina interesados en conocer determinadas peculiaridades anatómicas. Son jóvenes entusiastas —¡ay, nuestros futuros cirujanos!— que creen servir a la ciencia mientras violan la santidad de la muerte.

Olga se tapa la cara con las manos y rompe a llorar.

—Por suerte, el subjefe Schuettler desplegó a sus mejores hombres para buscar el cadáver de Lázaro —continúa—. Encontrarlo

era una cuestión de máxima urgencia, y nadie dudaba de que alcanzarían su objetivo. Así fue. Hallaron el cadáver de Lázaro.

Olga ya no siente incredulidad, sino una estupefacción tal que hasta le vienen ganas de reír. Taube la está torturando a instancias de Schuettler. Justo entonces, se inclina y le toca el hombro antes de añadir:

—Por desgracia, no estaba completo.

—¿Que no estaba completo? ¿Qué quiere decir con que no estaba completo?

—Me temo que faltan algunos órganos. Lamento tener que comunicarle yo la noticia.

—¿Qué órganos? ¿Se ha vuelto loco?

—El bazo. Los riñones. El corazón. Y al parecer no se han podido recuperar.

Olga da un grito ahogado, pierde el conocimiento y se cae de la silla. Taube se arrodilla junto a ella y le toca la mejilla como si quisiera comprobar que sigue viva. Mientras la abanica con el sombrero, pide auxilio a voz en grito. Fitzgerald asoma la cabeza.

—¿Sí?

—¿Podría traerme un poco de agua con azúcar para la señorita Averbuch, por favor?

—¿Qué pasa, se ha desmayado? —pregunta Fitzgerald, divertido.

—¿Podría darse prisa, por favor? —insiste Taube en tono urgente, sin ocultar su irritación.

Sigue abanicando el rostro de Olga con su sombrero hasta que ésta vuelve en sí, abre los ojos y lo mira con un odio tan intenso que Taube se retira de nuevo a su silla.

—Es usted un monstruo, *herr* Taube. Es igual que ellos —masculla Olga, incorporándose—. ¿Qué quiere de mí?

Taube acaricia el ala del sombrero como si la respuesta estuviera en su interior. Olga vuelve a sentarse en la silla, al tiempo que se sacude la orla del vestido. Mordiéndose los labios, Taube prosigue:

—El cadáver de su hermano estuvo desaparecido durante casi dos días. Al parecer, lo desenterraron poco después de que le dieran

sepultura. Quizás debieron decírselo a usted antes, pero el subjefe no deseaba causarle más sufrimiento. No tardó en correr la voz de que no podían encontrar el cadáver. Los anarquistas y otros fanáticos celebraban reuniones especiales y agitaban sus banderas negras. Emma Goldman acaba de llegar, pero lleva ya algún tiempo tirando de sus malévolos hilos. Están preparando algo gordo, en el gueto se palpa la ira. Los rojos sostienen que el jefe Shippy mató a Averbuch sólo porque era un inmigrante judío. Creen que su hermano tiene madera de mártir, tanto en vida como muerto. Y el martirio es contagioso. En cualquier momento, algún anarquista semianalfabeto en plena exaltación ideológica podría abalanzarse sobre un policía blandiendo un cuchillo, o arrojar una bomba a una masa de inocentes ciudadanos respetuosos de la ley. Si algo así llegase a ocurrir, nos veríamos abocados a la revolución y los altercados sin fin.

—¿Podría hacer el favor de callar, *herr* Taube? ¿Cómo puede mentir tan descaradamente a estas horas de la mañana?

Fitzgerald entra en la habitación con un vaso de agua y un par de terrones de azúcar en un platillo. Se los ofrece a Olga, que no le presta la menor atención.

—Déjelo en el escritorio, señor Fitzgerald, si es tan amable —sugiere Taube.

Fitzgerald deja el vaso y el plato sobre el escritorio, pero uno de los terrones de azúcar resbala y cae al suelo. Lo recoge, lo deja caer en el agua y se marcha sin decir palabra. Taube pone el sombrero sobre el escritorio y lo recoge al instante, como si quisiera ver si había algo debajo. No hay nada. La nada está por todas partes.

—Además, *fräulein* Averbuch —prosigue Taube— hay algunas personas entre la comunidad cristiana que conceden una importancia desmedida al hecho de que, llamándose Lázaro, su hermano haya desaparecido de la tumba, ya sabe a qué me refiero.

—No, no sé a qué se refiere. ¿A qué se refiere? ¿De qué me está hablando? A mi hermano lo sacaron de la tumba y lo cortaron a trozos. Deje de hablar, se lo ruego.

—Hay cristianos convencidos de que el episodio bíblico de Lázaro está a punto de repetirse; algunos de ellos se preparan para recibir al Mesías, Jesucristo en persona. Son la clase de personas que están anhelando el Apocalipsis. Y no hace falta que le diga lo que una multitud de cristianos exaltados es capaz de hacer. Usted lo ha vivido en sus propias carnes. Todo está a punto de arder, sólo falta una chispa. Y cuando empiece el fuego nosotros seremos los primeros en convertirnos en cenizas. Hasta el señor Miller está dispuesto a ayudarnos.

—¿Qué quiere de mí?

—Lo que le voy a decir resultará muy doloroso. Muy doloroso. —Taube coge el vaso del escritorio y lo acerca bruscamente al rostro de Olga. El terrón de azúcar forma burbujas que ascienden hasta la superficie. Olga aparta el rostro del vaso. Taube suspira—. Por favor, escúcheme. Debemos acallar cuanto antes los rumores que circulan sobre la desaparición del cadáver de su hermano.

—Es que ha desaparecido. El cadáver de mi hermano ha desaparecido.

—Por favor, escúcheme. Debemos volver a enterrarlo de acuerdo con nuestras costumbres y hacerlo a la vista de todos antes de que sea demasiado tarde. Debemos poner punto final a todo esto y seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Quiere usted enterrarlo sin su corazón? ¿Cómo se le ocurre siquiera insinuar algo así?

—Hay líderes religiosos hebreos que estarán encantados de aprobar el funeral, e incluso de asistir al mismo. Y ahora el subjefe no tendrá inconveniente alguno en consentir que se entierre a su hermano como Dios manda. En el fondo es un buen hombre, aunque se pliega demasiado al poder. Se ha dado cuenta de que los disturbios y el caos no le beneficiarían en nada.

Taube se reclina en la silla, mira a derecha e izquierda, asintiendo. Olga menea la cabeza en señal de negación, primero despacio, luego cada vez más deprisa, hasta que las horquillas se

sueltan y su pelo latiguea a uno y otro lado. El vaso se cae de la mano de Taube y rueda bajo la silla, pero él no le presta atención.

—No tenemos opción, *fräulein* Averbuch. Es una cuestión de vida o muerte.

—¿Qué le hace pensar que quiero vivir? Ustedes mataron a mi hermano. Me han mentido desde el principio. Lo enterraron sin una *shivah*, sin *kaddish*. Ninguno de ustedes tuvo el detalle de darme algo que llevarme a la boca, ¿y ahora pretenden que entierre los trozos de mi hermano como si fueran mi hermano? ¿No tiene usted vergüenza, *herr* Taube? ¿No tiene usted alma?

—Entiendo su dolor, créame que lo entiendo. Hace poco que he perdido a un pariente cercano. Sé muy bien lo difícil que es reponerse tras una gran pérdida. Pero la vida debe seguir adelante, nunca puede detenerse. Es nuestro deber mantener viva la llama de la vida.

—Está usted loco. ¿Qué quiere que haga? Lázaro nunca tendrá paz. Su alma vagará por toda la eternidad. ¡Dios mío!

Olga esconde el rostro entre las palmas de las manos y llora desconsoladamente. Taube ve cómo las lágrimas se escapan entre sus dedos.

—Por favor, hágame caso, no tenemos alternativa. —Taube respira hondo y cierra los ojos, como si estuviera a punto de zambullirse en aguas profundas. Tiene las mejillas encendidas. Al exhalar, dice: El Mesías sabría qué tenemos que hacer. Le brindaremos todo el respeto que se merece, lo haremos todo según nuestras ancestrales costumbres. Enterraremos tanto al odio anarquista como a las supersticiones cristianas. Realizaremos todos los rituales según manda la tradición, recitaremos la *kaddish*, domaremos a la muerte. Pasaremos el duelo juntos, al fin en paz.

—Es usted un monstruo, *herr* Taube. ¿De veras cree que podría seguir viviendo en mi propia piel si hiciera algo así?

—He hablado con el rabino Klopstock —repone Taube—. Ha dicho que el cuerpo espiritual de Lázaro estará presente en su plenitud. Nuestro amor a Dios lo completará. El rabino Klopstock está

dispuesto a ofrecerle a usted una dispensa especial y permanecer a su lado para ofrecerle consuelo.

—Es usted un *monkalb*, y el bueno del rabino también lo es. Esto va en contra de todo aquello en lo que supuestamente creemos. No quiero una dispensa. Bastante tuve ya con no poder enterrar a mi hermano cuando lo mataron, ¡y ahora usted pretende que lo haga con trozos de su cuerpo descuartizado por unos cirujanos desquiciados! Y se equivoca usted si cree que los anarquistas, los cristianos y el subjefe de policía volverán con sus esposas y cenarán en paz porque yo me haya mentido a mí misma y a Dios.

—Dios es testigo de su desesperación. Dios quiere que Su pueblo elegido viva en paz. Dios ama la vida, no le importa tanto la muerte. Debemos vivir. Yo quiero vivir, y quiero que mis hijos vivan. Todas las personas a las que conozco desean vivir. Tendrá que preguntarse a sí misma qué es más importante para usted, si la vida o la muerte. ¿Qué es lo que mueve el mundo, la vida o la muerte?

Olga se lo queda mirando de hito en hito. Taube baja la vista hasta el vaso que ha quedado bajo la silla y luego vuelve a mirarla. Olga baja la voz y habla despacio, para asegurarse de que su interlocutor entenderá todas y cada una de sus palabras:

—Ojalá su cadáver desmembrado se pudra en una zanja, *herr* Taube. Ojalá los gusanos aniden en las cuencas de sus ojos. Ojalá nunca encuentre paz, ni en vida, ni en la muerte. Ojalá esparzan sus cenizas en una tierra yerma. —Olga quiere levantarse y marcharse, pero las piernas no le responden, el peso que carga sobre los hombros es insoportable, su cabeza es puro dolor. «No soy nada —piensa—. Ya no estoy aquí»—. ¿Por qué no se enfrentan, usted y sus amigos ricos, a Schuettler, a los anarquistas, a los cristianos y a todo aquel que pretenda arrebatarles su maravillosa existencia? ¿Por qué tengo yo que escupir en la tumba de mi hermano sólo porque usted y los *negidim* de sus amigos temen a la muerte? Dígamelo, *herr* Taube.

—Entiendo su consternación, *fräulein* Averbuch. De veras que sí. No estoy seguro de que pudiera tomar la decisión que le estoy

pidiendo a usted que tome. Me sentiría igual de atormentado, igual de angustiado. Montaría en cólera contra aquel que me pidiera tomar una decisión semejante. Pero no puedo ponerme en su piel. No podemos ser otra persona. Todos vivimos inmersos en nuestra propia vida, es nuestro hogar, y a ella nos aferramos todo el tiempo que nos es permitido. Necesitamos la vida. Ya hay demasiada muerte a nuestro alrededor, y seguramente habrá más en un futuro cercano.

—¿Qué es la vida? Esto no es vida. ¿Quién quiere esta vida?

—Los muertos nos dejan luchando en este mundo. Ellos se van a otro lugar, esté donde esté, y esperan que Dios lo solucione todo. Pero nosotros tenemos que quedarnos aquí, tenemos que ser aquí, por muy duro que resulte. Nadie puede existir en soledad. La vida es la vida de los demás. Mi vida, su vida, no significan nada.

—Maldito sea por siempre jamás, *herr* Taube. Ojalá se hunda usted en los abismos de mi sufrimiento y se muera allí.

—Piense en la vida, se lo ruego. Vamos a vivir. Tenemos que vivir.

Mary y yo solíamos mirar juntos las fotos que nos hacíamos; era uno de nuestros rituales de pareja. Pero nunca podíamos ahondar demasiado en el pasado común, cuyo punto de partida era una instantánea tomada por un fotógrafo profesional en el Art Institute la misma noche que nos conocimos. Posamos lado a lado, sonriendo a la cámara, lo bastante cerca para dejar entrever una atracción mutua, lo bastante lejos para protegernos de la misma, mirándonos el uno al otro por el rabillo del ojo. Solíamos contemplar aquella foto y medir la distancia que habíamos recorrido desde nuestros comienzos, con cada paso del viaje jalonado por otra imagen: ésta es de cuando fuimos a París de luna de miel, se nos ve sonriendo delante de Notre Dame; ésta es de la cena de Nochebuena, tengo la boca atiborrada de pavo; ésta es de nuestro viaje de aniversario a Viena, nuestras mejillas se rozan; en ésta estábamos felices, riéndonos a carcajada limpia, los ojos rojos como dos demonios; en ésta no nos miramos de reojo sino directamente a la cámara, como si fuéramos ajenos a la presencia del otro. En mi monedero llevaba una foto de carné de Mary. No la había mirado ni una sola vez durante aquel viaje.

Y ya no me fijaba cuando Rora sacaba fotos. La presencia de su Canon solía convertirlo todo en una posible imagen; miraba las cosas y los rostros que teníamos ante nosotros e intentaba imaginar cómo quedarían en las fotos. El perfil de Andriy, la arrugada *baba* del Centro de Negocios Bukovina, las manos hinchadas de Chaim, los mugrientos pasajeros del autobús que nos llevó hasta Chisinau; los imaginaba tal como los vería más adelante, cuando se hubiesen revelado las fotos. Llegó un momento en el que mi curiosidad era

tanta que sugerí tímidamente a Rora que lleváramos las fotos a revelar a una de esas tiendas Kodak, Fuji o Agfa omnipresentes en todas las ciudades por las que pasábamos y que prometían revelados en una hora. (¿Qué prisa había?, me preguntaba a mí mismo. ¿Acaso era por el temor a que todo se desvaneciera en el futuro que nos esperaba más allá de esa hora?) Rora se negó en redondo a que otro hiciera las fotos por él, aunque sí accedió a revelar algunos carretes y me enseñó los negativos, como si se viera algo.

Ya no me importaba el futuro en el que miraría las fotos de Rora. Aquellas imágenes no contendrían ninguna revelación; ya habría visto todo lo que importaba, porque había estado presente en el momento de su creación: Andriy me había sonreído a mí, la *baba* me había dado un rollo de papel higiénico de color rosa, Chaim había puesto la mano sobre mi hombro, los pasajeros del autobús me habían dado a oler sus sobacos. No creía que en el futuro fuera a descubrir nada que no supiera antes. No me importaba lo que fuera a pasar, lo que había pasado, porque había estado presente mientras pasaba. A lo mejor todo aquello era la consecuencia de nuestro rápido desplazamiento hacia el este: nos movíamos a ciegas de un sitio al otro; ni siquiera sabíamos adónde nos dirigíamos exactamente. Lo único que veía era lo que tenía delante de mí justo antes de moverme de nuevo.

La *yeshiva* de Chisinau, por ejemplo. La tenía delante. Tras los bombardeos e incendios de la Segunda Guerra Mundial, y al igual que ocurría en el resto de la ciudad, no quedaban en pie sino los altos muros y el patio desierto; aquí y allá se adivinaba una estrella de David desdibujada. Seguía estando, la *yeshiva*, pero yo no tenía nada que ver con ella; seguía estando del mismo modo que lo había hecho durante sesenta años, y yo seguía siendo tal como había sido un instante antes de verla, es decir, no guardaba relación alguna con el edificio y su realidad. Resultaba liberador contemplarlo con tamaña indiferencia; instantes después nos marcharíamos para no volver jamás, y la *yeshiva* y todo lo que había a su alrededor seguiría

exactamente igual. Era como si hubiese alcanzado la libertad de sentirme cómodo con la constante evanescencia del mundo; por fin me había convertido en el indio que montaba un caballo con una rama atrapada en la cola. Sin embargo, debíamos seguir adelante. Por tanto, nos fuimos los dos —dos personas que no podían haber presenciado el pogromo— al Centro de la Comunidad Judía de Chisinau para buscar a alguien que tampoco lo había presenciado y nos hablaría de ello.

Iuliana tenía el rostro pálido, profundos ojos tristes y unas cejas que eran dos trazos oscuros. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo tan tensa que dolía sólo de verla. Nos saludó en inglés y nos estrechó la mano con firmeza, pero torció el gesto y nos recibió con pesadumbre, como si nuestra presencia le diera ganas de llorar. Yo la había llamado desde el hotel, le había dicho que éramos de Chicago, que me estaba documentando para escribir un libro. No le había dicho que éramos bosnios, ni que fuéramos judíos ninguno de los dos. Cuando nos encontramos en el Centro no preguntó nada más acerca de nosotros, pero yo sí le pregunté a ella: tenía veinticinco años, estudiaba Historia, trabajaba como voluntaria en el Centro, estaba casada. Era preciosa.

Me quedé embelesado oyéndola repasar, como quien habla entre sueños, la historia de la comunidad judía en su país: su larga presencia, las leyes restrictivas del imperio ruso, los numerosos pogromos, la ocupación rumana, el holocausto, la ocupación soviética, una jodienda tras otra hasta llegar al presente. Posó las manos sobre la ingle, como suele hacer la gente en los funerales. De vez en cuando se pasaba la lengua por los labios, que relucían bajo las fuertes luces del techo. Rora se adelantó y continuó la visita por su cuenta, pero yo la seguí a lo largo de una exposición fotográfica cuyas imágenes en blanco y negro, restauradas, documentaban la presencia y el sufrimiento y los distintos individuos.

—Me interesa especialmente el pogromo de 1903 —le dije, hablando a su espalda.

Se había cepillado el pelo aquella mañana; el extremo de la cola de caballo se veía perfecto, sin una sola punta abierta.

—Vayamos a otra sala —sugirió Iuliana.

La otra sala estaba dedicada en exclusiva al pogromo; Rora ya había estado allí, examinando las fotografías colgadas en la pared: los cadáveres barbudos y heridos que se alineaban en el suelo del hospital con la vidriosa mirada clavada en el techo; una pila de cuerpos maltrechos; un niño boquiabierto; un grupo de supervivientes vendados y aterrorizados; Krushevan, el furibundo antisemita, con su barba puntiaguda, su bigote de puntas retorcidas y el ademán tranquilo y confiado de quien ejerce poder sobre la vida y la muerte. En la vitrina que había bajo las fotos se conservaba un facsímil de la portada del diario de Krushevan, *Bessarabets*, y junto a éste un raído manto de plegarias.

—Los cien años que han transcurrido desde el pogromo que aniquiló Kishinev apenas si han servido para curar nuestras heridas o mitigar nuestro dolor —sentenció Iuliana—. El pogromo de Kishinev, que no fue el primero ni el último ataque a una comunidad indefensa, sigue grabado a fuego en nuestra conciencia.

Era evidente que se sabía aquellas palabras de memoria; parecía indiferente a la presencia de Rora, por más que la enfocara con su cámara o curioseara entre las fotos. En el ángulo de la mandíbula tenía una marca de nacimiento, una leve mancha cuyo color hacía juego con sus ojos. Prosiguió:

—¿Fue un brutal arrebato antisemita o un ataque cuidadosamente planeado? ¿Cómo pudieron quienes hasta entonces convivían con sus vecinos en términos pacíficos y respetuosos olvidar su humanidad y matarlos salvajemente? ¿Por qué quienes se consideraban ilustrados miraron hacia otro lado mientras la policía permanecía de brazos cruzados?

Hizo una pausa y se tocó con el dedo índice el hoyuelo que tenía sobre el labio superior. No parecía esperar ninguna respuesta de

nosotros, ni de nadie, a decir verdad. Era demasiado tarde para respuestas. Me pregunté con qué frecuencia pronunciaría aquel discurso en su inglés casi fluido. ¿Cuántos visitantes anglófonos tendrían? ¿Cómo había aprendido a hablar tan bien en inglés? Estaba inmersa en una vida que no alcanzaba a imaginar.

—Los alborotadores se reunieron en la plaza Chuflinskiy el 6 de abril, domingo de Pascua, incitados por una falsa noticia publicada en el diario *Bessarabets* según la cual unos judíos de Dubassary habrían asesinado a un muchacho cristiano siguiendo algún extraño ritual. La calumnia de sangre de toda la vida, vamos. Pero existen indicios de que los alborotadores iban acompañados por otros, en su mayoría varones adolescentes que los azuzaban y llevaban en las manos listas de tiendas y hogares judíos. Muchos cristianos locales, con el afán de proteger sus propias casas y comercios de la violencia, habían trazado grandes cruces con tiza en sus puertas y exhibían iconos sagrados en las ventanas.

Rora estaba ahora al fondo de la sala —oía los disparos de su cámara—, lo que quería decir que no podía dejar a Iuliana hablando sola. Y lo cierto es que quería seguir contemplándola. Quería zambullirme en la historia que me explicaba, por más que hubiese leído bastante al respecto. Pero la sala estaba demasiado iluminada; su rostro era demasiado pálido; las fotos habían sido restauradas con demasiada perfección. Yo iba asintiendo de vez en cuando para darle a entender que comprendía lo que me estaba diciendo y que por tanto podía dejar de hablar, pero Iuliana tenía la mirada suspendida en un punto invisible y era evidente que se sentía obligada a terminar su sermón. La congoja que había en sus ojos no desapareció ni por un instante.

—Cuando un grupo de hombres judíos se reunió el domingo por la mañana en el Mercado Nuevo, armados con estacas, bastones y unas pocas pistolas, decididos a impedir que se repitieran los actos de vandalismo de los días anteriores, la policía los dispersó y detuvo a unos cuantos, de paso.

Rora estaba en un rincón, al otro lado de un panel con los nombres de las víctimas; di unos pasos al lado para ver qué estaba fotografiando: había un par de maniquíes ataviados al modo de los judíos ortodoxos y dispuestos alrededor de una mesa vacía con los ojos muy abiertos, las manos descansando sobre el borde de la mesa. No podían doblarse lo bastante para permanecer sentados, así que daba la impresión de que se iban resbalando por debajo de la mesa. Todo en aquel museo parecía solidificado, como aquellas réplicas de cerebros hechos de plástico que Mary tenía por casa y con los que a veces jugaba distraídamente mientras veía la tele.

—Eso de ahí es una familia judía de la época del pogromo —dijo Iuliana a modo de explicación mientras señalaba los maniquíes, y luego prosiguió—: Para cuando se acabó la violencia, un total de cuarenta y tres personas había perdido la vida. Entre los muertos estaban representados todos los estratos sociales de la comunidad judía de Kishinev —apuntó Iuliana en tono compungido—: el propietario de varios apartamentos, un tratante en volatería, un tratante en ganado, un panadero, un tratante en granos, un vidriero, un carpintero de obra, un herrero, un antiguo tenedor de libros, un zapatero, un ebanista, un estudiante, el propietario de una vinatería y varios comerciantes más, así como un buen número de viudas y madres, e incluso unos pocos niños.

Finalmente me decidí a interrumpirla.

—¿Había entre ellos alguien apellidado Averbuch? —pregunté.

Su cuerpo abandonó la postura recitativa; se estremeció.

—¿Por qué?

—Bueno, es que estoy escribiendo… —empecé, pero me di cuenta de que el verbo elegido era demasiado optimista—. Estoy investigando sobre una persona llamada Lázaro Averbuch. Sobrevivió al pogromo, huyó de Kishinev y acabó en Chicago, donde murió a manos del jefe de policía.

Los ojos de Iuliana se llenaron de lágrimas; se tapó la boca con la mano, como si la noticia de un asesinato de 1908 la hubiese conmocionado. Olía a cálida limpieza; su pelo recogido brillaba; sentí

ganas de abrazarla y consolarla, del mismo modo que solía abrazar y consolar a Mary cuando lloraba después de nuestras peleas.

—Ocurrió unos años después del pogromo, en 1908. Lázaro tenía una hermana, Olga, que abandonó Chicago a los pocos años de su muerte y se instaló en Viena.

—El apellido de soltera de mi abuela era Averbuch —reveló Iuliana. Deseaba con todas mis fuerzas que Rora sacara una foto de Iuliana en su permanente, indeleble dolor, no tanto para que pudiera recordar aquel momento concreto, que jamás podría olvidar, sino porque era de una belleza desgarradora. Rora estaba lejos, cambiando el carrete de la cámara.

—Olga desapareció sin dejar rastro tras volver a Europa —apunté —. Es posible que muriera en el holocausto.

—A mi abuela la mataron los rumanos en 1942 —dijo Iuliana—. Tenía treinta y pocos años cuando murió.

—¿Habías oído hablar alguna vez de Lázaro Averbuch? ¿Recuerdas alguna anécdota familiar con alguien llamado así?

—No. Mi padre no era más que un niño cuando se quedó huérfano de madre. Y sus abuelos también murieron. Tenemos pocas anécdotas familiares.

—¿Y hay otros Averbuch aquí? ¿Conoces a alguno?

—No —contestó—. Aquí no queda nadie con ese apellido.

—¿Estás segura?

—La nuestra es una comunidad pequeña. Todo el mundo se conoce. No queda ningún Averbuch. Pero puedes ir al cementerio. Allí debe de haber un montón de Averbuch.

El cementerio se extendía tras un anodino muro que estaba a punto de desmoronarse. Nos costó lo nuestro dar con la verja de entrada, herrumbrosa y pesada. Delante de ésta, había un Dacia antiquísimo aparcado de cualquier manera; en su interior había un hombre sentado, fumando con los ojos clavados en la verja, como si fuera el cómplice de un atracador de bancos y fuera a salir corriendo de un

momento a otro. Iuliana llamó a un timbre, y un hombre con botas de agua vino a abrir la verja. Acto seguido, volvió a tumbarse en un banco del que —era evidente— acababa de levantarse. Hacía un hermoso día soleado; un agradable perfume de abundancia veraniega flotaba en el aire diáfano; los pájaros revoloteaban, locos de alegría. Enfilamos un estrecho sendero que nos condujo a un remanso de verdor y quietud en el que se colaba la luz, tamizada por el abundante follaje. El sendero se bifurcaba, se interrumpía y luego se ensanchaba; seguimos deambulando, internándonos cada vez más en el cementerio. Algunas de las lápidas habían sido engullidas por la exuberante hiedra y la maleza, otras eran puras ruinas, muchas habían sido profanadas, les faltaba un trozo que alguien había arrancado de cuajo con un martillo; en ellas, las fotos de los muertos estaban hechas añicos o resquebrajadas. Algunas tumbas estaban limpias y cuidadas, lo que les confería un aspecto irreal, como si fueran réplicas inferiores de las originales, antes de que las mancillaran. Había tumbas con inscripciones en ruso que no logré descifrar.

—¿Qué pone aquí? —le pregunté a Iuliana.

—Pone «No destruir. Aún queda familia» —tradujo.

Los pájaros habían enmudecido de pronto, no nos llegaba ningún sonido procedente de fuera, de hecho, no había un fuera. Las hojas no se movían cuando las rozábamos al pasar, las ramas no crujían bajo nuestros pies, no había sol, aunque sí luz, una luz pesada y viscosa. A eso se reducía el mundo de los muertos: Rozenberg, Mandelbaum, Berger, Mandelstam, Rosenfeld, Spivak, Urrman, Weinstein. No lograba recordar cuánto tiempo llevaba fuera, cómo había llegado hasta allí. Tarará, tararí, sólo hago que morir. Rora tan pronto se quedaba atrás como se adelantaba, y hacía fotos sin parar. No acertaba a entender qué veía, qué había en aquel lugar que mereciera ser retratado, cómo podía no compartir aquella sensación de desamparo y desesperanza.

—¿Está tu familia enterrada aquí? —le pregunté a Iuliana.

—Algunos de mis parientes lo están, sí —contestó—. Pero los soviéticos levantaron la mayoría de las tumbas de este cementerio para construir un parque.

Rora nos llamó a voz en grito desde lo más recóndito de la espesura. Iuliana y yo nos perdimos buscándolo, luego la perdí a ella también, y de pronto me vi rodeado por un sinfín de mausoleos con sus portezuelas abiertas de par en par, a punto de caerse de las bisagras, su cavernosa oscuridad asomando a través de un agujero en la pared. Las voces de Iuliana y Rora sonaban distantes, y de pronto dejé de oírlas. Todo lo que yo había sido estaba ahora muy lejos; llegué a otro sitio. No recordaba cuánto hacía que había dejado Chicago y a Mary. No lograba evocar su rostro, nuestra casa, nada de lo que solíamos llamar nuestra vida.

¿Por qué me has dejado perdido en este bosque, Mary? Te quería porque no tenía otro lugar al que ir. Nos casamos porque no sabíamos qué otra cosa hacer el uno con el otro. Nunca me has llegado a conocer, no sabes nada de mí, lo que murió dentro de mí, lo que sobrevivió invisiblemente.

Una parte de mi vida terminó allí, entre aquellas tumbas vacías; fue entonces cuando empecé el duelo. Ahora lo puedo contar, ahora que apenas queda sino duelo.

Iuliana gritó en un tono agudo que sugería un punto de pánico, y luego Rora gritó también, y a continuación lo hice yo. Temía que los gritos pudieran despertar a los muertos; avanzaba por el sendero con pasos leves. Nos encontramos los tres junto a un gran monumento fúnebre en el que todas las letras hebreas habían sido rascadas con saña, pero debajo de éstas había una inscripción en ruso: «Averbuch Isaac 19011913». Allí yacía alguien sobre el que jamás sabría nada, una vida enteramente absorbida por la muerte. Allí estaba. Iuliana parecía nerviosa, tenía el rostro sonrojado; un glóbulo de sudor se deslizó junto a su oreja y luego siguió la curva de la mandíbula. Me sonrió, y la habría besado allí mismo, habría

besado aquellos labios llenos de vida, aquellos ojos crepusculares, aquel rostro pálido. «Soy yo, pensé, esta mujer soy yo». Más allá de la techumbre que formaban las copas de los árboles el cielo retumbó, preparándose para una tormenta. Rora fotografió a Iuliana, luego a mí, y después a ambos.

Nos llevó algún tiempo dar con una salida. El pelo de Rora, empapado de sudor, se le había pegado al cráneo y al cuello, y un óvalo gris de transpiración iba creciendo en su espalda. Cuanto más nos acercábamos a la salida, más grande se hacía. Y otra vez pensé «ése soy yo». Este pensamiento rebotaba en mi mente como un delirio sin que acabara de asirlo, sin que pudiera desentrañar su significado. Iuliana nos seguía, y oía su suave jadeo. Ella era yo, Rora era yo, y entonces nos topamos con el hombre del banco, profundamente dormido, la boca lo bastante abierta para que alcanzáramos a ver un cementerio de dientes, la mano metida en la cinturilla del pantalón; y él también era yo. El único que no era yo era yo mismo.

Casi podría decirse que me escapé del cementerio. Fuera, el coche seguía aparcado, ahora vacío, dejando a la vista unos asientos de imitación de piel punteados de quemaduras de cigarrillo. Echamos a andar colina abajo, dejando atrás las casas en las que antes no me había fijado, los perros que ahora nos ladraban con furia, el parque en el que unos niños antes ausentes se columpiaban y deslizaban por el tobogán.

—Dime, Iuliana —empecé, imaginando su mano en mi mano—. Dime, ¿de qué va este mundo, de la vida o la muerte?

Rora me miró con una sonrisa cómplice, como si supiera algo, aunque ignoro qué era lo que sabía.

—Es una pregunta muy extraña —contestó—. ¿Qué quieres decir?

—Pregunto si este mundo está hecho para los vivos o para los muertos. ¿Crees que hay más muertos que vivos?

—¿Por qué piensas en eso?

Miró a Rora, que meneó la cabeza. Me di cuenta de que se preocupaban por mí; se solidarizaban el uno con el otro en la inquietud por mi cordura. En mi país, la muerte forma parte de la bandera nacional.

—Si hay más muertos que vivos, el mundo va de la muerte, y la gran pregunta es: ¿qué vamos a hacer con todos los muertos? ¿Quién va a recordar a todos los muertos?

Iuliana meditaba sobre ello, al tiempo que se rascaba la raya del pelo. Se moriría algún día, al igual que Rora, al igual que yo. Ellos eran yo. Vivíamos la misma vida, y nos desvaneceríamos en la misma muerte. Éramos como todos los demás porque nadie era como nosotros.

—Yo creo que va de la vida. Creo que siempre hay más vida que muerte —dijo Iuliana—. Quienes un día vivieron siempre permanecerán vivos para alguien. Quienes están vivos recuerdan la vida, no la muerte. Y cuando estás muerto no pasa nada. La muerte es la nada.

Mary siempre había pensado que yo era demasiado serio; en aquel viaje me estaba volviendo un plomo. El peso era tanto que amenazaba con retenerme allí para siempre. Iuliana y yo podríamos hacernos tristes el uno al otro y vivir a base de salchichas el resto de nuestras vidas, y después en la nada del más allá. Le acariciaría el pelo con mi pesada mano; escribiría mi libro y ella se lo leería, muy despacio; besaría su hoyuelo antes de que cayera en un pesado sueño.

Se oyó un trueno, retumbaban las tripas del vacío. Cuando llegamos al pie de la colina, las untuosas y aisladas gotas nos golpearon dolorosamente y luego se multiplicaron hasta alcanzar proporciones diluvianas. Rora y Iuliana echaron a correr hacia el porche de un restaurante que había al otro lado de la plaza, mientras que yo mantuve el paso lento y el ademán filosófico. Ellos saltaron por encima de los charcos que se formaban ante nuestros ojos y cruzaron la calle a la carrera, esquivando un autobús y un tranvía; cuando se resguardaron bajo el alero, me dio la impresión

de que se habían cogido de la mano. Para cuando llegué al restaurante estaba empapado hasta la médula; Iuliana se había ido al lavabo, Rora secaba minuciosamente la cámara y su lente. No había un alma en el restaurante, ni personal ni clientes. Arreció la tormenta; el agua caía torrencialmente del tejado y crepitaba sobre los aleros; la calle bajaba gris como un río desbordado. Iuliana salió al porche y se quedó contemplando el diluvio, tranquilamente, pensativa, como si siempre hubiese sabido que llegaría. Me veía a mí mismo junto a ella, mi mano tocando su nuca. Pero, por supuesto, no me moví. Recordé el chiste que Rora me había contado:

Mujo se larga de Sarajevo y se va a América, a Chicago. Le escribe regularmente a Suljo, a quien intenta convencer para que siga sus pasos, pero Suljo se resiste, no quiere abandonar a sus amigos y su *kafana*. Finalmente, al cabo de unos años, Mujo acaba por convencerlo y Suljo coge un avión para cruzar el océano. Mujo lo va a recoger al aeropuerto en un enorme Cadillac. Dan una vuelta por el centro y Mujo dice:

—¿Ves ese rascacielos, el que tiene cien pisos?

—Sí, lo veo —contesta Suljo.

—Pues es mi edificio.

—Qué bien —dice Suljo.

—¿Y ves ese banco de la planta baja?

—Sí.

—Pues es mi banco. ¿Y ves ese Rolls-Royce plateado que está aparcado delante del banco?

—Sí.

—Pues es mi Rolls-Royce.

—Enhorabuena —lo felicita Suljo—. Las cosas te van muy bien.

Llegan a las afueras y Mujo señala una casa tan grande y blanca como un hospital.

—¿Ves esa casa? Pues es mi casa —dice Mujo—. ¿Y ves esa piscina, la olímpica, junto a la casa? Pues es mi piscina.

Hay una mujer despampanante, escultural, tomando el sol junto a la piscina, y tres niños preciosos nadando en su interior.

—¿Ves esa mujer? Pues es mi mujer. Y esos niños son mis hijos.

—Qué bien —comenta Suljo—. ¿Pero quién es ese joven musculoso y bronceado que le está dando un masaje a tu mujer?

—Ése… —dice Muljo— ése soy yo.

—Al señor Mandelbaum le han arrancado la barba a jirones, no le han dejado ni un pelo —dijo Lázaro, lloriqueando y temblando en mis brazos—. Seryozhka Shipkin tenía en la mano un mechón ensangrentado de la barba del señor Mandelbaum. Le han pegado con bastones y barras. Les suplicó que se apiadaran de él. Oí cómo se rompían sus huesos. Seryozhka le pisoteó la cara con la bota hasta abrirle el cráneo. Oí el sonido que hacía al resquebrajarse. Se le cayó un zapato, y el pie descalzo del señor Mandelbaum no paraba de agitarse y retorcerse, como una carpa. Tenía un agujero en el calcetín. Está muerto. Lo he visto.

Chaia se mordía los nudillos mientras lo escuchaba. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y confluían en la barbilla.

Roza se sentó a la mesa como si esperara el almuerzo. Ante sí había un plato vacío. Siempre tenía hambre, Roza.

Madre se atareaba junto a los fogones, haciendo ruido con los cacharros, removiendo la *kasha*, hirviendo los huevos, pero todos nos dábamos cuenta de que no sabía qué estaba haciendo.

Todos pensábamos que quizás pasarían de largo ante nuestra casa. Pero sabíamos que no sería así. El miedo crecía en mi estómago como si fuera levadura.

—Han saqueado la tienda del señor Mandelbaum —prosiguió Lázaro—. Han robado todo lo que había. Han volcado los barriles de patatas. Han roto los tarros de sardinas. Había caramelos por todo el suelo, además de patatas. Se han llevado la balanza y la escalera. Casi me cogen. Dos *politsyanten* lo vigilaban todo. Uno de ellos ha cogido una caja de galletas. Yo estaba escondido detrás del mostrador, hasta que he salido corriendo. Había mucha sangre por

todo el suelo. Un *pogromchik* me ha perseguido pero ha resbalado en un charco de sangre y se ha caído. Yo estaba muerto de miedo. Me he venido corriendo a casa.

Papá se mesaba la barba, respirando pesadamente. Nadie decía nada.

Mientras sus sollozos iban a menos, Lázaro sacó una pequeña bolsa de papel del bolsillo y se llevó un caramelo a la boca, a modo de recompensa por haber contado lo que había visto. Lo chupeteó mientras se sorbía los mocos como si todo aquello le hubiese pasado a otra persona. Era como un niño. Había patinado sobre un charco de sangre para salvar el pellejo.

—Vienen hacia aquí —dijo papá—. Vendrán, de eso no hay duda.

Como si se tratara de una señal acordada, un ladrillo destrozó la ventana que daba al jardín. Luego entró otro desde la calle y fue a caer en el plato de Roza, que quedó hecho trizas. Ella soltó un grito pero no se movió. Los demás ya estábamos en el suelo, chillando. Aquel sonido, los chillidos. Querías hablar, querías oír a los demás hablar, pero lo único que salía de tu boca era un chillido. Todos estábamos chillando.

Los *pogromchiks* aporrearon la puerta, llamándonos por nuestros nombres a voz en grito, sus ásperas voces sedientas de sangre. ¿Cómo podían saber nuestros nombres?

«Éste es nuestro hogar, pensé. No pueden entrar. No es su hogar. Están fuera».

Chaia lloriqueaba.

Madre se sentó en el suelo con la espalda pegada a la estufa. Yo temía que el fuego prendiera en su vestido.

Papá se estiraba en el suelo para alcanzar su kipá, como si sirviera de algo.

Yo sujetaba a Lázaro con fuerza, apretando su rostro contra mi pecho. No podía notar su respiración. «No te vayas, pensé. Por favor, no te vayas». Pero entonces volvió a sorberse la nariz. Era como un niño.

Roza seguía sentada a la mesa y ahora sostenía el tenedor y el cuchillo con gesto furibundo. Debía de estar muy hambrienta. Estaba en esa edad. Siempre hambrienta.

Los pogromchicks irrumpieron en la casa, llenando la estancia de forma abrupta, y se dedicaron a romper cuanto encontraban a su paso: las lámparas, los jarrones, la vitrina donde guardábamos la vajilla. Arrojaron al suelo los libros del estante. Nuestra vida saltaba por los aires, la metralla volaba en todas las direcciones.

Con la camisa arremangada como si se dispusiera a trabajar duro, uno de los *pogromchiks* cogió a Roza por el pelo y la arrancó de la silla. Ella se aferró al canto de la mesa hasta que no pudo aguantar más, y al caer arrastró consigo el mantel, todos los vasos y platos, la fruta y las flores, que fueron cayendo en cascada y se estrellaron contra el suelo.

Vi su rostro. Un rostro joven, febril, lampiño, las orejas rubicundas. Tenía un ojo de cristal que no revelaba emoción alguna mientras arrojaba a Roza al suelo. Luego se abalanzó sobre ella, que se había quedado tumbada boca arriba y se protegía la cara con las manos.

Papá saltó como una rana y cogió al hombre por el cuello. Empezó a asfixiarlo, y su rostro se fue poniendo rojo desde las orejas hasta las mejillas. Entonces un *politsyant* apareció como salido de la nada y golpeó a papá detrás de la oreja. De su boca brotó un chorro de sangre. Luego el *politsyant* apartó al hombre del cuerpo de Roza y lo abofeteó. Yo quería matarlo. Quería ver sangre.

Un hombre me arrancó a Lázaro de los brazos y se lanzó sobre mí. El cerdo me levantó el vestido hasta arriba para cubrirme el rostro. Yo me cogí la ropa interior con fuerza. El aliento le apestaba a *kvas* y a ajo.

Lázaro saltó sobre su espalda y enterró las uñas en sus mejillas. El cerdo se incorporó bruscamente, chillando y retorciéndose. Lázaro se aferró al rostro del cerdo mientras sus pies volaban de aquí para allá. El cerdo cogió las manos de Lázaro. Se volvió y lo golpeó en la cara, una vez, dos veces. La sangre empezó a manar de la nariz de

Lázaro. Lo sostenía por el cuello con una mano, mientras con la otra lo golpeaba en el rostro una y otra vez.

Chillé con todas mis fuerzas. Lázaro perdió el conocimiento, pero el cerdo siguió golpeándolo y sólo se detuvo cuando notó que le dolía la mano. Dejó caer a Lázaro al suelo y lo pateó en el estómago con furia. Estaba a punto de pisotearle el rostro cuando el *politsyant* lo apartó de un empujón. El cerdo retrocedió y miró al *politsyant* con furia, como si estuviera dudando si arremeter también contra él. Pero entonces apartó a Lázaro, que seguía inconsciente, enrolló la alfombra con una mano y la cogió debajo del brazo.

Lázaro solía jugar a que aquélla era una alfombra mágica; se sentaba en ella, en mitad de la habitación, y se imaginaba volando hacia tierras lejanas: Moscú, París, Grecia, América. Era como un niño.

El *politsyant* le asestó a Lázaro una patada en la cabeza para demostrar al cerdo que jadeaba de ira y sed de sangre que estaban en el mismo bando. El cerdo escupió en el suelo y se marchó.

Alguien se sentó en mi pecho. Me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, todos los *pogromchiks* se habían ido. El *politsyant* estaba sacando de la casa el sillón tapizado con terciopelo rojo. Le costó pasarlo por la puerta, y tuvo que retroceder dos pasos hasta dar con el ángulo adecuado. Le oí decir a alguien que estaba fuera:

—Ya hemos terminado aquí. Están todos muertos. Id a la casa de Rozenberg.

Entonces hubo silencio. La electricidad de la violencia y el miedo en la habitación. Los plumones de las almohadas rasgadas flotaban, como almas, entre la niebla de lo que acababa de pasar. El aire hedía a sudor y sangre, a muebles destrozados y esquirlas de cristal, a comida derramada y a miedo. En el suelo había un guante de piel negro en medio de un charco de *kasha*.

Madre sollozó y empezó a llorar. Papá gimió.

Manicheyev, se llamaba el *politsyant*. Solía patrullar por el Mercado Nuevo, se dejaba sobornar por los comerciantes, siempre

tenía una sonrisa en los labios y se tocaba el ala del sombrero para saludar a las señoras.

Fuera, un caballo relinchó. El viento entraba por las ventanas, pero dentro nada se movía.

Nadie se movía: el rostro de papá pegado al suelo en medio de un charco de sangre; madre tumbada de lado, mirando a la pared contigua a la puerta de la cocina; Chaia enroscada, las rodillas pegadas al pecho, la orla del vestido tocándole la oreja; Roza tumbada de espaldas, todavía; el rostro de Lázaro surcado de regueros de sangre que le manaban de la nariz y las cuencas de los ojos y se iban deslizando por las mejillas, la boca, el cuello.

«Está muerto; están todos muertos», pensé. El miedo horroroso se agolpó en mi estómago y de ahí pasó a la cabeza. Los han matado a todos. Aquí está.

Pero entonces Roza se levantó, se sacudió unos cabellos de las mejillas, se estiró la falda hacia abajo y, todavía sentada, empezó a recoger los cubiertos, vasos y platos que seguían intactos. Puso la mesa con lo que había recogido y enderezó su silla para sentarse a la mesa vacía.

No alcanzaba a comprender qué hacía. ¿Por qué se comportaba así? ¿Por qué se movía siquiera? Era como un sueño, todo ocurría al margen de la lógica, y con desesperante lentitud.

Roza miró hacia la cocina como si se preguntara si el desayuno iba a tardar en llegar.

Nada volvería a ser como antes. Ni siquiera era posible recordar cómo había sido todo antes.

Sobre la estufa, la olla de la *kasha* había volcado y su contenido se derramaba lenta y empecinadamente sobre la placa caliente, quemándose mientras el humo se esparcía por la habitación.

Y así fuimos desahuciados.

—Olga —la llama Taube—, diga algo.

Olga lo mira como si se sorprendiera de oírlo hablar, de que pueda hablar siquiera.

—Permítame que le ofrezca otro vaso de agua —sugiere Taube al tiempo que se levanta—. La veo pálida.

—Ni se le ocurra hablarme de los pogromos, *herr* Taube —le espeta Olga en yidis—. Usted tiene su diploma vienés, sus amigos ricos, sus buenas intenciones, su perfecto alemán, su inglés encantador. ¡Qué sabrá usted de los pogromos! ¡Qué sabrá usted de la vida y la muerte!

—En efecto —replica Taube—, no deseo saber más de lo que sé sobre la muerte.

Sus mejillas arreboladas delatan el avance de la tisis. A Olga no se le escapa que tiene los días contados.

—No sabe usted nada —repone.

—Y no deseo saber nada, Olga. Se lo aseguro.

Taube vuelve a sentarse para mirarla de frente y le coge las manos. Olga las aparta, pero no lo bastante para que él las suelte.

—Por favor. Se lo ruego. Haremos todo lo que nos pida.

—¿De veras?

—De veras —contesta Taube—. Todo lo que esté en nuestras manos.

Iuliana me ayudó a buscar un conductor que nos llevara de Chisinau a Bucarest, donde teníamos previsto coger un tren hacia Belgrado, y desde allí desplazarnos hasta Sarajevo. En la estación de autobuses tuvimos ocasión de elegir entre un nutrido grupo de taxistas que pasaban el rato fumando, bebiendo, durmiendo en sus respectivos coches, deseando una carrera especial. Escogí al que tenía el aspecto más honrado, un hombrecillo gordo y canoso cuyas gruesas gafas parecían sugerir que, antes de recuperar la libertad perdida y Moldavia la independencia, bien podría haber sido un respetado crítico literario. Me pidió cien euros, y yo habría regateado sin piedad si Iuliana no hubiese estado allí. El hombrecillo gordo se llamaba Vasiliy; parecía lo bastante agradecido y quedó en recogernos a las seis de la mañana.

Empezaba a anochecer; el sol se había hundido tras las copas de los árboles; el perfume de los tilos se las arreglaba para eclipsar el olor a polvo y gasoil. Chisinau parecía un lugar agradable. El paseo por el cementerio había dado pie a una extraña forma de intimidad entre Iuliana y yo, así que entramos en una cafetería, delante de la cual estaba aparcado el mismo «ganstermóvil» que había visto frente al McDonald's, aunque esta vez no había ningún hombre de negocios a la vista. Le hablé a Iuliana del espectáculo que habían protagonizado el susodicho y su acompañante; parecía escucharme con interés pero no dijo nada. Me gustaba que se sintiera cómoda y tranquila aunque ninguno de los dos estuviese hablando. En ese sentido era como Rora, que hacía afirmaciones rotundas, cuyas frases no se encadenaban unas con otras. Al igual que él, Iuliana estaba majestuosa cuando callaba; sus silencios no eran una mera

ausencia de palabras, sino que eran algo en sí mismos, algo a lo que ella se encargaba de dar forma. ¿Cómo lo hacían? El silencio me aterraba. Siempre que dejaba de hablar, la posibilidad de no volver a decir nada nunca más pesaba sobre mí como una terrible losa. Así pues, pregunté:

—¿Te gusta Chisinau?

—No está mal.

—¿Has pensado alguna vez en marcharte?

—Sí.

—¿Por qué no lo haces?

—¿Y adónde me voy?

—A América.

—Para eso necesitaría un visado.

—Tal vez pueda ayudarte a conseguirlo.

—Toda mi familia está aquí. Mi marido tiene un trabajo.

Le dio un sorbo a su café; tenía un marido; jugaba a doblar y soltar la diminuta cuchara de plástico. Yo me esforzaba por completarme a mí mismo mediante palabras, un proyecto abocado al fracaso.

—¿Qué sientes respecto al pogromo? —le pregunté.

—¿Que qué siento respecto al pogromo?

—Sí. ¿Qué sientes respecto al pogromo?

Silencio. Luego dijo:

—Fue una brutal manifestación antisemita que ha quedado grabada a fuego en nuestra conciencia nacional.

Solté una carcajada, pero era evidente que no lo decía en broma. Puntualicé:

—No, ahora en serio. ¿Qué sientes tú, Iuliana, al respecto? ¿Qué emociones experimentas cuando piensas en el pogromo? ¿Ira? ¿Desesperación? ¿Odio?

Meneó la cabeza para hacerme saber que no le había gustado la pregunta.

—Verás, en realidad soy bosnio —le dije. No reaccionó al conocer la noticia—. Y cuando pienso en todo lo que pasó en Bosnia se me

llevan los demonios, siento una rabia infinita hacia el mundo. A veces, fantaseo con romperle las rótulas a Karadžić, el criminal de guerra, o me veo a mí mismo aplastándole la mandíbula a alguien con un martillo. —No tenía ni idea de si sabía lo que había ocurrido en Bosnia. A Mary no le gustaba oír hablar de guerras, genocidios y fosas comunes, ni del creciente sentimiento de culpa que todo aquello me generaba. Sin embargo, Iuliana había dejado de menear la cabeza y me escuchaba. Ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que quizás la asusté—. Lo imagino retorciéndose de dolor en el suelo, y entonces voy y le golpeo los codos con el martillo —añadí—. ¿Alguna vez has deseado romperle la mandíbula a alguien?

—Eres muy raro —dijo—. Creía que eras americano.

—Sí, ahora también soy americano. Allí hay muchas mandíbulas que me gustaría romper.

El hombre de negocios salió de la tienda de telefonía móvil contigua al café; caminaba a grandes zancadas, los hombros echados hacia atrás. Esta vez le veía los ojos, de un azul pálido. «Si tuviera un martillo, pensé, podría clavarlo entre sus pornográficos ojos, abrirle la frente, desfigurarle la nariz. —Y en el mismo instante, pensé también—: Ése soy yo. Podría ser él. Podría aplastarme la cabeza a mí mismo. Eso sería divertido».

—Mi abuelo —dijo entonces Iuliana— estuvo en el Ejército Rojo. En la sección que izó la bandera soviética en el Reichstag. Era el único judío de su batallón.

No dijo nada más. Al parecer, aquélla era una afirmación completa en sí misma. El gánster se sentó de un salto al volante de su «ganstermóvil» y arrancó a toda velocidad. Líbreme Dios de caer en sus garras.

—Cuando pienso en el pogromo —añadió Iuliana—, siento amor hacia aquellas personas. Cuando pienso en mi abuelo, trato de imaginar lo duro que debió de ser para él, la soledad y la dicha que debió de sentir en lo alto del Reichstag. Cuando pienso en todo aquello, me doy cuenta de lo mucho que lo quiero.

—Entiendo —dije.

En cierta ocasión, Mary perdió un paciente en la mesa de operaciones. Se trataba de un pandillero al que habían disparado desde un coche en marcha. La bala se le había quedado atrapada en el lóbulo frontal y estaba consciente en el momento en que lo ingresaron en el hospital. Habló con Mary, le preguntó cómo se llamaba, le dijo que su inverosímil nombre de pila era Lincoln. Pero no pudo hacer nada para salvarle la vida; murió mientras lo operaba. Aquella noche, Mary se sentó en el sillón de la sala de estar como si lo hiciera en un trono, y estuvo quince minutos mirando fijamente la misma página de la revista *People* antes de quedarse dormida con la mejilla pegada al hombro. Cuando se despertó, hubo de enfrentarse a mis implacables preguntas: «¿Cómo te has sentido cuando se ha muerto? ¿Qué has pensado?», ante lo cual Mary se levantó, arrastró la manta hasta el dormitorio como si de la cola de un vestido se tratara y me cerró la puerta en las inquisitoriales narices. Monté en cólera; aporreé la puerta hasta que se abrió de golpe, como si estuviera allanando una casa ajena, y la encontré metida en la cama, vuelta hacia la pared y tapada hasta las orejas.

—¿Pero es que nunca te enfadas? —le pregunté a voz en grito—. Tienes que enfadarte. Tienes que odiar a alguien. ¿Qué puñetas te hace tan distinta?

Más tarde me disculpé a regañadientes, al igual que ella.

—Cuando un paciente se muere —me explicó entonces, aunque no me sirvió de gran cosa— siento que está muerto, eso es lo que siento.

Cuando me despedí de Iuliana para siempre, la besé en la mejilla; su cutis era suave como la cara interna de un muslo. Más tarde, en la habitación del hotel Chisinau, Rora me preguntó:

—¿Te la has tirado?

—Está casada —respondí.

—Tú también —repuso Rora.

Hice caso omiso de su observación y le informé de los planes de viaje para el día siguiente. A continuación le di la espalda, me volví hacia la pared y estuve contemplando las grietas de la misma mientras intentaba conciliar el sueño, en vano. Rora hacía *zapping* en silencio. De vez en cuando oía algún que otro coche rodeando a los héroes de bronce de la plaza.

—¿No te preocupa que Rambo pueda ir a por ti en Sarajevo? —pregunté al fin.

Rora seguía cambiando compulsivamente de canal.

—¿Conservas alguna de las fotos que le hiciste a Miller después de muerto? ¿Es ése tu seguro de vida?

—No te preocupes por mí —contestó—. No me pasará nada. A nadie le importa ya todo eso. Sólo quiero ver a Azra, y luego me largaré.

—¿Qué edad tiene Azra?

—Ya estamos con las putas preguntas otra vez —refunfuñó Rora.

—¿Estaba en Sarajevo cuando el sitio?

—Sí.

—¿A qué se dedicaba?

—Amputaba extremidades. Es cirujana.

—Mary también es cirujana, pero corta cerebros.

Rora no dijo nada.

—¿Está casada? —proseguí.

—Ya no.

—¿Por qué no?

—¿No te cansas nunca?

—No.

—Estuvo casada antes de la guerra, durante siete años. Pero luego estalló la guerra y su marido, que era un serbio leal a la patria, se echó al monte para pegarle tiros junto a sus hermanos chetnik. Le mandó una carta desde allá arriba en la que le exigía que se reuniera con él. Le decía que era su deber de esposa.

—¿Y ella qué contestó?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? Le dijo que era su deber de esposo irse a tomar por culo.

Lo único que nos quedaba por hacer juntos, a Rora y a mí, era volver a Sarajevo. Nos quedamos despiertos toda la noche, hablando. Yo no podía parar de escuchar, y después de escuchar tenía que hablar, y una cosa llevaba a la otra. Hablábamos despacio, en susurros, como reconociendo la necesidad de descanso.

—Una vez, estando yo en primera línea —empezó Rora—, vi una alfombra mágica sobrevolando el río. No era más que un trozo de nailon blanquiazul de la UNPROFOR, pero no podía dejar de verlo como una alfombra mágica. Tenía algo siniestro, como si hubiese venido a tentarnos desde otro mundo, un mundo en el que la gente siguiera contando cuentos de hadas. Descendió hasta posarse en la superficie del agua y estuvo flotando y cabeceando río abajo hasta que se hundió. Los chetniks no paraban de dispararle; les sobraba la munición.

Le conté lo mucho que Mary deseaba tener hijos y lo mucho que yo me oponía a la idea. Le había dicho que no quería que mis hijos vinieran a este mundo, tal como estaban las cosas, pero la verdad era que temía que se volvieran demasiado americanos para mí. Temía no comprenderlos y llegar a odiar a las personas en las que sin duda se convertirían. Ellos vivirían en la tierra de los libres, y yo en el temor de ser abandonado. No podía dejar de pensar en la posibilidad de que Mary acabara dejándome, sobre todo desde que había perdido mi empleo y había empezado a necesitarla más incluso que antes. Aquel viaje estaba bien porque era yo el que me había ido y ella la que se había quedado atrás.

—Cuando mi hermana y yo éramos pequeños —dijo Rora—, adoptamos un chucho sarnoso; le pusimos Lux, como el perro de Tito. Nos seguía a todas partes. Lo adiestramos para que nos obedeciera y presumíamos de él delante de los otros chicos. Lux solía cargar nuestras carteras del cole. Se sentaba fuera a

esperarnos mientras estábamos en clase, temerosos de que fuera a marcharse antes de que saliéramos. Y una vez dimos con él encaramado a un árbol, muerto de miedo. Se ve que alguien lo había puesto allí. Estaba gimiendo, sin atreverse a bajar, agarrándose a la corteza con uñas y dientes. Azra lo invitó a saltar a sus brazos —era más alta y más fuerte que yo— y el perro saltó sin más, confió en ella. Azra lo cogió y cayó al suelo, el perro estaba realmente asustado. Lo llevó en brazos hasta casa. Pero un día desapareció y nunca más lo vimos.

Sabía que Mary acabaría dejándome porque le gustaba estar separada de mí: siempre me daba la espalda al dormir; siempre estaba dispuesta a cambiarle el turno a alguien o trabajar dos turnos seguidos. Su trabajo la mantenía apartada de mí. Cuando hablábamos, a menudo desviaba la mirada hacia un lado de mi rostro. Cuando se iba de viaje para dar alguna conferencia, sólo me llamaba al llegar y justo antes de volver. Nuestros hijos serían unos híbridos que dedicarían su desdichada existencia a desmantelar al padre extranjero y gorrón que llevaban dentro, ése era mi gran temor.

—Una vez, en París —dijo Rora—, me tiré a una casada que había encerrado a su hijo pequeño en un armario mientras estábamos en la cama. El marido volvió a casa inesperadamente y me tocó esconderme con el chico en el armario, que estaba lleno de abrigos de visón y vestidos de seda. Lo mejor de todo es que el chico parecía acostumbrado a aquella situación. Estuvimos jugando en silencio con los dedos, a pares o nones y ese tipo de cosas; el chico me ganaba siempre. El marido no preguntó ni una sola vez por el chico, ni se molestó en buscarlo.

Mary solía llevar en la cartera una foto de nuestro sobrino de siete años y hablaba de él a todas horas: que si creía que el objetivo final de un partido de lacrosse era coger una mariposa, que si dibujaba a Dios con muchos ojos grandes, que si con sólo cinco años sabía bailar danzas tradicionales irlandesas. Era su niño bonito. Siempre que le hacíamos de canguro, le contaba cuentos.

—Una vez, durante la guerra —empezó Rora—, me quedé atrapado en un rascacielos en llamas. Tuve que subir escaleras y más escaleras para huir del fuego, y al llegar a la última planta irrumpí sin querer en el apartamento de alguien. Quien quiera que viviese allí se había marchado, pero sobre la mesa había una *džezva* de café, una taza y una pila de fotos. El café aún estaba caliente; la persona que lo había hecho acababa de salir. Me serví una taza y eché un vistazo a las fotos. Eran en su mayoría de un adolescente flacucho con granos en la cara y una sonrisa entrañable, que miraba a la cámara con ojos rojos. Había también unas pocas fotos del chico en compañía de sus padres, de las que se deducía sin lugar a dudas que vivían en el extranjero. Saltaba a la vista la pulcritud de las habitaciones en las que se habían tomado las fotos. Allá donde vivieran, ya fuera Suecia u otro lugar similar, era evidente que no se habían visto obligados a quemar su propio mobiliario para sobrevivir al invierno. En una de las fotos había una tele transmitiendo un partido de fútbol, pero el chico no parecía dedicarle el menor interés. Su vida era inmensa, lo tenía todo por delante. Iba a ver muchos partidos de fútbol, así que no tenía por qué prestar atención a aquél en concreto. Sabes —prosiguió Rora—, una vez Miller me pidió que siguiera sacando fotos de los niños que huían de los francotiradores, agachándose y escondiéndose detrás de los contenedores de basura, aunque llovían las balas. Les pagó a algunos de aquellos chicos para que corretearan de aquí para allá bajo el fuego con tal de que yo pudiera sacar una foto perfecta. Aun así, sentí lástima cuando Rambo se lo cargó. Miller se merecía una buena paliza, pero no la muerte. Nadie merece la muerte, y sin embargo a todo el mundo le acaba tocando.

Al rayar el alba ya estábamos fuera del hotel, sin haber dormido más que un par de horas sin sueños. El crítico literario había acudido a la cita, pero no estaba solo. Con él había un hombre más joven y delgado que atendía al nombre de Seryozha y permanecía apoyado

en un Lada, fumando, con los pantalones de chándal metidos dentro de unas botas de vaquero puntiagudas y una camiseta en la que ponía «Nueva York». El crítico literario anunció en un tono apenas audible que Seryozha se encargaría de llevarnos a Bucarest. Era evidente que lo habían obligado a aceptar aquella concesión. Seryozha nos recibió con una sonrisa de oreja a oreja y nos tendió la mano. Yo estaba tentado de cancelar todo el viaje, pero Rora le estrechó la mano sin dudarlo, así que pensé: «¡Qué demonios, vamos allá!».

Me instalé en el asiento delantero, empeñado como siempre en llevar la voz cantante, y Rora se sentó detrás. Seryozha tenía estampas de santos metidas en la junta del parabrisas, por encima del espejo retrovisor, y un ambientador de coche en forma de pino que de poco o nada servía. El vehículo olía a sudor, tabaco y esperma, de lo que se deducía que alguien había consumado el acto sexual en su interior no hacía demasiado. Me abstuve de abrocharme el cinturón de seguridad, no fuera a ofenderse.

Nos desplazamos en medio de un silencio denso, pesado, y a una velocidad de vértigo, como si nos persiguieran los demonios de la policía. Seryozha daba unos volantazos tremendos para esquivar los baches y pasaba a toda velocidad sobre los parches ondulados de la carretera desierta. Me convencí a mí mismo de que sabía lo que estaba haciendo, que siendo como era autóctono poseía una conexión especial con las carreteras aborígenes, que cuando decidía adelantar a un camión en pendiente y en medio de una curva de noventa grados podía intuir la presencia de otro vehículo avanzando en sentido contrario. En su país, los coches eran listos como caballos y la gente nunca moría en accidentes de tráfico.

Campos de tímidos girasoles, colinas reticuladas por viñedos abandonados, casuchas apiñadas en valles neblinosos y poco profundos. Todo aquello pasaba ante nuestros ojos como si de un sueño se tratara, al ritmo sincopado de la música discotequera rusa que Seryozha había sintonizado en la radio. Pasamos como una exhalación por delante de carros tirados por bueyes y campesinos

que avanzaban a su lado pero parecían inmóviles. Con el traqueteo y la pastosa somnolencia de la mañana, me quedé dormido. Y tuve un sueño.

Por lo general, sólo recordaba fragmentos de mis sueños; también olvidaba muchos sueños, aunque a menudo podía evocar su intensidad de un modo abstracto. Lo habitual era que guardaran relación con la guerra: Milošević, Mladić, Karadžić, y en los últimos tiempos, Bush, Rumsfeld y Rambo solían aparecer en ellos. Había cuchillos, extremidades amputadas, violaciones indiscriminadas, objetos de bordes afilados. A veces, tenía sueños colectivos: nosotros, y ese nosotros incluía a Mary (siempre Mary), la familia y los amigos, pero también a perfectos extraños que se comportaban como parientes o amigos cercanos hasta el punto de participar con nosotros en cosas como jugar al escondite, asar un cordero al aire libre o posar para una foto. Lo habitual era que la acción transcurriera en Chicago, aunque también nos reunimos en Sarajevo en una o dos ocasiones; en cualquier caso, todo ocurría antes de la guerra, si bien siempre sabíamos que ésta era inminente. Me despertaba desconsolado, pues aquel «nosotros» —fuéramos los que fuéramos— jamás podía llegar a existir a no ser en sueños.

Pero en el sueño que tuve en el coche de Seryozha el único «nosotros» que había éramos Mary y yo. Estábamos en un bosque oscuro, paseando a un pato con correa; George jugaba al golf con un paraguas entre los árboles, y la pelota no paraba de rebotar en los troncos. Luego íbamos a bordo de un barco, y parecía que estábamos cruzando un lago tan grande como un océano, pero no de agua, sino de girasoles. Había un niño nadando en el lago, y su cabecita de pelo rizado asomaba entre los girasoles. «Podemos cogerlo cuando esté maduro», dijo Mary. Pero entonces el capitán del barco le disparó con un rifle de francotirador y el chico estalló como un globo, y en mi sueño pensé: «Ese chico soy yo. No es Mary. Soy yo».

Me desperté en el coche de Seryozha con una terrible angustia oprimiéndome el pecho. No me ayudó demasiado el hecho de que el

Lada estuviese a punto de volcar por una carretera sin asfaltar a ambos lados de la cual se alineaban obedientemente casas desvencijadas. Había entre las casas manzanos cuyas ramas se combaban y rompían bajo el peso de los frutos; todo parecía abandonado. No sabía dónde estaba, ni quién iba al volante. Abandoné de golpe aquel estado letárgico cuando Rora dijo a mi espalda:

—Creo que planea asesinarnos.

Estudié el rostro impasible y desaliñado de Seryozha. En efecto, bien podría ser un asesino.

—¿Dónde estamos? —le pregunté en ucraniano.

Pareció entenderme, pero decidió hacer caso omiso de la pregunta hasta que volví a formularla, y entonces contestó en ruso algo que yo descifré como:

—Vamos a recoger a mi novia.

La novia resultó ser una hermosa joven cuya falda corta y destellante no podía desentonar más con la idílica decadencia de la aldea. Seryozha la escoltaba asiéndole los bíceps cuando salieron ambos de una diminuta casa con el tejado cubierto de mugre y una chimenea de la que ascendía una delgada columna de humo. El hombre abrió la puerta trasera del coche y la empujó hacia el interior; Rora se apartó de un salto hacia el otro extremo del asiento.

—Elena —anunció Seryozha.

Elena olía a leche fresca y a jabón de glicerina; tenía un rubor campestre en las mejillas, parcialmente cubiertas por una melena larga y lisa. Seryozha avanzaba ahora colina arriba. Elena miraba por la ventana. Un conejo salió corriendo, despavorido, de un seto asilvestrado; no había seres humanos a la vista. Tal vez vivieran todos bajo tierra, escondidos de algún peligro que yo no alcanzaba a ver. Para cuando llegamos a la cima de la colina y al asfalto, el coche estaba ardiendo. El olor de la piel de Elena se había agriado y estercolizado ligeramente. Seryozha se quitó la camiseta mientras

controlaba —es un decir— el volante con la rodilla, y de sus cebolludos sobacos emergieron telarañas de pelo.

—No está mal, la novia —sentenció Rora.

Elena cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, fingiendo dormir. Al parecer, se venía a Bucarest con nosotros.

Las carreteras eran estrechas y serpenteantes, y se curvaban contra toda lógica entre colinas de suaves pendientes. Seryozha encendía un cigarrillo tras otro, soltando el volante cada vez que lo hacía; adelantaba a los pocos camiones o los coches aún más escasos que nos encontrábamos sin importarle lo más mínimo lo que pudiera venirnos de frente; en una ocasión estuvimos en un tris de arrollar a un grupo de perros. Debí pedirle que frenara, pero no lo hice. La velocidad me paralizaba; el miedo anidaba en lo más profundo de mi mente, muy lejos de la superficie. Es más, la pasividad me resultaba de lo más excitante, y tenía la sensación de que aquella locura bien podía quedar impune. Eso sí, por si acaso me abroché el cinturón sin decir nada. Notaba la mano de Elena aferrándose a la parte trasera de mi asiento cada vez que Seryozha cogía una curva a lo bruto; compartíamos la libertad de una total impotencia.

Lázaro doblado en dos mientras Shippy le retorcía el brazo y llamaba a su esposa. En un primer momento Lázaro no hizo nada, no se resistió, no intentó zafarse; Shippy seguía aumentando la presión, sin duda con el fin de romperle el brazo. Lázaro sintió que el hombro se le tensaba hasta tal punto que no tardaría en romperse, y el dolor llegó rápidamente.

—¡Madre, madre! —gritaba Shippy.

Llegamos a la frontera rumana con vida; la cola de coches era corta, los guardias fronterizos apenas tenían trabajo. Me invadió un familiar temor hacia las fronteras, pero lo ignoré como si fuera un resfriado y, obediente, entregué mi pasaporte —mi alma— a Seryozha. Rora me miró con lo que interpreté como desprecio, pero le tendió su pasaporte con idéntica pasividad. Al parecer, Seryozha ya tenía en su poder el de Elena, así que entregó todos los

pasaportes al guardia. Mientras le daba conversación, el guardia los hojeó, luego descolgó el teléfono y, evitando mirarnos, llamó a alguien. Seryozha se volvió hacia Elena y la miró con cara de pocos amigos.

Comprendí en aquel momento que la joven Elena no viajaba a Bucarest por su propia voluntad. Rora y yo, y nuestros pasaportes americanos, estábamos allí para proporcionar credibilidad, una tapadera respetable. Seguramente, Seryozha le había dicho al guardia fronterizo que éramos todos buenos amigos, si no parientes. Rora debió de hacer la misma deducción; Elena parecía aterrada. A juzgar por lo poco que sabíamos, nuestro insigne y desquiciado chófer bien podía estar conchabado con el guardia fronterizo, que estaría escenificando una farsa para los posibles testigos. Teníamos las manos atadas. Aunque el guardia fronterizo fuera un tipo honrado y lográramos comunicarnos con él, Seryozha podría decirle que éramos nosotros los que nos queríamos llevar a la chica, y entonces nos quedaríamos tirados en tierra de nadie, entre Moldavia y Rumanía, posiblemente acusados de tráfico de personas. El guardia fronterizo —llegados a este punto, puede resultar útil ponerle algo parecido a un rostro: pálido, con bigote, comprimido entre dos grandes orejas— me preguntó algo en rumano. Lo único que entendí fue «América», así que, inclinándome por encima del regazo de Seryozha, dije:

—Chicago. —El guardia señaló a la chica y volvió a farfullar algo —. Elena —contesté—. Bucarest.

Seryozha miraba hacia delante, como si nada de aquello fuera asunto suyo; me imaginé a mí mismo destrozándole la mandíbula con un mazo. El guardia devolvió los pasaportes a Seryozha —no había duda de que estaban conchabados—, que entregó los nuestros a Rora y no a mí con gesto desdeñoso. Seguramente Elena acabaría ejerciendo la prostitución en un burdel de Koševo o en un hotel bosnio o en una calle de Milán. Seryozha se la entregaría a alguien en Bucarest. No teníamos más remedio que acompañarlo.

Rumanía era llana, la carretera terriblemente recta. Seryozha no tardó en alcanzar los 190 kilómetros por hora, y en cuanto lo hizo apoyó la bota izquierda en el salpicadero y reclinó la cabeza hacia atrás. Elena dormía; yo entraba y salía de una duermevela poblada de remordimientos mientras buscaba excusas para haberme metido en semejante jardín. No podíamos hacer absolutamente nada; Seryozha llevaba consigo una navaja como mínimo, casi con toda probabilidad un arma de fuego, y yo no quería acabar cosido a puñaladas ni con un agujero de bala en la cabeza; no teníamos otro modo de llegar a Bucarest; lo mejor era no involucrarnos; quizás había sido ella la que había elegido aquel modo de salir adelante; quizás lo hiciera para pagarse la universidad; probablemente lo había decidido por sí misma. ¿Quién era yo para juzgar a Elena? La legitimidad de una vida se la da su legítimo propietario.

En cierta ocasión, salía yo de trabajar y me dirigía a casa en tren cuando uno de los pasajeros, una señora con cuello de piel de zorro y gruesos labios pintados de rojo, tuvo un ataque: echaba espumarajos por la boca, tenía el rostro desfigurado por una espantosa mueca, el pie izquierdo agitándose como una aleta dorsal. Todo el mundo en el vagón se quedó paralizado; a un par de adolescentes les entró la risa tonta; yo no sabía qué hacer, no era médico; esperé a que otra persona hiciera algo. Pero nadie lo hizo; no había ningún médico entre los pasajeros; la mujer seguía echando espumarajos por la boca y moviéndose espasmódicamente hasta que alguien se apiadó de ella y la sacó a rastras del tren. Mientras nos alejábamos de la estación vi que alguien se agachaba junto a ella con pinta de saber lo que hacía, le sacaba la lengua hacia fuera, le acariciaba la mejilla, enseñaba a los curiosos cómo había que proceder. Si Mary hubiese estado allí, habría sabido qué hacer y no habría tardado en intervenir. Por eso no le comenté nada del incidente del tren cuando llegó a casa al finalizar su turno.

Sabía, claro está, que si Mary hubiese estado en el coche de Seryozha habría exigido que éste levantara el pie del acelerador; le habría dicho algo sobre Elena al guardia; habría encontrado otro

modo de llegar a Bucarest; lo habría arreglado todo. Me alegraba de que no estuviese allí, pues me habría puesto en evidencia, como ocurría a menudo. El Lada temblequeaba, acunándonos a toda velocidad.

—Se está durmiendo —me advirtió Rora, sobresaltándome.

Miré por el retrovisor y vi que los párpados de Seryozha se iban cerrando, que dejaba caer la barbilla hasta tocar el pecho hirsuto y viraba bruscamente cada dos por tres. Iba a matarnos; no se me ocurría ningún modo de no morir; Mary no estaba allí. Elena exudaba el sudor mohoso de la angustia mortal; tosía y gimoteaba. No decía palabra; Rora no decía palabra. Al parecer, yo estaba al mando, aunque era Seryozha el que tenía nuestras vidas en sus manos. «A lo mejor, pensé, una muerte rápida pondría fin a esta situación tan embarazosa».

Yo también había conducido con alguna copa de más, huelga decirlo, en mis tiempos de bebedor. Y a veces, en plena madrugada, mientras volvía del bar en el que me sentía como en casa, pisaba el acelerador a fondo por la calle desierta, retándome a mí mismo a descubrir cuánto tiempo podía mantener el pie en el acelerador antes de echarme atrás. Una vez, logré pasar todos los semáforos —algunos de ellos en rojo— sin detenerme. El peligro, el desprecio hacia la muerte, me despejaban la mente. Cuando aparcaba delante de casa me sentía más vivo que nunca, temblando a causa de la adrenalina. Me sentía como si acabara de ampliar mi crédito vital, que gastaría en un futuro mejor. Entonces me acostaba junto a Mary, sobrecogido por la sensación de que era merecedor de su amor. Ella ni se imaginaba lo cerca que había estado de perderme.

Seryozha pisaba el acelerador como si el mañana no existiera.

—¿Qué hay que hacer? —pregunté en bosnio.

Creo que se lo preguntaba a Elena. Seryozha seguía meneando la cabeza como un sonajero, y se abofeteó a sí mismo unas pocas veces —sí que quería vivir, el muy imbécil, pero estaba hipnotizado por la velocidad y el poder que en aquel momento ejercía sobre nosotros. El chumba chumba ruso seguía sonando a todo volumen;

yo temía morir, pero no lo bastante; a lo mejor podía sobrevivir a aquello sin hacer ningún esfuerzo. En eso debería consistir la vida, en vivir sin preocuparse por la muerte; aquello era un examen. Miré el rostro soñoliento de Seryozha y pensé: «Ése soy yo. Y todo el mundo era yo, y yo era todo el mundo, y en el fondo daba igual que muriera».

Pero Rora seguía siendo él mismo; le dio unas palmaditas en el hombro al conductor enajenado y dijo:

—*Polako, jarane, polako*.

Como por arte de magia, Seryozha redujo la velocidad y paró en una gasolinera para remojarse la cara y el torso en el lavabo. Rora se apeó justo después de que lo hiciera él; sabía que tenía ganas de darle una hostia, pero se contentó con encender un cigarrillo. Yo miraba el humo que salía de su boca y ascendía en volutas hacia las fosas nasales. No me sentía más vivo que nunca; no sentía nada en absoluto.

Llegamos a Bucarest por la tarde. Avanzamos a paso de tortuga por la caótica, ininteligible ciudad, por las angostas calles que desembocaban en inmensos bulevares, que a su vez ascendían hacia edificios de proporciones mastodónticas. Seryozha bordeó un edificio oval empapelado con vallas publicitarias: Sony, Toshiba, Adidas, McDonald's, Dolce & Gabbana. Las jóvenes y despampanantes supermodelos de cutis inmaculado contemplaban las calles desde las alturas de sus mundos inimaginables, prometiendo con toda desfachatez una vida mejor a la chusma que en aquel momento se dejaba llevar por el intrépido vehículo de Seryozha.

Dimos con la estación del tren de un modo puramente accidental. Seryozha intentó pegarnos un sablazo diciendo que la tarifa era de cien euros por barba —menudo morro tenía el cabrón—, pero me limité a hacer caso omiso de sus exigencias, mientras que Rora se lo tomó directamente a risa; habíamos sobrevivido al viaje y ya no podía asustarnos. Sacamos el equipaje del maletero; Elena seguía en

su asiento, triste y desamparada, sin moverse ni mirarnos siquiera, y mucho menos decirnos adiós.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté a Rora.

—Relajarnos —contestó Rora—, y estarnos calladitos.

Nos alejamos del coche, pero antes de que entráramos en la destartalada estación Rora encendió un cigarrillo y se apostó detrás de una columna; desde allí, podía seguir controlando los movimientos de Seryozha. Nuestro amigo se dedicaba a hurgar en el coche, rebuscando en la guantera, debajo del asiento, mientras se dirigía a Elena a voz en grito. Al poco se apeó del coche y metió medio cuerpo dentro del maletero; luego lo cerró con furia y obligó a Elena a pasarse al asiento delantero, empujándole la cabeza hacia abajo cuando ésta se agachó para entrar en el coche. Elena se quedó allí sentada, mirando hacia delante. El modo en que su cuerpo se había desplomado sobre el asiento, el modo en que su pelo colgaba como un velo sobre sus pómulos, su evidente desesperación, todo aquello me estaba haciendo hervir la sangre, me daban ganas de desaparecer. Seryozha cerró el coche con llave, dejando a Elena en su interior, y se dirigió al otro extremo de la estación.

—Ven conmigo —dijo Rora.

Seguimos a Seryozha desde una distancia prudente.

Las paredes de los lavabos estaban embadurnadas con un amplio abanico de enfermedades venéreas, las juntas de los azulejos llenas a rebosar de indescriptibles ecosistemas. No bien entramos en el lavabo, Rora dejó caer su bolsa de deporte y se fue derecho al retrete en el que estaba Seryozha (aún hoy me pregunto cómo supo cuál era). Abrió la puerta de una patada —el muy cretino no había echado el pestillo— y allí estaba nuestro chófer, con los pantalones a medio bajar. Rora le dio un puñetazo sin darle tiempo a reaccionar, y luego entró en el retrete y cerró la puerta a su espalda. Yo me quedé fuera, como un experimentado cómplice y guardaespaldas (sólo la Samsonite con ruedas me delataba), y escuché con profundo e impúdico placer los golpes, el gimoteo y finalmente la cisterna del

váter. No había nadie más en los lavabos; aquello no duró más de un minuto, pero a Rora se le daban bien aquellas cosas. Salió del retrete; Seryozha estaba sentado en la taza, respirando con dificultad, la cabeza apoyada en la pared. Mientras Rora se lavaba las manos, me fui hacia Seryozha y le asesté un puñetazo en la mandíbula. Se estremeció, y entonces volví a golpearlo, abriéndole un tajo en la mejilla. Noté un crujido de huesos rotos bajo mis nudillos, pero seguí machacándolo ciegamente hasta que su mandíbula quedó destrozada y mi mano indudablemente rota. Deseé que Mary me hubiese visto en aquel momento, que hubiese presenciado la letal combinación de ira y buenas intenciones. Deseé que pudiese coger mi maltrecha mano entre las suyas, que la entablillara con su amor incondicional. Seryozha resbaló del váter y se desplomó en el suelo; la sangre le manaba a borbotones y le empapaba la pechera de la camiseta, tiñendo «Nueva York». Uno de sus ojos debía de ser de vidrio, pues saltó de la cuenca y cayó al suelo ensangrentado. La vida está llena de sorpresas.

—Espero que no te lo hayas cargado —dijo Rora mientras cruzábamos el vestíbulo de la estación a grandes zancadas.

—Creo que me he roto la mano —insinué.

—Métela en el bolsillo —replicó Rora—. Y deja de hacer muecas.

No tenía ni idea de adónde nos dirigíamos, me limitaba a seguirlo a paso cojo. Al poco, abandonamos la estación por una puerta que nos dejó justo delante del coche de Seryozha. Mientras Elena se lo miraba sin salir de su asombro, Rora abrió el coche y la sacó de su interior sin mediar palabra. La joven agachó la cabeza, como si se quisiera proteger de los golpes que anticipaba, pero Rora se limitó a meterle el pasaporte y un fajo de billetes en la mano mientras yo miraba alrededor con inquietud, buscando a Seryozha contra toda lógica, como si fuera a aparecer de pronto con la cara toda ensangrentada y hecha papilla, los pantalones bajados y una pistola en ristre. La mano me dolía horrores, era algo insoportable, indescriptible. Rora cogió a Elena de los antebrazos, la sacudió.

—*Idi* —le dijo—. *Bježi*.

Ella comprendió, pero dudaba. ¿Y si quería venirse con nosotros? ¿Y si nos la llevábamos? Eran tantas las vidas que podía vivir.

Pero entonces se apartó de los brazos de Rora muy despacio, cogió su bolso del coche, metió el pasaporte y el dinero dentro y se alejó con inexplicable lentitud. Mientras cruzaba la calle sin mirar atrás, me fijé en sus zapatillas deportivas de color plateado y sus calcetines blancos. Rora le sacó una foto.

Lázaro se apeó del tren en Nueva York y se vio engullido por la multitud, envuelta en una nube de vapor; se abrió paso como pudo entre el gentío, que lo empujaba y zarandeaba de aquí para allá. Así era América; aquella pasión por las aglomeraciones, aquella lucha por proteger el alma de la masa voraz. Alguien intentó arrebatarle la maleta de la mano y se defendió blandiéndola hacia delante, aunque ésta lo golpeó en la rodilla al retroceder. Se puso de puntillas para buscar a Olga por encima del mar de cabezas. La vio debajo de un gran reloj de aspecto lunar, pálida y menuda, su hermana mayor. Apretó el paso y echó a correr en su dirección, pero tropezó y a punto estuvo de caerse de bruces en el suelo. Olga lo buscaba entre la muchedumbre cuando lo vio llegar —alto, flaco, el pelo revuelto— pero no lo reconoció hasta que dio aquel traspié. El temor a que se hubiese hecho daño hizo que lo volviera a ver como su querido hermanito pequeño, y notó un aleteo en el pecho.

—Lázaro —lo llamó—. Lázaro, estoy aquí. Lázaro.

Sueños inquietantes pueblan la mente de Isador, pero cuando se despierta de su duermevela no alcanza a recordarlos. El canto de la maleta se le clava en un riñón; tiene el rostro cubierto de harapos, pero aunque los aparte no hay aire ni luz en el interior del armario. Su cuerpo está demasiado incómodo para permitirle entrar de nuevo en el sueño. Se le han agotado las cosas en las que pensar. Ha pensado en Olga, ha reflexionado sobre la muerte de Lázaro, se ha mortificado recordando la partida en casa de Stadlwelser y recordándose que debería haber esperado a que el anfitrión hiciera su apuesta, ha pensado en la deuda que tendría que pagar. Debería abandonar Chicago sin dejar rastro. Se niega a pensar en la posibilidad de acabar entre rejas. Si no imagina a la *politsey*, la *politsey* no existe. Ha evocado una y otra vez entre ensoñaciones el cuerpo delgado de Olga y el libro que solía creer que escribiría, una novela sobre las aventuras de un inmigrante espabilado que llevaría por título *Aventuras de un inmigrante espabilado*. Se ve a sí mismo como un hombre rico; dando fiestas, viajando en un coche con su propio chófer. Se retuerce, tratando de dar con una postura cómoda, presiona las costillas contra el canto de la maleta. Los asientos serían de suave piel, y al reclinarse en ellos podrían oírse los suspiros de los terneros sacrificados. Isador se acomodaría en el asiento trasero y hablaría por la bocina para indicarle al chófer el destino:

—Al hipódromo —diría—. Y deprisa.

La puerta del armario se abre de golpe, alguien aparta los harapos y, antes de que Isador pueda pensar o decir nada, una mano lo coge por el pescuezo al tiempo que otra mano le tapa

rápidamente la boca, y en un visto y no visto lo sacan del armario. La luz lo ciega; dos hombres lo sujetan por las axilas y lo arrastran hacia la puerta con los dedos de los pies barriendo el suelo. Tienen las manos grandes; la palma que le cubre la cara llega de oreja a oreja. Isador está aterrado; quiere gritar, zafarse como sea, pero todo ocurre muy deprisa. Nadie dice nada; lo llevan en volandas para que los pies no toquen el suelo. Uno de los hombres dice en alemán:

—No hables. Te vamos a sacar de aquí.

Isador se retuerce y el otro hombre le asesta un rodillazo en el muslo.

—Estate quieto o tendremos que dejarte inconsciente.

Hay un gran ataúd ante sí, en el centro de la habitación. Presa de un miedo atroz, Isador deja de oponer resistencia.

—Te vamos a soltar, pero como abras la boca te dejamos tieso.

Isador relaja el cuerpo para indicar que obedecerá. La mano que le tapaba el rostro se aparta tras casi arrancarle la mandíbula de cuajo. Los dos hombres lo sueltan y lo dejan en el suelo, pero le tiemblan las rodillas y tienen que sujetarlo. Los hombres son corpulentos, llevan traje chaqueta y bombín. Uno de ellos luce un bigote cuidadosamente recortado. Hablan sin excitación ni urgencia.

—Entra ahí dentro —le ordena uno de ellos, al tiempo que señala el ataúd.

—Tú primero —gimotea Isador.

Los dos hombres intercambian una mirada rápida, y acto seguido el del bigote le asesta a Isador un puñetazo en la mandíbula que lo deja fuera de combate.

Cuando vuelve en sí, nota los latidos de dolor en la mandíbula; sabe que está en el interior del ataúd: huele a madera de pino y a cadáver. Hay algo encima de él, algo grande y pesado. Lo están transportando; cada vez que el ataúd se inclina hacia abajo bruscamente, Isador tensa todo el cuerpo, asustado hasta el punto de pensar que todo aquello puede no ser más que un sueño. El corazón le late deprisa, lo oye perfectamente, nota cómo vibra en su

interior. El peso que nota sobre su cuerpo está envuelto en tela; reconoce el tacto del fieltro en la mejilla. Hay un hombre muerto encima de él, se da cuenta, un cadáver. Reconoce la rígida frialdad, las articulaciones que crujen, agarrotadas; lo que presiona su mejilla es el tobillo de alguien. Van a enterrarlo vivo. Vivo. Va a morir asfixiado en la oscuridad. Y la piel se le eriza de puro pánico, la mente se le queda en blanco, se le corta la respiración y es incapaz de mover un solo músculo. A lo mejor ya está muerto, a lo mejor la muerte es esto. Sin embargo, el dolor en las caderas, las costillas presionadas bajo el peso… aún le hacen sentir vivo.

El ataúd deja de oscilar y luego se inclina hacia abajo bruscamente una vez más. Isador nota que lo deslizan sobre una superficie, oye un chirrido, el motor de un coche al arrancar, palabras que no alcanza a comprender. Se lo llevan a un cementerio para enterrarlo vivo. Intenta moverse pero apenas hay sitio; grita pero no se oye ningún sonido. El coche sigue circulando, no se detiene. La muerte simplemente llega y se te lleva, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Qué fortaleza hay que tener para no venirse abajo, para no echarse a llorar y a chillar obscenidades, para no arrancarle a Schuettler sus ojos de serpiente, para no empujar al rabino a la fosa, al rabino Klopstock, que sabe perfectamente lo que hay en el ataúd. Hace falta una gran fuerza; allí está ella, al borde de la sepultura, Olga Averbuch, la hermana del difunto, porque sin ella toda aquella farsa de clausura y unidad se desmoronaría y precipitaría en la sepultura de Lázaro de un modo muy similar a lo que ocurre con las raíces en las que el rabino Klopstock tropieza y que a punto están de hacerle caer al agujero. El dolor parece horadar la cabeza de Olga; quizás la pena cause inflamación cerebral.

La víspera de la *bar mitzvah* de Lázaro, Olga y él habían salido a dar un paseo. Él había dicho que quería hablar de la vida. Siempre se lo tomaba todo muy a pecho. Quería hablar de los misterios de la

Torá, de sus estudios, de su alocución a los feligreses: «¿Por qué empieza el día judío con la puesta de sol?». Pero aquel día se habían limitado a pasear juntos tranquilamente, sin hablar de nada; era el último día de su niñez. Se habían detenido en la tienda del señor Mandelbaum para que Olga le comprara unos dulces, pero éste le había regalado una piruleta de esas que dibujan una espiral bicolor. Se sentaron en el banco de fuera y Lázaro se dedicó a lamer la piruleta metódica y enérgicamente, como si la primera tarea de su recién adquirida mayoría de edad consistiera en acabar con ella lo antes posible.

Se le arrasan los ojos en lágrimas que ruedan por sus mejillas, y un sollozo escapa de su pecho. Por un momento, se ve obligada a apoyarse en la rodilla izquierda, que deja una mella en el barro. Taube la sostiene; Olga nota sus manos en el hombro y la espalda, y ya nada parece real. Lo único que ve es a Lázaro lamiendo la piruleta bicolor, el tenue bozo que le asoma por encima del labio, y empieza a aullar incesantemente: Lázaro… como si llamándolo por su nombre de pila pudiera devolverle la vida. Pero Lázaro no se levanta.

Vencida la cabeza, la desconsolada judía lloró sobre la tumba de su hermano, quien al fin descansa en paz. Por fin ha alcanzado la otra orilla y se encuentra más allá del maligno alcance del anarquismo y sus incendiarios propósitos de poner fin a pretendidas injusticias sociales. Y para despedirlo junto a ella acudieron muchos de los judíos más ilustres de Chicago: allí estaba el buen rabino Klopstock, así como Mendel, el acaudalado mercader, y tampoco pasó desapercibida la presencia de Eichgreen y Liss, líderes de la comunidad judía local. Había asimismo un gran número de anónimos correligionarios de Averbuch, quienes no obstante escogieron el camino del patriotismo y la lealtad en lugar de los senderos ensangrentados del anarquismo y el caos. Habían ido hasta allí para

despedir no sólo al desdichado Lázaro sino también, con toda seguridad, los incidentes que amenazaban con segregarlos de sus conciudadanos estadounidenses. Pero a sus espaldas, como si quisieran recordarles el peligro que acecha en todo momento, se alzaba el cortejo fúnebre del descontento más profundo, de aquellos que no han renunciado a la esperanza de que el joven Lázaro se convierta en un mártir de sus causas homicidas. Allí estaba Ben Reitman, decano de los vagabundos y famoso consorte de la Reina Roja, Emma Goldman; allí estaban también los jóvenes anarquistas de Edelstadt, sus ojos semíticos velados por la ira. Y junto a los tristemente célebres líderes anarquistas se agolpaba un gran número de indeseables, sin duda planeando nuevas conspiraciones.

Una vez concluida la *kaddish*, después de que los terrones de tierra empiecen a desmigajarse y caer sobre el ataúd, después de las interminables condolencias, después de que las rodillas de Olga vuelvan a flaquear de rabia y agotamiento, Taube la acompaña hasta el coche con ademán protector. Schuettler, que aprieta el paso hasta alcanzarlos tratando de parecer amistoso y compasivo, se coloca al otro lado de Olga. William P. Miller corretea tras ellos, el rostro sonrojado, el bloc de notas en la mano, sus nuevos gemelos reluciendo en las muñecas.

La mera presencia del subjefe Schuettler en aquel oscuro y solemne ritual judío avalaba el dominio de la ley y el orden. Precisamente porque estaba allí, impartiendo las órdenes necesarias con una simple mirada, el sepelio del desdichado Lázaro fue un acto digno, despojado de inamisibles excesos anarquistas. Hay que decir en voz alta que la implacable lucha del subjefe de policía contra la lacra del anarquismo extranjero no le impedía sentir compasión ni lo hacía insensible al sufrimiento ajeno. Siendo como es un perfecto caballero, ofreció su brazo a la hermana del difunto, quien, sin duda necesitada de paternal sostén, aceptó apoyarse en él para regresar a su vida, dejando atrás la morada eterna de su hermano menor. «Gracias, subjefe Schuettler. Gracias por su amabilidad y ayuda», le dijo ella con los oscuros ojos arrasados en lágrimas. «Que vuelva a

reinar la paz», contestó él, y sus palabras bien podrían haber ido dirigidas a todos los ciudadanos de Chicago.

Alguien abre la tapa del ataúd con ayuda de una palanca; a continuación, retiran el cadáver que descansa sobre Isador. El resplandor vuelve a cegarlo, pero cuando los ojos se le acostumbran a la luz distingue a los dos hombres y a unos pocos más, apostados en torno a él, observando el ataúd en silencio como si meditaran sobre su propia mortalidad. Isador se incorpora, mira a su alrededor.

—¿Estoy muerto? —pregunta en alemán.

Los hombres se ríen de él, y luego lo ayudan a salir del ataúd. Tiene las piernas dormidas, así que lo llevan hasta la mesa y lo sientan en la silla. Se hallan en una especie de sótano; huele a barro y a moho; no se ve apenas nada en los rincones oscuros. El cadáver se encuentra en el suelo, tendido junto al ataúd; tiene el rostro blanco como la nieve, surcado de marcas oscuras, hinchado como una vejiga; sus ojos son dos manchas negruzcas. Isador tarda un rato en reconocer a Isaac Lubel. Los dos hombres levantan a Isaac, tieso y rígido como una tabla, y lo vuelven a dejar en el ataúd.

—Isaac —dice al coro de hombres—. Ése de ahí es Isaac Lubel.

—Ése de ahí era Isaac Lubel —corrige el hombre del bigote—. Ahora ya no es nada.

Taube abre la puerta del coche para que Olga suba a su interior. El conductor se sacude la modorra, se incorpora en el asiento y pone las manos sobre el volante. Olga hace caso omiso de Schuettler y Miller, que no se marchan y fingen conversar con ella de cara a la galería. Schuettler se despide de ella quitándose el sombrero, el muy *shvants*. Miller se dedica a exhibir su estúpida y optimista sonrisa. Taube habla por la bocina para ordenar al conductor que arranque, y el vehículo no tarda en alejarse. Miller llega incluso a decir adiós con la mano. Hebras de pelo reptan por el cuello del conductor y desaparecen bajo un bombín. Éste acelera de tal modo que Olga

nota una presión en el estómago vacío y se aferra al asiento, aterrada. La velocidad le da miedo; el mundo se adhiere a la ventanilla, borroso y desdibujado; todo desaparece por momentos.

Querida madre,
Confío en que sabrá perdonarme, pero he elegido la vida a la muerte. Dios velará por los muertos. Nosotros debemos velar por los vivos.

—Gracias, *fräulein* Averbuch —dice Taube, y suspira—. Ha sido un acto de gran heroicidad por su parte. Le estaremos eternamente agradecidos por su sacrificio.

Pues el subjefe Schuettler sabe que esta ciudad ya ha sufrido bastante. Ha soportado la presencia contaminante de los elementos foráneos que desembarcaron en estas acogedoras orillas sin la menor intención de contribuir al bien común, sino para odiar y violar. ¿Acaso no ven la grandeza de nuestro país? ¿Acaso no pueden alimentar a sus familias con el pan, por muy reseco que esté, que se ganan en las fábricas y fundiciones de Chicago? ¿Acaso no llegaron hasta aquí huyendo de la locura del genocidio, de la implacable persecución de la que eran víctimas en su propia tierra natal? ¿Acaso no hallaron aquí libertades hasta entonces inimaginables, entre ellas la de regresar al lugar, cualquiera que sea, del que vinieron si tanto lo desean? ¿No pueden compartir nuestras nobles intenciones? ¿Acaso no ven que disponen de una oportunidad única para formar parte de un pueblo que se esfuerza de un modo natural por alcanzar la libertad y la excelencia, por alcanzar una grandeza capaz de eclipsar las sangrientas hazañas de los imperios pretéritos?

Esta acogedora ciudad ha sufrido mucho, pero todas las vidas segadas lo habrán sido en vano si no las redimimos y sabemos extraer algo bueno de su desaparición. De los huesos de los muertos se alzará un nuevo esplendor. Duerme ahora, amada Chicago, pues tus enemigos están acorralados y tus ciudadanos pueden al fin prosperar en el suelo abonado de la ley y el orden.

Olga tiene el estómago revuelto y vomitaría si tuviera algo que vomitar. El coche derrapa en los charcos de barro, nunca demasiado lejos del muro del cementerio. El sombrero de Taube rebota en el asiento, entre ambos, como si hubiera un conejo en su interior. Olga lo levanta, pero no hay nada debajo.

—Según lo acordado, su amigo Maron se halla a salvo en un lugar seguro. Confiamos en poder hacerlo desaparecer sin dejar rastro al otro lado de la frontera con Canadá, dentro de un día o dos, cuando se hayan calmado los ánimos. Seguramente está comiendo o bañándose en este mismo instante. Mis hombres se encargarán de que no le falte de nada. No volverá usted a verlo jamás. En honor a la verdad, debo decir que me habría gustado verlo entre rejas, o por lo menos que le dieran un buen escarmiento. Es uno de esos jóvenes que nunca han sabido ver el gran futuro que nos depara este país. Ven el presente y nada más que el presente. En su ceguera, son incapaces de imaginar un futuro común.

—*Herr* Taube —gime Olga—. Por favor, cállese. Se me están revolviendo las tripas. Por favor, no hable.

Taube guarda silencio. Tiene las mejillas sonrojadas y no puede evitar mover la rodilla arriba y abajo de puro regocijo; otro trabajo bien hecho. Mira hacia fuera y ve una pequeña llanura en la que la maleza languidece entre absurdas cercas; una bandada de pájaros surca el cielo, aleteando sin orden ni concierto hacia el horizonte despejado.

El coche la llevará hasta el gueto, pero Olga pedirá a Taube que le deje apearse una manzana antes de llegar a su casa, para que pueda regresar sin llamar la atención. El sol se pondrá y, por primera vez, se percatará de que el ocaso desdibuja la forma de las cosas. El *politsyant* se marchará. La casa de los Lubel quedará vacía. Su propia casa estará fría y desierta. La noche caerá, densa e ilimitada. No encenderá el candil, no verá las sombras. Se sentará a la mesa y no dirá nada; dejará que la nada se asiente a su alrededor como la nieve que cae.

Antes de llegar a Sarajevo me tocó pasar por un infierno de dolor: toda la noche sentí unas punzadas terribles en la mano y notaba como iba perdiendo sensibilidad en ella hasta tener la sensación de que pertenecía a otra persona. Rora pasó la mayor parte del viaje en tren hasta Belgrado fumando por fuera del coche cama que compartíamos. Luego durmió en el autobús que nos llevó hasta Sarajevo. Era como si me hubiese dicho todo lo que podía decirse, como si hubiese agotado sus sentencias. Sólo cuando el autobús descendía hacia el valle gris de Sarajevo y avistamos la ciudad, agazapada bajo la espesa niebla matinal, osé preguntarle:

—¿Te inquieta algo?

—¿Como qué? —repuso.

—Como Rambo, por ejemplo.

—No —contestó.

—¿No te preocupa nada?

—Lo que tenga que ser, será.

Para cuando llegamos a la estación de autobuses tenía la mano abotargada y de varias tonalidades de azul, como si perteneciera a un cadáver. Rora no consintió que cogiera un taxi desde la estación hasta el hotel, sino que insistió en que lo acompañara caminando hasta el hospital general de Sarajevo, en el que trabajaba su hermana pero quedaba a unos dolorosos minutos de distancia. Se le metió entre ceja y ceja que Azra tenía que echarle un vistazo a mi mano, quizás porque se sentía responsable de todo lo que había pasado con Seryozha, mientras yo, trastornado por el dolor que no cesaba, repetía una y otra vez que todo se arreglaría. No podía

olvidar el delicioso sonido de la cara de Seryozha al resquebrajarse; el dolor bien valía la pena.

Rora arrastró mi maleta mientras yo acunaba la mano rota con el brazo contrario. Caminar junto a él por una calle de Sarajevo bautizada en honor a un poeta muerto era una experiencia extraña. Todo seguía tal como yo lo recordaba, y sin embargo todo había cambiado por completo; me sentí como un fantasma. La gente se cruzaba conmigo sin dedicarme una sola mirada; era un hombre corriente e insignificante, cuando no perfectamente invisible. Evoqué mi vida anterior, la vida en la que había recorrido aquella misma calle montado en una bici, y en la que los chicos me apedreaban de camino a la escuela; la vida en la que había escrito obscenidades de fuerte carga política en el muro del colegio; la vida en la que había robado chucherías sin el menor esfuerzo en una tienda atendida por un anciano ciego y empecinado en negarse la ceguera a sí mismo y a los demás. Nadie parecía recordarme. El hogar es allí donde tu ausencia no pasa desapercibida.

Pasamos por delante del guardia de seguridad del hospital, que estaba viendo un culebrón latinoamericano, subimos por la escalera (el ascensor estaba estropeado), repleta de pacientes que fumaban, enfundados en descoloridos pijamas, y dimos con el despacho de Azra al final de un largo pasillo con aspecto de túnel. Rora entró sin llamar y yo lo seguí y cerré la puerta a mi espalda con el pie, como cualquier matón que se preciara.

Siempre había querido ver a Mary operando, ver cómo sus diestras manos serraban un cráneo, cortaban huesos y sesos. Me gustaba imaginar que era testigo de su total concentración, que la veía con las manos metidas hasta las muñecas en el cerebro de otra persona mientras exudaba su silencioso poder a través de la bata quirúrgica manchada de sangre. Pero jamás consintió que entrara en el quirófano. Iba contra las normas, y a Mary le costaba mucho violar cualquier norma. Sí que me dejaba hacerle montones de preguntas sobre las operaciones, pero respondía a regañadientes, de

forma vaga, amnésica. Había mundos enteros que eran sólo suyos y a los que yo no tenía acceso, y jamás me permitiría imaginarlos.

De vez en cuando tenía ocasión de pisar su despacho, casi siempre por sorpresa, atormentado por la descabellada posibilidad de que un apuesto anestesiólogo se la estuviera tirando entre operación y operación. Una vez me presenté en el hospital para recoger las llaves de casa, pues había perdido las mías tras unas copas de más, y cometí la cursilada de llevarle una rosa. Mary no vio con buenos ojos que me presentara en su despacho en estado de embriaguez; dejó la rosa sobre el escritorio sin mirarla siquiera. Había violado la pulcritud de sus dominios; había perturbado el orden establecido. Evitaba mirarme a los ojos y se afanaba en recolocar los objetos alrededor de la rosa. Mientras hablaba por teléfono, me dediqué a curiosear entre los cajones del armario. Abrí uno y no había nada en su interior a no ser una caja de ampollas —una sola caja precintada— colocada en el exacto centro del cajón. No estaba vacío ni desordenado, sino lleno de lo que se suponía que debía estar lleno. Ahora comprendo que aquel cajón era la sede de su alma. No le gustaba que la mirara, así que cerré el cajón.

Sobre el escritorio de Azra había varias pilas de objetos y papeles; sus gafas descansaban en decúbito supino en lo alto de una de las pilas. En la pared, un póster descolorido de antes de la guerra advertía de los riesgos comparativamente insignificantes de no lavar la fruta y las verduras. Junto a éste había un pequeño espejo que, por extraño que resulte, no parecía fuera de lugar. Sobre el alféizar descansaba un cactus rechoncho del tamaño de una clementina. Bajo el escritorio, un par de zapatos de tacón bajo, uno de ellos acostado de lado, como un perro dormido. Azra llevaba zapatillas blancas de hospital; tenía los pies largos y estrechos, los talones pequeños, los tobillos delicados. Se puso de puntillas para besar a Rora en la mejilla; él apretó la barbilla contra su sien y le estrechó los hombros. Yo le tendí la mano izquierda, y aquel torpe apretón de manos estableció una intimidad momentánea entre ambos. La sede de su alma eran aquellos ojos de un intenso verde

marino. Por algún motivo que se me escapa, me recordaba a Olga Averbuch.

Olga y Lázaro se sentaron por fuera de la tienda del señor Mandelbaum la víspera de su *bar mitzvah*. Él se dedicaba a lamer una piruleta metódica y enérgicamente, como si la primera tarea de su recién adquirida mayoría de edad consistiera en acabar con ella lo antes posible. No podía estarse quieto, balanceaba los pies y se movía sin cesar, rebosante de vida e ilusión. La gente que pasaba los saludaba: el señor Abramowitz y el señor Runic y la chica de los Golder. Él le sonrió, ella apartó la mirada; Olga se dio cuenta de que aquello podía ser el inicio de un noviazgo. Hacía un día espléndido y todo el mundo parecía disfrutar del mero hecho de estar vivo. Hasta el feo de Israel Shalistal les deseó buen día.

Azra tocó mi mano rota; el tacto de sus dedos resultaba agradablemente fresco. La volvió hacia arriba despacio —hice una mueca de dolor sólo para sus ojos— y deslizó las yemas de los dedos por el borde de la palma. Me pidió que moviera los dedos y no fui capaz. El sol matutino acariciaba la ventana, las brumas reptaban por las laderas de Trebević. Veía las calles de Marin-dvor extendiéndose hacia el invisible río, y en un absurdo *déjà vu* lo reconocí como el barrio en el que había nacido y crecido. Estaba en algún sitio; por fin había aterrizado en Sarajevo. Azra tomó mi mano entre las suyas; tenía las palmas cálidas. No quería que me soltara.

—Está rota —sentenció.

—Lo sé —repuse—. Lleva un rato así.

Me envió dos plantas más abajo, a que me hicieran una radiografía. Me perdí por el camino; entré en una habitación en la que había una familia entera reunida alrededor de un hombre que se hallaba sin duda en su lecho de muerte y desde su extrema palidez alzaba los ojos hacia los parientes cariacontecidos y descaradamente sonrosados. Bajé hasta la última planta y volví a subir, dejando atrás a los mismos pacientes, fumando cigarrillos recién encendidos. Finalmente di con la sala de rayos X, atendida por una única enfermera flacucha que tenía la radio puesta y escuchaba lastimeros

temas de música tradicional a todo volumen. La enfermera apagó su cigarrillo y sacó una pila de placas de rayos X. Me miró la mano y afirmó con cierto regocijo:

—Está rota.

Parecía emocionada por nuestras comunes perspectivas radiológicas. Tenía el pelo desgreñado; no llevaba pendientes, pero había un gran orificio en cada uno de los lóbulos de sus orejas; no paraba de pasarse la lengua por los labios; su voz sonaba ronca a causa del tabaco, y por tanto afectuosa. Puse la mano sobre una placa y mientras la ajustaba y colocaba en distintas posiciones, me lanzó una batería de preguntas. Lo confesé todo: le revelé cómo había acabado en América, cómo era mi vida de escritor allí; le hablé de mi viaje con Rora, el hermano de la doctora Azra Halilbašić, de mi regreso a Sarajevo. No mencioné a Mary. Para cuando terminó de hacerme la radiografía, se sentía en todo el derecho de darme consejos.

—Quédate —dijo—. Éste es tu hogar. Deberías casarte con una mujer de aquí. En América no tienes ningún futuro. Tu corazón está aquí. Allá detestan a los musulmanes. No les gusta nadie a no ser ellos mismos.

No podía decirle que no era musulmán, pero le di las gracias por sus amables palabras y le prometí que tendría en cuenta su sugerencia.

—Las placas estarán en el despacho de la doctora en media hora —aseguró.

Cuando llegaron las radiografías, Azra me enseñó en la caja de luz los puntos en los que me había roto la mano: la grieta en zigzag interrumpía la homogénea blancura del hueso; en conjunto, resultaba bastante abstracto y elegante. «Eso soy yo, pensé, esos frágiles y descoloridos huesos». Rora observó las radiografías con gran detenimiento, como si también fuera médico, e iba asintiendo como si viera en ellas lo que esperaba ver. A lo mejor le había explicado a Azra cómo me la había roto, pues ésta no me preguntó nada. Sin embargo, anhelaba una oportunidad de describir el heroico

castigo que le había infligido al chulo moldavo; quería hacer gala de mi fuerza y superioridad moral, de mi siempre vigilante hombría. Azra llevaba un perfume llamado Magie Noire; al mismo tiempo, el despacho despedía un inquietante olor a desinfectantes, de lo que se deducía que el derramamiento de sangre era algo habitual en él. Mientras ella me entablillaba la mano y me la envolvía con una venda que olía a sobaquina, Rora me retrataba haciendo muecas de incomodidad; parecía tener afición por sacarme en situaciones embarazosas. No le pedí que se detuviera; salir en la misma foto que Azra se me antojó una forma, por extraña que fuera, de acercarme a ella. Llevaba al cuello una cadena de oro y un colgante con forma de lirio que descansaba en el hoyuelo que se le formaba allí donde terminaba la garganta. La imaginé posando de pie con una falda de terciopelo morada, el pelo recogido en lo alto de la cabeza.

—La próxima vez que te dé por partirle la cara a alguien —comentó en tono irónico—, usa los codos o la frente. Quizás la pierna de una mesa o una palanca de hierro. Las manos son frágiles, muy frágiles, y sólo tienes dos.

Me dijo que volviera cuando se me hubiese pasado la hinchazón para que me enyesara la mano.

Me acompañaron los dos hasta la puerta del hospital. Yo ya no tenía casa en Sarajevo —mis padres habían vendido el piso para costear su exilio en América—, así que había reservado habitación en el hotel Sarajevo. Les dije que tenía intención de pasar unos pocos días a mi aire, sin hacer mucho más que pasearme por las calles, encontrarme con viejos conocidos y recordar nuestros viajes y tribulaciones en un estado de tranquilidad inducido por los calmantes. Si aquello fuera una peregrinación, habría llegado el momento de detenerme a contemplar mi vida y mi lugar en el gran lienzo metafísico. Los hermanos Halilbašić me desearon suerte. Rora y yo acordamos vernos para tomar un café al cabo de un par de días. Azra me urgió a quedarme en la casa familiar; no le parecía bien que, al volver a Sarajevo, me alojara en un asqueroso hotel. Le dije que me lo pensaría y me subí a un taxi.

—Llama si necesitas algo —dijo.

—Estamos en contacto —contesté.

El taxista, que no tenía más dientes de delante que un par de enormes paletas, exigió que me abrochara el cinturón pero no me molesté en hacerlo. Él, por su parte, no disimuló su odio hacia mí y no dejó de insistir y de insultarme (no quería mancharse las manos con la sangre de un imbécil) hasta que me abroché con gesto desafiante justo antes de que nos detuviéramos delante del hotel Sarajevo. Entregué mi pasaporte americano al recepcionista pero le hablé en bosnio.

—Bienvenido a casa, señor —dijo—. El desayuno se sirve entre las siete y las diez.

A la mañana siguiente me quedé un buen rato contemplando el techo; mientras tomaba café me enfrasqué en la lectura del diario, más concretamente en los últimos datos sobre delincuencia callejera y las andanzas de famosos que no tenían dos dedos de frente; luego salí a dar una vuelta. Me regocijé al notar el suelo de Sarajevo bajo mis pies; el asfalto de sus calles resultaba más blando que el de ninguna otra ciudad del mundo. Subí hasta Jekovac para contemplar la ciudad, extendiéndose desde los confines del valle hacia la mole del monte Igman. Me atiborré de pastas por toda la Baš Čaršija. Bebí a grandes tragos el agua fresca de la fuente que se alza frente a la mezquita de Gazihusrevbegova. Saludé a los conocidos y a algún que otro transeúnte ocioso como yo. Nadie me preguntó de dónde era, ni expresó su admiración por mi acento exótico, ni mi cultura lejana. Me senté a descansar en un banco a orillas del Miljacka, en cuyos remolinos cabeceaban desesperadamente varias pelotas de fútbol. Me encontré con Aida, que me dijo: «Hace tiempo que no te veía, ¿dónde has estado?», y se me llenaron los ojos de lágrimas y la abracé. Habíamos salido juntos en el instituto; no la veía desde hacía unos veinte años.

Más tarde, aquel mismo día, llamé a Mary a regañadientes y me sentí muy aliviado al no dar con ella. Cuando por fin lo logré, me dijo que George estaba ingresado en el hospital; al parecer, el cáncer se

había extendido al estómago y el cerebro. La cosa no pintaba bien. Le envié toda mi fuerza y le aseguré que siempre estaría a su lado. Pero al decirlo se me ocurrió que, en realidad, nunca estaría a su lado, pues siempre estaría allí, donde estaba mi corazón.

Mary era capaz de coger una cucaracha con la mano, pero los gorriones le daban miedo. Le encantaban el bróculi y los bistecs sanguinolentos y las zanahorias, pero no le gustaba el helado ni el chocolate. Sus libros preferidos eran *Sentido y sensibilidad* y *Matar a un ruiseñor*. A veces, cuando oía música, seguía el compás tamborileando con los dedos sobre la rodilla, pero lo negaba con todas sus fuerzas si yo se lo recordaba. Tenía querencia por prendas demasiado holgadas y pasadas de moda, pero poseía un impecable gusto fetichista para los zapatos. Las orquídeas y las cebolletas la hacían estornudar. Las cejas pobladas le resultaban de lo más sexy. Se ponía dos cucharaditas de azúcar en el té, una en el café. Prefería el bourbon al vino. Jamás lograba recordar el nombre de su película preferida de todos los tiempos *(Sólo el cielo lo sabe*). El deporte no le interesaba lo más mínimo, a excepción del patinaje artístico y el boxeo (George solía llevarla a los combates). Cuando íbamos a un karaoke elegía a menudo el tema *Hungry Like the Wolf*. Su recuerdo más querido era de unas vacaciones en Florida en las que había aprendido a nadar. Tenía nueve años; con el estómago apoyado en la palma de la mano de George, chapoteaba a lo loco hasta que se dio cuenta de que su padre la había conducido hasta la zona más profunda de la piscina y la había soltado. De niña había querido ser bailarina, exploradora, veterinaria, diseñadora de zapatos y congresista, por ese orden. Al morir su abuela, lloró durante meses y arrancó los ojos a todas sus muñecas. Perdió la virginidad a los veinte años, estando en la universidad; él acabaría convirtiéndose en el jefe de anestesiología del Centro Médico de la Universidad de Columbia. Enterrada entre mi equipaje había una foto de Mary picando cebollas en la cocina con su delantal de nenúfares puesto y el rostro bañado en lágrimas. Se las había limpiado con el antebrazo, sonriendo alegremente, mientras asía un

cuchillo del tamaño de un machete. Cuando tenía once años, su cachorro se murió y pidió que lo disecaran, pero George tuvo una charla con ella, le explicó que el alma del perrito ya estaba en otra parte, que el cuerpo sin el alma estaba vacío, que era natural que la carne se pudriera y se convirtiera en polvo. Mary era como todos los demás porque no había nadie como ella.

Un par de días más tarde, estaba Rora sentado en la soleada terraza de la cafetería que hay en la calle de la catedral, bebiendo a sorbos su café de la mañana, hojeando sin demasiado empeño las farragosas páginas de las noticias locales, ligando con jóvenes ligeras de ropa gracias a su cámara, disfrutando de haber vuelto, esperándome, cuando un joven cachas con un tatuaje de alambre de púas enroscado alrededor del bíceps derecho y pendientes en ambas orejas (o al menos así lo describieron los pocos testigos antes de olvidar lo que habían visto), cuando un joven cachas apretujó su musculoso trasero entre las endebles sillas de plástico y las frágiles mesas para acercarse a Rora y descargar su arma, siete balas en gratuita sucesión, para descargar su arma en el cuerpo de Rora, que intentaba levantarse contra toda lógica. Y entonces Rora se desplomó, y el joven cogió su cámara y se alejó tranquilamente mientras la cafetería se desintegraba en partículas presas del pánico. Para cuando llegué hasta él, todo el mundo se había evaporado. Rora estaba solo, desangrándose en medio de un océano venoso, entre las sillas y mesas desperdigadas, entre los bolsos y sandalias y cigarrillos encendidos que se habían quedado atrás en la retirada. Y para colmo de ironías, *Staying Alive* sonaba a todo trapo desde un móvil.

Murió antes de que llegara hasta él. Los camareros salieron a fumar a la vez, alineados contra la pared, para saciar su curiosidad; los transeúntes aminoraban la marcha para mirar boquiabiertos. Deseé haberlo cogido entre mis brazos mientras exhalaba el último suspiro. Me habría gustado oír sus últimas palabras, haberle dicho

algo, aunque no le sirviera de consuelo ni tuviese sentido alguno para él. Pero me limité a inclinarme sobre él para observarlo; la nariz había saltado por los aires, tenía sesos esparcidos por el pelo rizado, no quedaba ni rastro de sus ojos, el océano de sangre se expandía mucho más allá de mis zapatos. Su cámara no estaba allí, él no estaba allí, yo sí estaba allí.

Y entonces llegó la policía. Antes incluso de que nadie me preguntara nada, informé ansiosamente al joven subinspector de policía, que llevaba una camiseta de Kappa y lucía un elaborado contorno de vello facial a modo de barba, que la hermana de Rora, Azra Halilbašić, trabajaba en el hospital general de Sarajevo y había que avisarla cuanto antes.

—¿Y usted quién es? —me preguntó.

—Un amigo.

—¿Dónde vive?

—En el hotel Sarajevo.

—¿Cómo se llama?

—Vladimir Brik.

—¿Vladimir qué?

—Brik.

—¿Qué clase de apellido es ése?

—Es una historia muy larga —respondí.

Cuando por fin me preguntó si había visto algo, le dije que no, no había visto nada.

Resultó que los camareros tampoco habían visto nada; la joven que volvió para recuperar sus bolsos de imitación de marca tampoco había visto nada; los jóvenes cachas que volvieron a por sus cigarrillos y teléfonos móviles tampoco habían visto nada; y las pocas personas que en un primer momento habían visto algo, a la hora de la verdad tampoco habían visto nada. Yo se lo repetí todo a la periodista del *Dnevni Avaz*, una mujer tan joven y atolondrada que más parecía una adolescente haciendo un trabajo para el instituto. Apuntó mi nombre y escribió *ništa* (nada) al lado. El subinspector volvió para advertirme, como en una novela policiaca

barata, que no abandonara la ciudad. «¿Dónde iba a ir?», le repliqué. Nadie parecía especialmente conmocionado por el asesinato, como si Rora hubiese muerto a causa de un accidente de tráfico.

—¿Quién cree que lo ha hecho? —pregunté al subinspector, que no se molestó en reprimir una carcajada.

—¿Ha sido usted? —replicó.

—No —contesté—. Por supuesto que no.

—¿Y entonces, qué más le da?

Al día siguiente acudí al funeral, como exigía mi sentido del deber y la lealtad; Azra era la única mujer entre la pequeña y silenciosa congregación masculina. Busqué al asesino entre los presentes, quizás el mismísimo Rambo. Había unos pocos hombres con la cabeza rapada y el rostro lo bastante curtido para imaginarles una vida al margen de la ley, pero sus ojos transmitían verdadero pesar. En el otro extremo de la multitud reconocí al subinspector, luciendo el mismo chándal de la víspera. Nadie hizo un discurso, no hubo nada parecido a una ceremonia solemne. Agachados junto a la tumba, los hombres farfullaban sus oraciones con las manos vueltas hacia arriba y luego se tocaban el rostro con las palmas; la tierra excavada se había secado al sol e iba cayendo al agujero. No sabía qué hacer exactamente, así que observé a Azra e hice todo lo que ella hacía. Permanecí de pie, con las manos cruzadas a la altura de las ingles, cuando los hombres se pusieron de cuclillas; dejé caer un terrón de tierra sobre el ataúd después de que ella lo hiciera. Por suerte, no rompió a llorar ni se desmayó; conservó el semblante sereno, a no ser por la barbilla, que le temblaba. Todo pasó deprisa; nadie se regodeó en falsas cavilaciones acerca de la mortalidad, las cenizas y el más allá. Me acerqué a Azra para darle el pésame y me miró como si no me reconociera. Quizás no lo hizo; sólo me había visto una vez, antes de que su realidad se viera alterada para siempre.

Volví a mi habitación de hotel, me atiborré de somníferos y llamé a Mary. Le conté lo del asesinato y el funeral con palabras incoherentes y luego sollocé al teléfono mientras ella permanecía en silencio al otro lado. Después dijo que tenía que entrar en el quirófano y colgó sin hacer ruido, pero yo seguí llorando a moco tendido hasta que me enjugué las lágrimas e intenté redactar una carta con la mano izquierda, la que no estaba rota. Eran muchas las cosas que quería contarle, pero no podía escribir nada.

No hay una manera buena de decir esto, Mary —quería escribirle —. *Rora ha sido asesinado a sangre fría, yo me he roto la mano. Por lo demás, estoy perfectamente y pienso mucho en ti. No recuerdo cómo solía ser mi vida, cómo he llegado hasta aquí. No sé en qué punto se desvaneció todo. Creo que me quedaré en Sarajevo durante un tiempo, puedo tirar de la beca de Susie hasta que mi mano se cure, hasta que me haya aclarado. Siento mucho lo de George. Espero que se mejore pronto. Estoy bien y pienso mucho en ti. ¿Por qué me has abandonado en este bosque?*

Y entonces me desperté y seguí imaginando la carta que escribiría. La mente me iba tan despacio que parecía que hubiese alguien haciendo inventario de todas mis pérdidas, penas y agravios, describiendo todas aquellas noches en las que escuchaba la irregular respiración de Mary mientras intentaba conjurar con palabras el dolor que latía en mi cabeza, mientras imaginaba una vida distinta para mí mismo, la vida de un hombre bueno y mejor escritor. Le hablé con urgencia de la lata de desdichas que había encontrado en la cocina y del miedo que me daba tener hijos, y de cómo aquel viaje me había servido para darme cuenta de que no quería volver a América. Le dije que nunca tendría paz en Chicago y que no soportaría ver morir a George. Podía haber escrito páginas y más páginas enloquecidas de lo que habría sido el testamento de nuestro matrimonio. *Nunca te conoceré, nunca sabré nada de ti, lo que ha muerto en tu interior, lo que ha sobrevivido invisiblemente*, podía haber escrito. *Ahora estoy en otro lugar*.

Ni siquiera sabía dónde vivía Azra en el laberinto de callejuelas de la Baš Čaršija. Según las costumbres locales —nuestras costumbres— yo debía acudir a visitarla a la casa de duelo, que seguramente estaría repleta de amigos, parientes y conocidos. ¿Y quién era yo? Quería ir a verla; Rora nos había unido. Pero no lograba dar con su casa. Pregunté aquí y allá en las calles de la ciudad vieja por la casa de Azra Halilbašić. La mayoría de las personas a las que pregunté no sabían dónde quedaba; algunas sí lo sabían pero no querían decírmelo, pues consideraban que era su deber proteger a Azra de los extraños. Finalmente, llamé a su puerta y hube de pasar por una serie de tías protectoras y hombres anónimos hasta poder ofrecerle mi más sentido pésame y recordarle que era el compañero de viaje de Rora cuya mano rota había sido tan amable de curar. Me preguntó cómo estaba. Estaba incluso más hinchada que la semana anterior, y algo más azulada, también. Me dijo que fuera a verla al hospital al día siguiente, que estaría de guardia en urgencias.

—Gracias. Todo esto debe de ser muy duro para ti —comenté.

—Nos vemos mañana —contestó.

En la sala de espera de urgencias hice cola junto a un ciclista con alguna extremidad rota, una esposa maltratada, un borracho que se había abierto la crisma y un chico que se había rebanado la cara interna de las mejillas al intentar tragarse una hoja de afeitar; nos unía un dolor colectivo, ocasionalmente expresado mediante un gruñido individual. Desde algún punto situado más allá de las muchas puertas que veíamos, llegaban gritos desgarradores. Un cuerpo en estado lamentable fue conducido a toda prisa por las puertas de vaivén; una bolsa de sangre oscilaba por encima del cuerpo, como una bandera mojada.

Entre lametazo y lametazo a su piruleta de colores, Lázaro pregunta a Olga si ama a alguien. Sí, contesta ella. Lázaro le pregunta si va a casarse con él. Lo más probable es que no, contesta ella.

—¿Por qué no?

—Porque a veces no podemos controlar nuestra propia vida, y ésta nos mantiene alejados de aquellos a los que amamos.

—¿Alguna vez te ha dado por imaginar una vida distinta a ésta?

—Sí, a todas horas.

—¿Una vida mejor?

—Sí, una vida mejor.

—Yo imagino mi vida como algo grande, tan grande que no puedo ver su final. Lo bastante grande para que quepa en ella todo el mundo. Tú estarás en ella, y mamá y papá, y gente a la que no conozco y ni tan siquiera he visto jamás. Yo estaré en ella. Como si lo viera. Tengo la imagen grabada en mi mente. Es un campo en flor, tan abundante y compacto que podría zambullirme en él. Lo tengo delante de mis ojos ahora mismo, y no alcanzo a ver su final.

Una joven y ágil enfermera me llamó por mi apellido y corrí tras ella hasta una habitación destartalada repleta de pacientes tumbados en hamacas desperdigadas a lo largo de la misma. Encontré a Azra tras una cortina, en un espacio acotado en el centro de la estancia. Tenía una jeringa en la mano; creí que la estaba preparando para mí. Una anciana se retorcía en la hamaca, las manos clavadas en el estómago, presa de un dolor atroz; con la respiración entrecortada, gemía y farfullaba mientras los ojos se movían frenéticamente de un lado al otro, como si siguiera la trayectoria de su propio dolor. La enfermera la puso de lado sin demasiadas contemplaciones y le levantó el camisón. Vi el culo arrugado, los pliegues de piel cadavérica, las manchas rojas y marrones de los muslos; las pantorrillas atrofiadas; las llagas en los pies hinchados, de un tono azulado. Azra hundió la aguja en la nalga izquierda de la anciana; en cuestión de segundos, ésta se calmó y la enfermera volvió a ponerla boca arriba. Tenía los ojos en blanco, y el labio superior dejaba a la vista una encía desdentada; las paredes de sus orificios nasales eran finas como el papel. A mí me daba la impresión de que estaba

muerta, pero Azra no parecía inquietarse. Sabía distinguir la vida y la muerte.

—Ya está —le dijo a la anciana, que no podía oírla—. No tardará en sentirse mejor.

Nos fuimos al despacho del cirujano de guardia. Nada en aquella habitación hacía sospechar que era Azra la que estaba de guardia aquella noche, a excepción de los mismos zapatos de tacón bajo que descansaban debajo del escritorio. Me examinó la mano, doblándola y retorciéndola por más que yo aullara de dolor e intentara apartarla. Luego encendió la caja de luz y volvió a mirar mis radiografías, al tiempo que meneaba la cabeza. Me regocijaba al pensar que se preocupaba por mí. Mi mente perversa llegó incluso a desear que se viera obligada a operarme; me habría encantado que cortara mi débil carne, que hundiera el bisturí en ella hasta tocar el hueso.

—¿Qué ves? —pregunté.

—Veo lo que no quiero ver. Tienes que ponerte la mano sobre el corazón mientras duermes. Y seguramente vas por ahí con la mano colgando. Tienes que estarte quieto y hacer reposo.

—¿Ha sido Rambo, verdad?

—¿Qué ha sido Rambo? —preguntó mientras me curaba la mano con una bola de algodón empapada en alcohol.

Tenía la zona insensible, pero me daba cuenta de que lo hacía con delicadeza. Mi mano se moría. Mi mano sería la primera en morir, y luego la seguiría el resto de mi persona, una extremidad tras otra.

—Ha sido Rambo quien ha matado a Rora —insistí.

Azra pisó el pedal del cubo de basura para que se abriera la tapa y dejó caer la bola de algodón en su interior. El cubo estaba vacío.

—Lo hizo porque Rora sabía que él había matado a Miller —insistí.

—¿Quién es Miller?

—Sabes de sobra quién es Miller. Es el periodista americano con el que Rora trabajó durante la guerra.

Sus rizos relucían bajo la deslumbrante luz de neón. Por el pelo se notaba que Rora era su hermano.

—Miller, dices… —repitió, negando con la cabeza. ¿Qué te contó Ahmed?

—Rora me lo explicó todo. Me dijo que Rambo había matado a Miller porque tenía tratos con Beno. Que Rambo huyó de Sarajevo después de que lo operaran haciéndose pasar por un cadáver.

—¿Eso te contó?

—Rora tenía fotos que podrían servir como pruebas contra Rambo, las fotos de Miller muerto en el burdel de Duran. Sabía demasiado. Yo no entendía por qué ponía su vida en peligro volviendo a Sarajevo, pero daba por sentado que habría puesto los negativos a buen recaudo.

—Eres bastante listo, y lo tuyo es escribir, sin duda —concluyó—. Menuda imaginación.

—Y creo que fuiste tú quien operó a Rambo. Le salvaste la vida y estaba en deuda contigo. Pero al final debió de pensar que sería más seguro desembarazarse de Rora para siempre.

—Azra soltó una risotada, se quitó las gafas y se frotó los ojos —que aquel día eran de un verde aún más oscuro—, como si lo que le estaba diciendo le pareciera surrealista hasta la exasperación.

—Tienes razón —afirmó—. Operé a Rambo. Pero me limité a ponerle un parche para que se lo pudieran llevar a un hospital de Viena, cosa que hicieron, en un avión de Naciones Unidas con escolta gubernamental y una enfermera de cuyos servicios, la verdad, no podíamos prescindir en aquellos tiempos.

Volvió a ponerse las gafas.

—En lo que respecta a Miller, lo último que supe de él es que se había ido a Iraq de enviado especial. Vino a Sarajevo no hace mucho, me llamó. Estaba de paso, se iba de vacaciones a París. Me preguntó por Ahmed. Le dije que estaba en América y le di su número de teléfono. Desde entonces, no he vuelto a tener noticias suyas.

—Todo eso me resulta un poco difícil de creer —repliqué.

—Es la verdad.

—¿Y entonces quién mató a Rora?

—Un chico con un arma —contestó—. La policía lo ha detenido hoy. Quería la cámara, quería presumir de pistola, apretó el gatillo sin querer y siguió disparando. Eso es lo que ha explicado a la policía. Iba puesto hasta las cejas. Vendió la cámara para comprar droga. Lo encontraron durmiendo la mona en la ribera del Miljacka. En un primer momento, ni siquiera recordaba lo que había hecho.

—Me cuesta creerlo. Rora sabía demasiado. Las cosas ocurren por algún motivo.

Azra sonreía con los ojos anegados en lágrimas. Mis escasas luces y mi credulidad debieron recordarle a su hermano, el tiempo que habían compartido, las historias que él le habría contado. Para ella, era evidente que Rora me tenía hechizado.

—¿Qué más te contó?

—Me contó que tu marido te abandonó para unirse a los chetniks.

—Eso es verdad. Mi marido me abandonó para poder dispararme, a mí y a toda mi familia, hasta que la muerte nos separara. Eso sí es verdad.

—Bueno, al menos hay algo de verdad en todo esto.

—Siempre hay algo de verdad —repuso.

—Me quedaré en Sarajevo algún tiempo —anuncié.

—Quédate todo el tiempo que quieras.

—No puedo irme ahora mismo.

—Entiendo —asintió—. Entiendo.

—¿El chico se llevó también los carretes?

—No —contestó—. Ahmed los había dejado en casa.

—Eso está bien.

—Eso no cambia nada.

—Lo siento.

—No tienes por qué —repuso Azra—. Ahora vamos a ocuparnos de tu mano. La necesitarás para escribir.

Nota bene
Entrevista a Aleksandar Hemon
Richard Wirick

La segunda novela de Aleksandar Hemon, *El proyecto Lázaro*, involucra a un moderno y agobiado escritor de Chicago, que con su columna semanal en una revista alternativa no tiene otra opción que vivir de la misericordia financiera de su esposa, una neurocirujana americana. Brik se obsesiona con el asesinato, en 1908, de Lázaro Averbuch, un judío moldavo sobreviviente del pogromo de Kishinev, muerto a causa de un disparo de un jefe de policía de Chicago cuando merodeaba por su casa, durante un periodo de la historia de la ciudad caracterizado por el rechazo a los inmigrantes. La depresión y un viaje de búsqueda personal llevan a Brik a Moldavia, junto a Rora, un antiguo fotógrafo de guerra, sarcástico y hastiado. Al ser tomado por judío o musulmán —sin ser ni lo uno ni lo otro— Brik revive las humillaciones sufridas por Lázaro en un escenario contemporáneo, post-11 de septiembre: «La guerra contra el anarquismo se parecía mucho a la actual guerra contra el terror. Es gracioso ver cómo las viejas costumbres nunca mueren». Lázaro es la piedra de apoyo desde la que Brick se levanta para comprender las enormes fuerzas históricas y culturales, nociones de libre albedrío y fatalidad.

Bookslut: Uno de los temas de su novela es la forma en que la opresión impide la formación de la personalidad: en el caso de Lázaro, el ser el blanco del antisemitismo y antisocialismo hace imposible este proceso, y en cuanto a Brik, lo opresivo de su propio

estado de ánimo le dificulta el trabajo de reconstruir coherentemente la historia de Lázaro. ¿Un paralelismo?

Aleksandar Hemon: Bueno, estoy de acuerdo en que la opresión cultural y política produce todo tipo de daños, incluido el daño psicológico. Ciertamente, existe en ambos, tanto en Brik como en el objeto de su estudio, una sensación inherente de desplazamiento. Brik, al igual que Lázaro, está atrapado y perdido en el centro de su mundo, lo que conduce a ambos a una desorientación similar. Pero el paralelismo termina aquí. Mientras que Lázaro fue una víctima real de la crueldad de las fuerzas policiales, Brik está simplemente deprimido. Ese malestar es más bien una fuente y un producto de la historia, antes que de cualquier tipo de supuesto maltrato que éste haya sufrido.

B.: ¿Pero hay en ambos una tendencia a olvidar conscientemente, a dejar atrás franjas enormes de experiencias terribles para empezar a construir un nuevo Yo? (Para Lázaro fue el pogromo de Kishinev; para Brik la crisis bosnia de principios de los noventa). Usted o el narrador hablan del esfuerzo de «dejar de recordar» en la medida justa que tanto Lázaro y Brik realizan.

A. H.: Sí, «dejar de recordar» es reorganizar la propia experiencia bajo el dictado de una nueva narración. Especialmente para la gente que ha pasado por algún tipo de tortura real o física, en la medida que la memoria es la construcción de una narración, para ellos debe incluir una cierta cantidad de amnesia. Una cantidad de amnesia mayor que la incluida en la mayoría de narraciones.

«La hermana de Lázaro y Rora viven en un mundo de historias terminadas, narraciones terminadas. Pero Brik es un final abierto, es demasiado analítico».

B.: El excesivo análisis de Brik, que forma parte de su melancolía, le impide aprehender completamente el horror por el que pasó

Lázaro, hacerlo realmente humano. Es aquí donde utiliza a la hermana de Lázaro —la perspectiva de un parientepara expresar el sentimiento de la tragedia, lo que debe haber sido ir e identificar el cadáver de tu propio hermano adolescente.

A. H.: Sí, bueno, uno quiere que sus personajes sean mejores de lo que es uno, o mejores de lo que ha sido uno hasta el momento. Brik se parece al narrador o a mí, en el sentido de que él está escribiendo acerca de lo que pasó a Lázaro, y por lo tanto no puede comprender completamente la tragedia, como sí puede la hermana de Lázaro, con su sencilla bondad, su generosidad e inocencia. Ella es capaz, al igual que Rora, el fotógrafo, que acompaña a Brik, de sufrir el duelo sin reservas porque el duelo es hasta cierto punto la aceptación del final de otra vida humana, el final de una historia completa. La hermana de Lázaro y Rora viven en un mundo de historias terminadas, narraciones terminadas. Pero Brik es un final abierto, es demasiado analítico, tiende a contemplarse el ombligo.

B.: ¿En qué posición coloca a la mujer de Brik, Mary, la neurocirujana americana? Ella parece tener una visión aislada, aséptica, de las cosas, propia del Nuevo Mundo.

A. H.: Sí, pero recuerde que ella es un pararrayos para las descargas emocionales de él, emociones que normalmente mantiene encerradas. No llegamos a ver a la esposa como una persona real. Siempre la vemos filtrada por los pensamientos de Brik, una condición indispensable de las descripciones de un buen narrador. Mary no se enfrenta en igualdad de condiciones con la persona que la está describiendo; no la vemos hablar con los otros personajes, sólo vemos lo que Brik dice de ella.

B.: Brik resulta menos irónico que algunos de sus narradores en *La cuestión de Bruno* y *El hombre de ninguna parte*. ¿Es porque está siendo testigo de horrores mayores, hechos que no pueden ser separados del sentido moral del narrador con tanta facilidad, cosas de las que uno «no puede reírse»?

A. H.: Bueno, los personajes de los otros dos libros son testigos de muchos horrores, pero es cierto lo que dice. De nuevo, se debe

en parte a que Brik se cuestiona tanto a sí mismo, que convierte esta práctica en un cuestionamiento de la realidad exterior. Para ser irónico uno debe aceptar toda la historia sin especular; se tiene que dar un hecho o una historia por terminado para ser capaz de mirarlo a través de la luz de la ironía. Así que dejé que Rora fuera el irónico aquí, el contrapeso a la candidez de Brik.

«La guerra contra el anarquismo se parecía mucho a la actual guerra contra el terror. Es gracioso ver cómo las viejas costumbres nunca mueren».

B.: *El proyecto Lázaro* es una novela post-11 de septiembre. ¿Cuánta relación hay entre la xenofobia contra los inmigrantes en ese Chicago de principios del siglo XX y nuestro actual miedo hacia el extranjero?

A. H.: Es un tema que se encuentra en el aire. El poder tiene el mismo miedo hacia el extranjero que ha tenido siempre. Y lo explota y utiliza en su propio beneficio con una tremenda brutalidad.

B.: Los extranjeros son mitificados, se les carga de exotismo, como en las fotos del cadáver de Lázaro sentado en una silla, mientras el jefe de policía Shippy señala sus rasgos «simiescos».

A. H.: Sí. Si vas a ponerle la bota encima a alguien, le otorgas un extraño y misterioso poder. Es el primer paso en la larga fila de excusas que acompañan a la represión.

B.: Brik personifica, en realidad pareciera que está inyectado de ella, esta idea del *sevdah*, de la que habla usted en sus otros libros. ¿Qué es lo que significa?

A. H.: [Tras una larga pausa] El *blues*.

B.: Además de Nabokov (que le ayudó a aprender inglés a principios de los noventa) y Proust, ¿qué autores considera que le han influido?

A. H.: Danilo Kiš. Su escritura ha creado una atmósfera en el mundo del que yo vengo que es inevitable. Esa oscuridad.

«El poder tiene el mismo miedo hacia el extranjero que ha tenido siempre. Y lo explota y utiliza en su propio beneficio con una tremenda brutalidad».

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Boro Kontić, George Jurynec, Alissa Shipp, Angela Sirbu, Chaim Pisarenko, Valeria Iesheanu, Iulian Robu, Vildana Selimbegović, Jovan Divjak, Peter Sztyk, Maggie Doyle, Tatiana, Franjo y Svetlana Termaćić, Tanja Rakušić, Semezdin Mehmedinović, Predrag Kojović, Boris Božović, Reginald Gibbons y —muy en especial— a Nicole Aragi por su amabilidad y amistad. No voy a dar las gracias a mi mejor amigo, Velibor Božović, pero su mente y su fotografía me han sido indispensables y justo es reconocerlo.

Durante mi investigación, los responsables de la Chicago Historical Society se mostraron generosos en todo momento y me fueron de gran ayuda. *El proyecto Lázaro* debe más que los hechos básicos del caso Lázaro (en la medida en que puedan existir hechos en una obra de ficción) a *An Accidental Anarchist: How the Killing of a Humble Jewish Immigrant by Chicago's Chief of Police Exposed the Conflict between Law & Order and Civil Rights in Early 20th-Century America*, de Walter Roth y Joe Kraus (Rudi Publishing). Las obras *Easter in Kishinev: Anatomy of a Pogrom* (NYU Press), de Edward H. Judge y *Anarchy!: An Anthology of Emma Goldman's MOTHER EARTH* (Counterpoint), publicado por Peter Glassgold, fueron también esenciales. Por último, *El proyecto Lázaro* no habría sido posible sin el apoyo de la John Simon Guggenheim Foundation y la John D. y Catherine T. MacArthur Foundation.

Eso es todo. Corto y fuera.



ALEKSANDAR HEMON (Sarajevo 1964, en la antigua Yugoslavia), de padre ucraniano y madre serbia. Se licenció en literatura. La guerra de Bosnia le sorprendió en Chicago, por lo que decidió quedarse en Estados Unidos. En 1995 publicó su primer texto en inglés, idioma que ha escogido como lengua literaria. Es autor de tres novelas: *El hombre de ninguna parte* (2002), *El proyecto Lázaro* (2008, finalista del National Book Award) y *Cómo se hizo La guerra de los zombis* (2015); de dos libros de cuentos: *La cuestión de Bruno* (2000) y *Amor y obstáculos* (2009); y del libro de recuerdos *El libro de mis vidas* (2013).

Notas

[1] En inglés, «Nube» y «Nubecilla» (*N. de la T.*) **<<**

[2] En la jerga periodística, persona que ejerce de intérprete, guía y enlace para el reportero extranjero. (*N. de la T.*) **<<**